



Kate
Morgan

La boda
de lady Emma



Kate Morgan

La boda de lady Emma

Título original: La boda de lady Emma

©2019 Kate Morgan

©Shutterstock, de la fotografía de la cubierta

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Puerto de Boston, enero 1892

Capítulo 2

Capítulo 3

Londres, enero de 1892

Capítulo 4

Watford, enero 1892

Capítulo 5

Devon, marzo de 1892

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Watford, Nochebuena 1892

Ciudad de Colchester

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

14 de Marzo de 1893

Capítulo 18

Boston 30 de Abril de 1893

24 de Septiembre de 1893

Segunda Parte

[Capítulo 19](#)

[Septiembre de 1897](#)

[New Orleans, Septiembre de 1897](#)

[Capítulo 20](#)

[21 de Octubre de 1897](#)

[New Orleans](#)

[Capítulo 21](#)

[New Orleans, un día después](#)

[Capítulo 22](#)

[New Orleans, Nochebuena 1897](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Fin de año 1898](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Inglaterra, Febrero 1899](#)

[Epílogo](#)

[Equinoccio de Otoño, 1899](#)

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Puerto de Boston, enero 1892

Si Emma hubiera sido una muchacha dócil, si hubiera obedecido a su madre y hermanos, si hubiera sido modesta, tranquila y nada impulsiva, ahora no tendría que enfrentarse a un destino aciago.

Soltó un suspiro largo, pesado, y lleno de incertidumbre.

Poco a poco el sol se fue ocultando tras el horizonte. El cielo se iba oscureciendo y el barco iba alejándose lentamente de Boston en medio de una dulce y tranquila paz, quietud que le faltaba a ella.

En cubierta no estaba en absoluto tranquila. Aquel barco la alejaba para siempre de su hogar y la conducía hacia el reino de Inglaterra. La muchacha veía como la costa del lugar que la vio nacer iba desapareciendo lentamente bajo los pocos rayos del sol invernal que aún brillaban en el despejado cielo.

Corría una suave brisa que hacía que su larga melena de fino pelo dorado y rizado se agitara a sus espaldas, como las mismas velas de aquel magnífico barco que ella viera hacía años en ese mismo puerto conmemorando el cuatro de Julio.

Tenía ganas de llorar, de maldecir y golpear algo, pero no hizo nada ni permitió que una sola lágrima saliera de sus hermosos ojos de color cobalto. Le costaba trabajo respirar. No entendía como su propia madre había podido hacerle algo tan horrible como mandarla a miles de millas de su propio hogar y del lado de su familia.

Emma era hija de un capitán de los Estados Unidos que había combatido en la Guerra de Secesión bajo la bandera de la Unión en los años sesenta, y si se enteraba de lo que su esposa Elizabeth había hecho con su pequeña, sencillamente la mataría. Parecía como si su madre hubiese esperado a que su esposo no estuviese en casa para enviar lejos a su única hija, pero lo que más la desconcertaba era qué sus dos hermanos no habían hecho nada por impedir a su madre la locura de enviarla tan lejos del hogar.

Que su madre lo hubiese dejado todo para seguir al que sería su esposo, no era razón suficiente, al menos para Emma, para que ahora la enviase a ella de regreso: como si con ello purgara su marcha y el abandono de todos sus familiares y amigos. Su madre había abandonado el reino de Inglaterra por su propia voluntad: Emma era enviada lejos de Estados Unidos a la fuerza, y todo

por una maldita carta llegada desde Londres y firmada por la tía de la muchacha, la duquesa viuda de Doyle.

Emma amaba a sus padres y a sus dos hermanos pues eran toda su familia, excepción hecha de su tía Constance o de su tía Connie, como la llamaban cariñosamente sus tres sobrinos. Constance era la dulce y cariñosa hermana de su padre: una señora casada desde hacía treinta años y con dos hijos. También a ellos los iba a echar de menos cuando estuviese al otro lado del océano.

—¡Oh, papá! ¿Qué va a ser ahora de mí? —se lamentó Emma en la cubierta del barco mientras veía como se alejaban cada vez más de la costa bostoniana—. ¿Por qué no estabas en casa cuando yo más te necesitaba?

Pero aquella niña de cálidos ojos risueños y de cabellos dorados, era ya toda una mujer, Emma ya no era la niña pequeña de papá. Era fuerte como una roca. Fría, como el agua que se convierte en hielo en invierno. No podía lamentarse ni arrojarse llorando sobre los brazos siempre fuertes de padre. No, no podía hacerlo simplemente porque su padre no estaba junto a ella en la cubierta de aquel barco.

Desde ese momento tendría que valerse por sí misma. Pronto cumpliría los dieciocho años, y de nada le valdría lamentarse como una chiquilla caprichosa. Si no lo había hecho cuando era una niña, no lo iba a hacer ahora por muy salvaje que pudiese parecer.

Cualquiera que la hubiese visto en ese momento habría quedado prendado de ella. Aunque su piel era demasiado blanca, estaba acostumbrada al sol. Poseía unas largas pestañas bajo unas perfectas cejas arqueadas que realizaban los brillantes zafiros que iluminaban su delicado rostro. El continuado ejercicio al aire libre lo teñía de un suave rosa muy atractivo. Su amiga del alma solía decirle que sus labios eran ideales para ser besados, y quizás el beso que le dio Tom en la fiesta de cumpleaños de Rose fue el detonante para que su madre decidiera enviarla lejos.

¿Qué chica de su edad no ansía que un atractivo muchacho la adule? Tom era el más apuesto, el más osado, y ella le había permitido que la besara. Emma había vencido a sus miedos, y había permitido que un muchacho la besara...

Su madre le había hablado del honor, de la importancia de la familia, del apellido, y del oprobio de las promesas incumplidas. Por eso la enviaba lejos y la arrojaba directamente a los brazos de un completo desconocido, porque su madre no había cumplido la palabra ofrecida.

Todos conocían el rechazo que ella sentía por los hombres cuando se le acercaban con oscuras intenciones, y sin embargo, ahora su madre la enviaba a un lugar desconocido para casarla con un hombre varios años mayor que ella, y para horror de Emma, era el hijo del hombre que su madre había abandonado casi en el altar para fugarse y casarse con su padre: el capitán Jason Tyrone Bradford.

Su padre... ¡cuánto daría ella por estar en esos momentos en su casa junto a la chimenea del hogar encendido!

Estaría leyendo un libro tendida sobre la mullida alfombra de la biblioteca, mientras su padre y sus hermanos discutían en la enorme mesa de despacho sobre todos esos asuntos políticos que tanto disgustaban a las mujeres.

Sonrió al recordar que su padre y hermanos la llamaban pequeño demonio, pero con más valor que cualquier general. Ella no se veía como un demonio pues se consideraba la más dulce y cariñosa de todas las hijas. Era esto último lo que siempre lograba frenar tanto a su padre como a sus dos hermanos mayores de que la regañaran cuando lo merecía: Emma era la más zalamera de todas las mujeres.

Pero tras el recuerdo feliz una oscura sombra ensombreció sus bellos ojos, aquella sombra del pasado siempre aparecía en los momentos más inoportunos, como ahora. Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies, aunque trató de ahuyentarlo como venía sucediendo desde el día anterior a su décimo tercer cumpleaños. Todos la protegían, incluso sus dos orgullosos primos, pero ninguno estaba allí aquel día de mayo. Nadie estuvo allí para ahorrarle ese gran sufrimiento. Ninguno de ellos podía decirle con certeza qué había ocurrido en el jardín trasero de su casa: ninguno podía explicarle si en verdad aquel hombre la había forzado cuando aún no era mujer. Y Emma ignoraba porque ninguno quería revelarle quién había matado a ese cabrón.

Jason siempre argumentaba que su hija tenía en su cuerpo más valor y coraje que todas las mujeres de aquel lado del país. Bien, si eso era cierto, ¿dónde estaba ahora ese maravilloso coraje del que tanto alardeaba su padre?

Emma estaba asustada por lo que el destino le tuviese preparado.

En esos momentos, nada de sus conocimientos en el manejo de armas le iba a servir de nada. Ninguna de las enseñanzas de sus hermanos y primos sobre como defenderse del enemigo le valdrían para algo, porque ahora, su verdadero enemigo, era ella misma: ella y sus temores.

Ella y sus miedos.

Era decidida y constante, cualidades poco habituales en las damas sureñas. Pese a ser su padre un estadounidense, ella había nacido en Atlanta, y de la misma manera que adoraba el sur, odiaba Boston. Nunca le había gustado esa ciudad, pese a que se trasladaron allí cuando ella tenía doce años, pero ahora... ahora daría la mitad de su vida por poder hacer regresar el barco a puerto.

Su padre solía compararla a una dama del estado de Georgia que andaba en boca de todos por su trato tan poco habitual con los yankees, y por su casamiento con un caballero de dudosa reputación de Charleston, en el estado de Virginia. Físicamente no se parecían en nada pero sí en el carácter, en eso ambas mujeres eran iguales.

Cuando Emma nació, Andrew y Stephen tenían doce años. Después de un parto tan difícil y en plena guerra, nadie pensaba que Elizabeth o Bell, como así la llamaban todos, incluso su padre, pudiera volver a tener más hijos pero entonces llegó ella como respuesta a todas las súplicas de su madre.

Sus hermanos, tanto Stephen como Andrew, en vez de tratarla como alguien frágil y sin voluntad propia, la trataron como si fuera otro chico. Le hicieron correr, le enseñaron a subirse a los árboles, a saltar sobre el lomo de un caballo y montarlo a horcajadas, a pelo o con la cincha floja. Cuando cumplió la edad suficiente para sostener y manejar un arma, le hicieron aprender a usarlas, y no le permitían parar en los hasta que el brazo se le quedaba adormecido por el esfuerzo. Un sable, una pistola, un rifle, lo mismo daba. Incluso los arcos y las ya en desuso bayonetas, no tenían secreto para ella. Poseía gran puntería y hacía blanco incluso a ochenta yardas de distancia.

Allí, rodeada de la oscuridad que se cerraba sobre el barco al caer la noche, Emma soñaba con haber permanecido en Atlanta, la ciudad que la vio nacer, y en la ciudad en la que había vivido hasta hacía seis años, cuando su padre fue trasladado a Boston.

Emma odiaba Boston, allí su hermano Andrew había sido muy desgraciado por culpa de una tal Lisa quien lo había rechazado para casarse con un viejo decrepito que bien podía ser su abuelo. Ahora cualquier ciudad le hubiese parecido un paraíso siempre y cuando estuviese lo más alejada posible del reino de Inglaterra. Se sentía sola en medio de tanta oscuridad, y ni la compañía en este viaje de la señora Grace Hamilton, su antigua niñera, la reconfortaba.

Pese a ser americana, Emma hablaba español y francés tan perfecto como el inglés, pues en presencia de su madre tanto ella como sus hermanos estaban

obligados a hablar en esos dos idiomas. Su madre los había educado para que fueran adultos inteligentes y cultos pues la historia y la geografía habían sido de vital importancia en la educación de ella y de sus hermanos. Además de hablar los dos idiomas de la alta sociedad europea también los escribía correctamente, pero aprender idiomas era una cosa, y vivir en un país que no conocía y rodeada de gente extraña eran dos cosas completamente distintas.

Decididamente, este viaje lo iba a odiar toda su vida.

¿Qué clase de hombre era aquel con quien iba a casarse en solo un par de meses? El tiempo que duraba este maldito viaje por el Atlántico lo iba a dedicar a devAnnarse los sesos en busca de esa respuesta.

Emma inspiró profundamente el aroma del océano, y lo dejó salir de sus pulmones muy lentamente por la nariz, como si aquel gesto pudiese detener el tiempo. Agarrada fuertemente a la barandilla de estribor, y con la vista fija en el mar, no se dio cuenta que alguien se acercaba a ella por la espalda y le ponía una abrigada capa de lana por los hombros.

—Se va a enfriar niña —dijo una dulce voz a su espalda.

La joven se volvió para ver el rostro de su niñera. Grace Hamilton era una mujer bajita, de cara redondeada y rasgos bondadosos. Al mirar sus generosos senos no cabía la menor duda de que la mujer había amamantado durante su vida a muchos niños, tampoco cabía duda sobre lo hermosa que debía haber sido en su juventud.

Siempre que veía a Grace, Emma la miraba con cariño.

Grace, sin embargo, no podía olvidar aquel horrible día de mayo, hacía ya seis años, cuando su niña a penas tenía doce años y la familia acababan de instalarse en Boston. Para Grace aquella niñita risueña había sido como una hija desde el momento en que la pusieron en sus brazos para que la amantara porque su madre no tenía suficiente leche. Desde que sucediera aquello en marzo de 1874, Grace no la había perdido nunca de vista, salvo aquel desgraciado día. La señora la amaba como si se tratase de aquella hija que perdió durante la guerra y que ahora podría tener veintinueve años. Cuando Jason, el padre de Emma, le dijo que se quedara como institutriz en la casa, Grace lloró de alegría, y por ello siempre le estaría agradecida al señor Bradford.

Grace miró a su pupila que se envolvía prestamente en la capa que ella le había traído y sonrió. Veía ante sí a la hermosa mujer en que se había convertido, y todos sus pesares se disolvieron con la cálida sonrisa que la joven le dedicó. Sí, realmente era muy hermosa. Ese hombre era muy

afortunado, o quizás no tanto. Había que tener en cuenta los temores de su pupila, y también su carácter. Indiscutiblemente era igual que su padre: buena, bondadosa, cariñosa, fiel y leal, pero cuando se enfurecía... hasta el más recio de los soldados de la compañía de Jason se echaban a temblar.

En más de una ocasión había puesto un puñal en la garganta de un hombre que había intentado maltratar a su mujer, incluso una vez tuvo la muñeca inmovilizada por golpear a un sargento en la mandíbula. El hombre se había atrevido a decir delante de ella que una mujer solo servía para abrir y cerrar las piernas, para cuidar de los niños y de la casa. Emma se sintió tan ofendida que se acercó y le atizó tal golpe en la boca que el hombre perdió un diente. Nadie entendía como una chiquilla pudiese tener tanta fuerza, luego se descubrió que en su mano llevaba encerrada una piedra.

Las madres sureñas solían decirle que nunca se casaría, pues su comportamiento era tan salvaje como el de los indios que estaban confinados en las reservas. Se reían porque pensaban que ningún buen caballero del sur la querría por esposa, que lo único a lo que podía aspirar era a un indio, o lo que era peor, un yankee. Grace nunca la había visto asustada, salvo aquel día y ese día era una gran carga que pesaba en el corazón de aquella buena mujer. Seguramente era consecuencia de todo aquello por lo que la chica rechazaba a cuanto hombre se le acercara con intereses de matrimonio, salvo a Tom, a quien había permitido que la besara y desatando en su madre un pánico que ella misma no llegaba a comprender.

—Emma, es tarde, entremos dentro. Van a servir nuestra cena de un momento a otro —la muchacha asintió y ambas mujeres entraron al interior del barco.

El comedor del barco estaba totalmente iluminado por los focos anclados en la pared, y por las velas que había en las mesas vestidas con manteles. El cubremantel a cuadros rojos y blancos le daba un cierto color a la estancia. Casi todas las mesas estaban ya ocupadas con los viajeros restantes, y la mayoría esperaban a que les sirvieran la cena tomando una copa. El recinto inspiraba un ambiente cómodo y relajado, como cualquier comedor familiar. Cuando Emma penetró en él, los hombres se volvieron para admirarla, pero la penetrante y fría respuesta que ella les dispensaba enseguida era más que suficiente para que cada uno de ellos se volviera hacia su acompañante y dejaran de observarla. Emma pasó lentamente por entre las mesas pulcramente dispuestas con una fina vajilla de porcelana blanca con pájaros azules y dorados como decoración. Avanzaba con la mirada fija en la mesa del fondo

haciendo que su vestido de tafetán y seda verde se moviera con gracia.

A la joven no le gustaba vestirse así, ella prefería las holgadas camisas blancas de algodón y los cómodos pantalones negros que solía llevar en casa. Sonrió al recordar que había metido varios de esos en el equipaje además de varias camisas blancas o de cuadros de las que solían usar sus hermanos. Detestaba aquellos estúpidos vestidos que a penas la dejaban respirar por culpa del corsé, y que le impedían moverse con soltura y agilidad debido a aquellas largas y pesadas faldas. Tampoco los escotes eran de su agrado pues dejaban mucho a la vista para su gusto, ni siquiera podía hacer ciertos movimientos si no quería que sus jóvenes y bien formados pechos se le salieran por arriba de los profundos escotes cuadrados que estaban a la moda ese año. ¿Quién diantres podía haber inventado aquello? El polisón le impedía poder sentarse bien y los zapatos de tacón alto no le proporcionaban la comodidad que le brindaban sus botas de blando cuero negro.

La comida era excelente, pero Emma a penas probó bocado. Solo de pensar en lo que le esperaba al final de ese viaje, se le revolvía el estómago. Ignoraba como salir del enorme problema en el que ahora estaba metida por culpa de su propia madre, y de su tía inglesa que acaba de enviudar. Seguramente por eso estaría tan amargada, pero ello no era motivo suficiente para destrozarle a ella la vida. Emma dejó el tenedor sobre el plato, arrojó la servilleta sobre la mesa, y salió airada del comedor en dirección hacia su camarote. Los dejó a todos boquiabiertos por su brusca salida.

Lo que la muchacha no podía entender era por qué tenía que pagar ella los pecados cometidos por su madre treinta y tres años antes.

Capítulo 2

Todo había ocurrido a mediados del año 1858 en Londres. Su madre tenía en aquellas fechas tan solo dieciséis años, y sus padres, los abuelos de Emma, habían decidido que había llegado la hora de que la menor de sus hijas contrajera matrimonio, concertando una alianza con los duques de Herby, abuelos del futuro marido de Emma. Elizabeth se casaría con el segundo hijo de la pareja, un joven de veintitrés años que había tenido algunos problemas. Elizabeth ya conocía a Jamie, lo había visto en la boda de su hermana Anna dos meses antes, y pese a ser bastante atractivo, a Elizabeth no le gustaba, mucho menos después de que intentara arrinconarla para robarle un beso. Su madre no volvió ni a verle pues en el viaje en tren desde Londres a Colchester, Elizabeth conoció al atractivo americano. Ni siquiera pisó la ciudad pues, en la parada que el tren hizo en Chelmsford, Elizabeth desapareció acompañada del teniente de caballería Jason Alexander Bradford. En septiembre de ese mismo año contrajeron matrimonio en Washington. La única noticia que de Elizabeth supieron sus padres, ocurrió seis meses después. Se trataba de una escueta carta donde les anunciaba que se había casado y que era feliz, y que por favor tratasen de comprenderla. Un teniente americano no era lo que Eleanor y Edward querían para su bella hija, pero ya no se podía hacer nada para evitar lo ocurrido. Tres años después, en octubre de 1861, se les comunicó la noticia de que Elizabeth había dado a luz a un par de preciosos niños de ojos azules y cabellos dorados como el padre, y, aunque se encontraba en perfectas condiciones, había llegado un momento en el parto en el que se había temido por su vida. Posteriormente, en junio de 1874, les llegó la noticia que en marzo su hija Elizabeth había dado a luz a una niña a quien bautizaron con el nombre de Emma Ellen Josephine Bradford, cuando ya nadie esperaba que volviese a tener más hijos.

Y ahora, ahora... Emma se veía obligada a pagar el insulto que su madre le había hecho a esa familia tantos años atrás.

Fue obligada a salir de su hogar por su propia madre. Lo cierto es que a Elizabeth se le había roto el alma al hacer aquello, pero estaba convencida de que era la única posibilidad que tenía Emma para ser esposa y madre. Elizabeth sabía el rechazo que su hija sentía hacia los hombres en general, de lo dispuesta que era y lo impulsiva que se conducía, y no la había engañado nada el beso que Emma le había permitido a Tom. Cuando ella le demandó

explicaciones, había sido muy clara: el beso la había reafirmado en su postura de no casarse jamás.

Elizabeth había meditado mucho, y había llegado a la única conclusión posible: un esposo por obligación era la salida. Había estado a punto de mandar a su hermana una carta negándose a ello, pero tras pensarlo mejor y consultarlo con Grace, se dio cuenta de que era la mejor forma de pagar una deuda. Con gran dolor en el corazón le había comunicado a Emma lo que debía hacer. Gracias a Dios, su marido estaba en Washington, y no pudo impedirlo.

La muchacha no podía creer lo que su madre le había hecho pues era como enviarla al mismísimo infierno, peor aún, enviarla a los brazos de un hombre era peor que vivir eternamente en el purgatorio. Conocía por su madre que era el hijo mayor del duque de Herby, del nuevo duque, pues su padre había heredado el título tras la muerte de su hermano quien al morir no había dejado varón en su descendencia, era por tanto el nieto mayor de aquellos con quienes sus abuelos maternos habían acordado la alianza.

Pálida como nunca, Emma entró en su camarote. Pensaba en como podía ser aquel que muy pronto tendría poder sobre ella. Seguramente sería bajo, gordo y... no, no podía evitar compararle con sus hermanos, lo más probable es que no se pareciese en nada a los hermanos de sus mejores amigas.

—¡No! —gritó Emma llevándose los puños a las sienes—, jamás me rendiré, regresaré a casa, le escribiré a padre y vendrá a buscarme. En cuanto llegue a Inglaterra, desapareceré. Nadie podrá encontrarme y ese hombre menos. Si me encuentra lo mataré, o me mataré yo, cualquier cosa antes de verme obligada. ¡Dios mío, no me hagas pasar por esto!

Estaba realmente asustada, desde que tenía doce años no podía soportar que un hombre se le acercara para hacerle siquiera una caricia. Sufría horribles pesadillas, y ahora la obligaban a que se casara con alguien a quien no conocía, y que probablemente fuera temible como aquel hombre que violó a su niñera Grace. Sacudió la cabeza fuertemente para deshacerse de aquella horrible imagen que se anidaba con tanta frecuencia en su mente, pero ella sabía que algo más había sucedido aunque no lo recordase.

—Prefiero estar muerta a estar sometida.

Emma retiró la pesada tapa que cubría el estrecho catre y se deslizó dentro de las sábanas tras haberse quitado el vestido. Se deshizo del corsé como pudo y lo arrojó tan lejos de ella como el resto de su ropa. Completamente desnuda se sentó en la cama y comenzó a deshacer el complejo

peinado que Grace le había hecho aquella mañana antes de subir a bordo del barco. Tenía la mitad del cabello enredado debido a la brisa que había soportado en cubierta mientras decía adiós por última vez a sus seres queridos. Miró a su alrededor y se echó sobre las almohadas, solo veía el estrecho camarote iluminado por la tenue luz de la luna que se filtraba por el ojo de buey. La pequeña habitación estaba decorada en tonos marrones las paredes, y de un rojo intenso la cortina que servía para tapar el ojo de buey y la colcha del estrecho catre. Trató de dormir pero a media noche se despertó bañada en sudor. Otra vez el mismo sueño, aquel hombre, su niñera y, ¿dónde estaba ella? Si pudiera recordar... se pasó el dorso de la mano por la frente para enjugarse el sudor que brotaba de ella. Echó un vistazo a la habitación en penumbra, y se quedó extrañada al no reconocer el lugar, después, cuando se acordó de dónde estaba y por qué estaba allí, se estremeció. Se acomodó en aquella pequeña cama y colocó el almohadón en la cabecera de manera que pudiese apoyarse en él. Su densa cabellera dorada le caía por la espalda y sobre los senos. Sus piernas estaban cubiertas por la pesada colcha, y la fina sábana de lino que caía enrollada sobre sus caderas. A solas en medio de la noche, en medio de la nada, maldijo a su madre, a su tía y a sus hermanos. Si su padre hubiese estado en casa cuando llegó la carta de su tía, hubiese impedido esa locura, pero su padre no podía hacer nada, y cuando se enterara de lo ocurrido, ya sería demasiado tarde para ella.

Cerró los ojos fuertemente, sacudió la cabeza de un lado para otro y tiró de las sábanas hasta cubrirse con ellas el mentón. Nunca en su vida se había sentido tan presa del pánico. Con los ojos cerrados aún podía ver al hombre con el que tendría que casarse. Se lo imaginaba casi un viejo, pese a no tener con toda seguridad más de treinta años. Lo imaginaba con barba, ojos marrones llenos de lascivia y...

El estómago se le contrajo y sintió náuseas.

¿Hacia qué horrible destino la llevaba ese barco y las perfidias de su tía? ¿Por qué su encantadora madre se había mostrado tan de acuerdo con su hermana y la enviaba a ella, su única hija, a Inglaterra? ¿Era quizás porque había rechazado a todos los caballeros que le habían propuesto matrimonio y su madre no la creía en condiciones de elegir marido por sí misma? ¿O tal vez porque en verdad creía tener una deuda con esa familia?

Todas estas preguntas acudían a su mente martilleándole el cerebro y haciéndole imposible conciliar el sueño. Quería olvidarse de todo, necesitaba hacerlo, debía regresar a casa, volver junto a sus hermanos, junto a su padre,

ser de nuevo una niña.

—¡Papá!—sollozó Emma—. ¡Oh, papá, ayúdame! Devuélveme a casa, quiero volver a casa, no quiero un marido, no lo necesito. ¡Quiero volver, papá!

De pronto se calló. ¿Con quién estaba hablando? ¿Se estaba volviendo loca? Aún podía sentir las mismas reacciones que sintió cuando su madre le comunicó la noticia de que a sus diecisiete años ella tenía que contraer matrimonio. Esto había significado para ella un terrible golpe. No soportaba la idea de tener que entregarse a un hombre a quien nunca había visto, y todo ¿por qué? Porque su madre había deshonrado a la familia de ese hombre, mejor dicho a su padre, a lord Mayer. El padre del hombre con el que a ella la obligaban a contraer matrimonio. ¡Dios, qué locura!

¡Malditas tradiciones! ¡Estúpidos honores! ¡Y estúpido orgullo!

Y... ¿qué se esperaba de ella? ¿Total obediencia y sumisión ante los caprichos y estupideces de los demás? No, mejor dicho, sumisión y obediencia a los caprichos de un hombre al que aún no conocía pero al que ya odiaba con toda el alma. Por su culpa su vida estaba arruinada.

Golpeó con toda la rabia que sentía el almohadón que tenía a sus espaldas pese a que con ello, no recuperaría su preciada libertad. Cogió el almohadón y lo estrelló contra las delgadas paredes del barco con todas sus fuerzas. Sonrió cuando lo vio abrirse y dejar un reguero de plumas en el aire que, poco a poco, se fueron aposentando en el limpio suelo del camarote. ¡Ojalá las plumas fuesen los sesos de ese hombre y no las plumas del almohadón!

—¡Maldita seas, madre! ¿Cómo has podido ser tan cruel conmigo? ¿Qué te he hecho yo? —gritó en el apacible silencio que la envolvía.

Emma se dejó caer sobre el lecho y pasó su brazo por el rostro. Todo era inútil. Nada de eso le iba a servir para escapar a su destino, de nada iba a servirle patalear ni llorar, no ahora. Tendría que buscar algún medio para poder recuperar su libertad. Cuando llegara a Inglaterra encontraría alguna forma de salir de aquel atolladero. Sí, cuando llegara a Inglaterra. Con este pensamiento tranquilizador se quedó profundamente dormida.

Lejos de allí, en la hermosa casa de los Bradford en Boston, se mantenía una reunión en la biblioteca.

—Que hicisteis ¡qué! —aulló Jason a su esposa—. Bell, es la primera vez que tengo ganas de golpear con todas mis fuerzas a una mujer. ¿Cómo has

podido hacer tal cosa a mi pequeña? ¿Acaso no sabes tú mejor que nadie lo que siente hacia los hombres? De buena gana te arrancaría tu blanca piel a tiras.

Sin darle tiempo a defenderse se volvió a sus dos hijos que estaban junto a la chimenea tras de él. Elizabeth solo pareció empequeñecerse en el gran sillón donde estaba sentada cuando su iracundo marido llegó a casa nada más recibir la carta de su hijo Stephen.

—Vosotros dos —les dijo a Stephen y a Andrew—, ahora mismo os vais al puerto y pagáis lo que sea por ir tras vuestra hermana. No quiero que regreséis sin ella. ¿Me entendéis? Por tu bien, Bell —dijo volviéndose a su esposa—, espero que no sea demasiado tarde.

Diciendo esto, salió a grandes zancadas de la biblioteca dejándolos a todos paralizados.

—Tengo dos hijos inútiles y una esposa estúpida —se oyeron sus gritos en toda la casa.

En la biblioteca reinaba el silencio. Un silencio tan sepulcral que parecía aquello un velorio. Elizabeth se sentía culpable por el enfado de su marido, pero tenía la conciencia tranquila en lo que respectaba a su hija. Sabía que había hecho lo correcto.

Capítulo 3

Londres, enero de 1892

Lord Mayer Mayer, duque de Herby estaba aguardando expectante la reacción de su hijo primogénito, Adam, al plan de matrimonio propuesto. El silencio que reinaba en el salón de la magnífica mansión no hacía presagiar nada bueno. El duque era un hombre de facciones duras pero porte distinguido. No era tan alto como su hijo ni tan joven, obviamente, pero aún así, se descubría que en su juventud había sido un hombre muy activo y de gran personalidad. Tenía frente a sí a su hijo mayor, su primogénito, su orgullo y el culpable también de todos sus quebraderos de cabeza. Su hijo le recordaba a sí mismo cuando tenía su edad. También él a los veintisiete años había sido un joven alocado pero en ningún momento había llegado a los límites en los que, con gran pesar admitía, había terminado su hijo mayor. Adam, su hijo, era un hombre alto, de gran complexión y muy atractivo, pero su vena de mujeriego y el gran ímpetu que poseía habían hecho de él un hombre con el don y la fama de llevarse a su cama a cuanta mujer se pusiera a su vista, y al campo del honor a cuanto hombre se interpusiera en su camino. Sí, decididamente había llegado el momento de que sentara la cabeza, de que se casara con una bonita mujer y de carácter dócil, que aguantara su temperamento sin rechistar. Por uno momento pensó que lo que necesitaba su hijo era una mujer con un temperamento tan fuerte y determinante como el de él. Eso sí que le encantaría presenciarlo. Una diablesa por nuera. Lord Mayer no estaba muy seguro sobre qué tipo de mujer sería esa tal Emma, en realidad no sabía si se parecía a su madre, mujer a la que vio una sola vez pero de la que quedó totalmente hechizado pues vio en ella una gran fuerza de voluntad al imponerse a su propia boda. Recordaba claramente el rostro de su padre cuando los padres de Elizabeth vinieron a comunicarle que su hija no podía casarse con Julien porque ya se había casado, y la alegría que sintió resultó indescriptible porque estaba enamorado de otra mujer, y ahora podía pedirle que aceptara ser su esposa aún sin ser de cuna aristocrática pues la amaba con todo su corazón. No es que Julien no se sintiese atraído por una belleza tan deslumbrante como la de Elizabeth, pero prefería como esposa a alguien más suave de carácter. Lord Mayer esperaba de todo corazón que su hijo aceptara por las buenas, o tendría que hacerlo por las malas.

—¿Y bien? —preguntó lord Mayer con voz queda—. ¿No sabes qué contestar? —miró a su hijo con expresión ceñuda pero no supo adivinar lo que pasaba por su cabeza—. ¡Estoy esperando! —dijo casi gritando ante el total mutismo de su hijo.

El joven volvió el rostro hacia su padre y con una sonrisa burlona dibujada en sus labios dijo muy calmadamente lo que creía.

—No pienso casarme con ella. No sé quién es esa tal Emma, Mary como demonios sea que se llame, y no voy a hacerlo porque no estoy dispuesto a que esa americana, que seguramente será enana, fea, gorda, de pelo como el esparto, y de un color indescifrable se meta en mi cama y me vea obligado a hacerle el amor para dejarla embarazada porque usted... —dijo perdiendo la poca paciencia que tenía—, necesite descendencia. Lo siento pero no estoy tan desesperado, y usted seguramente podría haberme encontrado a otra menos... ¡menos fría!

—¡Maldita sea que vas a casarte!

—Padre, —continuó—, no me obligue a desposar a esa deseosa de un título por el simple hecho de que usted no haya podido poseer a la madre. Usted no puede ser tan cruel. Ciertamente esa mujer deberá irse por el mismo camino por donde venga sino quiere ser despreciada públicamente, porque créame, eso precisamente haré en la primera oportunidad que se me presente. Reírme de ella delante de todos y en su propia cara si me veo obligado a casarme —lord Mayer no daba crédito a lo que oía—. Le comunico que no la acepto, y no lo hago porque pienso pedir en matrimonio a la hija de mi coronel.

—Si haces eso, hijo mío —interrumpió lord Mayer con mucha calma, serenidad que desde luego no sentía—, tendrás que retirarla. Esa muchacha viene desde Boston dispuesta a casarse contigo y, ¡pongo a Dios por testigo que harás precisamente lo que yo te diga! Te casarás con ella aunque yo mismo tenga que empujarte hasta el altar. ¿Entendido? —preguntó lord Mayer para luego continuar sin esperar respuesta alguna por parte de su hijo—. ¿No comprendes que lo hago por tu bien? Mira Adam, ella es joven, y si solo posee la mitad de la belleza de su madre, seguirá siendo demasiado hermosa, además necesitamos sangre fresca en la familia. Ella es la mujer que te conviene, su tía Anna así me lo ha hecho comprender, y tu madre y yo estamos de acuerdo con ella.

—Anna ni siquiera la conoce —replicó el joven con desdén—, y he oído decir, le comunico que he me informado pues poseo mis propias fuentes de

información, que esa niña es demasiado poca cosa, los hombres ni siquiera se han dignado a acercársele para cortejarla. Sin duda alguna, debe ser un esperpento, enfermiza y qué se yo cuantas cosas más. Por favor padre, no me obligue a contraer nupcias con alguien como ella, no me obligue a tener que compartir mi vida con esa mujer.

Lord Mayer respiró profundo.

—Tendrás que hacerlo pues es mi última palabra —el heredero tensó los hombros—. Adam, comprende a este pobre viejo. Hazlo por mí, no puedo seguir siendo un simple espectador cuando veo como destrozas tu vida y como manchas el honor de la familia una vez más —tomó aire antes de continuar—. Ya quedó bastante mal trecho conmigo. Por mi culpa mi adorada hermana se fue de Inglaterra y ahora vive en no sé qué lugar de México sola con su hija mayor. La menor está con una prima, y todo porque no quiso pedir mi ayuda cuando su marido murió. Hace casi treinta años que no la veo. Y, no nos olvidemos de Theresa, la hermana rechazó al hijo del conde de Perth y se quiso meter a monja, además, ¿qué más da una mujer que otra?

Lord Mayer era consciente de cómo su hijo trataba inútilmente de dominar su mal humor.

—¡Maldición, padre! Yo mismo iré al puerto y haré regresar a esa arpía a su adorado Boston —dijo al tiempo que descargaba un sonoro golpe sobre la mesa de roble del salón que a punto estuvo de romperla.

Odiaba esa situación, no era la única, pero se sentía estafado por las circunstancias.

Las voces de padre e hijo se escuchaban por toda la casa. Los sirvientes ni siquiera se atrevían a respirar pero compadecían a lord Mayer. Todos sabían que cuando su hijo se encolerizaba, cualquier persona debía echarse a temblar. Su furia era demoníaca, y nadie de los que trabajaban en la casa querían estar presente cuando ello ocurría.

En las habitaciones superiores, Rose, esposa y madre de ambos hombres, se apresuraba en sus arreglos para poner paz entre los dos como siempre hacía. Esa había sido su tarea desde hacia tantos años que no recordaba cuando había sido la última vez que padre e hijo no habían discutido sin que hiciese falta su presencia para calmar los ánimos enardecidos de ambos cuando no conseguían ponerse de acuerdo.

Lady Mayer estaba sentada ante su tocador de madera de haya admirándose en el espejo engarzado en plata y madera del mismo material del tocador que tenía frente a sí. Toda la habitación era de un gusto exquisito, tanto

en los muebles que la llenaban como en lo respectivo a la decoración. La amplia habitación tenía una enorme cama con dosel tapizado en damasco celeste. Un hermoso edredón de raso blanco descansaba a los pies de la deshecha cama donde se veían unas suaves sábanas de lino color marfil bordadas en distintos tonos de azul. Dos mesitas de noche se hallaban apostadas a ambos lados del cabecero de la cama y un enorme armario al fondo de la habitación completaban el mobiliario.

La ventana que se encontraba al lado izquierdo de la habitación estaba abierta para dejar entrar los tenues rayos de luz que en esa mañana de Enero se dejaban ver. Los visillos blancos estaban corridos al igual que las pesadas cortinas de damasco celeste. Una amplia alfombra de tonos claros y azules cubrían el frío suelo de mármol blanco.

—Este hijo mío... —decía Rose a la muchacha que en esos momentos la estaba peinando—, un día de estos nos va a dar un disgusto mucho mayor de los que ya nos tiene acostumbrados —suspiró varias veces—. No me explico como un hombre bien educado, un médico, y sobre todo un militar, puede ser tan testarudo a veces. Sin duda se parece a su padre —la señora giró el rostro—. Termina con mi cabello, debo bajar antes de que mi hijo acabe con todos los muebles de la casa.

—Sí, milady —respondió la doncella.

Lady Mayer no tardó mucho más en bajar. Llevaba un bonito vestido de terciopelo azul marino, era muy sencillo, pero estaba adornado con un poco de encaje en el cuello y en los puños de las mangas largas afaroladas. Una cadena de perlas engarzadas adornando su cuello, y formaba un bonito dibujo en el centro del escote de donde pendía un reluciente zafiro en forma de lágrima del tamaño de sus uñas. El cabello lo llevaba recogido en un elaborado moño a la altura de la nuca, y alrededor de este había prendidas unas pequeñas peinas de nácar blanco. Lady Mayer se alisó las faldas y aspiró una bocanada de aire antes de entrar en la sala como si en realidad fuese a enfrentarse al patíbulo en vez de a su propio hijo.

Cuando entró en la habitación encontró a su marido sentado frente a la chimenea en su sillón favorito, uno tapizado en cuero granate, y a su hijo pasando nerviosamente alrededor de la mesa y gritando encolerizado. Respiró de nuevo profundamente, y con su magnífica voz de mezzosoprano habló en voz alta para que su hijo la escuchara por encima de sus maldiciones.

—¡Basta ya, Adam! —le ordenó—. ¿Qué es lo que te ocurre? Desde arriba se pueden escuchar tus gritos.

La voz autoritaria de su madre lo pilló desprevenido y se quedó paralizado. Era obvio que estaba alterada, nunca le había escuchado esa potencia de voz salvo en los recitales. A decir verdad, nunca antes la había visto enfurecida, y eso lo dejó sin habla por unos segundos. Cuando por fin pudo reaccionar se acercó a su madre.

—Buenos días, madre —dijo quedamente antes de inclinarse para depositar un beso en su suave mejilla, pero ella levantó una mano en un gesto inconfundible para que se detuviese.

—He hecho una pregunta y exijo una respuesta.

Lord Mayer se levantó pesadamente del sillón donde estaba sentado, y llegó hasta su esposa que, en ese momento, estaba parada junto a las puertas que comunicaban el despacho con el vestíbulo. La miraba con adoración, no hubiese cambiado a su Rose por ninguna otra mujer, ni por todas las Elizabeth del mundo. Su mujer de pelo oscuro y rostro angelical, y de ojos bondadosos color café, era una mujer que valía su peso en oro. Detrás de su grácil y calmada apariencia se escondía una mujer capaz de amansar a una fiera con su potente voz. No era alta, a penas si le llegaba al mentón, pero aún poseía su estupenda figura, y la amaba y respetaba de corazón. Su vida no valdría nada sin ella, esto lo había aprendido de la peor manera, pero eso era otra historia.

—Buenos días querida —anunció mientras se acercaba a su esposa al tiempo que la besaba tiernamente en la mejilla—. Lo que ocurre es que nuestro hijo no quiere ni oír hablar de su próximo matrimonio y se niega a considerarlo siquiera.

Esa afirmación hizo arquear una fina ceja castaña en el rostro de la mujer, como intentando dar a entender a ambos hombres que ella se esperaba dicha reacción del más joven.

—¿Es eso cierto, Adam? —dijo como buscando confirmación a sus sospechas. Como veía que su hijo no contestaba añadió—. Te he hecho una pregunta, contesta.

—Sí madre —respondió por fin dejándose caer en el sillón que tenía más a mano—. Me niego a casarme.

El padre iba a discutir de nuevo la cuestión con su tozudo hijo, pero se abstuvo de expresar sus opiniones cuando su mujer lo detuvo colocando una mano en el antebrazo y avanzó hacia su hijo negando con la cabeza.

—Muy bien —repuso ella—, nunca me he impuesto a tus deseos, he sido muy considerada en todas tus correrías, pero ya me he cansado. O te casas o me veré obligada a hacer algo que no quiero hacer: renunciar a mi hijo. Por

favor te pido que no me hagas elegir entre mi hijo y mi obligación.

Estas últimas palabras estaban expresadas en un tono muy amargo. Al escucharlas, Adam se quedó paralizado, no quería pensar ni por un solo instante en la posibilidad de verse rechazado por su padre, su hermana, su hermano menor y menos aún por su madre.

Saltó del sillón y se enfrentó a ella,

—Madre, no lo dirá en serio —sí debía decirlo muy en serio pues nunca la había darle la espalda, pero estaba seguro de que esta vez lo haría si él no se sometía al ultimátum lanzado por sus progenitores.

—Lo digo muy en serio, hijo —confirmó lady Mayer—. Tus imprudencias han llegado demasiado lejos y la misma reina ha sido la que nos comunicó la nueva: o te casas lo más pronto posible, o se verá en la obligación de sellar tu salida deshonrosa del ejército y del país... —calló un momento antes de continuar—, y no quiero ni pensar en ese resultado: que mi hijo sea un renegado en su propia patria. —La mirada de Lewis resultó muy elocuente—. En cuanto a esa muchacha... yo hubiese preferido que fuese totalmente inglesa, criada aquí, o por lo menos conocerla, pero gracias a que ninguna familia querría emparentarse con nosotros a través de ti, tu padre y yo hablamos la tía de la muchacha, y ella nos contó que su sobrina, en edad de casarse, aún estaba soltera y no estaba comprometida en matrimonio pese a tener ya diecisiete años —Adam balanceaba la pierna de forma condescendiente—. Así que lo decidimos y tendrás que atenerte a nuestra decisión. Eso es todo, y no quiero ni oír ni una sola súplica, ¿entendido?

La voz de lady Mayer se suavizó al ver la cara contraída de su hijo. Sabía que no le estaba dando ninguna opción. De hecho, no tenía otra opción, ninguno de los presentes la tenían. Ninguna muchacha decente lo aceptaría por esposo. Nadie que conociese su reputación lo querría emparentado con su familia. Incluso las tías del muchacho le habían negado su hospitalidad. Emma Bradford era la única posibilidad de su hijo de ser feliz, o por lo menos de dar un heredero al ducado.

—Entendido —concedió Adam apesadumbrado—, pero, ¿cómo creéis que me siento? Esa muchacha hace un año que fue presentada. Debe de ser muy fea e incluso antipática...

Su madre lo cortó.

—Si es así solo puedo decirte que sería un precio muy justo a pagar por tus correrías anteriores —respondió.

El asunto quedó zanjado por parte de lady Mayer cuando se retiró

dejando en el aire su fresco aroma a jazmines, y el recuerdo de su graciosa figura abandonando la sala con su suave rumor de faldas. Su marido estaba encantado por la reacción de su mujer, aunque él sabía que si el nombre de su hijo se terminaba de ensuciar por lo que suponía la expulsión del ejército, su esposa sufriría más que su hijo por la nueva humillación.

Su suegro, el padre de Rose, había sido expulsado del ejército y por ello, el buen nombre de ellos había caído en desgracia, salpicando incluso al hermano de su esposa que vivía en México en aquel momento y que se había casado con su hermana. Una nueva humillación como aquella acabaría con su esposa, y él se juró que haría todo lo posible porque algo así no volviera a suceder, todo lo posible, aunque para ello tuviese que llevar a su hijo arrastrando hasta el altar.

Adam se dejó caer pesada y nuevamente sobre el sillón que había frente al de su padre. Cogió una botella y un vaso que había en la mesita colocada entre ambos sillones, y se sirvió una buena medida de coñac que vació de un solo trago. Lord Mayer se acercó a su hijo y le palmeó en el hombro.

—Tranquilo hijo, siempre puedes ponerle una funda de almohada en la cabeza cuando le hagas el amor, para no ver su espantoso rostro —se burló, y comenzó a reír a carcajadas al ver la cara de disgusto de su hijo.

Dicho esto, lord Mayer lo dejó solo en la sala mientras continuaba riendo sonoramente, y pensando de veras en que la señorita que iba a convertirse en su nuera, era en verdad un esperpento. Cuando dejaron de oírse las carcajadas de del duque, Adam gritó una maldición e hizo volar el vaso vacío por la habitación hasta que se estrelló contra la contraventana de la única ventana de las tres que aún permanecía cerrada. El vaso que tras el impacto cayó al suelo, quedó hecho añicos.

—Es cosa mala lo que he dicho, pero que me condenen a todos los fuegos del infierno si no me siento terriblemente aliviada —le comentó Rose a su esposo cuando les llegó el ruido de vidrios rotos.

—Es cierto —comentó lord Mayer—, tengo ganas de oír corretear a mis nietos por los pasillos de la propiedad.

—¿Crees que nos perdonará algún día nuestro hijo, Julien?

—Confío de verdad que sí. Y si la hija se parece a la madre, será muy hermosa —enseguida se arrepintió de decir aquello.

Los celos de su mujer salieron a la superficie lanzándole el broche que tenía en la mano.

—Vamos querida, sabes que mi amor es solo tuyo.

—Lo sé —dijo acariciándole la pechera de la camisa y mirándolo a los ojos como si fuese un corderito a punto de ser llevado al matadero—, pero aún me irrita oír el nombre o las alusiones a esa mujer. Nunca te dije lo alegre que me siento de que ella te dejara.

—Yo también querida, yo también. Nunca sabrás cuánto.

Lord Mayer se acercó a su esposa y la abrazó. Un segundo después la besó larga y profundamente.

Capítulo 4

Watford, enero 1892

Un buen fuego crepitaba en el hogar, la marquesa viuda contemplaba la habitación, y al hombre que la acompañaba con una sonrisa resplandeciente. Habían pasado muchos años, pero por fin podía salirse con la suya y asestar un golpe de gracia a las dos personas que más odiaba en la vida. De pronto, la mujer empezó a reír con grandes carcajadas que hicieron eco en la amplia sala. Ni la gran alfombra turca que cubría el suelo, ni las pesadas cortinas de terciopelo verde esmeralda, así como tampoco los pesados muebles de madera de caoba impedían el eco en la sala. El hombre que estaba a su lado la imitó pues sabía exactamente qué era lo que tanto alegraba a su compañera en aquella cálida noche invernal: una carta procedente de Boston donde se le informaba que su sobrina Emma llegaría a principios de marzo, según dicha carta el Tromby llegaría al puerto de Dover el 8 de Marzo con la sobrina a bordo. Tendrían que hacer un largo viaje en carruaje, pero sería el viaje más encantador que hubiese hecho en la vida.

Nuevamente la mujer volvió a reír.

Formaban una pareja extraña. La marquesa era una mujer menuda de cincuenta y ocho años que se conservaba muy bien pues apenas tenía unas pocas arrugas alrededor de los ojos y en los extremos de la boca. Su cabello seguía siendo tan negro como cuando era una jovencita, y sin una sola cana. Su cuerpo seguía siendo grácil sin duda alguna. El hecho de no haber tenido ningún hijo era un punto a su favor. En cambio, el amante era unos veintiocho años más joven, treinta recién cumplidos. Era un hombre un poco más alto que la marquesa y robusto: el vientre lo tenía un poco rollizo por los excesos de comida y de alcohol. Pese a parecer que tenía un carácter afable, debajo de esa capa falsa con la que se vestía, era un ser que tenía una extraña y peculiar noción de la justicia. No siempre estaba de acuerdo con las maldades de su amante, pero siempre la había apoyado en todas sus maquinaciones. Solo una vez se alegró de que una de esas fracasara, aunque se abstuvo de revelarla. La chica salió bastante traumatizada, si bien no dañada físicamente, al menos, no había sido violada como pretendía Anna, aunque la escena que presenció le heló la sangre. La muchachita había clavado un hacha en el cráneo de aquel repugnante soldado a quien había contratado para que la violara. Al final

resultó que mientras el cabrón violaba a la niñera de la chica, esta se abalanzó sobre él hacha en mano, y de un solo y certero golpe, la enterró en la nuca provocándole la muerte instantánea. Anna jamás sabría nada por su boca. Hasta hace una semana, él no sabía que esa chica que casi fue violada en Boston hacía seis años por orden suya, era la sobrina de la mujer con quien él retozaba por las noches. Aquel descubrimiento le heló la sangre como se la heló, cuando después de pagar al viejo asqueroso, se enteró que era a una niña a quien iba dirigido el trabajito. Por suerte para su rara conciencia, la muchacha empleaba sus puños y las armas mejor que hombres adiestrados. Eso la salvó de la violación, pero no de los futuros trastornos mentales que la chica padecería ahora por ello.

De nuevo la risa de la mujer lo trajo al presente.

—No tienes de que preocuparte, hermanita —dijo como si en verdad su hermana estuviese presente—. ¡Oh, no! Adam se casará con tu trastornada hija, esa hija que tanto odia a los hombres. Hace seis años que aguardo mi pequeña victoria, Elizabeth, lo que sí siento es haberme perdido el espectáculo de ese viejo seboso metiéndosela a mi pequeña y encantadora sobrina. Pobrecita, violada con solo doce años. Ojalá hubiera sido ya mujer y hubiese tenido un crío de ese apestoso —los ojos de la mujer brillaron con odio—. Debí haberle gustado desflorarla, y por eso no cobró el resto del dinero acordado —hablaba como para sí misma—. En fin, mejor para mis bolsillos.

La mujer se mostraba desquiciada. Nadie en su sano juicio podría ser tan retorcido como ella: vengarse de la hermana atacando a la hija.

El hombre se alegró de no haberle contado nunca la verdad, él incluso dudaba que la chica lo supiese, estuvo un mes conmocionada por lo ocurrido. Desde entonces, ningún hombre, salvo los de la familia, podían acercarse a ella. Elizabeth había escrito a su hermana contándole lo sucedido en el pasado, y le pedía que la ayudara. Hacía tres meses que le había enviado una carta rogándole que encontrase una solución. La solución que Anna había encontrado le daban ganas de vomitar pues era lo mismo que arrojar a un cristiano al foso de los leones en la antigua Roma. Empujaba a su sobrina inocente a ser la esposa y amante de un hombre que tenía fama de cruel con las mujeres de buena familia, y pese a todo un libertino insaciable.

—Esa idiota de mi hermana creía que iba a salirse con la suya sin pagar un precio —repuso Anna—, pues estoy segura que ya se habrá lamentado lo suficiente. Cuánto me alegro. No solo me quitó la oportunidad de ser duquesa, sino que después se escapó con aquel teniente delgaducho que no tenía donde

caerse muerto —siguió diciendo—. Sí también a él lo odio: fijarse en esa mosquita muerta cuando yo era cien veces más hermosa e inteligente —soltó una risotada—. Pero ahora será la hija de Jason quien sufrirá. Me gustaría estar en la alcoba nupcial la noche de bodas de esos dos. Ver a Adam humillado cuando descubra que su cándida esposa no es virgen, y ver la cara de esa condenada niña cuando él la repudie y la eche a patadas de su lecho y de su alcoba...

La mujer se quedó unos instantes pensativa.

—Ese cabrón lo hizo conmigo, me despreció.

—¿Y si a pesar de todo lo que has planeado, Adam acaba enamorándose de tu sobrina? —le preguntó el hombre—, ¿qué piensas hacer?

Los ojos de la mujer relucieron peligrosos.

—Mataré a su primogénito, pero antes me aseguraré de que él esté dos metros bajo tierra. Deben pagar los dos. Cada humillación tiene su precio. Claro que siempre puedo hacerle dudar de la paternidad de la criatura. Eso sería como una muerte dulce y lenta para él.

—Yo preferiría verle muerto —adujo el hombre.

—Eso querido, no es tan dulce —sonrió acercándose al amante.

—Pero es una forma de acabar con su miserable vida sin hacer mucho daño a la chica —respondió el hombre—. Ella no tiene la culpa de que el tipo sea un vil mujeriego aunque selectivo en sus conquistas, ni que tú guardes tanto rencor hacia tu hermana y la familia de los duques de Herby.

Capítulo 5

Devon, marzo de 1892

Emma se preparaba para bajar del barco que acababa de tocar puerto. Su rostro estaba calmado y su cara sonriente, pero en su interior se agitaba su corazón y su mente deliraban oscuras maldiciones. ¿Por qué le tenía que ocurrir todo esto a ella?, se preguntaba. En dos semanas estaría casada. ¡Qué ironía! Un veintiocho de marzo ella se abría paso a la vida y un veintiocho de marzo, la perdería.

—Mi niña —gritaba la niñera desde el otro extremo del barco—, por fin la encuentro, bajemos a puerto, su futuro esposo debe estar aguardándola allá abajo y no es bueno hacer esperar demasiado a un hombre.

Con esas palabras su niñera la había alterado todavía más.

—¡Qué espere! Ojalá tuviese que esperar toda la vida. Déjeme que respire mis últimos momentos de libertad —su voz sonaba desdichada, y la niñera sintió que un nudo se le formaba en la garganta al ver a su pupila debatirse entre la niebla una vez más. Como aquel día... La señora Hamilton rechazó estos pensamientos y se dedicó a cubrir los hombros de Emma con una capa de terciopelo negro, estaba adornada con piel de castor en los bordes de la capucha.

Emma se levantó la capucha y cubrió con ella tanto su rostro como su hermosa cabellera rubia de hermosos rizos. Su rostro quedaba a la sombra, tal como ella pretendía, de forma que pudiese ver a los demás pero que nadie pudiera adivinar como era el rostro que se ocultaba bajo ella.

—Bajemos ya a puerto, niña. Ya es tarde y su futuro esposo la espera.

Emma se volvió hacia ella, y le dijo con una voz profundamente irritada

—Aún no es mi esposo, Grace, recuérdelo.

—Sí niña —fue la sucinta respuesta de la mujer.

La tarde se estaba cerrando y pronto daría paso a una tormenta. Pese a todo, Emma no estaba dispuesta a mojarse, y por ello accedió a bajar por las escaleras que facilitaban el acceso a tierra firme. Se recogió las faldas por el ruedo y la capa, y se la echó sobre el brazo para no pisárselas en su descenso. Al hacerlo dejó ver parte de sus piernas: unas bien torneadas pantorrillas modeladas por las medias de seda negra, y mostrando unos preciosos zapatos abotinados de cuero negro y cordones que se ajustaban a la perfección a su

delicado y pequeño pie. Cuando estuvieron en tierra firme, un hombre de unos cincuenta o sesenta años se les acercó. Emma lo miró desde la intimidad que le proporcionaba la capucha, y vio a un hombre que le recordó a su padre aunque más bajo y también más gordo. No tenía la ni la fuerza ni el vigor de su padre, pero sí ese porte distinguido que tan bien reconocía Emma en su progenitor.

—¿Señorita Bradford? —dijo el hombre que se acercó a ella—. Es usted ¿verdad?

Ante el asentimiento de cabeza que ella realizó, el hombre prosiguió con su presentación.

—Soy lord Mayer, duque de Herby, el padre de su prometido.

Emma alargó la mano para que se la besara, y en ella no había otra joya más que una sortija de oro con el escudo de la familia de su prometido. La sortija era el anillo de compromiso y había llegado a ella con la carta que enviara su tía Anna.

El hombre cogió la mano que le tendía la muchacha, y, tras besarla, la detuvo para comprobar que ese era el anillo familiar. Emma retiró la mano enseguida, pues no podía soportar aquellas confianzas. El hombre se puso ceñudo ante la imprevista reacción de aquella extraña criatura a la cual no podía verle el rostro. Lord Mayer dirigió a ambas mujeres hacia el carruaje ducal, y ordenó al lacayo que colocara las pertenencias de ellas mientras las mujeres se acomodaban en el interior acolchado. El carruaje era bastante confortable, y el interior, una lámpara lo iluminaba todo dando calidez. Los asientos de un lado y otro estaban tapizados en un azul de suave terciopelo.

Emma se acomodó en la parte posterior y se arrinconó. El aire lo sentía húmedo, y por eso metió sus manos en el manguito de piel de castor que hacía juego con el adorno de su capa de viaje. Su rostro se mantenía oculto y ella agachó la cabeza aún más. A su lado, su compañera de viaje le preguntó algo a lord Mayer el cual se había sentado en el asiento opuesto al que ocupaba esa joven tan extraña que iba a casarse con su hijo. La miraba de vez en cuando con recelo, y su futura nuera curvaba los labios en una sonrisa bajo la capucha de su capa.

Con que estaba intrigado... bien.

—Las llevaré a casa —dijo por fin—. Su tía vendrá en unos días para la boda.

Emma asintió, sacó su mano del manguito y se bajó aún más la capucha, luego volvió a introducir la mano dentro del manguito. Si su actitud parecía

extraña a su futuro suegro le daba igual.

Lord Mayer empezó a pensar que tal vez su hijo tuviese razón y esa muchacha fuese en efecto una visión poco agraciada para las personas. En fin, no quería ser cruel con la muchacha pues quizás ella tuviese otras cualidades.

—Siento que mi hijo no haya podido venir a recibirla en persona, pero está ocupado en asuntos del ducado. Tendrá sin embargo, la compañía de mi hija Victoria. A ver si usted pueda hacerla desistir de esa loca idea de hacerse monja y para que acepte al hijo del conde de Margate.

Emma apenas habló en todo el camino, los nervios le corroían el alma. Solo pudo articular, en todo el trayecto que duró dos horas, algunas palabras y fueron dirigidas a lord Mayer. La voz de Emma sonó como música cuando le preguntó a su suegro si quedaba mucho. Su voz melodiosa y dulce le hizo abrigar esperanzas con respecto al aspecto físico de su nuera. El sabía que la apariencia no era lo más importante, pero para su hijo parecía serlo.

Cuando llegaron a la casa, Emma fue conducida a las estancias que le habían destinado para que descansara. Todos en la casa se sintieron preocupados e incómodos ante la presencia de joven tan rara, que ni en el calor de la casa se había dignado a descubrirse el rostro.

Después de que la joven se retirara a su habitación, y tras disculparse diciendo que estaba cansada, todos se miraron y nadie se atrevió a decir las palabras que todos pensaban acerca del aspecto de ella. A nadie le quedaba ya la mínima duda de que la muchacha era... poco agraciada.

Emma llegó a su habitación y se sentó pesadamente en la cama. Miró a sus alrededor y lo que vio le gustó mucho. Era una habitación grande y espaciosa. Los muebles eran de caoba cuyo aspecto le decían a la muchacha que eran muy pesados. La cama era más grande de lo normal si se consideraba que en ella solo iba a dormir una persona. La habitación estaba pintada de blanco, pero estaba decorada con tela cuyo estampado era de flores en un fondo rosa, las flores en tonos más oscuros de rosa, malva, verde y azul. Un hermoso edredón de raso al igual que las cortinas vestía la cama. Una mesita redonda llevaba una falda de igual tela y estaba colocada en un rincón de la habitación con un florero lleno de rosas rojas y blancas. Tras un biombo de madera de caoba estaba la gran tina de bronce, algo que le pareció gracioso, una tina a finales del siglo XIX. Siendo tan prósperos lo normal es que tuviesen un baño en condiciones, no un mueble tan anticuado como ese.

Junto a la cama había una mesita de noche con una piedra de mármol, y sobre esta una lamparita y un maravilloso joyero de cristal tallado. El armario

estaba a un lado de la habitación frente a la ventana. En la pared del fondo, a los pies de la cama, había un tocador con un espejo ovalado sobre él. El tocador tenía también una piedra de mármol blanco con vetas grises. Estaba convencida de que ambas piedras habían salido de la misma roca pues eran exactamente iguales. Y algo que le llamó mucho la atención: el cabecero de la cama estaba entelado de un color malva, un tono que hacía juego con el de las flores del estampado de la cortina, aunque la cama no tenía dosel.

La doncella había preparado la bañera con agua caliente para que Emma tomara un baño. Antes de que la muchacha pudiera retirarse, Emma le dijo que le subiera una bandeja con algo para comer pues se encontraba demasiado cansada para bajar a cenar.

Cuando la doncella se hubo retirado, Emma pidió a Grace que le ayudara a desvestirse. Cuando se quedó solo en camisa se sintió aliviada por poder deshacerse del estúpido corsé y del pesado traje que la inmovilizaba. Se fue tras el biombo y se deshizo de su última prenda antes de meterse en la tina de agua caliente y perfumada.

Cuando la doncella volvió a entrar no la vio, solo escuchaba los sollozos entrecortados de la muchacha que estaba dentro de la tina tras el gran biombo que la ocultaba de la vista de los demás.

—Señorita, aquí tiene su cena, ¿necesita algo más? —preguntó la doncella en un susurro.

—No gracias —contestó Emma—, puede retirarse, y, por favor, llámame por mi nombre, conmigo no quiero formalismos de ninguna clase, no estoy acostumbrada a ellos. ¿Podría decirme a qué hora es el desayuno? No me gustaría llegar tarde.

—Sus Excelencias acostumbran a desayunar a las ocho.

—¿A las ocho? —exclamó asombrada—. ¡En casa lo hacíamos a las seis y media! Pero bueno, supongo que tendré que acostumbrarme a los nuevos horarios. Puede irse, gracias.

La doncella se fue dejándola confundida. Hasta ahora, había conocido a todos los de la casa menos... menos a él. Aún no conocía al hombre que iba a ser su esposo por obra y gracia de su madre y de su tía.

—Seguramente es tan feo —pensó la muchacha al tiempo que arrojaba la esponja contra el agua y levantándose—, que no ha querido salir para que no me asuste y salga corriendo.

Se envolvió en una toalla y salió de la tina. Su larga cabellera de rizos rubios se le pegaba al cuerpo. Se sentó ante el tocador con la toalla

envolviendo su cuerpo, cogió un cepillo nuevo que había sobre el mismo, y comenzó a desenredarse el pelo, al principio con brusquedad, pero poco a poco fue haciéndolo despacio mientras admiraba el juego de tocador de cristal tallado que había sobre el exquisito tocador.

Cada pieza era de una hermosura sin igual.

Cuando terminó de secarse el cabello, se quitó la toalla húmeda del cuerpo y se pasó por la cabeza un camisón de fino algodón blanco, y sobre este, una hermosa bata de terciopelo azul con cuello y puños de encaje bordados en hilos blancos y celestes. Se sentó en la mesa donde la muchacha había dejado la bandeja con su cena y se lo comió todo en completo silencio.

«Dios mío estaba famélica», se dijo satisfecha.

Jamás había probado ese tipo de asado, llevaba una salsa de lo más deliciosa y el pan estaba exquisito. Lo único que no probó fue el vino... ya anunciaría a sus anfitriones que ella no tomaba ninguna clase de licor. Poco después se arrojó sobre el blanco colchón de plumas mirando hacia el techo, y se quedó dormida.

Los suaves mechones de pelo dorado se esparcían por todo el lecho.

Un ruido de voces ahogadas la despertó a las dos de la madrugada. Tenía mucha sed pues nunca había probado un asado con tanta sal. Buscó un poco de agua pero en la alcoba no había ni un vaso. Se ajustó la bata a su cuerpo y se recogió el pelo bajo la nuca con un lazo que sacó del bolsillo de la bata. Salió silenciosamente de la habitación sin hacer ruido, bajó las escaleras, y se dirigió hacia donde creía que estaba situada la cocina, pasó muy cerca de donde procedían los murmullos de voces. La puerta tras la que estaban dos hombres estaba entreabierta, y desde donde Emma estaba observando pudo ver a lord Mayer hablar con otro hombre que estaba de espaldas a ella. Emma no sabía quien era el desconocido, además no podía verle el rostro, solo podía ver su elevada estatura, unas recias espaldas que la suave camisa de batista no lograba disimular, y un pelo negro brillante bien recortado en la nuca. Emma sabía perfectamente que no estaba bien escuchar conversaciones privadas tras una puerta, pero su curiosidad no la dejó irse cuando escuchó que se referían a ella. ¿Por qué un desconocido hablaría de ella con su futuro suegro? Emma aguzó entonces el oído para hallar el motivo de esa conversación.

—No puedo entender qué interés puedes tener para que cometa esta locura —dijo el desconocido.

La voz grave del hombre hizo que un escalofrío le recorriera la columna vertebral. Esa voz era profunda y tenía un matiz de desesperación.

—Escúchame hijo —interpeló el duque.

Ante esas palabras, Emma se sobrecogió. ¡Era él!, era su prometido el que hablaba con lord Mayer. Emma se quedó allí donde estaba, escuchando la conversación, y sin perderse ni un detalle del intercambio de palabras.

—Es lo mejor que puedes hacer tanto por tu bien como por el nuestro, la gente murmura y no es bueno para el ducado que a tu edad sigas soltero, además, ya oíste lo que la reina le dijo a tu madre y lo que tu madre te dijo a ti: necesitas una esposa, un hogar, y no la vida disoluta que llevas. Tu madre y yo ya lo hablamos, tú lo sabes desde hace tiempo y te casarás con esa chica aunque yo mismo tenga que llevarte a punta de pistola hasta el altar.

—¿Ha llegado ya? ¿La has visto? ¿Cómo es? —todas las preguntas las hizo seguidas sin tomar aire para respirar, y lo hizo en tono de voz despreocupado.

Lord Mayer miró a su hijo y no se atrevió a confirmarle sus sospechas simplemente asintió.

—Sí, ya ha llegado. Lo hizo esta tarde pero no sabría como describírtela. Ninguno le vimos la cara. Venía envuelta en una capa negra, y ni siquiera tuvo la delicadeza de bajarse la capucha.

—Santo cielo, debe de ser horrenda, quizás incluso tenga cicatrices, por cierto que me han llegado rumores de que es un marimacho que se ha visto envuelta en más de una locura. ¿Cómo habéis podido hacerme esto? Creo que me iré y no volveré hasta el día del compromiso.

Emma seguía allí, sin poder verle la cara, ahora él estaba sentado en el sillón de piel y lo único que podía reconocer era su potente voz. La cabeza le daba vueltas, se sentía cansada del viaje y con ganas de volver a la cama pero la curiosidad era más fuerte que ella. De repente, él se irguió en toda su estatura demostrando a Emma cuanto poder emanaba de él. La camisa y los pantalones se ajustaban perfectamente a su cuerpo varonil y ella tuvo que esconder un gemido. Al percatarse de que podía ser descubierta, corrió a esconderse en el hueco de las escaleras. El heredero acababa de anunciarle al duque que regresaría a la casa una semana antes de la boda.

Desde su improvisado escondite, vio como de la sala salía un hombre que se ajustaba la capa al cuello. Emma contuvo el aliento y esperó. No pudo verle el rostro, pero observó como se retiraba jurando entre dientes al tiempo que se alejaba y salía por la puerta trasera.

Afortunadamente no la había visto.

Cuando lord Mayer cerró la puerta para encerrarse en la sala, Emma

salió de su escondite y corrió a mirar por la ventana, en ese momento vio como un jinete salía al galope de las cuabras en un caballo pardo y se adentraba en la oscuridad. Se retiró entonces de la ventana y subió a toda velocidad las escaleras para encerrarse en su habitación donde, una vez a solas, se deshizo de la bata y se metió en la cama cubriéndose hasta la barbilla con la gruesa colcha. Cerró los ojos para intentar dormir, pero sólo podía verlo a él, lo poco que de él había visto pero que recordaba con total nitidez. Recordó perfectamente el poder que exudaba su persona, y se estremeció sin poder evitarlo, el corazón le dio un vuelco, y sintió una sensación muy extraña en la boca del estómago, jadeaba como si le faltase el aire.

¡Qué diantres le ocurría!

Agitó varias veces la cabeza para borrar esa imagen de su mente, pero no lo consiguió. Se dio media vuelta en la cama y metió la cabeza bajo la almohada. Tenía que dormir o por la mañana parecería un fantasma. Empezó a moverse en la cama pues no podía conciliar el sueño. Miró hacia el reloj de bronce que había sobre el tocador y comprobó que eran las tres de la madrugada, pero continuaba demasiado nerviosa para poder conciliar el sueño. La imagen de su prometido la perseguía, y para más inri recordaba todas y cada una de sus palabras. El recuerdo de esa voz y el efecto que provocó en ella la hacían sentirse muy viva, y por primera vez no supo qué pensar de ese viaje.

Era algo increíble, desde luego, no sabía a qué se debía todo aquello, pues ella había rechazado a todos y cada uno de los hombres que habían pretendido su mano. Recordaba a muchos de ellos pero ninguno la había hecho estremecerse de pies a cabeza como aquel que se había marchado aquella noche de la casa donde viviría el resto de su vida.

Capítulo 6

Acababan de dar las siete y media, Emma estaba aún medio dormida cuando la doncella entró en la habitación. Ella seguía con la cabeza bajo la almohada y el rostro hundido en el mullido colchón de plumas, la sirvienta no se atrevió a retirarle la almohada a la joven.

—Señorita —dijo la joven—. ¿Desayunará usted con los señores?

Emma, que no podía dejar que la doncella la viese con los ojos hinchados por la mala noche pasada, y por ver como su vida se destrozaría, le dijo que bajaría dentro de unos minutos pero sin asomar la cara.

La doncella salió intrigada de la habitación. Tampoco en esa ocasión había podido ver el rostro de la futura señora de la casa. La muchacha bajó las escaleras y se dirigió al comedor. Los señores aguardaban a que se les sirviera el desayuno.

—La señorita anunció que bajará a desayunar con los señores —comentó la criada mientras se inclinaba ante su señora.

Los duques se miraron y preguntándole los dos al unísono como era la muchacha.

—No lo sé —respondió la doncella estrujándose nerviosamente las manos y enrollándose el delantal al mismo tiempo—. Cuando entré tenía la cabeza entre las almohadas y no pude verle el rostro. Sin embargo, la habitación está muy ordenada y no hay nada por el suelo. Discúlpenme —dijo sonrojándose—. ¿Puedo retirarme?

Lady Mayer asintió con un leve movimiento de cabeza, y la muchacha se retiró silenciosamente.

Al mismo tiempo, en la habitación de arriba, Emma abría el armario para extraer un vestido de color azul topacio. En ese momento sonó un golpe seco tras la puerta, y a continuación una voz femenina y joven.

—Hola, soy Victoria. Me preguntaba si después de desayunar te gustaría dar un paseo a caballo.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Emma.

—Me encantaría —exclamó pensando que al menos tendría una excusa para ponerse pantalones y no esos pesados vestidos con los odiados corsés.

—Está bien, nos vemos abajo —dijo Victoria ceñuda mirando contrariada hacia la puerta que seguía cerrada a cal y canto.

Se preguntó si realmente sería tan fea para que la mujer no le abriera la

puerta y dejar que la mirara por primera vez.

Emma descartó el vestido arrojándolo contra la cama. Se lavó la cara en la jofaina y se pasó por la cabeza una camisa de hilo blanco con puños de encaje, se puso unos pantalones negros que se ajustaban a sus suaves curvas femeninas. Se calzó unas botas de cuero con espuelas que le llegaban a las rodillas. Luego se puso una chaqueta roja de montar como abrigo. De uno de los cajones del tocador sacó una cinta negra, y, tras cepillarse lentamente el pelo, se lo trenzó bajo la nuca. Seguidamente cogió un par de guantes de piel de cabritilla, y se los metió bajo el ancho cinturón de cuero que sujetaba el pantalón, también enganchó la fusta.

Bajó lentamente las escaleras. Tenía un aspecto increíble pues sus ojos azules brillaban mucho aquella mañana de marzo, y la trenza de cabello dorado se balanceaba tras su espalda al caminar con su característico andar decidido. Resuelta, pero con una tímida sonrisa entró en el comedor donde la esperaban los tres miembros de la familia del que iba a ser su esposo.

—Espero no llegar tarde —dijo desde el umbral de la enorme puerta de madera, la cual tenía abiertas de par en par ambas hojas.

Las tres personas que había en el interior se quedaron sin respiración. Los enormes ojos azules resplandecían en una cara de ángel, y su cabello, del que se habían desprendido un par de mechones, caían sobre un rostro que tenía una extraña característica de belleza salvaje, y que era capaz de dejar al hombre más mundano sin palabras. Sus bien formados senos se dejaban notar bajo la tela de la camisa y la chaqueta. Los pantalones se ceñían a su estrecha cintura como una segunda piel gracias al cinturón. Los guantes y la fusta que colgaban del mismo no hacían sino acentuar aún más las suaves y redondeadas caderas.

—¿Ocurre algo? ¿No es adecuado mi vestuario? —preguntó con suave acento de las colonias, y sorprendida por lo que ocurría a su alrededor.

A la joven lady Mayer se le había volcado la taza de café sobre el prístino mantel, lord Mayer la miraba embobado como si no hubiese visto antes una mujer, y a su futura suegra se le veía el rostro contraído con una mueca de incredulidad.

Cuando al fin entró en el comedor vio una amplia sala con unas grandes cristaleras que comunicaban el comedor con el jardín, a través de los cristales entraba la luz del sol. Las cortinas de aspecto pesado y color beige estaban corridas para permitir la entrada de la luz. Una enorme mesa con mantel blanco estaba dispuesta para el desayuno en el centro de la habitación frente a

la puerta, en una pared había una enorme chimenea. A izquierda y derecha vio largos aparadores que contenían las bandejas del servicio. Por las cristalerías se podía ver la gran cantidad de macetas que había en el suelo tras los cristales, pero lo que seguía ocurriendo en la sala del desayuno captó toda su atención. La muchacha que servía, había derramado el contenido de una tetera sobre el mantel, muy cerca de donde estaba sentada la joven, que recordó que se llamaba Victoria. Le pareció una criatura de rostro angelical que llevaba los cabellos negros recogido en un moño bajo, e iba vestida con un traje de amazona de terciopelo azul. Lord Mayer se había atragantado con el café y tosía espasmódicamente, la duquesa seguía mirándola de forma extraña y Victoria reflejaba en su mirada destellos ambarinos de incredulidad. Todos la miraban sin pronunciar palabra.

¿Qué les sucedía?

«¿Esta es la prometida de mi hermano? ¿La que él dijo a los cuatro vientos que debía de ser horrorosa?», se dijo Victoria sin poder dejar de admirar a la que se convertiría dentro de unas semanas en su cuñada.

Lord Mayer no creía que la hermosa muchacha que tenían ante sus ojos no hubiese encontrado esposo. Sin lugar a dudas no era su apariencia física lo que los hacía apartarse de aquella encantadora criatura. ¿Quizás es que ella poseía un genio tan vivo como el su propio hijo? ¿Sería eso posible? Si fuese así agradecería mil veces a Dios por su suerte. Tenía que ser algo así, pues lord Mayer no podía hallar otra explicación. Ya le estaban entrando ganas de ver a esos dos juntos en la misma habitación pues estaba convencido de que iban a saltar chispas.

—Señor... —dijo Emma serenamente interrumpiendo los pensamientos del duque—, si no soy bienvenida a su mesa puede decírmelo y abandonaré ahora mismo su comedor, y, si su Excelencia lo desea, también su casa.

—Nada de eso criatura —habló rápidamente lady Mayer que había permanecido tan silenciosa como los demás—. Ven, siéntate aquí —dijo señalando una silla vacía junto a ella—, lamento que mi hijo no esté aquí para conocerte, aunque lo hará en el baile de compromiso mañana por la noche.

Lady Mayer pensó que la muchacha era encantadora y que tenía un pelo precioso. Sonrió al pensar que su hijo iba a quedar boquiabierto cuando viera a su prometida. Giró el rostro porque temía soltar una carcajada al pensar que no había necesidad de taparle la cara con la funda de una almohada cuando estuvieran en la intimidad de la alcoba. Rose se sonrojó por sus propios pensamientos, pero sonrió cálidamente a la muchacha que se acercaba con

paso firme pero con estilo ciertamente femenino.

El desayuno transcurrió en una atmósfera familiar que a Emma le trajo recuerdos de su propia familia. Ellos estaban tan lejos... si al menos Stephen o Andrew estuviesen con ella, ¡sus queridos hermanos! Stephen tenía el cabello como el trigo en el verano y los ojos de un azul atardecer, con sus extraños corte de pelo, y que le daban un aire encantador, lograba que las mujeres cayeran rendidas a sus pies. Stephen Michael Bradford era ciertamente un hombre muy atractivo, encantador, pero con un genio más fuerte que el de Jason si daba el caso. Y Andrew... Andrew Miles Bradford, con su mirada gris y pelo rizado, era su debilidad. Solía dejarse el cabello demasiado largo, y como consecuencia discutía por ese motivo con su padre al que no le parecía apropiado un cabello tan largo sirviendo en el ejército. Al final siempre se salía con la suya. ¿Quién no podía hacerle caso? Sólo Emma le había ganado algunas discusiones en alguna ocasión. Pensó en su padre y su corazón se llenó de añoranza.

Jason la adoraba, y siempre cedía en sus gustos y caprichos. Emma sonrió al recordar a sus dos amados hermanos. Si ellos estuviesen aquí...

—Emma —dijo Victoria con voz suave y sacándola de sus pensamientos—. ¿Estás lista?

—Sí, por supuesto —respondió Emma arrojando la servilleta sobre el mantel y saliendo tras su cuñada de la casa por las cristaleras del comedor que acertaba el camino hacia los establos.

—¿Son cómodos? —preguntó Victoria señalando los pantalones que Emma llevaba puestos.

—Por supuesto. Son mucho más cómodos que esos pesados vestidos que inmovilizan y que no te dejan moverte, y de esos apretados corsés que apenas si nos dejan respirar. Deberías probarlos —le aconsejó.

—No creo que me atreviese a usar algo tan escandaloso. Mi madre me mataría, y yo... y yo me sentiría desnuda —Victoria sonrió—. Imagino que preferirás silla masculina —concluyó Victoria.

Emma asintió con una sonrisa y ambas muchachas se dirigieron a los establos. Una vez allí el mozo ensilló un magnífico caballo pardo castrado, y una hermosa yegua de fino pelaje negro. Los dos eran ejemplares sin igual. Emma reconoció enseguida que la persona que los había comprado entendía mucho de caballos.

—Magnífica yegua —dijo en voz baja acariciando el cuello del animal.

—Sí, mi hermano Adam sabe lo que compra, esa se llama Raisha. Y este

es Alazhan —dijo mientras el mozo la ayudaba a subirse a la grupa del semental.

El paseo fue magnífico, después de seis semanas en el interior de un barco, sentir la libertad a lomos de una yegua como Raisha resultaba muy gratificante. Emma miró hacia la que iba a ser su cuñada descubriendo que era muy hermosa. ¿Por qué querría hacerse monja una mujer como ella?

—Victoria —la llamó Emma—, sé que acabamos de conocernos, pero por causas que aún no entiendo he acabado o voy a acabar casándome con tu hermano. Me gustaría preguntarte algo —interpeló la chica al tiempo que detenía el caballo—, aunque sé que es algo personal y que no tengo derecho a preguntarte nada.

Victoria refrenó a su montura y miró hacia la rubia.

—Puedes preguntar lo que quieras, hazlo con total confianza.

—Llámame Emma, por favor —le señaló la joven —prefiero que me llames así. Como todos en mi casa.

Victoria asintió. Emma no estaba muy segura de eso por ello enfrentó abiertamente la mirada de Victoria

—¿Sea lo que sea? ¿Aunque sea muy personal?

Victoria la miró con total franqueza en la mirada.

—Por supuesto, recuerda que muy pronto seremos hermanas. Además será un cambio agradable, de tener dos chicos brutos como hermanos voy a pasar a tener dos guapos y maduros hermanos y una encantadora y hermosa hermana... siempre me he sentido un poco sola al ser la única chica.

Emma no se esperaba esa respuesta, lo que más atención le llamó fue el hecho de que dijese que tenía otro hermano, claro que no debía sorprenderse pues ella misma tenía dos...

—Bueno... ¿qué querías saber?

Emma tragó saliva de pronto, lo que quería preguntar no le parecía adecuado. Mejor que se hubiese callado.

—Tu padre me animó, cuando veníamos en el carruaje, a que lograra convencerte para que desistieras de la idea de entrar en un convento ¿por qué? Eres muy hermosa, y estoy segura que algún hombre te querrá por esposa... ¡qué digo un hombre! Seguro que tienes a más de una docena babeando por ti.

El rostro de Emma se puso encarnado. Ella misma no quería un hombre en su vida, y aconsejaba a otra para que lo tuviera.

Victoria sonrió cuando oyó lo que dijo. Pero no solo se limitó a sonreír... al cabo de unos segundos estaba riendo a mandíbula batiente haciendo que su

caballo piafara.

—La verdad es que no pretendo hacer tal cosa pero debes prometerme que no se lo dirás a nadie.

La rubia asintió y Victoria prosiguió con sus confidencias con un brillo casi maquiavélico en la mirada.

—Solo es un pretexto, querida cuñada, hasta encontrar al hombre adecuado. Sí, es cierto que algunos hombres han pedido mi mano, para ser exactos, han sido siete pero ninguno de ellos me gusta. Yo solo busco un verdadero hombre como mis hermanos aunque no tan rudos, no quiero en ningún caso un petimetre afeminado de la corte como los que me busca papá o un hombre tan viejo como los dos candidatos de mi madre, uno de ellos era casi tan viejo como mi abuelo...

Sus carcajadas retumbaron en todo el parque que rodeaba a la propiedad de los duques.

—Dios mío —se atrevió a confesar—, el hombre tenía cincuenta años. Yo quiero un hombre joven, fuerte y con carácter, y a ser posible bien parecido, aunque esta última no es condición fundamental —volvió a reírse de su propia broma—. Sé que pido demasiado y que quizás no exista un ejemplar como éste, pero aún soy joven...

La rubia miró con nuevos ojos a la morena, sus ojos azules evaluaron lo que veían. Sería una buena candidata para su hermano, si es que alguna vez volvía a ver a Stephen, no obstante, con una sonrisa maliciosa en sus llenos labios y alzando una ceja declaró con alegría...

—Has descrito perfectamente a mi hermano Stephen —dijo inclinándose sobre el animal para darle unas palmaditas en el cuello con su fina mano enguantada en suave cuero—. Claro que él no es tan joven. Tiene ya treinta años y no entiendo por qué no se ha casado aún. Mi hermano Andrew ya es padre de una niña y él ni siquiera se ha comprometido. Dice que busca a su ninfa del bosque. Sinceramente, creo que está loco aunque no tanto como yo —dijo volviendo a arquear su fina ceja en incorporándose en la silla de montar para otear el horizonte.

La pícara sonrisa que floreció a los labios de la rubia fue contagiada a la morena en menos de un segundo.

—¿Tú estás loca? No me lo parece —contraatacó Victoria —Más bien creo que tu problema es que te encierras en ti misma y no te abres al mundo, lo digo por como entraste anoche en casa; todos empezamos a creer que Adam tenía razón. Ah, no me interpretes mal —continuó rápidamente Victoria cuando

vio la confusión que Emma reflejaba en su rostro—. Es solo que ... en fin, no entendemos cómo has aceptado este compromiso y la razón que daba mi hermano era casi aceptable. Ja ja ja

Toda la respuesta que obtuvo de su futura cuñada fue un ligero alzamiento de hombros.

Emma se dijo que ella no había aceptado nada, que la habían obligado por un estúpido asunto del honor. Pero estaba convencida a no rendirse jamás ni a doblegarse ante ningún hombre. Giró su yegua y la espoleó, al momento esta salió al galope camino a los establos.

Jamás se doblegaría por mucho que el simple sonido de su voz bastase para crearle esa sensación de ahogo en el pecho.

Capítulo 7

El día del compromiso llegó.

Emma estaba muy nerviosa, sólo hacía tres días que había llegado a Inglaterra, y salvo por ese paseo a caballo que dio con la joven Victoria, ella no había salido de la casa, solo algunos paseos por el jardín y siempre acompañada por su niñera. La señora Hamilton había estado junto a ella desde que era pequeña, pero en esos dos días solo la veía en sus cortos paseos por los jardines y siempre estaba nerviosa; sobre todo esta mañana. Emma le había preguntado qué le pasaba pero la señora Hamilton no hablaba de ello, sin embargo, Grace estaba muy preocupada por su pupila. Hoy era el día que se anunciaba su compromiso y la boda sería una semana después, justo el día que ella cumplía los dieciocho años.

Grace estaba confusa. Su pupila se estaba tomando con demasiado calma todo este asunto, y temía que estallase en el momento más inoportuno. No se la imaginaba aceptando la situación tan mansamente por dos razones, la primera, porque no estaba en su naturaleza el ser dócil, y la segunda, porque había estado presente cuando su madre le informó de su decisión y el estallido de cólera que le había dado fue de lo más... impresionante. Sí impresionante era la palabra que mejor lo describía.

Emma daba vueltas por la habitación, se retorció las manos mientras la doncella trataba de tranquilizarla y de terminar con el peinado. Emma pensaba que esa noche se iba a prometer con un hombre que ella no conocía. De repente se le vino a la memoria otro hombre, uno que había irrumpido desastrosamente en su vida seis años atrás. Estaba muerto, eso le habían dicho, pero ¿quién lo había matado? No podía recordar, no obstante, una sensación de tener las manos manchadas de sangre siempre la asediaba cuando trataba de recordar. No le gustaba recordar ese día, solo recordaba vagamente el miedo, el dolor y la furia. Estaba subida en un árbol y el hombre la llamaba cuando de pronto apareció su nodriza, desde allí pudo ver como ese horrible hombre pegaba a Grace en la cara con el puño cerrado, la tiraba al suelo y le subía las faldas. Impotencia. Sentía impotencia, porque se quedó congelada mirando la escena y sin poder si quiera gritar. No recordaba nada más solo volvió a reaccionar cuando vio al hombre muerto a sus pies. Cómo había bajado ella del árbol, no lo recordaba, como apareció el hombre muerto a sus pies tampoco.

Un golpe seco en la puerta la sacó de sus pensamientos y corrió a abrir para ver quien era. Cuando abrió la puerta se quedó sorprendida, ante sí tenía a la viva imagen de su madre pero con el pelo negro algo entremezclado de gris.

—No me mires así, no soy un fantasma —dijo la mujer.

Su voz sonaba agriada, era una mujer muy desagradable pese a la enorme belleza que debió ser cuando era joven. No tenía ni una sola pequeña gota de la dulzura de su madre.

—Soy tu tía Anna, viuda de Doyle, y me alegro de que por fin haya salido algo a mi gusto. Eres muy bonita —dijo empujando a la chica para entrar en la habitación

La mujer sonrió ladina. Que su sobrina fuera tan guapa incrementaba la dulzura de su venganza. Iba a ser muy desgraciada con el próximo duque, por muy hijo de Julien que fuera. El heredero era un demonio que haría a su sobrina inmensamente desgraciada. Había estado esperando el momento durante treinta y dos años, y por fin iba a saborear la victoria. Pensaba emborracharse con brandy porque iba a descansar al fin pues su trabajo estaría finalizado.

Anna se quedó solo unos minutos en la habitación de su sobrina, luego bajó al salón donde los invitados empezaban a llegar.

El salón estaba magníficamente decorado. Había jarrones con rosas blancas y rosadas, la comida sería excelente, y por fin aquel estúpido de médico militar iba a saber que con Anna, viuda de Doyle, no se jugaba. Había tenido que maniobrar muy deprisa para hacer que la reina indujera a Adam a tomar esposa y... con su adecuado tacto, había convencido a Julien de que su querida sobrina era la adecuada. Si aquel hombre que ella contrató hace seis años no había podido llevar a buen fin su tarea para arruinar la reputación de su sobrina, ciertamente este la haría terriblemente desgraciada. Y en cuanto a él... le había hecho perder una buena cantidad de dinero hacía dos años, pero era ínfimo comparado con el dolor que le había asestado al matar a su hijo. ¡Era su hijo!, a pesar de que nadie lo sabía, era su hijo, y había muerto por una ramera, y se alegró de que la furcia hubiera obtenido su merecido.

Todos ignoraban que ella había tenido un hijo, y que ese hijo no era de su marido sino de un hombre que también había muerto. Él no llegó a saber pues murió antes de que ella pudiera decírselo. Avergonzada se fue de viaje y cuando regresó, lo hizo sola. Su hijo se lo había entregado a la mujer que la asistió en el parto. Dieciséis años después, al morir esa estúpida mujer, tuvo

que hacerse cargo del muchacho a quien tuvo acogido en la casa debajo de las narices de su esposo sin que jamás sospechara nada. No era que quisiera a ese estúpido crío pero era su hijo, además era también un buen pretexto para odiar aún más al futuro marido de su cándida sobrina.

Se terminó el jerez y dejó la copa sobre una de las mesas. Poco después se reunió con un grupo de amigos. Hablando con ellos se encontraba cuando el flamante prometido hizo su aparición. Se acercó a saludarla y ella lo recibió con lo que esperaba fuese una cálida sonrisa.

Todos en el salón de baile se preguntaban donde estaba la prometida, y porqué no hacía acto de presencia de una vez por todas. Arriba, la joven se paró ante un espejo cuando le avisaron que su prometido acababa de llegar y que la aguardaba ansioso. Llevaba el pelo recogido hacia atrás en una cola alta. Los mechones de pelo estaban rizados y entre los rizos había numerosas y diminutas flores blancas y azules. Su vestido era blanco de encaje, pero la falda llevaba bajo el encaje unas enaguas de seda azul clara que hacía juego con sus ojos. El cabello dorado estaba más brillante que nunca, en su dedo llevaba el anillo de compromiso, y en el cuello un magnífico collar de pequeñas perlas con un zafiro que hacía juego con los pendientes.

El ajustado corsé le hacía resaltar sus bien formados y jóvenes senos y ajustaba su cintura hasta parecer la de una avispa. Sus ojos tenían aquella noche una luz especial que la hacía parecer aún más radiante. Nadie suponía que bajo esa apariencia latía un corazón lleno de dudas y resentimiento, de rencor y a la vez de compasión. Si al menos uno de sus hermanos pudiera estar allí aquella noche, todo le resultaría más fácil.

Comenzó a caminar por el oscuro pasillo hacia la luz que provenía del salón que estaba justo al final de la escalera por la que tenía que descender. Estaba tan nerviosa que seguramente caería rodando por ellas. Tuvo que detenerse, las piernas no le respondían, se aferró a la barandilla para no perder la compostura, y respiró profundamente.

Poco a poco pudo oír como el murmullo de voces se iba apagando y la vista de los presentes se centraban en ella, aquella hada salida del bosque. Emma no fue consciente de todo eso, solo tenía ojos para el hombre que acompañaba a su futura cuñada.

Tenía el pelo oscuro y la piel curtida por el sol. Iba vestido con uniforme de gala. El corazón de la muchacha dio un vuelco al sentir el poder que emanaba de su cuerpo que la atraía como un imán atrae al metal. La piel se le

erizó y un escalofrío le recorrió la médula espinal. Abajo, Victoria le dio un pequeño tirón de la chaqueta y le indicó con un gesto de cabeza hacia donde tenía que mirar. El hombre se giró y fue cuando las miradas de ambos se cruzaron. Poder, seducción, orgullo, pasión, todo eso y más prometían los duros ojos negros que estaban fijos en los suyos.

El corazón de la chica se aceleró, pero ella se quedó paralizada al sentir como esos profundos ojos negros dejaban sus ojos y recorrían su cuerpo de arriba abajo como si fuese mercancía para comprar. Contuvo el aliento ante la inspección de él y se sonrojó cuando vio que su mirada se centraba en sus senos. No pudo evitar su sonrojo. La estaba desnudando con la vista. Sentía como el poder que de él emanaba penetraba en su cuerpo, podía sentir como la desnudaba y escrutaba su mente. Como acto reflejo se escudó en su genio, entornó los ojos pero no pudo moverse lo más mínimo.

Abajo el hombre estaba extasiado por la visión, no podía creer en lo que sus ojos veían. Debía ser el agotamiento que le estaba haciendo ver visiones, no podía haber una mujer como aquélla. Esta no podía ser su prometida, no podía tener tanta suerte, y de tenerla, algún defecto muy grande debía de tener cuando nadie se había casado aún con ella. ¿Quién era la venus que tenía ante sus ojos? Sin duda alguna era un manjar de dioses el que acababan de poner ante sus ojos. Si era ella... debía ser prudente y andar con pies de plomo. No podía permitirse esa vez perder algo más que dinero.

Emma no podía moverse, por suerte Victoria subió las escaleras, la asió del brazo y la ayudó a bajar.

—Te has vestido a conciencia. Tienes a todos los hombres envidiando a mi hermano. El escote es un tanto atrevido, no obstante la tela es de ensueño.

Los ojos de la joven seguían fijos en él y los de él en los de ella, como si lo que ambos vieran fuese un espejismo y temiesen parpadear y romper el hechizo, como si la mirada que ambos se sostenían fuese más allá: como si traspasase el corazón de ambos y creara un vínculo que siempre los mantendría ligados.

El hombre se acercaba. No podía creerlo si su prometido andaba por allí y veía la escena... no quería pensar, no podía pensar.

La voz de Victoria le llegó como un lejano susurro.

—Te voy a presentar a mi hermano, tu prometido —y mirando hacia su hermano le instó—. Vamos ¿no le vas a ofrecer tu brazo a tu prometida? ¿no te parece un ángel?

Para Adam fue como si un cristal se rompiese, como si la ensoñación se

hubiese resquebrajado en mil pedazos.

—Sí un ángel con tridente —el tono empleado sorprendió a ambos hermanos, pero no tanto a la joven que estaba acostumbrada a hombres que se expresaban así cuando ella los rechazaba, aunque más que desagrado fue un insulto.

Victoria miró hacia ella como pidiéndole disculpas pero sonriendo hacia el resto de invitados como si nada fuera de lo común estuviese ocurriendo. La viuda de Doyle que los miraba se regocijó en su propio odio hacia la pareja. La muchacha encaró a su prometido, alzó la barbilla con gesto de desdén, pasó por su lado sin girar la cabeza y se acercó a lord Mayer para agradecerle el bonito recibimiento a la familia. Era lo acostumbrado pero ella se sentía muy extraña pues sentía la mirada de él fija en ella.

—¿No es encantadora Rose? —dijo lord Mayer

—Sí que lo es. No podríamos haber elegido mejor esposa para nuestro hijo.

—No creo que deba usted decir eso, lady Mayer, pues todavía no me conoce —recordó Emma a una sorprendida Rose.

Pero la chica, no obstante, estaba pendiente a la conversación que a sus espaldas sostenían su prometido y Victoria.

—¿No te da vergüenza portarte así con este ángel? Estoy empezando a pensar que ella no merece a un sinvergüenza cretino como tú por marido. Aún no entiendo como ha sido capaz de aventurarse a esta locura.

—Lo que menos necesito en estos momentos es uno de tus sermones, sor Victoria —dijo burlonamente—, y seguramente ella tiene mucho que ganar con este matrimonio.

—No es un sermón Adam, es simplemente que no comprendo como puedes portarte como un vil rufián ante una joven tan encantadora.

—Y yo no puedo comprender como tú te has prestado a esta locura y encima ponerte del lado de ella.

Victoria se echó a reír. Acababa de ser consciente de que su hermano y futura cuñada eran tal para cual.

—De qué demonios te estás riendo, mujer.

—Si te lo dijera, no creo que lo comprendieras. De comprenderlo no creo que te gustara. Pero escúchame bien, querido hermano, esa muchacha tiene mucho en común contigo.

No pudiendo soportarlo más, la muchacha se disculpó ante sus futuros suegros y anfitriones y salió apresuradamente hacia los jardines. Se sentó en

uno de los bancos y se quedó pensativa.

Ella no quería estar allí. No quería un prometido, menos a uno como él. No se merecía estar lejos de su familia, y menos en una sociedad tan encorsetada como la inglesa.

En su interior el corazón le latía con desenfreno. Jamás lo había sentido así si antes no había realizado un duro ejercicio físico. En su memoria solo estaban sus penetrantes ojos negros y su risa burlona. El recuerdo de aquel día en esa misma casa, y de cómo sonaba su voz, la hizo estremecer pues para ella era darse cuenta que ese hombre la atraía de tal manera que ni siquiera tenía conciencia de su propio ser. Estaba tan ensimismada en sus propios pensamientos que no escuchó los pasos que se acercaban hacia ella.

—¿Por qué has salido? —dijo una voz familiar a su espalda—. La fiesta es aburrida, pero aquí estoy yo para animarla.

—¡Andrew! —dijo volviéndose hacia la voz del hombre que le hablaba y arrojándose sin pensar a sus brazos como si fuese su única tabla de salvación —Andrew, ¿qué estás haciendo aquí, como te has enterado?... yo creía que mamá no le había dicho a nadie dónde me encontraba.

Su hermano la miró con los ojos entrecerrados.

—Seguro que creíste que nosotros no estábamos enterados de lo que le ocurre a nuestra pequeña. En cuanto papá llegó y no te vio en casa amenazó a mamá, a ella no le quedó más remedio que confesar lo que había hecho. Te puedes imaginar la reacción de papá, por poco la mata. Si no llega a ser por Stephen... —comentó mientras la estrechaba contra su cuerpo, había estado tan asustado—. Deberías haberlo visto, en cuanto mamá terminó de hablar nos ordenó salir en seguida. Nos dijo que ambos éramos unos inútiles por no haber impedido desde el principio esta locura. Nos ha enviado para llevarte de nuevo a casa. No estás obligada a casarte con él. A menos claro está de que hayas cambiado de opinión. No me mientas pues he visto tu reacción hace unos minutos allá dentro. Es una reacción que conozco muy bien aunque nunca antes la había visto en ti.

—No seas idiota Andrew, es la primera vez que le veo y ... me cogió por sorpresa. Pero... donde está Stephen, has dicho que papá os ha enviado, he supuesto que ...

—¿Preguntabas por mí, dulzura? —susurró una voz que salía de entre las sombras de un árbol.

Emma se volvió y vio a su hermano, entonces se soltó de los brazos de su otro hermano y corrió hacia Stephen que la cogió entre los suyos y comenzó a

besarla mientras la abrazaba también.

—Creo que vuelvo dentro, daré una explicación.

—Stephen, te he echado de menos.

Andrew resopló.

—Bueno, creo que nuestra hermana ya eligió padrino —exclamaron los dos hermanos a la vez.

—No seas idiota —comentó la muchacha al tiempo que besaba también a Andrew—, ¿contento?

—No del todo —contestó éste—, pero como ya he dicho vuelvo dentro, estoy hambriento.

Andrew entró en la casa dejándolos solos, pero al hacerlo vio como el hombre que iba a ser, ya no como sospechaba sino que estaba seguro su cuñado, salía por el mismo sitio por el que él acababa de entrar. Sin pensarlo, le siguió. Tenía una leve sospecha hacia donde se dirigía.

—Estás aún más guapo que la última vez que te vi —comentó mientras le pasaba una mano por el pelo y la mejilla mirándolo con todo el amor que le tenía, con toda la admiración y orgullo que sentía—, ¿has encontrado ya esposa?

Adam estaba parado viendo la escena aunque no lograba escuchar nada de los que esos dos se estaban diciendo, pero cuando vio que el hombre rubio que estaba con su prometida se acercó a ella y tomó el rostro entre sus manos y que ella no hizo nada por apartarse, entró en cólera. No sabía que demonios se había apoderado de él, pero era casi un dolor palpitante en el centro del pecho. Un acto inconfundible de posesión, tenía que marcar su terreno.

Atravesó la distancia a grandes zancadas y sin pararse asió a la mujer fuertemente por el brazo y la arrastró hacia la parte trasera del jardín. Para cuando Stephen pudo reaccionar, Andrew ya había llegado a su lado, justo a tiempo de sujetar a su impulsivo hermano y evitar así que saliese tras ellos.

—Déjalos solos, si nuestra hermana quiere volver a casa, lo hará. De eso puedes dar fe. Pero ahora, es ella quien debe elegir y no nosotros, y si me puedo fijar de sus miradas y sus reacciones, me temo que no volverá.

—¿Estás loco? No le conoce —interpeló Stephen

—No, es cierto, no le conoce. Pero hay una pasión en ella muy distinta. Un reconocimiento en su mirada que jamás le vi a mujer alguna. Y, caramba, es un presentimiento, hazme caso, no creo que regrese con nosotros y le vuelva la espalda a él.

—Creo que tanto tú como mamá habéis perdido la cabeza en este asunto.

Yo no regreso a Boston sin ella. Si se queda, ten por seguro que yo me quedo. Hasta que pueda llevármela o hasta estar seguro de que va a estar bien. No me fio. No me fio de ningún hombre que mire a nuestra hermana como lo ha hecho este hombre esta noche, y mucho menos que la trate tal y como lo hace.

Adam llevaba casi arrastrando a la joven mientras se adentraba en el jardín. Cuando él consideró que se habían alejado lo suficiente, le aplicó un fuerte empujón haciendo que diera un traspiés que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio y caer. La joven dio dos pasos atrás y se llevó la mano hacia la zona dolorida del brazo donde instantes antes había estado la de él, estaba furiosa y ambos se miraron con odio.

—¿Quién te has creído que eres? —gritó colérica con una mirada a la vez desafiante, a la vez de desprecio.

Hasta ese momento la joven no se había percatado de lo fuerte y atractivo que era su prometido. El hombre que tenía ante sí era casi perfecto. Solo casi, le faltaba un poco de humanidad pues era demasiado orgulloso, agresivo, y tenía demasiada confianza en sí mismo. Pensó que no le vendría mal que alguien le aplastase esa arrogancia. El heredero pensaba lo mismo sobre ella.

Fue el hombre el primero en hablar.

—Escúchame bien, lady Bradford —dijo con voz iracunda. Sus ojos echaban chispas mientras volvía a asir el brazo de su prometida con igual brusquedad que momentos antes—. No sé porqué has aceptado este absurdo arreglo matrimonial y a decir verdad, la razón me importa muy poco, pero quiero que sepas que este matrimonio va a funcionar a los ojos de los demás. Vas a hacer lo que yo diga, cuándo y cómo lo diga. ¿Está claro? Y deberás saber que no voy a dejar que te exhibas por ahí y galantees con otros hombres.

Emma abrió los ojos muy sorprendida. Adam notó su reacción y sonrió mientras la apartaba de sí con un ligero empujón.

—No es que ello me importe, francamente querida, me importa un bledo, lo que no quiero ni deseo es que la gente murmure que tú eres una mujerzuela que abre las piernas ante el primer macho que se le ponga a su disposición. No quiero que la gente murmure, aunque sea cierto.

Le estaba sentando tan bien recriminarla, que apenas si prestaba atención a la reacción que se estaba cosechando en ella.

Le dolieron esa palabras, la estaba insultando, faltándole el respeto, y por si fuera poco la había llamado en pocas palabras mujerzuela en su propia cara. La joven no se lo pensó, levantó su mano con la intención de abofetearlo pero él fue más rápido y la detuvo a medio camino. En los ojos de ella había

odio y él lo notó. Se dijo que tenía que aplacarle el fuego a esa fiera. Y en una reacción que sorprendió a ambos por igual, la atrajo contra su cuerpo y le inmovilizó el brazo en la espalda. En el movimiento las horquillas de ella salieron volando y dejaron suelto el hermoso cabello dorado que cayó en cascada por su espalda.

Si no fuera tan hermosa, se dijo, si no tuviera ese poderoso imán que lo atrapaba sin dejarle pensar ni respirar...

En los ojos de Adam ardía la llama del deseo. Fue entonces cuando le arqueó la espalda y buscó los labios de ella. La chica movía frenéticamente la cabeza de un lado a otro e intentaba apartarse de él rechazándole con el brazo que aún tenía libre. Era inútil, con ello solo conseguía que a aquel estúpido empezara a gustarle el juego. Pero ya cansado de los esfuerzos inútiles de ella por apartarlo, le sujetó firmemente la cabeza con una de sus grandes manos y la besó posesivamente. Quería demostrarle que él sería su amo. El beso se convirtió en dolor cuando él mordió el labio inferior de ella en un intento para que se estuviera quieta. Lo consiguió.

Emma se sentía extrañamente impotente y a la vez viva entre los fuertes brazos que la sujetaban, fue entonces cuando notó el cambio de actitud de él. Ya no la obligaba, había liberado su brazo y ahora el suyo era como una pesada cadena alrededor de su frágil cintura que la atrapaba en un torbellino. Sus labios se movían sobre los suyos en una caricia tan íntima que ella dejó de pensar y se entregó a las nuevas sensaciones que se estaban despertando en ella. Sin saber qué debía hacer entreabrió los labios permitiendo que la cálida lengua masculina penetrar en el interior de su boca. Cuando sintió aquel contacto se estremeció. Era la primera vez que alguien la besaba así, y en ese momento todas las barreras de años que ella había construido se vinieron abajo. En ese instante se dio cuenta que deseaba a ese hombre y lo demás no importaba.

Justo cuando ya la tenía en su poder, en el poder de la pasión de ambos, Adam se apartó, echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír. Su risa era estruendosa y al mismo tiempo burlona. Consiguió que la joven le mirara confundida.

—Vaya, vaya. No sabía que besaras tan bien, seguro que tuviste un buen maestro, querida.

Los sentimientos de la chica pasaron del escepticismo al despecho en una fracción de segundo. Se acercó con una media sonrisa en los labios, alzó la mano y esta vez sí que alcanzó su destino propinándole una sonora bofetada

que consiguió que él parara de reír en ese mismo instante y fijara la vista en ella de una forma que Emma no consiguió descifrar el significado de la misma. Tenía la mano dolorida apoyada sobre su regazo y tenía la extraña sensación que aquella bofetada le había dolido más a ella que a él. Grandísimo bastardo.

—Maldito bastardo —exhaló—. Cómo te atreves...

—Mi querida señorita Bradford, hace un instante, yo juraría que te sentías agradecida por mi atrevimiento y no hace falta que lo niegues, he podido sentir como te derretías literalmente en mis brazos, como intentabas fundirte con mi cuerpo cuando te estreché contra él. Sigue así y le juro que en la cama no tendremos ningún problema.

Sus palabras fueron como un zarpazo, por su mente pasaron muchos insultos pero no logró decir ninguno. Dios, ¿qué le estaba ocurriendo? En otros momentos de su vida ningún hombre habría salido ileso. Pero ese hombre hacía que su corazón latiera agitadamente dentro de su pecho y estaba sintiendo las mismas emociones, al menos eso creía, que había descrito su amiga del alma cuando su marido la besó por primera vez.

Emma estaba confusa. Se dijo que si continuaba Melanynte con el compromiso, iba a sufrir muchísimo.

Lo miró a los ojos, unos ojos negros como la noche, tan penetrantes que la atraían de una forma irracional. Pasó sus trémulos dedos por sus doloridos y aún hormigueantes labios y al humedecerlos con la punta de su lengua notó en ellos un sabor como a hierro, el sabor de su propia sangre. Se miró los dedos y vio en ellos manchas carmesí.

—Maldito bruto, eres un salvaje.

—Sí mi pequeña bruja, y aún puedo serlo más, solo espero que no llegue el día en que tengas que comprobarlo por ti misma. Y ahora... volvamos al salón. No quiero retrasar más el anuncio de nuestra boda.

La conminó a andar dándole un empujón en dirección a la casa. Y soltó una carcajada al ver que ella trastabillaba. Caminó detrás de ella con la mirada fija en su figura. No era alta, apenas si le llegaba por la barbilla pero era hermosa, la clase de mujer que podía meter en más de un lío a un hombre, tendría que atarla en corto. Hasta él llegó el sutil aroma de violetas que emanaba de ella. Era toda una tentación. Ella se dijo que su prometido era una bestia pues ningún ser humano trataba así a una mujer. Sacó un fino pañuelo de su bocamanga y enjugó su labio, con sus dedos trató de alisar y calmar un poco su pelo antes de entrar en el salón.

Todas las cabezas se giraron hacia ellos cuando entraron por las

cristaleras. Pese al ambiente festivo que reinaba en el salón, se podía masticar la tensión de la pareja. Se anunció la fecha de la boda como estaba convenido. La noche continuó con cada uno de ellos moviéndose por un extremo de la habitación. De sus hermanos no había rastro. A los pocos minutos de comenzar a irse los invitados, pero cuando aún faltaba tiempo para que la fiesta se diera por terminada, la muchacha desapareció silenciosamente por las escaleras traseras. Nada más llegar a su habitación y tras cerrar despacio la puerta, se quitó el vestido, los zapatos, y se quedó en ropa interior. Aflojó como pudo las cintas del corsé y se deshizo de él, seguidamente se desprendió de las últimas prendas y se miró en el espejo. Contuvo la respiración al ver el reflejo de su desnudez en la pulida superficie. El cabello estaba parcialmente desordenado, la mayoría de las florecillas habían desaparecido, su labio inferior estaba inflamado pero no sangraba. Su torso era otra historia, todas las ballenas del corsé se le habían quedado señaladas en la blanca piel por el abrazo de aquel animal enloquecido. Pasó sus finos y delgados dedos por las señales. Se estremeció ante el recuerdo de lo sucedido y volvió a sentirse atrapada en aquellos fuertes brazos. Tuvo que abrazarse a sí misma para contener el súbito escalofrío que recorrió su cuerpo. Abrió un cajón de la cómoda, sacó un camisón de algodón y se lo puso. Se metió en la cama y se quedó dormida con la extraña sensación aún latente en su interior y el recuerdo de aquel beso.

Abajo, el flamante prometido pasaba por entre los invitados buscando a la muchacha, mitad ángel mitad bruja pero sin encontrarla. No la veía ni a ella ni tampoco al hombre rubio que había estado con ella en el jardín. La fiesta aún estaba en su apogeo y ella había desaparecido. La muy zorra seguro que estaba con él. Se dijo que la iba a atar en corto cuando estuvieran casados, y se la llevaría fuera de la ciudad a su propiedad en el campo donde pudiese vigilarla.

Atravesó iracundo el salón y subió las escaleras traseras para no ser visto. Los escalones los subía de tres en tres, cuando llegó a su habitación cerró la puerta con violencia.

Emma no se despertó, pero se movió inquieta en la cama, en el salón los invitados que quedaban se miraron contrariados. De buenas a primeras los protagonistas de la velada habían desaparecido.

Anna sonreía plácidamente, su plan estaba funcionando a las mil maravillas.

Andrew fue uno de los primeros en abandonar la casa junto con su hermano a quien había encontrado en las inmediaciones del jardín con una de

las muchachas de la fiesta, en actitud un tanto comprometida, si venía al caso. Lo cierto es que la moza no estaba nada mal. Era bajita, morena pero con unos encantadores ojos color miel. Ninguno de los dos había presenciado la atropellada retirada de los prometidos.

—Juro que no he conocido a una chica como esa —comentó Stephen a su hermano mientras subían al carruaje que los llevaría hasta el hotel donde estaban alojados.

Andrew miró extrañado a su hermano, si algo caracterizaba a Stephen era su falta de emociones en lo tocante a las mujeres. Nunca le había oído hablar de ninguna de ellas, y no porque no tuviese su buena cantidad de conquistas. Simplemente él no hablaba de esas cosas. Que ahora mencionase a esa beldad le daba que pensar.

Capítulo 8

Aún era de madrugada cuando Emma se despertó. Miró el reloj de bronce que había en la habitación y comprobó que no habían dado las cuatro. Su frente estaba ardiendo y el sudor cubría su cuerpo en una fina capa. El camisón estaba adherido al cuerpo. Se levantó de la cama, tenía el cuerpo dolorido al igual que los riñones. El pecho y el corazón lo sentía como si se lo hubiesen traspasado con una flecha. Se deshizo del camisón y echó agua fresca en la palangana. Humedeció una toalla y la pasó por su cuerpo desnudo y dolorido para eliminar los restos de sudor. Cada roce, era una tortura, cerró los ojos y casi sintió que en vez de esa toalla era la mano acariciadora de él invitándola a placeres prohibidos. Abrió los ojos enfurecida por sus propios delirantes pensamientos. Recogió una pastilla de jabón y se lavó lo mejor que pudo. Se secó y se puso un camisón limpio del cajón, era tan fino que casi se transparentaba.

«Con esto no puedo salir de aquí», se dijo a sí misma. Buscó una bata en el armario y se la puso. Se la anudó bajo los senos y salió despacio de la habitación descalza para no despertar a nadie, le apetecía un vaso de leche fría y seguramente encontraría lo que buscaba. Todo estaba en completo silencio, todos dormían menos ella. Los acontecimientos de aquel día la habían dejado muy confundida. Emma se llevó una mano a la garganta, a penas podía tragar cuando pensaba en qué iba a decirles a todos por la mañana cuando le preguntaran por qué se había ido en medio de la fiesta. Por lo menos no se fue antes que anunciaran el compromiso, hubiera dejado en ridículo a la familia, no solo a la de él sino también a la de ella.

Emma atravesó el vestíbulo y el largo corredor hasta llegar a la puerta de la cocina. Salía de allí el resplandor de una luz. La joven fue a entrar pero se detuvo. Allí sentado en una silla frente a una de las grandes mesas estaba él. Con los codos apoyados en la lisa superficie y sus fuertes manos ocultando su atractivo rostro. A su lado había una botella medio vacía y un vaso medio lleno.

«Dios, está borracho», murmuró en voz baja.

Si estaba ebrio mejor se iba por donde había venido, pues solo había visto a un hombre en esas circunstancias y era mejor no toparse con otro. Lo peor no es que no quisiera recordarlo, lo peor era que, aunque trataba de recordar como ese hombre maltrataba a la mujer en una de las fiestas que su

tía Connie, casi no podía, ella era muy niña por aquel entonces. Recordaba haber salido al jardín de la casa, y toparse con la pareja cuando ellos pensaban que estaban solos, el hombre golpeaba repetidamente a la mujer en las costillas, en la cara, había sido una paliza de lo más cruel. No lograba imaginar el porqué de aquello pero aún podía acordarse de los hematomas que presentaba la buena señora a la mañana siguiente. A Emma le apenaba que pudiese estar así por su culpa. Había empezado a encontrar en él rasgos humanos y una sensación cálida se instaló en su pecho. Pero, ¿por qué ese hombre tenía que provocarle sensaciones tan encontradas? Sin poder evitarlo, como si un hilo invisible le arrastra hacia él, se acercó al hombre sin hacer ruido, le posó las manos en los hundidos hombros y enredó en una de sus dedos un mechón que caía cerca de su oreja. El gesto le resultó tan íntimo que le pareció abrumador, casi más íntimo que el beso compartido en el jardín horas antes no muy lejos de donde se encontraban ahora.

Presintió la caricia más que sentirla, se incorporó y al volverse se encontró con los ojos del azul más intenso, y que lo miraban con el brillo extraño de lo impropio, de lo prohibido. Asió su mano antes que pudiese retirarla, y el contacto entre su fuerte mano y la suave de ella fue fuego, fuego que abrasaba, que incendiaba la piel.

Una lucha de voluntades se instaló en él.

La voluntad de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor allí sobre la mesa de la cocina, de alimentarse de la sutil fragancia de su juvenil cuerpo y de la voluntad de estarse allí quieto y dejar que fuese ella quien decidiera que quería hacer, qué le apetecía hacer. Casi quería dejar que la voluntad de ella dominara a la suya, pero por otro lado quería ser él quien dominara la voluntad de ella, la doblegara. Jamás se había sentido así. Era mirar esos ojos como el zafiro, y el pequeño sinvergüenza que se agazapaba en sus pantalones erguía la cabeza.

Los senos de Emma comenzaron a subir y bajar por el efecto de su respiración agitada. Miraba al hombre sentado frente a ella y no podía reaccionar. Nunca antes había sentido tal atracción física por ningún hombre. Tenía que escapar ahora, la situación estaba yendo demasiado lejos y tenía que huir, era ahora o ya no podría hacerlo. Pero sus ojos la subyugaban, esos profundos ojos negros, oscuros como el ala de un cuervo, del negro azabache más intenso que ella jamás hubiese visto en ser humano alguno, ojos que prometían deseos satisfechos. Lo intentó, su mente realizó la huida pero no su cuerpo que no la obedecía, ni siquiera podía emitir sonido alguno. Estaba

frente a él muda y quieta como una estatua, como su mano sujeta por la de él, y sus ojos negros clavados en su cuerpo, en su alma intentando y consiguiendo que ardiera irremediablemente y deseando que sus cuerpos se tocasen y fundiesen en el mágico abrazo de amantes eternos.

Pudo reaccionar cuando una corriente de frío hielo se instaló en su cuerpo y tuvo que aferrarse a la bata para protegerse. Se apartó del hombre que la miraba fijamente y caminó hacia la puerta. Iba a salir cuando el sonido profundo de su voz la detuvo en el umbral.

—Veo que ya no desea mi penosa compañía señorita Bradford.

La joven se volvió lentamente casi sin percatarse que la bata se le había desabrochado. Adam se quedó mirando fijamente los senos totalmente visibles bajo el fino camisón. No dio crédito a sus ojos cuando ella en vez de salir huyendo, se acercó a él, tanto que en vez de hablar le susurró al oído.

—Jamás lo hubiese imaginado de ti —dijo mirándole con esos increíbles zafiros—, ¿tan poco hombre eres que nunca has visto a una mujer a medio vestir? Ciertamente puede ser esa la razón para que no te atrevas a casarte con una mujer sin la ayuda de papá.

Sus palabras fueron su sentencia. Ni en el momento de haberlas dicho creyó que fuesen ciertas pero por alguna razón quería hacerle daño, necesitaba hacerle daño.

La reacción de él fue inmediata, la atrapó de un zarpazo. Intentó escapar de él pero le fue imposible. La presión que ejercía aquel brazo en torno a su cintura no se lo hubiese permitido. Las palabras más que hacer daño le acicatearon a cometer una locura, lo vio en sus ojos. Estaban fríos como el hielo. El hielo glacial de Canadá.

—Suéltame. No te acerques a mí. Estás borracho. «Y para mí resultas peligroso», susurró mentalmente.

—Oh, no lo creo. Aún me queda mucho para llegar a estarlo y no creo poder llegar a ese estado cuando te tengo en mis brazos. Haría falta más de una botella de brandy para emborrachar a un hombre, cuando eres tú la que embriaga.

«Qué criatura tan fascinante. Va a ser muy difícil domar ese espíritu combativo. Su lengua es más afilada que una daga recién afilada, todo en ella es pura pasión», se dijo Adam sin dejar de mirarla.

Sus ojos brillaban intensamente como carbones que se queman, y a él le acometió una perversa idea que no podía tardar mucho tiempo en llevar a la práctica. Se apoyó en uno de los muebles y se inclinó hacia delante. Su rostro

estaba a escasos centímetros del de ella y pudo ver como su pelo dorado se volvía rojizo a la luz de la vela.

—Tengo la impresión, que la noche pasada en el jardín, no pensabas lo mismo, señorita Bradford, y no creo estar equivocado. —La chica enrojeció al instante—. No, veo que no. No obstante, te diré lo que creo. Puede que seas una mujer amargada, tal vez un amante te abandonó. Por eso quizás estás dispuesta a tirarte a los brazos de cualquier hombre. Esta misma noche has estado en los míos, y en los de ese hombre rubio.

Las llamas de la ira cruzaron por el insondable y profundo azul de sus ojos, un ramalazo de orgullo lograron que sus bellamente arqueadas cejas se fruncieran y la mirada se perdió.

El hombre quedó desconcertado ante la reacción de ella.

Hubiese esperado cualquier reacción menos esa. Parecía buscar respuesta a sus insinuaciones. Cuando las lágrimas comenzaron a rodar por las tersas mejillas de la joven, se sintió conmovido en lo más profundo de su corazón. Nadie antes le había causado unas sensaciones tan profundamente encontradas como aquella venus. Que misterios estaba ocultando, él no lo sabía. Quizás un amante abandonado como había sugerido. De solo pensarlo una extraña ira se instaló en su cuerpo y por primera vez se preguntó si era virgen o le había entregado su pureza a cualquier estúpido yankee.

Emma lo miró a los ojos y estos se volvieron duros, fríos, inexpresivos. Qué estaba pensando él, no lo sabía, pero la fascinó a la vez que la asustó.

Él en cambio la imaginaba en los brazos de aquel rubio desconocido, compartiendo agradablemente los placeres del acto amoroso. La odiaba, en ese momento la odiaba, y la joven que no había apartado un solo instante sus ojos de los de él vio el odio reflejado en ellos.

Adam se lanzó hacia ella dolido en su orgullo. Dolor provocado por sus propios pensamientos. La joven retrocedía al tiempo que iba buscando algo con qué defenderse. Su rostro estaba macilento y tuvo que apoyar las manos en el mueble contra el que chocó para no caerse. Sus piernas temblaban, intentaba alejarse pero no podía. De pronto la cocina le pareció una cárcel, la vela, el fuego, y la ropa una mortaja que la asfixiaba. Él se aproximó aún más. No la tocó, pero estaba parado ante ella, apoyando ambas manos a cada uno de sus costados. Sus brazos la encerraron impidiéndole la huida. La miraba con admiración, y a la vez con rabia, con deseo y con odio... necesitaba sentir ese suave cuerpo femenino en sus brazos, enterrar la cabeza en la dorada mata de pelo y sentir su respiración sofocada junto a su oído. Ansiaba oler la fragancia

que de su piel emanaba, notar los latidos desbocados de su corazón contra el propio.

«Dios es tan hermosa, que duele. Si ha sido de otro, ahora puede ser mía. No tengo por qué esperar a dentro de unos días para poseerla. Pero después solo será mía. Una vez que imponga mi marca en ella, quedará marcada para siempre», se dijo contra toda lógica.

Emma seguía paralizada, solo veía aquellos increíbles ojos azabache que la atraían, no sentía nada aparte de un inmenso calor que la recorría de pies a cabeza. No se dio cuenta cuando las hábiles manos de él desanudaron las cintas de la bata. Los ojos azules brillaban de tal manera que Adam se sintió atrapado en una telaraña de deseo. Se acercó más a ella, el deseo febril había cortado todo riego sanguíneo a su cerebro y lo había trasladado a su entrepierna. Allí su miembro había levantado la cabeza y quería alivio.

La acarició con la mirada transportándola a un mágico e idílico edén. Cuando separó las solapas de la bata su vista se centró en cada centímetro de piel viendo a través de la diáfana tela de su camisión las rosadas aureolas de sus maduros pechos.

«Eres una bruja, me hechizas por momentos, cuanto más te miro, más me subyuga», dijo Adam aunque de forma ininteligible.

«Tiene una clase de poder que me va a hacer sucumbir ahora mismo si sigue mirándome así», se lamentó ella mentalmente.

Emma no se movía, lo percibía claramente. Él por el contrario estaba muy lejos de siquiera pensar, solo sentía. Estaba pendiente de esos zafiros que no se apartaban de su escrutinio, y que brillaban como el océano cuando en el horizonte comienza el sol a hacer su aparición. Veía sus labios carnosos, deseosos de ser besados y... se veía tan indefensa, tan pequeña. Deslizó la bata por los hombros, y por los brazos hasta que consiguió deshacerse de ella y tirarla a un rincón.

Ella se dejó hacer.

Su cintura fue rodeada por un brazo y el contacto fue un hierro candente recién salido de la fragua. Un suspiro sonó en el silencio cuando ambos cuerpos se estrecharon y tuvieron conciencia el uno del otro. Las caderas friccionaron la una con la otra como una cerilla contra la piedra para ser encendida, y las manos masculinas recorrieron la espalda desde la base misma hasta el cuello de la joven en una lenta caricia.

Ella ya no pensaba solo sentía. Deseaba dejarse llevar, volver a sentir sus labios nuevamente contra los suyos, se aferró con ansias a él y deslizó sus

manos por la entreabierta camisa de algodón. Sus dedos tocaron piel, piel ardiente y compacta, llena de rígidos músculos. Por primera vez deseaba a un hombre, había despertado del letargo en el que estaba sumergida sin haberse dado cuenta. Quería sentirse mujer. Era hora de olvidar, era hora de conocer, de aprender, de ser enseñada.

La besó. La besó con un ansia posesiva, buscando y encontrando. La respuesta de ella sorprendió a ambos. Pegó su cuerpo al de él, inclinó hacia atrás la cabeza permitiendo que el beso fuese más íntimo, más profundo cuando él, instándola con la lengua a entreabrir los labios, deslizó esa parte de él dentro de ella. El fuego se transformó en hielo cuando Adam bajó las manos por sus piernas. Cuando las tocó fue como si un resorte saltara de la cabeza de ella. El recuerdo la paralizó. Ya no eran los brazos fuertes de Adam los que la sostenían sino otros muy distintos y que apretaban la blanda piel de su niñera. No era el suave aroma de la colonia ni el fino olor del brandy sino un fétido olor rancio de piel sin lavar y de ron barato. Ya no era Adam quien la besaba a ella sino un viejo asqueroso que trataba de obligar a Grace a tumbarse sobre la hierba.

Emma le empujó violentamente y casi lo tira al suelo, no se esperaba esa reacción tan brusca de la chica, de pronto la habían asaltado los demonios. Ella intentó gritar el nombre de su niñera pero Adam ahogó con la mano el grito silenciándola bruscamente. De los ojos de la chica emanaba un terror absoluto. Adam nunca había visto esa expresión en los ojos de ninguna mujer.

«Maldita sea, qué demonios ha ocurrido, qué he hecho para provocar semejante reacción», se preguntó asombrado.

Los ojos de la joven se volvieron cristalinos, la mirada perdida, ausente, estaba en estado de shock.

—Vamos reacciona, por el amor de Dios —decía el hombre al tiempo que la sacudía casi con violencia.

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos azules haciendo estremecer al hombre que la sostenía, se deshizo de él como pudo y salió corriendo, subió las escaleras llorando y aterrorizada, tenía que huir. Vio su habitación abierta y entró, la cerró y le echó la llave. Se metió en la cama temblando como una niña pequeña que se asusta de la oscuridad. Se tapó hasta la barbilla y apoyó la cabeza en la almohada. No podía parar de temblar, cuando lo hizo, se sentía agotada. No recordaba nada, cerró los ojos pero no pudo quedarse dormida.

A los pocos minutos estaba llorando otra vez.

En la cocina permanecía un escéptico Adam, totalmente desconcertado.

Cuando reaccionó se agachó y recogió del suelo la bata de su prometida y pasó los dedos por el suave tejido.

—Tu piel aún lo es más.

Y diciendo esto abandonó la cocina.

Subió las escaleras en dirección a la habitación de ella. Al acercarse la escuchó llorar y no se atrevió a entrar. Se dirigió a su propia habitación. Miró el reloj. Eran las seis de la mañana. Depositó la prenda femenina sobre su propio lecho y se dirigió hacia el palanganero que estaba junto a la ventana. La habitación era totalmente masculina. Tenía papel pintado de color beige y pesadas cortinas marrones que tapaban la cristalera que daba al jardín. La colcha era del mismo tejido que las cortinas, y una alfombra traída de Persia en tonos marrones y rojos cubrían el frío suelo. Los muebles eran de caoba y se componían de una cama de grandes dimensiones tanto a lo ancho como a lo largo. Un vasto armario y un escritorio donde descansaban un montón de papeles desordenados, un juego de plumas y una lámpara que acababa de encender. Al lado de la cama había una mesita de noche con un reloj, regalo de su tía paterna que vivía en México con sus dos hijas, y una lámpara igual que la del escritorio pero más pequeña.

Echó agua en la palangana y se mojó el cabello y la cara. Se apoyó con ambas manos a los lados de la misma y dejó que las gotas de agua cayeran por su cuerpo. Al cabo de un rato se secó con la toalla. Se quitó la camisa, abrió el armario y sacó un batín de suave paño que se puso con rapidez.

Corrió la cortina y miró hacia la noche que empezaba a clarear. Una luz muy diferente que provenía de una de las casas propiedad de la familia aunque deshabitada atrajo su atención. Se giró bruscamente, salió de la habitación y se encaminó hacia el jardín trasero de la casa. ¿Qué estaba haciendo? Aquella casa no estaba habitada desde hacía años. Como había olvidado coger la pistola maldijo entre dientes, pero tenía que pasear, despejarse y pensar bien y mucho en todo lo ocurrido pues estaba totalmente confundido por la reacción de su prometida. No entendía como una mujer podía haberse entregado con pasión a sus besos haciéndole enardecer de deseo, y luego luchar como una fiera contra él de la forma que lo había hecho para escapar de lo que ansiaba a gritos.

Iba caminando en la oscuridad de las sombras fantasmagóricas que producían los árboles. Llegó al claro donde aquella noche la había tenido entre sus brazos y se olvidó de adónde se dirigía en realidad: a la casa del bosque. Apoyándose en el tronco de un árbol sacó un cigarro del bolsillo de

su batín. Era ahí donde los escondía para que su hermana Victoria no los hiciera desaparecer. Sonrió y mientras lo encendía se recostó sobre el tronco. Quería sentir el sabor de algo más amargo al enorme vacío que aquella criatura de ojos azules había dejado en él al escaparse de entre sus brazos.

Una suave brisa le llegaba por entre los árboles y le hizo volver a sentirse vivo, pero el rostro de la muchacha le perseguía allá donde iba. Miró hacia el cielo y vio su rostro reflejado en la luna. Un rostro amable y sereno que tan pronto se transformaba en deseo como luego se escapaba de él como una tormenta. Cerca de allí, una figura de un hombre se ocultaba entre los árboles y le observaba en silencio. Un hombre rubio con ojos de un azul muy peculiar, semejante al brillo de los zafiros.

—He alquilado esa casa para estar cerca de mi hermana —dijo en un susurro que no llegó a oídos de Adam —si le haces daño... juro por Dios que no desearás haber nacido.

Su expresión delataba ira hacia aquel hombre, estaba convencido de que haría sufrir a su hermana. Estaba tan pendiente de lo que hacía su futuro cuñado que no se dio cuenta que alguien se acercaba hasta que éste no le puso la mano sobre el hombro.

Stephen dio un salto dispuesto a encararse con quien fuera.

—Tranquilo hermano, soy yo —le dijo Andrew —. ¿Se puede saber qué haces por aquí a estas horas?

Stephen señaló hacia el claro del bosque donde permanecía Adam absorto en la luna.

—¿Por qué vigilas al prometido de la niña?

—Andrew, te juro que si ese hombre le hace daño ... lo mato con mis propias manos. Espero que me comprendas.

—Creo que somos demasiado protectores con nuestra pequeña hermana —dijo con una media sonrisa y palmeando el hombro de su mellizo.

—No quiero que vuelva a sufrir por culpa de ningún otro hombre. La he escuchado demasiadas noches debatirse entre sueños, sollozar y sin parar de llamar a Grace y el alma se me partía al recordar el motivo. Aquel día tú no estabas allí cuando las encontramos a las dos en la parte más alejada del jardín, y yo jamás he sabido qué ocurrió realmente hasta que mamá obligó a la niña a venir a Inglaterra. Yo solo sé que cuando las encontramos, a Grace la habían violado, y nuestra hermana tenía el vestido destrozado y manchado de sangre de arriba a abajo —el hombre hizo una inspiración profunda y soltó el aire poco a poco—. El rostro de Grace estaba todo amoratado, y Emma estaba

en estado como de trance, estuvo tres putos días enteros sin recobrar el conocimiento y poco después se descubrió el cadáver del sargento de papá, aquel viejo borracho que siempre andaba detrás de todas las putas que pillaba a mano.

—¡Viejo asqueroso! —lo insultó el otro.

—Lo encontraron en los límites de nuestra casa de Boston con un hacha clavada en la cabeza...

El hermano lo interrumpió.

—Todo eso ya lo sé, padre me lo contó, pero todavía hay cosas no muy claras que quizás nunca lleguemos a descubrir. Emma por lo visto no recuerda nada o no quiere recordar, Grace no habla pero crees tú acaso que ese hombre, ¿intentó violar también a la niña?

—Eso creo porque de otro modo no entiendo el desprecio hacia los hombres que siempre ha mostrado Emma, ha rechazado a uno tras otro en los últimos tres años, pero hay más, Grace me contó que la niña había salido a explorar como ella decía, y que al ver que tardaba, ella misma salió a buscarla. Dice que la encontró subida a un árbol con el pelo enmarañado y los ojos vidriosos. Sabemos que no la violó porque el viejo doctor Mills nos lo habría dicho, pero nadie puede saber a ciencia cierta lo que ese asqueroso pudo hacerle o lo que la niña presencié desde su escondite.

La expresión de Andrew era insondable, le oía sin apartar la atención de las palabras de su mellizo.

—Cuando Grace llegó atraída por los gritos de nuestra hermana — continuó Stephen—, no lo vio venir, dice que la agarró por el pelo y comenzó a besarla, dijo que el hombre no hacía sino decir “*mejor tú, estás más como a mí me gusta*”, y que entonces la tiró contra el césped y la violó. Que cuando el tipo se levantó y se estaba, ya sabes, limpiando y poniéndose los pantalones... —prosiguió el joven con un nudo en la garganta—, Grace lo miró con asco pero se quedó paralizada al ver el filo de un hacha descargar contra la cabeza. Fue nuestra hermana. No sé como demonios consiguió el arma o cómo fue que reaccionó, pero de eso la chica no recuerda nada, o no quiere recordar.

—Estás diciéndome que nuestra pequeña, que tenía solo doce años, se cargó ella sola a un tipo de esa calaña.

—Eso es lo que te digo, desde entonces ya sabes tú la animadversión que tiene a los hombres. Yo creo que aparte de sufrir el intento de agresión, vio la violación de su propia niñera.

Ambos hermanos se miraron fijamente. Las lágrimas de Stephen eran bien

visibles pese a la oscuridad que aún reinaba en el bosque. De los dos había sido siempre él el más sensible, y Andrew el más cínico. Pero ninguno de los dos se reprendía en ese momento por haber enseñado a la pequeña a usar todo tipo de armas disponible.

—Stephen, tengo un mal presentimiento —comentó de repente Andrew—, y si nuestra hermana, ¿no es capaz de deshacerse de ese miedo, y no permite que su marido se le acerque? Seguro que es capaz de repudiarla, y puede que me equivoque pero ese hombre ha afectado de un modo sexual a nuestra Emma, ya sabes a qué me refiero.

—Lo que ocurra o haya de ocurrir no está en nuestras manos sino en el de allá arriba —dijo señalando al cielo—. De todos modos creo que es muy pronto para decir que nuestra hermana se siente atraída por este hombre al que ni siquiera conoce.

—Debiste de haberte fijado mejor en tu Emma cuando lo vio al final de la escalera, coño es nuestra hermana, y no debería de hablar así de ella, pero si no estaba excitada y extasiada, dejó de ser un hombre.

De pronto, la figura del futuro cuñado junto a los árboles se movió haciendo que ambos hermanos se callaran y miraran en esa dirección.

Adam seguía atormentado por el rostro de la hechicera, necesitaba verla otra vez. Volver a ver aquel brillo tan intenso que se desprendía de sus ojos a la luz de la llama de una vela cuando todo su cuerpo ardía de deseo. Sentir sus cabellos entre sus dedos, y la suave piel de su cuerpo bajo sus manos. No sabía como pudo haber pensado en su día que la chica iba a resultarle anodina y una especie de monstruo.

«Pero hay algo en ella que me hace reaccionar de ese modo. La causa no la puedo vislumbrar, tiene una candidez interior que dudo mucho que haya tenido algún amante, eso descarta al rubio. Ninguna mujer que tenga una amante reacciona así ante las caricias de otro hombre si encuentra satisfacción en una cama. Puede ser que le resulte repulsivo, no eso tampoco, sino no se hubiese entregado a mis brazos...», trató de razonar mentalmente.

—Dios, tengo que descubrir qué diantres pasa con ella, o me voy a volver loco.

Las dos figuras ocultas entre los árboles lo observaron y luego volvieron a mirarse entre sí asombrados por el imprevisto arranque de cólera.

—Descubrir que pasa con quién —preguntó Stephen.

—Creo que esta noche ha ocurrido algo, hermano. Ya sabes, cuando él se la llevó hacia lo más profundo del jardín —respondió el otro.

—No lo sé Andrew, te juro que no lo sé. Solo tengo clara una cosa que para ella lo mejor será que regrese a casa, a Boston, junto a los que la queremos.

Andrew dudó, para nada estaba de acuerdo con su hermano, pese a que hablaba con mucha sabiduría.

—Creo que Emma se ha enamorado de él, Stephen, no estoy seguro pero lo creo. He visto algo en su mirada que antes solo he visto en mi mujer cuando le pedí que se casara conmigo.

—Si es así, regresas solo. Yo me quedo. Dile a padre que arregle los papeles para trasladarme, en principio, temporalmente aquí. No creo que haya problemas. Como tú sabes hace un año que dejé el ejército y me he dedicado al comercio. Lo mismo puedo dirigir mi naviera desde aquí que desde Boston.

—Puede que sea buena idea, Emma está muy desprotegida, y yo necesito estar en casa, con mi mujer y mi hija.

Stephen miró hacia la casa donde esperaba que Emma durmiese tranquilamente. Y una sensación de inquietud se instaló en su pecho cuando recordó a la elegante morena con la que había compartido un baile y unos besos en ese mismo jardín.

—Vámonos, ya no tenemos nada más que vigilar, al menos esta noche —concluyó Stephen.

Capítulo 9

La mañana amaneció con una espléndida luz que bañaba la habitación de Emma de cálidos rayos de sol. Esta misma calidez fue la que la despertó. Al principio no sabía donde se encontraba, ni tampoco sabía muy bien que hacía en aquella cama y como había llegado allí. Apenas recordaba lo que había ocurrido esa madrugada, pero presentía que algo había ocurrido y que ello era importante.

Se estiró perezosamente sobre el colchón y se levantó de la cama de un rápido salto, haciendo que las sábanas y el resto de las ropas de cama casi volaran sobre su cabeza. Se dirigió hacia la ventana descalza aún, y terminó de correr las cortinas para apartarlas. El sol que traspasaba los cristales la bañó con su calidez. Emma inspiró profundamente, y luego dejó escapar el aire muy lentamente. Salió al balcón tras abrir la cristalera, y se apoyó en la barandilla permitiendo que el sol bañara con su luz la suave piel femenina hasta hacerla brillar.

La joven tenía los ojos cerrados y respiraba el fresco aire sin saber que desde abajo alguien la observaba con avidez. Intentando grabar en su memoria aquella imagen de su diosa del olimpo recibiendo al sol mañanero que penetraba entre sus cabellos revueltos, y hacía brillar las guedejas de un modo enloquecedor para aquel que tan ansiosamente la miraba. Nunca el hombre había visto algo tan hermoso. La fina tela del camisón adherida a su cuerpo resultaban muy reveladora. El pelo, aún sin desenredar, le daba un aspecto felino que era a los ojos del que la miraba extrañamente tentador.

«Tengo que dejar de verla o haré algo que luego no podré perdonarme a mí mismo. Lo mejor será que no esté con ella a solas o de lo contrario... volverá a ocurrir algo similar a lo de anoche. Otra súbita desaparición de ella como la de ayer y me quedo sin descendencia por culpa de la frustración», farfulló enfadado consigo mismo.

Se quedó mirándola, fijamente, como si lo que tuviese ante sus ojos fuese un dulce sueño, una aparición, un delirio creado por su mente empapada de ella. Poseía la belleza y la pasión que siempre había querido en la mujer que convirtiera en su esposa. Nunca había querido una mujer recatada y remilgada, indudablemente esta jovencita no era de esas. Sin embargo, había algo raro en ella y tenía que descubrir el qué.

Un golpe sonó en la puerta de la habitación de la joven y la muchacha regresó a la habitación sin percatarse del hombre que extasiado la contemplaba. Corrió al interior para responder a la llamada al mismo tiempo que abría la puerta. No encontraba su bata y no sabía donde podría haberla dejado. A decir verdad, no recordaba mucho de lo que había ocurrido en la madrugada, pero una cálida sensación la recorría de pies a cabeza.

—Buenos días —dijo una alegre voz cuando ella abrió la puerta.

La muchacha que apareció en el umbral estaba radiante, tenía una sonrisa de oreja a oreja y su felicidad se translucía en su cara. A leguas se notaba que algo bueno le había ocurrido. Al verle la cara de felicidad, Emma sonrió. ¿Qué podría haberle ocurrido a su futura nueva hermana?

—Bueno, cuenta... ¿qué ha ocurrido para que vengas a mi habitación a las ...? ¿qué hora es? —preguntó un tanto desorientada.

—Son las nueve —contestó Victoria sonriendo al tiempo que entraba en la habitación, y se sentaba en la cama con cuidado de no arrugar su falda de montar.

Su pelo negro contrastaba con el marfil de su piel y el blanco de su camisa. Y el rojo de su chaqueta daba un color atrevido a sus mejillas. Emma la miraba fijamente mientras que los ojos de Victoria iluminaban su bello rostro con un deje de conocimiento y nueva consciencia de mujer.

—No me tengas en ascuas, por Dios cuéntame —dijo impacientemente la rubia.

—Vístete, vamos a ir a cabalgar con mi hermano. Nos está esperando —apremió alegremente la otra—. Y por Cristo, no te pongas pantalones, nunca se sabe como van a reaccionar los hombres.

Emma alzó una ceja y se quedó observando al manojito de nervios que era Victoria.

—No creo que sea eso lo que te tenga tan feliz, cariño. Cuenta de una vez. Mientras lo haces, juro que me visto como toda una dama.

Sin pensarse muy bien lo que hacía se quitó el camisón a toda prisa y abrió las puertas del armario mientras elegía unas prendas y descartaba otras. Victoria miró anonadada como su futura cuñada descartaba ponerse el corsé pasándose por la cabeza una extraña camisa. Entre esta y su piel sólo había una delgada camisa casi transparente de color crudo, tenía los puños adornados con encajes, y se abrochaba con un simple cordón a la altura de sus firmes senos. La miró escandalizada cuando observó que se ponía un atuendo similar al que le habían visto cuando se presentó a desayunar la primera vez

en el comedor.

—Vamos, cuenta mujer —dijo la rubia haciendo caso omiso a la expresión espantada de la morena.

—No sé si debo, apenas te conozco y no sé si voy a poder confiar en ti en este asunto.

La rubia se giró olvidándose que tenía en la mano la fusta y a punto estuvo de golpear a Victoria con ella.

—Disculpa —dijo cuando se percató que estuvo a punto de golpear a Victoria con la fusta—. No suelo, de hecho nunca lo he hecho, me refiero a desvelar el secreto que me haya confiado alguien. Vamos —la instó—, me tienes en ascuas y soy increíblemente curiosa.

La sonrisa amplia que la rubia le dirigió hizo que Victoria se sintiera lo suficientemente confiada para contarle lo ocurrido.

—Ayer —comenzó la mujer —conocí a alguien y... creo que me he enamorado de él. Lo malo es que desapareció de repente y ni siquiera sé como se llama. Sólo le vi unos minutos —mintió—, pero quedé atrapada en la telaraña de sus estupendos ojos azules. Eran tan expresivos... en cierto modo me recordaron los tuyos. Ojalá pudiese volver a verle.

Un momento de debilidad hizo que Victoria se rozase los labios con la punta de sus finos dedos y suspirase. Gesto que no pasó desapercibido a la otra muchacha.

Emma arqueó una ceja y miró fijamente a la otra joven.

—Estoy segura que así será —dijo mientras se abrochaba una chaqueta negra y se calzaba las botas de montar—. Sus ojos eran azules ¿no?

Un extraño cosquilleo recorrió la espina dorsal de ambas. Victoria recordando lo ocurrido en el jardín la noche anterior, y Emma ante la extraña sensación que algo grato se avecinaba con respecto a su bella cuñada. Los ojos azules de su hermano Stephen acudieron a su mente... no, seguramente estaba fantaseando demasiado. Ya sería mucha, mucha casualidad, había un gran número de hombres con ojos azules en la fiesta, seguro. Pero la sensación no desapareció sino que se intensificó.

—Qué pensaría mi hermano si me escuchara hablar de esta forma tan inapropiada —dijo en suspiro Victoria.

—Seguramente podría golpearte, ¿no es lo que hacen muchos hombres cuando un asunto se les va de las manos?

—Por Dios, mujer ¿qué estás diciendo? Yo aún no he visto a ningún hombre golpear a una mujer.

—Pues te aseguro que hay canallas capaces de hacer algo peor si una mujer se atreve a enfrentársele. Vamos —concluyó al tiempo que habría la puerta—. Tu hermano nos está esperando.

Ambas muchachas salieron de la habitación y bajaron las escaleras entre risas. Eran casi unas desconocidas, pero parecían familia pese a lo diferentes que eran tanto en el aspecto físico como en el sentimental. No obstante, la complicidad que se había instalado entre ellas era como la de dos hermanas: tan diferentes y a la vez tan parecidas. Cuando ambas chicas entraron en el comedor vieron que las cortinas estaban totalmente corridas para dejar entrar la brillante luz del sol, bañando con su calidez la fría estancia en la que aún no habían encendido el fuego. La habitación estaba vacía, salvo por él. De pie junto al hogar estaba intentando encender el fuego. Le causó sorpresa porque esa era una tarea del servicio, pero no dijo nada.

El heredero las observó mientras se acomodaban a la mesa del desayuno.

La rubia notó nuevamente la fuerza y poder que de él emanaba y miró fijamente sus anchas espaldas, sus diestros movimientos. Se movía con elegancia haciendo que la joven se fijara en su cuerpo atlético y varonil, dejando entrever cada uno de sus músculos bajos sus ropas de montar. Si Emma no fuese su prometida y estuviese obligada con él, quizás hubiese tratado insinuársele, pero en sus planes no estaba el que él supiera lo que estaba comenzando a sentir. Le gustaba aquel hombre que en pocos días se convertiría en su marido. Cada vez que le tenía cerca, se sentía nerviosa, acorralada, y al mismo tiempo vulnerable, deseosa de amarle y extrañamente viva.

Adam notó su mirada fija en él y se giró para quedar frente a frente con las dos mujeres que estaban sentadas detrás de la mesa y desayunado. Los ojos del hombre recorrieron las facciones de la muchacha deteniéndose en sus carnosos labios, y posteriormente en los ojos, hasta que ella tuvo que desviar la mirada hacia el plato que tenía delante de ella mientras se llevaba un trozo de tostada a la boca de forma distraída.

El hombre terminó su tarea y se acomodó en uno de los butacones de la sala en espera que las chicas terminaran con su desayuno. Pero no podía estar allí sentado. Cada movimiento de ella era una tortura a sus sentidos. La delicadeza con la que se llevaba el tenedor a la boca para degustar su frugal desayuno le estaba excitando, no tenía duda que algún día conseguiría que esa boca estuviese en un sitio mucho más delicioso para él.

Diantres, pensó mientras se pasaba una mano por el pelo, la muy zorra no

hace falta que haga o diga nada para poner a mi general en pie de guerra. Levantándose repentinamente salió de la estancia. Pensaba mantenerse entretenido como ensillar a los caballos antes de que pudiese correrse en los pantalones.

«¡Maldita sea que solo está desayunando!», exclamó para sus adentros.

Victoria notó la expresión furiosa de su hermano y comentó suavemente a su cuñada.

—Aún estás a tiempo de subir y cambiarte esa indumentaria que llevas —dijo señalando la falda pantalón que llevaba Emma—, por una falda normal. No creo que a mi hermano le haga gracia verte vestida de esa forma, además, él seguramente va a colocar una silla de amazona para ti sobre el lomo de la yegua.

—Si hace eso —comentó la otra—, me sentiré enormemente feliz cambiando yo misma la silla.

—Dios nos asista —exclamó escandalizada—, Emma, por favor, hazme caso.

—Yo ya he terminado de desayunar —dijo Emma levantándose rápidamente de la silla y dirigiéndose presurosamente hacia la puerta.

«No hay nada que estimule mejor mi inteligencia que un desafío», se dijo a sí misma sonriendo.

—Espera un momento, mujer. No está bien que te muestres tan sensible cuando lo único que he hecho ha sido advertirte. Por favor, espera... —dijo saliendo tras ella sin haber terminado su desayuno.

Victoria solo pudo alcanzarla cuando ambas franqueaban la puerta de los establos. Allí Emma se paró en seco, y ordenó con voz glacial.

—¡Para! —dijo cuando vio que Adam se disponía a ensillar un segundo caballo con otra silla de amazona.

Adam soltó de pronto la silla dejándola caer con gran estrépito junto al caballo que se alzó sobre sus cuartos traseros, y el hombre solo tuvo tiempo de sujetarlo por las bridas para que no coceara y saliera del establo.

—Maldita sea, mujer, ¿nadie te ha enseñado que no debes gritar cuando a un caballo se le está colocando una montura? —chilló cuando hubo tranquilizado al corcel.

Emma no se había dado cuenta de que había alzado la voz, pero no había gritado.

—No voy a permitir que me trates como una niña —protestó con energía—, y no pienso subirme a la grupa de un caballo que no conozco con una de

esas letales sillas de amazonas —tanto Adam como Victoria la miraban atentamente—. Una vez casi me mato por culpa de una de ellas —les explicó sin dejar de mirar los ojos oscuros de su prometido.

Cogió la silla del suelo, a la vista estaba de que estaba acostumbrada, la apartó, y con gran destreza asió una silla de montar masculina, y la colocó sobre el lomo del animal.

El hombre la miró perplejo ante el derroche de fuerza física que ella le había mostrado. Estaba claro como el agua que pretendía salirse siempre con la suya. Pero eso no pudo evitar que una sonrisa aflorara a sus labios. Se acercó a la bestia para asegurar la cincha bajo el lomo pero ella se lo impidió, le apartó las manos con mucha suavidad y con una sonrisa falsa. Ella misma aseguró y ajustó el correa. Un segundo después, y sin la ayuda de nadie, puso el pie en el estribo, se sujetó a ambos lados de la silla, y, tomando impulso, logró de un solo movimiento subirse al animal. Cuando estuvo lista miró hacia atrás golpeando suavemente el cuello del animal.

—Creo que podemos irnos o, ¿esperamos a alguien más? —preguntó a los perplejos hermanos.

Victoria estaba clavada al suelo del establo y Adam estaba atónito por el orgullo y el arrojo que ella demostró para salirse con la suya. Nunca, ninguna mujer, le había llevado la contraria de ese modo y ninguna, ninguna hasta ahora se había salido con la suya, ni cuando habían utilizado la sutileza femenina. Sin embargo, Emma se le había enfrentado abiertamente y le había mostrado su gran fuerza interior y su férrea decisión.

De pronto se fijó en su atuendo.

—¿Qué demonios es eso que llevas puesto? —señaló la extraña prenda que cubrían sus piernas.

—¿Esto? —preguntó tranquilamente—. Yo creía que eran una prenda adecuada para este tipo de ejercicios —contestó de forma sarcástica y con ufano humor—, creo que es lo más adecuado para subir a lomos de un caballo.

—¡No es apropiado! —Emma ya se esperaba una respuesta así—. Cámbiate ahora mismo.

—¿Qué me cambie? —preguntó atónita—. Como si me importara lo que pienses al respecto.

—¿Cómo te atreves? —vociferó perplejo al tiempo que se abalanzaba sobre ella.

Victoria vio la furia de su hermano que había hecho acto de presencia de forma tan repentina. Le asió por el brazo.

—Por Dios, Adam ¿qué vas a hacer? —intervino la mujer.

—Darle una lección —soltó sin contener el enojo.

Emma vio la transformación del hombre y entrecerró los ojos.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió—. Si lo haces o me pones un solo dedo encima, juro que me las pagarás —amenazó con la fusta en alto.

Adam estaba estupefacto.

Se preguntó qué debía hacer, ¿dejar que se saliera con la suya o estrangularla? Se preguntó. ¿Qué clase de condenada mujer se atrevía a enfrentársele y para más inri amenazarlo? Entonces el hombre hizo algo que pilló por sorpresa a ambas mujeres e incluso a él mismo: sonrió. Se volvió hacia su hermana y la ayudó a subir a su montura, luego hizo él lo mismo.

—Este desplante me lo vas a pagar muy caro —susurró entre dientes de modo que solo Emma pudo escuchar sus palabras.

La muchacha lo miró sobre el hombro y sonrió maliciosamente. Al menos se había salido con la suya, y para nada pensaba arrepentirse. Lo cierto es que ninguno de los dos era consciente de la imagen que daban. La leona rubia a lomos del caballo, y el lobo feroz al acecho de cualquier descuido que ella tuviese.

Los tres salieron montando sus respectivos caballos. Victoria llevaba la misma yegua que Emma montara su primer día en Inglaterra, el caballo rojizo de Emma era la primera vez que lo montaba, por cierto que era un caballo en verdad brioso, y la muchacha rezó interiormente para no tener ningún problema con su montura, porque estaba convencida de que si algo no salía bien, él se reiría de ella, y para Emma eso era algo peor que la pérdida del honor.

Emma se sentía libre sobre un caballo, siempre que los problemas la agobiaban o siempre que se peleaba por cualquier tontería con algunos de sus hermanos, una buena cabalgada le devolvía la tranquilidad, también la recuperación de su autodomínio. Evocó los días pasados en Atlanta, su ciudad natal, cuando con tan solo ocho años subió por primera vez a la grupa de un caballo de verdad. Aún podía oír a su padre cuando la instaba a saltar un obstáculo aún más alto.

Victoria azuzó su yegua que salió disparada atravesando el bosque.

Emma la siguió, y tras ella, Adam. Los tres se pararon en seco en medio del bosque y riendo como locos. De pronto, las miradas de los prometidos se cruzaron y así estuvieron unos instantes, mirándose fijamente en las lagunas que eran los ojos del otro, queriendo traspasar el alma del otro con la mirada,

hasta que se oyó un disparo sordo y la yegua de Victoria se desbocó. Emma no perdió tiempo e instó a su caballo a perseguir a la yegua que montaba su cuñada y que estaba descontrolada. Cuando llegó a su altura asió las riendas de la yegua lo más cerca posible del bocado, y tiró fuertemente de ella hacia sí. Logró controlar a la yegua, pero un descuido sobre su propio corcel hizo que el mismo se elevara de manos como momentos antes en el establo. Intentó sujetarse por las crines de su propia montura al perder las riendas, pero no fue lo suficientemente rápida en su reacción, y salió despedida sobre la cabeza del animal.

Aterrizó de bruces sobre el duro suelo.

Un alarido resonó por todo el bosque. El grito de un animal herido en lo más profundo de su ser, salió de la garganta del hombre que las acompañaba, y que se había quedado atrás. Adam había sido espectador de la caída mortal porque Emma había caído de cabeza, y mucho se temía que se había roto el cuello al tocar el suelo.

Victoria se quedó inmóvil viendo como la otra muchacha, que le había salvado la vida, yacía boca abajo sobre el suelo a tan solo un metro de distancia de ella. Adam llegó corriendo hasta el lugar del accidente con el rostro desencajado. Nunca había visto a persona alguna ser capaz de arriesgar su vida por otra, y menos una mujer por otra mujer. Aquella muchacha le había salvado la vida a su hermana quizás a cambio de la suya propia.

No podía ser, se decía así mismo, ella no podía morir ahora que él empezaba a... no quería ponerle nombre a lo que comenzaba a sentir. La admiraba, la deseaba, y había decidido que nadie la separaría de su lado. Después de tanto tiempo buscando a una mujer así, no sería justo perderla tan pronto. Con el corazón contraído de aprensión, el hombre se arrodilló junto al cuerpo caído.

Adam era médico, aunque sabía lo que tenía que hacer, había visto la terrible caída de ella. Tocó primero su cabeza y comprobó que no había sufrido el daño que él imaginaba. Después le tocó el pulso, y aunque bajo y lento, aún se mantenía. ¡No tenía el cuello roto! No se paró a pensar en cuales eran los motivos de esos fuertes sentimientos, ni tan poco desde cuándo los tenía. Dio gracias al cielo, y luego fue palpando cada trozo del cuerpo femenino inmóvil que tenía ante sí. Tenía algunas rozaduras en los brazos donde tanto chaqueta como camisa se habían desgarrado. Cuando le giró el rostro vio el feo golpe en el pómulo derecho que ya estaba adquiriendo un intenso color morado, pero la piel no se había desgarrado. Pasó los dedos por

la suave y magullada mejilla, y, al tocarla, el calor se instaló en sus manos, eso era sumamente peligroso. Le entraban ganas de hundir sus dedos en el pelo de la joven y arrasar sus labios con su boca.

Sacudió la cabeza.

«¿Qué demonios me pasa?», se preguntó contrariado.

—Emma, ¿puedes oírme? —la llamó mientras le acariciaba las mejillas gentilmente.

La joven trataba de abrir los ojos pero los párpados le pesaban. Adam le rodeó la cabeza con su fuerte brazo y la mantuvo alzada del suelo mientras que el resto de su ligero cuerpo seguía extendido sobre el frío y duro suelo.

Victoria bajó como pudo de su yegua, y se acercó a su hermano, pero éste la detuvo con un gesto. Acarició el brazo lastimado de la joven haciendo que se moviera de forma inconsciente. Bueno, al menos ya era algo. Poco a poco la joven abrió los ojos, y lo primero que vio fue el gesto de alivio del hombre que la sostenía entre sus brazos. Eran fuertes, seguros... eran el paraíso. Giró la cabeza y vio la expresión despavorida de Victoria.

—No hay por qué alarmarse —dijo Adam a su hermana mucho más tranquilo—. Ella está bien salvo por algunas contusiones y este brazo que tendré que lavar y desinfectar. El golpe en la cara es feo pero no reviste gravedad —las dos mujeres lo oyeron suspirar—. Creí por un momento que te habías roto el cuello.

La joven reaccionó tratando de ponerse de pie, cosa que el buen doctor no le dejó hacer.

—Estoy bien —murmuró algo mareada—, soy mucho más fuerte de lo que parezco —Emma cerró los ojos durante un segundo para respirar profundamente—. Desde luego, no es un caballo lo que va a terminar conmigo.

Victoria entendió otra cosa al escuchar las palabras de ella.

Adam vio que los ojos azules relampaguearon en su hermoso rostro como dos lagos de agua cristalina, agua que le llamaban a cometer pecados llenos de lujuria. ¿Se había referido a él?

—Soy yo la que no se encuentra bien —dijo Victoria—. Yo me voy a casa a pedir ayuda.

—No es necesario —le informó Adam.

Pero Victoria no estaba tranquila.

—Esperad aquí, regresaré enseguida con ayuda.

Emma la miró con ojos suplicantes, pero ella esperó a que Adam la ayudara a subir al caballo, su hermano así lo hizo, y al momento vio como la

mujer desaparecía entre los árboles. El hombre se giró hacia la chica y se metió las manos en uno de sus bolsillos para sacar un pañuelo que tendió hacia su prometida. La joven se levantó, se dio media vuelta y comenzó a andar en dirección al estanque que había a pocos metros. Se sentía muy mal: le dolía todo el cuerpo, estaba mareada, pero no dijo nada, sin embargo, él la alcanzó, y sujetándola por los hombros, le impidió que continuara avanzando. Emma sintió de pronto una extraña sensación en el estómago y se llevó las manos hacia la boca.

—Por favor, apártate —Adam no le hizo caso—, por favor...

Se apartó finalmente y la vio huir trastabillando hacia el árbol más cercano. Apoyó una mano en la rugosa superficie del grueso tronco, y comenzó a vomitar.

—Déjame que te ayude.

—¡No! —exclamó ella que seguía vomitando el desayuno.

Él, obedeció. Entendía que ella no quería que se le acercara en esa posición tan ignominiosa. Quería ayudarla, pero no quería que se sintiera humillada, no obstante, le costó Dios y ayuda mantenerse alejado de ella. Esperó a que las últimas convulsiones desaparecieran para volver junto a ella. Cuando lo hizo, Emma se apartó del árbol con pasos inseguros y muy pálida. Anduvo unos pasos y se sentó en el suelo con las piernas flexionadas y la cabeza entre las rodillas. De nuevo él recorrió la distancia que los separaba. Se sentó en el suelo junto a ella y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta.

—Toma —dijo tendiéndole una manzana —tómatala.

Ella lo miró sin comprender.

—La guardaba para mi semental, pero creo que tú la necesitas más.

Su comportamiento la confundía. Él era capaz de comportarse como un sinvergüenza y al momento siguiente como un caballero. Era difícil resistirse a él. La joven cogió la manzana y comenzó a morderla. Su sabor ácido le limpiaba el sabor agrio que tenía en la boca.

—Come tranquila y mastica bien —la instó él.

—Increíble —respondió ella—. Te pareces a mi padre cuando impedía que me comiese las tortas al ritmo que lo hacía.

Se terminó la manzana y fue entonces cuando Emma se atrevió a mirarlo. Adam tenía el rostro girado hacia el paisaje. Estaban sentados junto al estanque, a unos escasos metros. Aquella vista parecía una ilustración de libros, una ilusión. Todo parecía tan irreal... como un sueño.

—Esto es precioso —comentó Emma.

—Sí —corroboró él mirándola fijamente a los ojos.

Hubo un largo silencio y luego prosiguió.

—Eres tan hermosa —le acarició la mejilla inflamada con el dorso del la mano—. Tu pelo es tan suave como la piel de un bebé. El color de tu cabello como el trigo bañado por el sol, y tus ojos tan azules como un cielo de primavera.

Estaba realmente cautivada escuchándolo. El contacto de la mano masculina sobre su rostro la hacía arder desde la punta de los pies hasta la raíz del cabello. Con sus palabras conseguía hacerla temblar. Nunca hombre alguno le había dicho algo parecido, tampoco ella le había dado la más mínima oportunidad a ninguno de ellos.

Adam, al sentir como ella se relajaba, pasó su mano del pómulos de ella hasta el cuello, y, con un incitante caricia le rozó la parte superior de sus senos, el hombro, y parte de la espalda hasta llegar a su nuca donde se detuvo. Con un dulce movimiento de sus dedos hizo que la joven se terminara de relajar y cerrara los ojos.

Él acercó el rostro al de ella y se apoderó de sus labios. Al principio se limitó a mover sus boca sobre los dulces y carnosos labios de la joven, despacio, lentamente, y poco a poco, se abrió pasó entre ellos con la ayuda de su lengua. Cuando ambas rozaron sus superficies, la joven se estremeció y sin saber cómo le agarró de la solapa de la chaqueta y le hizo acercarse a ella para sentir su calor junto a su cuerpo. Emma se dejó caer sobre la mullida alfombra de hierba llevándose el cuerpo masculino con ella, y sintiendo todo el peso de aquel hombre sobre sí.

Los doloridos huesos dejaron de importarle. La caída del caballo ya estaba olvidada. Él la cubría totalmente con su cuerpo y sentía los senos aplastados por su ancho pecho, notando la acelerada respiración de él y el ritmo frenético de su corazón junto al suyo. Emma abrió los ojos sorprendida por lo que hacía y por lo que sentía. Adam aún invadía su boca, y ella emitió un sonido gutural y ahogado haciendo que él se separara inmediatamente de ella.

—Esto no ha debido de suceder —dijo Adam al tiempo que intentaba incorporarse apoyándose en los codos.

Casi se mata en la caída, y él lo único que pensaba era en hacerle el amor como un loco. Estaba desquiciado. La joven se giró sobre su cuerpo y se tapó la boca con los nudillos para contener un gemido de dolor. Estaba confundida

y excitada a la vez. Era la primera vez que sentía esos sentimientos tan extraños, y lo que más le asustaba era que quería volver a sentir ese cuerpo fuerte y poderoso de nuevo sobre el suyo. Bueno, siempre que no le dolieran las costillas como ahora. Sonrió por sus pensamientos. Estaba perpleja y alegre al mismo tiempo, porque por primera vez no se había acordado de aquel día en Boston. Se sentía liberada y con una extraña necesidad que crecía dentro de ella: una necesidad que se instalaba en su vientre y crecía en espirales hasta sus senos y su alma.

Adam se levantó y se acercó al estanque, cogió su propio pañuelo que ella había dejado caer antes de salir corriendo a vomitar el desayuno, y lo hundió en el agua. Se volvió hacia donde estaba ella, y, arrodillándose frente a la joven con las piernas a ambos lados del cuerpo seductor, se acercó a su rostro y pasó muy despacio el pañuelo húmedo por el pómulo hinchado por el golpe. Con cuidado retiró los restos de tierra adheridos a la tersa piel, y ninguno de los dos se dio cuenta de que no estaban solos.

Amparado por la arboleda, Stephen los observaba con una mueca de reconocimiento. No hacía ni un minuto él había tenido en sus brazos a una ninfa del bosque. Dio gracias a Dios porque no tuviese que hacer algo para interrumpir aquella escena de amor antes de que se convirtiera en algo más peligroso. Estaba a punto de abandonar el lugar cuando oyó el sonido de una voz femenina que se acercaba a caballo a la pareja. Eran una mujer no muy joven, debía de rondar la treintena, de un llamativo pelo rojo que dudaba fuese natural. Parecía una dama, pero estaba seguro que no lo era. Problemas... esa mujer llevaba colgado el cartel de problemas en su pecho.

—Una escena encantadora, amor —dijo la mujer—, solo espero que no te canses de ella tan pronto como lo hiciste de mí.

Tanto Adam como Emma se quedaron helados. La primera reacción de la joven fue desembarazarse de su prometido y levantarse para encarar a la mujer que la observaba con denotado desdén.

—¿Y usted es...? —dijo enrojecida de furia y vergüenza.

—Vaya cariño, al menos a mí jamás me golpeaste —se mofó con una maliciosa sonrisa al tiempo que miraba descaradamente la entrepierna del hombre que estaba bastante abultada—. En otro tiempo era yo la que despertaba ese deseo, ¿recuerdas? —ahora la miró a ella con ojos entrecerrados—. Ninguna de las muchas mujeres que han compartido su cama hemos podido atraparle, así que dudo mucho que una cosita tan insignificante

como tú retenga su interés más allá del primer revolcón. ¿No es así, amor? — siguió hostigando.

Emma soltó un juramento y se aproximó a Adam. Cuando llegó a su altura se paró delante de él y le cruzó la cara con una bofetada tan sonora que resonó en el silencio del bosque. La mujer soltó una carcajada.

—¡Vaya! La damisela tiene genio, te va a costar llevártela a la cama.

—Mal nacido —gritó la joven.

Trató de escapar pero él la apresó entre sus brazos y delante de su antigua amante la besó con toda la pasión que encerraba su corazón. Sabía que ese era el mejor método para calmar los instintos de una fiera. Y su prometido en esos momentos era eso, una fiera, una hermosa fiera que se entregó a sus brazos nada más él la tocó. Pero la furia de ella estaba lejos de calmarse. Le dio una patada en la espinilla con la bota de montar y escapó de sus brazos hacia el bosque dejando a ese par de crápulas solos en el claro.

Eran tal para cual.

Corrió hasta que se topó contra una sólida masa de carne. Stephen, que no se había marchado, había salido corriendo al encuentro de su hermana, la sujetó por el brazo y se la llevó hacia el caballo que estaba en la espesura del bosque. La subió delante de él y espoleó a la bestia. Nada más sentir el calor del cuerpo de su hermano y sus brazos protectores en torno a su magullado cuerpo, la joven rompió en llanto.

Capítulo 10

Adam se quedó paralizado ante la reacción de su prometida, pero entonces se volvió furioso hacia la mujer que había llegado tan inoportunamente.

—¿Estás loca Melany? —preguntó.

—Sí, loca por ti querido —dijo acercándose a él—. Solo pienso en aquel día que te tuve entre mis piernas —le tocó el pecho con su avariciosa mano, pero él se apartó.

—No lo hagas, no me toques o te aseguro que serás la primera mujer a quien golpee, te lo garantizo. Lo nuestro, si es que algo ocurrió, de lo cual no estoy seguro porque estaba muy borracho, se terminó. —Comentó furiosamente—. Nunca quise enredarme contigo y aprovechaste mi estado de embriaguez y mi confusión ante la idea de casarme con una mocosa. Te aprovechaste de la situación ¿no es así?

La mujer lo miró con sus ojos color miel. Percibía su furia contenida. Era todo un hombre, lástima que no lo hubiese comprobado en su cama.

—No me arrepiento de lo que hice, pero, ¿y tú? ¿Tan horrible es tu prometida que ya te has buscado una sustituta para que ocupe su lugar en tu cama? Y a todo esto, porque no viniste a mí... —deslizó un dedo por su mejilla—, yo mejor que nadie sé lo que le gusta a un hombre como tú.

—No sabes lo que estás diciendo —la agarró por las muñecas—, y si se te ocurre volver a decir ante mi prometida lo que crees que ocurrió, juro por lo más sagrado que le cuento a tu esposo la clase de mujer que tiene, a lo que te dedicas cada vez que él está de viaje. Estoy seguro que le encantará saberlo.

El rostro de la mujer palideció.

—No serías capaz —contestó muy seria.

—No me tientes, y ahora, déjame en paz —la empujó y estuvo a punto de sentarla sobre su tierno trasero en la hierba—. Voy a ver como puedo arreglar el estropicio que has creado. Si no me caso con ella, tendré que salir del país como un vulgar criminal por desafiar a la corona.

Dicho esto, Adam se volvió, sujetó por las bridas ambas monturas, y comenzó a andar hacia la casa. Tenía la esperanza de alcanzarla.

Emma estaba en esos momentos cruzando la casa alquilada por sus dos hermanos. La vivienda era propiedad de los Murray, y estaba muy cerca de la

casa de su prometido.

Como Adam no la encontraba, sujetó el caballo de ella por la brida, se subió al propio y se dirigió hacia la casa.

Emma estaba en tal estado de nervios que Stephen tuvo que bajarla del caballo y llevarla en brazos hasta el interior de la casa. Ella lloraba sobre su hombro, se sentía humillada porque se había dejado besar y acariciar por un libertino. Tenía grabadas a fuego las palabras de la mujer.

—Andrew, Andrew —vociferó Stephen llevando en brazos a su hermana.

Se oyeron unas rápidas pisadas como si alguien se acercara corriendo al origen de los gritos.

—Maldito seas, cuantas veces te he dicho que no es necesario que grites en una casa como esta, que esto no se parece en nada a un maldito fuerte. No... —de pronto se calló al ver el cuerpo temblando que llevaba su hermano en brazos—. Dios mío qué demonios ha ocurrido...

Cuando Andrew vio el golpe en el rostro y soltó otro juramento.

—Maldito hijo de puta ¿cómo ha podido golpearla de manera tan brutal? Voy a partirle la cara a ese mal nacido. Deja que le ponga las manos encima a ese cabrón y ya verás... no le quedarán ganas de volver a golpear a una mujer.

Stephen comenzó a reír ante la diatriba soltada por su hermano.

—Tranquilízate, hombre, no es lo que parece. Ese golpe fue debido a una caída del caballo.

El otro se envaró.

—No me mientas —dejó a la chica sobre el sofá—. Sabes mejor que yo que ella monta tan bien como nosotros mismos, e incluso yo me atrevería a decir que mejor que los dos juntos.

—No te estoy mintiendo, fui testigo. Fue por salvar a la otra muchacha, la hermana de... —se calló de pronto al recordar a la joven.

Un estremecimiento le recorrió la espalda como si le hubiesen dado un par de bofetadas en pleno rostro. Estaba anonadado, ¿cómo podía no haberse dado cuenta antes? La bruja le había echado un maleficio, eso seguro. De otra forma hubiese visto el parecido mucho antes. El mismo color negro como ala de cuervo de su pelo, ese atractivo mentón. Ciertamente que los ojos de ella eran de un dulce color ámbar y miel. No, lo que le ocurrió fue que estaba embebido por su belleza que no se fijó en nada más. Cuando la tenía en sus brazos, no existía nada más, no existía nadie más.

Estaba perdidamente seducido.

—Stephen, despierta —le instó su hermano al tiempo que chasqueaba los

dedos delante de su cara—. Esto es muy serio. ¿Qué ha ocurrido?

Stephen comenzó a relatarle lo sucedido lo mejor que pudo. También se notaba en él su indignación por el trato que su hermana recibiera en la casa a la que había sido confiada. Rastros de preocupación asomaron a los ojos de ambos, se preguntaban qué podían hacer para proteger a su hermana de sus propios sentimientos. Era imposible detener ese matrimonio a menos que ella decidiese volver a Boston con ellos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Andrew.

Stephen le miró a los ojos. Una idea comenzaba a gestarse en su mente y sonrió pícaramente. Podría dar resultado. Sería como matar dos pájaros de un tiro.

—De momento se quedará aquí con nosotros. Iré a casa de esa gente a recoger sus cosas. Luego ya veremos. Mientras, déjala dormir. No te muevas de su lado.

—Pareces un lobo que va en busca de un cordero.

Le vio salir de la casa y subir al caballo, espolearlo y salir a toda velocidad.

Atravesó en poco tiempo la distancia que separaba las dos propiedades, y cuando llegó a la puerta de entrada de la majestuosa mansión, bajó del caballo y se dirigió a la puerta de entrada. Tocó la campanilla y esperó que el mayordomo la abriese. Cuando lo hizo vio a un hombre de pelo canoso que con una leve inclinación le daba la bienvenida a la propiedad.

—Buenos días, señor. Sea tan amable de decirme qué desea.

Acostumbrado como estaba a tratar con la servidumbre le dijo con tono neutro, aunque más bien frío, que deseaba hablar con la señora de la casa. El criado asintió después de responder con pocas pero amables palabras y desapareció. Algo nervioso se paseó por el vestíbulo pero sin valorar en realidad la enorme estancia. No tenía humor para fijarse en detalles como que frente a la puerta de entrada estaban las amplias escaleras pegadas a la izquierda que conducía a los pisos superiores. Una gran alfombra de color granate con adornos en blanco y oro cubría la amplia superficie del vestíbulo. A ambos lados de la puerta había ventanas con pesados cortinajes, y sobre su cabeza una gran lámpara de brazos de bronce y rico cristal. Junto a las ventanas, y perpendiculares a ellas, se abrían amplias puertas que comunicaban con el vestíbulo. Una voz ya tan conocida para él se oyó a sus espaldas. Cuando se giró quedó frente a frente con la muchacha de ojos ambarinos y pelo negro como el azabache. No era muy alta, apenas si le

llegaba al mentón.

La muchacha se quedó inmóvil mirando a su Némesis. El corazón se le desbocó. ¿Para qué habría ido? Seguramente no para contar lo que habían estado haciendo anoche en el baile ni lo que había ocurrido en el bosque una hora antes. Intentó sonreír, pero no pudo, y tampoco podía moverse.

Stephen intentó hablar pero el grito que se oyó proveniente de la escalera le evitó el tartamudeo ante la aparición.

—Señor, encantada de verle —gritó la niñera de Emma que bajó apresuradamente las escaleras—. Me alegro que esté aquí... —no llegó a terminar la frase.

—Recoja sus cosas, Grace, y las de mi hermana también.

De pronto Victoria comprendió quien era ese hombre. Y sin saber de donde sacó la voz, le recriminó.

—No pude hacer eso, mi hermano no lo permitirá —contestó.

—No solo puedo sino que voy a hacerlo —la corrigió lentamente mientras acercaba su rostro al de Victoria, y con los ojos azules fijos en los ámbar de ella.

Victoria comenzó a temblar ante su proximidad. Dio un paso hacia atrás y desvió la mirada. Lo que ese hombre le provocaba no conseguía explicárselo.

Grace, miró a uno y otra y entrecerró los ojos. Estaba muy claro el fuego que palpitaba en las miradas de ambos. Supo que el cazador había sido apresado aunque el hombre todavía no fuera consciente de ello.

—Deja de intimidar a la chica, cariño. Enseguida lo tendré todo listo.

—Usted no hará tal cosa, lady Grace —dijo Adam desde una de las puertas, precisamente la que comunicaba con el despacho—. Las ropas de la señorita Bradford se quedarán donde están.

Adam se acercó hasta donde Stephen intimidaba a la niña de sus ojos.

—¿Algún problema? —preguntó hosco.

Entre ambos hombres se fraguó un duelo de voluntades. Un frío hielo que lo congelaba todo. Una batalla de protección de un hermano hacia otro.

—El problema es usted. No voy a permitir que Emma se quede en esta casa ni un minuto más —le espetó retador—. Grace, prepare sus cosas, nos vamos.

La mujer miró a ambos. Su fidelidad, no obstante sabía donde estaba. Sin decir una palabra, giró y volvió a subir las escaleras para hacer lo que le habían ordenado.

Adam tenía los puños apretados a ambos lados de su cuerpo. Stephen se

enfrentaba al otro hombre con la mirada oscurecida, y entre ambos, Victoria, con el rostro pálido y desencajado, percibía la tensión y la animosidad creada.

Sintió que estaba en el centro de una tormenta que se fragua. Vio el odio en los ojos de su hermano y se quedó consternada, todavía más cuando rompió el silencio que se había instalado entre los tres.

—No creo que ello sea posible. Mi prometida se queda aquí. No permitiré que un antiguo pretendiente le busque la ruina.

Su voz podía casi cortarse con un cuchillo. Sentía como si quisiese arrancar la vida del otro de una certera y rápida puñalada.

—¿Qué está tratando de insinuar?

—Nada que no sea obvio. Dígame una cosa, ¿qué habría sucedido de no haber interrumpido yo esa escena en el jardín anoche?

Stephen se abalanzó sobre él con una mirada asesina en los ojos, le agarró por la camisa y lo hubiese golpeado de no ser por el ángel vengador que se abalanzó sobre él. Victoria no supo de donde sacó aquella fuerza, ni el valor. Pero de pronto se vio agarrando el pelo de aquel dios rubio y gritándole que soltara a su hermano.

—Basta ya. ¿Me oís? —la mano que sujetaba aquella rubia melena se aflojó cuando los ojos zafiros se clavaron en ella. Y ambos hombres se separaron.

—Si usted quiere ver a Emma no pondré la más mínima objeción. Me hospedo muy cerca de aquí, imagino que ya sabrá dónde.

La cólera volvió a instalarse en el pecho de Adam.

—No voy a permitir que mi prometida viva con su amante a los ojos de todo el mundo, y mucho menos en una de mis propiedades.

El Armagedón ocurrió en la sala en ese momento. Grace, que bajaba con el equipaje imprescindible, gritó desde el último escalón. Victoria solo tuvo tiempo de apartarse y esquivar el puño del gigante rubio que terminó estrellándose en la mandíbula de su hermano.

El labio de Adam sangraba profusamente.

—No voy a permitir que la insulte de nuevo, y si antes era dudoso que se casara, ahora lo veo totalmente imposible. Señora Hamilton, haga preparar un coche para que lleven todo a casa. Creo que nosotros volveremos a Boston. Dígale al cochero que se de prisa. Luego podrá volver a recoger el resto —se giró hacia Victoria—. Buenos días, y perdone el bochorno sufrido en su propia casa, señorita...

Se inclinó ante Victoria con una reverencia y salió de la casa sin mirar

atrás. Subió al caballo y salió a todo galope.

Un enorme vacío se instaló en el pecho de los dos hermanos. Victoria miraba por la ventana como el jinete se perdía entre los árboles, y miró a su hermano que seguía sangrando.

—Te está bien merecido, estúpido. ¿Cómo te has atrevido a decir eso? Ni tú mismo te lo crees. Eres un imbécil y ahora mismo vas a ir a disculparte con ellos —gritó furiosa.

—¿Disculparme? Estás loca. Se han burlado de mí y han creído poder hacerlo en mi cara.

—Majadero. Vas a perder tu oportunidad. Sal detrás de ella o por lo más sagrado te juro que seré yo quien te expulse de patria.

Algo hizo que Adam reflexionara y maldiciendo salió furioso de la casa camino a los establos.

—No maldigas —le recriminó Victoria, pero ya no podía escucharla.

Llegó al establo e indicó a uno de los mozos de cuadra que le ensillara uno de sus caballos. Cuando estuvo listo, saltó sobre el lomo del sorprendido caballo y partió a todo galope por entre los árboles. No llevaba dirección fijada pero por alguna razón inexplicable acabó en el estanque donde esa mañana comenzara todo. Vio el lugar donde había sentido su respiración ahogada, y donde los latidos de su corazón habían adquirido un ritmo acelerado bajo el suyo.

Sacudió la cabeza intentado apartar esa imagen de su mente.

—Maldita mujer —hizo girar la cabalgadura y se dirigió lentamente hacia la propiedad donde le habían dicho que la encontraría. Había perdido demasiado tiempo. Habían podido irse ya. Ese ataque de celos que le había provocado era preocupante pero ya pensaría en ello en otro momento. Lo importante era ahora retenerla en Inglaterra. Cuando divisó la propiedad instó al caballo a ir más deprisa, deteniéndolo en seco cuando llegaron a la misma puerta. Bajó del animal y golpeó fuertemente la puerta.

Stephen estaba con su hermana en el despacho, ahora que se había cambiado, descansaba tranquilamente sentada en una butaca frente a la chimenea. Leía un libro sobre poesía. La observó y dudó que realmente pudiese concentrarse en lo que estaba escrito en esas páginas.

Emma sentía el calor del fuego. Tenía el libro delante de sus ojos y trataba de leer pero no lo conseguía. Las letras no tenían forma y las palabras carecían de significado. Sus pensamientos estaban lejos de poder concentrarse en esas líneas escritas sobre el papel.

Un fuerte golpe en la puerta la sobresaltó de tal manera que al levantarse dejó caer el libro que tenía en sus manos. Con un revuelo de faldas se separó del hogar y fue a abrir. Llevaba un bonito traje de paño azul bajo una chaquetilla de un gris perla que resaltaba aún más el oscuro color del vestido. Era sencillo, pero elegante y atrevido pues el corte cuadrado de su escote era demasiado profundo. Dejaba ver la parte superior de sus blancos y firmes senos, de ahí la necesidad de usar la chaquetilla. Echó un vistazo a su alrededor. Fuera quien fuera no estaba sola pues su hermano Stephen se encontraba en el despacho, y aunque Andrew hubiese salido, estaba bien protegida. Incluso era probable que fuese éste que volvía de su paseo. La joven abrió la puerta y ante ella apareció la figura de su prometido con el pelo húmedo y una fina capa de sudor en el rostro. Sin que ella pudiese evitarlo, Adam entró en la casa. Había estado a punto de cerrarle la puerta en las narices, pero él había sido más rápido colocando el pie para evitar que entrase. El forcejeo duró solo unos instantes. Cuando estuvo del otro lado de la puerta, el hombre cerró la cerró de un portazo y se quedó mirando su atuendo. Sintió un aguijonazo de celos al verla tan hermosa, y deseó estrangularla, y al mismo tiempo rodear con sus grandes manos ese bonito cuello y hacerle comprender que sería suya. Al ver que ella no hacía el más mínimo movimiento por acercarse, lo hizo él. La agarró por un brazo fuertemente, y, con un tremendo tirón, la tuvo a su completa merced. Sus brazos eran como auténticas cadenas alrededor de su frágil cuerpo. Emma respiraba con dificultad y hacía todo lo posible por zafarse de él. Viendo que todo era inútil, lo miró fríamente con sus ojos oscurecidos por la furia.

—Si no me suelta, me veré obligada a llamar a Stephen —dijo lo más serenamente que pudo—, no es por nada, pero creo que eso no sería conveniente, tiene un genio muy vivo cuando se le busca.

—Escúchame bien bruja, no voy a permitir que este compromiso se rompa ¿me oyes? Y tampoco voy a permitir que la mujer que va a ser mi esposa ande por ahí acostándose y entregando sus favores a cualquier tipo como ese. ¿Qué ocurre señorita Bradford, acaso estás enamorada de él? Si es así voy a arrancarlo de ti—. Y la besó. Con ansias, como si sus labios fuesen el agua que calma la sed del viajero por el desierto. Acercó sus caderas a las de la joven para que pudiera percibir su excitación, y como crecía bajo la tela de sus pantalones.

La joven separó su cara de la del hombre y con miedo en la voz se atrevió a preguntar.

—No le harás daño, ¿verdad?

—Te preocupa ese tipo ¿no? —añadió en tono irónico—. ¿Tan bueno es en la cama que no crees que yo pueda estar a su altura? Puedo demostrarte ahora mismo que lo que tengo entre las piernas supera en mucho lo que pueda tener él.

El grito más salvaje que hubiese podido oír salió de la garganta de la chica. El empujón que le dio lo tomó por sorpresa y la joven pudo deshacerse de sus garras. Pero no sirvió de nada, de nuevo volvió a asirla con mucha más presión que antes.

—Debí habérmelo imaginado cuando os vi solos en el jardín anoche. Escúchame bien, señorita Bradford, no voy a permitir que...

—¡No! —exclamó cuando se le escurrió la prudencia—. Escúchame tú a mí. ¿Es así como pruebas tu hombría? Entras en casas ajenas, armas un alboroto e insultas a las personas que viven en ella. Eres un vil bastardo...

Se asustó. Fue ver la férrea determinación de él en sus ojos y se aterrorizó. Tenía que dominar sus miedos. Sus palabras estaban cargadas de un sentimiento sumamente profundo de ira, eso era. Cuando vio que levantaba la mano, se apartó de él instintivamente.

¿Iba a golpearla? Se preguntó completamente atónita.

—No, no voy a golpearte —dijo mirándola a los ojos—. Aún no le he hecho algo así a una mujer, pero una cosa voy a advertirte, no me provoques. Puedo ser muy cruel sin la necesidad de ponerte un solo dedo encima. Sigue así y lo comprobarás.

—Esa es la única reacción que yo creía posible en ti —lo censuró ella.

—Dime una cosa, cuando estemos casados ¿qué piensas hacer con tu amante rubio?

No bien terminó de formular la pregunta, Adam vio que en el umbral de la puerta del antiguo despacho de la casa le llegó la dura e implacable voz del hombre que había mencionado.

—Señor, haga el favor de soltarla y salir de la casa.

Adam desvió la mirada de su presa hacia el hombre.

—¿Irme? —preguntó con voz ronca—. Ya le gustaría, que le dejara el camino libre, pero si tanto la desea, ¿porqué no se casó con ella cuando pudo? Ahora la señorita Bradford me pertenece.

El otro hombre se acercó peligrosamente, y si hacía unos minutos una mujer se había interpuesto entre ellos, ahora lo hacía otra. Emma, en su afán por detener a los dos sementales embravecidos se arrojó en brazos de su

hermano.

—Por favor, Stephen, no le hagas daño —le pidió cuando vio que no le hacía caso—. Por favor, ignóralo.

—¿Qué ignore que este mal nacido te insulte?

Emma empalideció, tenía que terminar con todo aquello lo antes posible. No podía permitir una pelea entre ellos. Se iban a abalanzar el uno contra el otro. Lo veía venir. Las chispas de furia de su prometido las podía sentir tras su espalda, no necesitaba mirarlo para saberlo.

Emma supo que había llegado el momento de sacar a Adam del tremendo error que había cometido al creer que su hermano era su amante.

—Stephen Michael Bradford, te lo estoy suplicando, y tú —dijo cuando encaró a Adam y le señaló el pecho con el dedo—. Vete ahora mismo de esta casa pues no eres bienvenido.

Oyó el nombre y al instante la mirada pasó del más feroz odio a la incredulidad total. No daba crédito a lo que había oído. ¿Ese hombre era familia de ella? Un hermano, un primo quizás. Debió darse cuenta, tenían el mismo color de ojos y la misma furia contenida en sus miradas.

«Dios, Dios, Dios. ¿En qué clase de hombre se estaba convirtiendo por culpa de esa arpía manipuladora, pero encantadora, pasional..?. Se iba a volver loco», se dijo.

Miró al rubio a los ojos con la intención de disculparse, no obstante, el brillo que vio en ellos no le gustó nada. Algo estaba tramando.

En ese momento Stephen lo vio claro. Había estado toda la tarde madurando una idea en la cabeza, y si había una mínima posibilidad de llevarla a cabo, ahora era el momento. Miró al hombre que tenía ante sí hundido en sus cavilaciones, y decidió que ningún momento iba a ser más propicio que aquel.

—Señor, puesto que esto solo es un mal entendido, no exigiré ningún tipo de satisfacción —decía esto por un posible duelo.

Cuando Adam asintió, Stephen vio afianzada su posición.

—Puesto que el matrimonio será un hecho pese a mis intenciones y mis deseos —dijo modulando la voz y sin dejar de observarlo—, necesito una garantía de que ella va a ser feliz o al menos, que va a estar segura.

Adam asintió de nuevo. Stephen sonrió de una forma malévola que indicó a su hermana que nada bueno se traía entre manos.

—Nos entendemos —dijo centrando la mirada en su futuro cuñado y adversario—. Ambos somos de la misma edad, creo...

Adam enarcó una ceja y luego frunció el ceño.

«¿A dónde coño quería llegar con tanta perorata?», se preguntó. Y se obligó a demostrar paciencia aunque su mente volaba tratando de dilucidar lo que se hombre quería decir. No escuchó lo que dijo. De haberlo hecho, era muy probable que hubiese puesto la misma cara de un condenado a muerte.

El grito ahogado de la muchacha y su cara pálida le indicaron que se había perdido un fragmento importante de la conversación.

—¿Que has dicho? —preguntó saliendo de su estado de atontamiento.

—Muy simple —repitió Stephen con su gran sonrisa sardónica que mostraba una hilera de blancos dientes—. Hermana por hermana. Es mi manera de asegurarme de que la mía estará en buenas manos.

El rostro de Adam era en verdad un poema.

—¿Cómo? —preguntó en estado de estupor—. A caso pretendes que te de la mano de mi hermana. Así sin más. ¿Qué clase de hombre te crees que soy? He cometido muchos errores en mi vida pero no haré semejante cosa.

—Necesita casarse con ella —dijo señalando a Emma—, y además pronto pues de lo contrario me llevaré a mi hermana lejos de este reino, y para siempre.

—Definitivamente estás loco

—La misma reina ha aprobado esta unión. Tengo entendido que la palabra de una regente es incuestionable.

Entre ambos hombres se cubrió el espacio de hielo. Había desafío en los ojos de Stephen y mucha ira contenida en los de Adam. Emma seguía entre ambos callada, inmóvil como estatua de mármol en un museo. Sintiendo la tensión en su piel, pero decidió intervenir ante la locura de su hermano. No por él, ni por el otro hombre, sino por una joven a la que ya apreciaba pese a que no la conocía de mucho tiempo.

—Stephen, ¿te has vuelto loco? El viaje desde Boston te ha debido de fundir el cerebro. Proponer semejante barbaridad. Considero a Victoria mi amiga, y no puedo permitir una desgracia parecida a la mía.

Después de unos minutos de reflexión, la respuesta del interpelado sorprendió a los tres.

—Pues es lo más justo: hermana por hermana. Si yo no toco a la tuya, tú no tocarás a la mía.

Adam seguía estupefacto.

—¿Cómo se te ha ocurrido semejante locura? —inquirió Emma.

—Así me aseguro tu bienestar —respondió sin dejar de mirar al inglés.

—Das por hecho que Victoria aceptará.

—¿Aceptaste tú? —le preguntó a bocajarro.

Emma bajó el rostro hacia el suelo para que los dos hombres no vieran lo sonrojada que se había puesto.

Adam supo que podía perder a su prometida, y tomó una decisión de inmediato.

—Victoria obedecerá.

Emma ahogó un gemido. ¿Su hermano pretendía casarse con una completa desconocida? ¿Su prometido había aceptado? Estaban los dos locos.

—Espero que ella pueda perdonaros por esto algún día —farfulló ofendida hasta la médula de ver como los hombres decidían el destino de las mujeres sin tenerlas en cuenta—. Francamente yo jamás perdonaré a madre por lo que me obligó a aceptar cuando me envió a Inglaterra.

Adam la miró.

—Recoge tus cosas, regresas conmigo.

—Ah no, de eso nada —vociferó el hermano—. Ella se queda aquí hasta el día de la boda, y una semana después seré yo quien se case con Victoria — Adam iba a decir algo, pero lo pensó mejor—. Trata de hacer otra cosa, y será el último día que veas la luz del sol —le advirtió.

Amenazas, amenazas abiertas intercambiaron ambos hombres, pero al final Adam tuvo que capitular. Stephen se retiró y dejó a solas.

Emma quería despedir a su prometido porque estaba furiosa con él.

—Adiós, Adam —dijo con voz gélida—, espero que tu hermana te perdone por lo que acabas de hacer. Es posible que seas tú el único que acabes esperando en el altar.

—Te veré en la iglesia —dijo asiéndola por el brazo—. Falta a tu boda, y juro que te buscaré donde quieras que te escondas, y pongo a Dios por testigo que te encontraré. Y cuando lo haya echo, desearás no haberte escapado de mí.

Capítulo 11

La tarde empezaba a caer, y con ella los nervios de la joven iban en aumento. Era el día de su boda, y Emma no podía dejar de temblar. Se miró en el espejo por centésima vez en una hora, y lo que vio no le gustó. Sus ojos estaban cargados de una tensión muy impropia de ella. Era horrible sentirse como un preso al que tienen que ejecutar en pocos minutos. Su cabeza le decía una cosa, su corazón otra bien distinta, y ambos pugnaban por imponerse al otro. Cuando pensaba en su prometido, lo hacía con el corazón, éste y su cuerpo le habían reconocido como el compañero de su vida, pero su mente le decía que por mucho que lo intentara esa noche, las cosas no iban a funcionar. Necesitaba más tiempo, mucho más tiempo: un tiempo que él no le iba permitir tener.

Contempló su imagen de nuevo. El vestido, con corpiño de terciopelo blanco, le entallaba el talle como una segunda piel. Se alisó la falda de seda, y después la sobre falda de organdí que le daba aún más volumen y hacía que su cintura se estrechase hasta límites increíblemente pequeños. Sus mejillas estaban pálidas. Las pellizcó en un intento de infundirles cierto color, pero al momento volvieron a palidecer. Sintió una sensación molesta en el pecho. Se estaba ahogando en sus propias dudas, se estaba ahogando en sus propios sentimientos, y no podía dejar de temblar. Un frío nada habitual se había instalado en sus huesos partiendo desde sus riñones.

La puerta de su habitación se abrió y por ella entró su hermano Andrew. Estaba tan asustada...

El joven la miró.

—Dios, estás preciosa.

Se acercó a ella con paso vacilante, tenía que darle ahora lo que le había pertenecido desde su nacimiento. Su abuela se lo había dejado en herencia, y su madre lo había guardado hasta un día como el de hoy: el día de su boda. Antes de partir para Inglaterra, cuando estaban a punto de embarcar, se había acercado a él y se lo había entregado con la promesa de que se lo entregara a ella el día de su boda.

No había querido aceptarlo, no había querido por una sencilla razón, él no quería que este día llegase, había pretendido llevarse a su hermana de vuelta, pero la reacción de ella frente al que hoy se convertiría en su marido, le había hecho desistir de su idea.

Entró y cerró la puerta, quedándose a solas con ella.

La besó. Estaba muy orgulloso. Sabía que estaba asustada, pero firme en su decisión, y por ello se enorgulleció aún más. Era fuerte, más fuerte de lo que ningún hombre podría imaginar. Mantenía sus férreas decisiones por mucho que le costasen, y eso era de admirar. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, y sacó un paquete envuelto en papel azul con una cinta de seda blanca.

—Esto te lo envía madre.

Emma levantó la cabeza y miró a Andrew a los ojos. Las manos le temblaron cuando asió el pequeño paquete. Lo abrió con dedos trémulos y un sollozo escapó de sus labios cuando reconoció el juego de pendientes que había llevado su abuela paterna el día de su boda. Los pendientes de zafiro refulgían a la luz de la lámpara como el mar a la luz del sol.

—Algo viejo —comentó su hermano.

—Sí, algo viejo —repitió ella al tiempo que una lágrima descendía por su mejilla.

Andrew volvió a meter la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo otro paquete. Esta vez era una caja cuadrada, un estuche de terciopelo azul oscuro con una pequeña chapita de plata donde había una inscripción en caracteres ingleses.

—Algo nuevo —dijo Andrew.

Emma leyó las palabras grabadas y sonrió. Abrió la caja y una exclamación de sorpresa escapó de sus labios. Sobre un lecho de fina seda blanca había un hermoso collar de oro blanco con diamantes engastados formando una media luna, y dentro de esa media luna el zafiro más perfecto que ojos humanos hubiesen visto.

—Date la vuelta, deja que sea yo quien lo ponga alrededor de tu cuello.

La joven obedeció y le dio la espalda a su hermano. Él se puso tras ella y le abrochó el elegante collar. La media luna descansaba sobre el pecho de su hermana y el zafiro refulgía como una llama azul.

—La señora a quien le compré el collar me dijo que era el corazón de la luna. Era como decirme que el verdadero corazón de la medianoche sería tuyo. —Volvió a besarla esta vez en la sien—. Estás preciosa. Siempre lo has sido, pero hoy más.

—Eres un adulador Andrew. No me extraña que tu mujer se prendara de ti en el mismo momento que te vio.

—Yo más bien creo que tu cuñada estaba ciega porque yo por aquella

época era bastante irascible.

Las carcajadas de Emma sonaron por toda la sala. Irascible. Eso era decir poco. Su hermano era un verdadero ogro. La puerta volvió a abrirse. Esta vez era su fiel Grace que entró trayendo toda la alegría del mundo.

—Vaya ya veo que mis niños están de celebración. No sé, no sé — comentó—, qué podría yo aportar...

—Oh, Grace, vamos, sabes la tradición, yo le he traído algo nuevo y algo viejo —anotó Andrew—. ¿Qué le traes tú?

—Algo azul —dijo con una sonrisa en los labios—. Y no es que se lo traiga ahora, ya se lo di cuando se estaba vistiendo.

—¿Y qué es si puede saberse? Porque viniendo de usted, podría ser cualquier cosa —espetó el hermano.

—Es usted un cotilla señor Bradford.

Andrew la miró con aquellos ojitos de corderillo que siempre ponía cuando quería algo de su antigua niñera, pero se acercó a ella como un verdadero lobo depredador acechando a su presa. La mujer comenzó a retroceder con una sonrisa en los labios.

—Vamos, Grace dígame qué le trajo usted.

Y sin previo aviso casi saltó sobre la mujer y comenzó a hacerle cosquillas. Emma comenzó a reír. Su hermano se estaba comportando como cuando era un crío y quería algo de la mujer, aunque en aquella ocasión siempre eran dulces, más concretamente un trozo del pastel que ella acababa de hornear.

—Esta bien, está bien. Me rindo —dijo Grace al tiempo que levantaba las manos en señal de rendición—. Espero no tener que izar la bandera blanca.

—Bueno, diga, ¿qué cosa azul le ha traído?

—Oh, oh, oh... no creo que sea cosa de un hombre ver este tipo de regalos —comentó la mujer—. Y menos cosa de un hermano, pero como no te irás a menos que lo veas —se giró hacia Emma—, vamos, encanto, alza ese vestido tan hermoso —dijo la señora Hamilton.

Emma se ruborizó. Y lo hizo desde el cuello hasta la raíz de sus cabellos, pero hizo lo que Grace dijo.

—Santa Madre de Dios —exclamó Andrew—, pero, ¿cómo se te ha ocurrido regalar algo tan... tan... tan indecente, mujer? Y a todo esto, ¡qué demonios es eso!

—Estupendo, primero blasfema y luego intenta arreglarlo con una maldición —señaló la señora Hamilton—. Señorito Andrew, debí de lavarle la

boca con jabón en más de una ocasión cuando era un crío.

Emma se había bajado las faldas y reía. No paraba de reír.

—Eres una antigualla, querido hermano.

—Y tú una desvergonzada. ¿Qué es eso que te has puesto?

—Se llama ligüero —contestó la señora Hamilton—. Y por lo visto es una prenda muy usada aquí.

—Recuérdeme... —dijo el joven mientras se acariciaba el mentón de forma pensativa—, que cuando me vaya a casa me lleve unos cuantos para mi mujer.

Las risas estallaron. La tensión de la joven se evaporó como por arte de magia.

—Bueno, y ahora lo prestado —señaló Grace.

Se acercó a la cama y levantó de ella un fino velo blanco.

—Es de la madre de su prometido.

Emma tomó asiento en la banqueta que había ante el tocador y Grace le ajustó el velo con alfileres de cabeza blanca a su intrincado peinado.

—Es tradición en estas tierras que la novia lleve la cara cubierta con un velo —aclaró la joven al tiempo que miraba a su hermano a través del espejo—. No me preguntes. La tradición no es cosa mía, no la inventé yo.

Cuando hubo ajustado el velo, la señora Hamilton cubrió el rostro de la muchacha con él.

—Estás preciosa, mi niña. Todos se van a quedar boquiabiertos cuando te vean entrar en la iglesia.

Unos golpes resonaron en la puerta.

—Viendo que no bajabais, hemos preferido subir nosotros —dijeron casi al unísono Stephen y Victoria.

Desde que Victoria se había enterado del pacto entre el hermano de Emma y su propio hermano Adam, no le dirigía la palabra a ninguno, pero Emma sabía que su cuñada sentía algo muy profundo por Stephen, aunque pensaba hacerles pagar a ambos ese arreglo ignominioso.

—Creo que hay un cretino esperándote a tres millas —puntualizó Victoria—. Yo que tú lo dejaba esperando indefinidamente, me encantaría que su orgullo sufriese todo lo que se merece.

La sonrisa de Victoria no vaciló, pero Emma notó como Stephen destilaba humor en la mirada.

¿De verdad Stephen se sentía tan atraído por la propia Victoria como para mediar un acuerdo para tenerla? Emma se hacía innumerables preguntas

de las que no obtenía respuesta.

—Bueno, es la hora —y diciendo esto, Victoria le alargó un ramo de flores compuesto por rosas blancas, azucenas y azahares.

Emma pensó que era el ramo de novias más extraño que hubiesen visto el resto de las personas congregadas en esa habitación. Tan solo Victoria no estaba asombrada.

El viaje en carruaje hasta la iglesia, iba a ser el más importante y decisivo para Emma, mucho más incluso que el que la trajo hasta Inglaterra. Cuando llegaron a la puerta de la iglesia, una gran escalinata le daba la bienvenida al templo. Todos los invitados a la boda estaban ya dentro esperándola, sin embargo el novio se mantenía en la puerta esperando la llegada de ella.

—Son costumbres diferentes —ilustró Victoria—. El novio no entra en la iglesia hasta que la novia llega, va acompañado de la madrina y la novia entra en la iglesia acompañada únicamente del padrino. No hay damas de honor —siguió ilustrándola—. Tendríamos que haberte explicado ciertas cosas —aclaró—, pero no hemos tenido tiempo de hablar. A la hora del intercambio de anillos, también es tradición que después se presenten las arras, son un total de trece monedas, son el símbolo de los bienes a compartir.

Emma asintió.

Un órgano comenzó a tocar las notas de la marcha nupcial de Mendhelson, cuando ella puso su pie en la alfombra roja que la guiaría hasta el altar. Delante de ella caminaba el que iba a ser su marido ofreciendo su brazo a su madre. Ella iba sujeta de su hermano.

La ceremonia transcurrió con normalidad, pese a que a menudo se perdía. La misa la estaban diciendo en otro idioma, era en latín. Por Dios, en latín. Al menos podrían haberle comunicado que el obispo que estaba impartiendo la ceremonia iba a hacerlo en esa lengua. Y fue la ceremonia nupcial más larga a la que hubiese asistido, y tuvo que ser la suya. Las alianzas eran dos simples aros de oro con la fecha grabada en el interior, y al igual que él se la puso a ella en el dedo, ella tuvo que hacer lo mismo pero colocando el anillo en el anular de la izquierda. A continuación el obispo les presentó una bandeja de fina plata con trece monedas con el emblema de la familia de él. Las monedas estaban relucientes pese a que se alcanzaba a notar que no eran nuevas. El obispo volcó el contenido en las manos unidas de él para a continuación volcarlas en las de ella. ¿Qué tendría que hacer con ellas? Adam la miró, y

con los ojos le señaló que tenía que volver a ponerlas en la bandejita de plata. Intercambiaron votos y el obispo les declaró marido y mujer. No dijo puede besar a la novia.

La ceremonia más extraña que pudo presenciar. Ni damas de honor, ni padrinos, solo uno, y la representaba a ella no a él. Cuando iban por el pasillo de la Iglesia caminando por la alfombra roja, una lluvia de granos de arroz y de pétalos de rosas cayó sobre ellos. Los pequeños granos de arroz se introdujeron por el vestido, se alojaron en su pelo y en el velo, incluso estaba segura que algunos habían entrado por sus zapatos. La multitud congregada estaba delirante, sus gritos de felicidad inundaban las paredes del recinto. Fuera, en las escalinatas, los compañeros de su ahora flamante marido esperaban con los sables en alto formando un arco por el que ellos pasaron para llegar al carruaje.

Ninguno habló hasta que estuvieron sentados en el coche.

Las salvas de alegría continuaban y ella miró su dedo. La sencilla alianza era un nexo de unión. Miró la mano de su marido y allí estaba, el mismo símbolo de unión. *Hasta que la muerte os separe* había dicho el obispo. HASTA QUE LA MUERTE OS SEPARE. Las palabras resonaban una y otra vez en su cabeza.

Adam la miró, y vio su palidez.

—Aguanta unos minutos más —la exhortó Adam—. No te desmorones ahora, solo unos minutos más hasta que nos hayamos alejado lo suficiente para que esas personas que están ahí fuera no saquen conclusiones precipitadas —y la aferró de la mano.

Manos unidas, la de él sobre la de ella y en ambas el símbolo de unión: la sencilla alianza de oro. Un calor inundó el cuerpo de ella, ya estaba hecho. Ya no había vuelta atrás. *Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre*. Comenzó a temblar de nuevo. Él lo notó, la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza.

—Ya ha pasado todo. Creo que ha sido un tanto distinta a lo que estás acostumbrada, ¿no es así? Las tradiciones estadounidenses son como las anglosajonas.

La giró hacia sí, miró esos ojos azules tan hermosos, y no pudo resistirse, le inclinó hacia atrás la cabeza y la besó con todo el ansia de su corazón, con todo el anhelo que despertaba en él. Ella le correspondió con todo el incipiente amor que le tenía, y con toda la pasión de que fue capaz.

—Esta noche, esta noche, serás mía. Esta noche.

Y la besó más profundamente, abriendo sus labios con su avasalladora lengua y reclamando una respuesta que ella no le negó. Las manos masculinas ascendieron por el torso femenino y acarició los pechos de ella sobre la línea de su escote hasta llegar al cuello para luego recorrer el camino en el sentido contrario. Ella extendió su mano y asiéndole del pelo le acercó más a sus labios con un gemido de triunfo. Una sensación cálida se instaló en su vientre y una extraña humedad amenazó salir de su sexo. Apretó las piernas y volvió a gemir.

¿Qué le estaba ocurriendo?

Una marea de sensaciones totalmente desconocida se estaba instalando en ella. No la dejaba razonar. Y él estaba provocando esas sensaciones, con sus besos, con sus caricias. De pronto las palabras de él la dejaron helada. Por fin habían llegado a su conciencia.

—Esta noche, esta noche, serás mía. Esta noche.

Tanto fue así que el fuego se convirtió en hielo. ¿Cómo iba a reaccionar ella esa noche?

Capítulo 12

Hielo, su sangre se había convertido en hielo de la misma forma que antes era fuego líquido en sus venas. Adam se apartó con la mirada fija en los ojos helados de su flamante esposa. Era la criatura más volátil que se había puesto ante sus ojos, al contrario que muchas damas que eran fuego de noche, nieve de día, ella era hielo de noche y fuego de día. Cuando la tenía en sus brazos reaccionaba con pasión, anhelo, como una mujer que pretendía pasar el resto de su vida en sus brazos, pero en cuanto su maldita boca decía algo, toda esa pasión se perdía, se volvía un ser totalmente apático a sus caricias.

Tendría que resolver ese enigma. Tendría que solucionarlo y a ser posible antes de llegar a su villa. No estaba ni una pizca incómodo ante la idea de perderse su propia celebración, ni hacérsela perder a ella. Que los demás disfrutasen de la opípara comida que iba a servirse en la casa de sus padres. Él solo quería llevarla a la cama.

Había pasado las dos peores semanas de su vida intentando controlar sus más bajas pasiones, y la muy ladina ni siquiera había hecho el menor esfuerzo por controlarle. No recordaba la última vez que, siendo un joven imberbe, había encontrado consuelo él mismo. Y sin embargo, desde que conoció a su pequeña rosa espinosa no había hecho otra cosa. Ninguna le servía, la muy zorra le había castrado sentimentalmente.

La noche continuaba cayendo inexorablemente sobre ellos. El carruaje continuaba avanzando lentamente por los caminos empedrados hasta la villa residencial, hogar que él mismo había preparado para ellos. Ninguno de los dos habló, Adam únicamente se separó del cálido cuerpo de ella. Emma se arrinconó en el asiento de enfrente y miró por la ventanilla hacia la oscuridad de la noche.

Estaba temblando, por ello Adam le alcanzó una manta que guardaba bajo el asiento y la arropó con ella como si de una niña pequeña se tratase. La joven se arrebujó en ella. Tenía miedo, no sabía que iba a ocurrir esa noche ni lo que ese hombre con quien se había casado, y con quien compartía tan gustosamente besos y caricias, iba a pensar de ella, si como temía no iba a ser capaz de responderle en la cama. No podía dejarle acercarse a ella, sería el final de todo y no lo soportaría. No soportaría su desprecio. Porque en el fondo de su corazón ya lo había aceptado, ya le amaba.

Era difícil no enamorarse de él, era un hombre extremadamente atractivo,

un excelente conversador, imaginativo, agradable, y sobre todo, un estupendo compañero. Pero eran sus besos y sus caricias las que lograba que se olvidase de todo. Tenía buen sentido del humor, lo había comprobado. Miles de veces lo había sorprendido gastando bromas y recibéndolas, y siempre lo hacía con una agradable sonrisa en sus hermosos labios. Cuando estaba alegre, sus ojos lo reflejaban, y cuando sentía furia contra algo o alguien, tampoco podía ocultarlo. Y qué cuerpo... ¡madre de Dios! Era todo músculos. Todo en él estaba duro como una roca. No había nada blando, ni siquiera esos labios que la volvían loca, y pese a que se amoldaban tan bien a los suyos no podían decirse que fuesen blandos.

Le miró a los ojos, estaba claro que refulgían de furia y que esa furia iba dirigida hacia ella en estos momentos.

Pero nada más lejos de la realidad.

La furia que reflejaban los ojos masculinos iba dirigida contra sí mismo. Había descubierto que era extrañamente celoso, y eso fue a más cuando se dio cuenta que se había casado con una pieza que todos sus amigos le habían dicho que codiciaban. Y como no codiciarla. Era hermosa hasta tal punto que quien la mirara podía terminar con un dolor permanente en el corazón si ella le dirigía una simple sonrisa.

Tal parecía que se había enamorado.

—Joder —susurró.

Ella ni siquiera le oyó, se había adormecido con el bamboleo del carruaje. No habría ningún sirviente esa noche en la casa salvo Grace. Adam estaba molesto por ese hecho, pero Emma había insistido en aquel detalle. Pensaba que podría usarla de amortiguador si aquella noche algo se descontrolaba, como estaba segura que ocurriría. Aunque pensándolo mejor, quizás se encerraría en una habitación y no lo dejaría entrar. Las puertas eran fuertes y muy pesadas, si las cerraba con llave él no podría entrar. Y para cuando se le pasase el enfado con ella, intentaría hablar con él calmadamente. Después de eso si él quería la anulación ella estaba dispuesta a dársela aunque pensándolo bien, la idea era de lo menos atractiva. Volver a Boston era la alternativa más desalentadora que preveía en el horizonte. Un rayo iluminó el cielo y un fuerte trueno sonó en la distancia, genial, se iba a poner a llover.

—El tiempo está de mi parte —murmuró Adam—. Está con el mismo estado de ánimos que yo.

El cochero dio el alto al carruaje frente a la villa que iba a ser a partir de ahora su nuevo hogar.

Adam se apeó de él y alargó los brazos hacia ella. Hizo gala de toda su fuerza cuando la elevó entre sus brazos, y, pese a que la manta arrastraba un poco por el suelo que comenzaba a mojarse por la lluvia, subió con ella las escalinatas y atravesó el umbral con ella en brazos.

—Que demonios —farfulló—, al fin y al cabo es la puta tradición.

Cuando la dejó en el suelo se miraron fijamente a los ojos y ella se sonrojó. Estaba tan bien entre sus brazos, sentía como si perteneciese a ellos de por siempre.

—Dentro de unos minutos, querida. Podemos esperar unos minutos más. No estoy muy seguro de cómo voy a conseguir ese milagro, pero te prometo que esta noche va a ser inolvidable.

No sabía él cuánto.

El fuego que comenzó a arder en sus ojos atemorizó a la joven que sin mediar palabra salió corriendo escaleras arriba y se encerró con llave en la primera habitación que encontró. Miró a su alrededor. Genial, estupendo. Había ido a parar a la cámara nupcial. Un gran ramo de claveles rojos como la sangre adornaban un bello jarrón de porcelana china que había sobre el tocador. La gran cama se alzaba imponente sobre un estrado. Los doseles estaban retirados hacia atrás para dar la bienvenida a los esposos que debían ocuparla. Sobre ella descansaba el más fino camisón de seda que ella había tenido la oportunidad de ver. No se parecía en nada a los acostumbrados camiones de algodón que solía vestir.

Se arrancó el velo, el vestido, y se puso el camisón de seda que estaba sobre la cama. Se miró en el espejo. Sus pechos casi podían entreverse a través del traslúcido tejido, incluso podía vislumbrarse la sombra oscura que cubría su sexo.

Tenía miedo.

Miedo de que ese hombre que era su marido la forzara a actos tan brutales como los que sufrió su niñera a manos de aquel cabrón. Pero por otro lado deseaba al que ahora era su marido. Cuando la besaba se derretía entre sus brazos como se derretía la mantequilla al contacto del fuego. Maldición, alguien tendría que decírselo.

Unos fuertes golpes en la puerta la trajeron de vuelta a la realidad.

—¿Quién es? —preguntó nerviosa mirando fijamente la puerta de aquella condenada prisión que ella misma había creado.

—Abre la puerta Emma, está cerrada con llave. Estoy seguro que ya te ha dado tiempo a cambiarte.

—Vete, déjame en paz —ahora ya estaba al borde del llanto.

—Solo estás diciendo tonterías —comenzaba a enfadarse—. Abre la maldita puerta o la tiro abajo —vociferó malhumorado el corredor.

—Aléjate de aquí, no me obligues —estaba asustada de veras—. No podría soportarlo.

Se dio la vuelta y se dirigió a la cama. Cuando fue a meterse entre las sábanas un ruido atronador logro que se girase hacia la puerta. Delante de ella estaba su marido, sin chaqueta, con la camisa abierta hasta la cintura pero aún metida dentro de los pantalones. El pañuelo le caía a ambos lados del cuello.

—¿A qué crees que estás jugando? —preguntó secamente.

—No juego a nada —comentó ella—, te lo aseguro. Pero no puedo compartir la cama contigo. No puedo, esta noche no.

—Tranquilízate, estás histérica —señaló él al tiempo que avanzaba hacia ella.

—No te muevas, no te acerques más.

Emma retrocedió instintivamente hacia el hogar pero siempre mirando a Adam de frente. Caminaba hacia atrás hasta que dio con la cubeta de los atizadores y ya no pudo avanzar más, la pared se lo impidió.

—Creo que ya no podrás alejarte más —señaló él con una sonrisa sardónica.

Emma tanteó en la cubeta y agarró uno de los atizadores con mano temblorosa.

—Apártate si no quieres que te atice —amenazó con voz infantilmente temblorosa—. Déjame tranquila, me odiarás por la mañana si accediera a acostarme contigo esta noche.

—No digas sandeces, mujer.

Intentó avanzar hacia ella para atraparla, pero no lo logró. Emma salió corriendo evitando sus brazos extendidos y se dirigió hacia la cama con el atizador fuertemente apretado en su puño. Por desgracia se pisó el camión y cayó de lado sobre el colchón de plumas y se hundió en él. En unos segundos Adam estaba sobre ella que luchaba contra él como si su vida dependiese de ello. La atrapó con su cuerpo, pero al percibir la estratagema de ella que comenzó a levantar la rodilla con la intención de golpearle en las ingles, Adam rodó y se apartó de la muchacha.

Emma ya no luchaba contra su marido sino contra sus recuerdos. Luchaba contra otro hombre que había intentado invadir su intimidad años atrás. No era el rostro de su marido el que veía sino el de aquel sucio y asqueroso sargento

que había violado a su niñera, y luego había intentado atraparla a ella. Rodó hacia el otro costado blandiendo el arma en su mano y cuando Adam intentó atraparla nuevamente, Emma estaba tan alterada reviviendo ese otro momento de su vida, que esquivó sus avances alzando el atizador por encima de su cabeza.

Adam se movió hacia atrás en el momento en que la muchacha descargaba el atizador con fuerza hacia donde él estaba segundos antes. Con una voltereta hacia atrás, Adam bajó de la cama a la vez que intentaba protegerse con uno de los postes. Emma volvió a descargar el atizador y esta vez se estrelló contra el poste de la cama con un sordo sonido que hizo que a Adam le silbaran los oídos. El golpe había sido tremendamente fuerte, pues el poste se rompió en parte soltando astillas que no se introdujeron en los ojos del hombre de milagro, pero que sin embargo se incrustaron en su pecho descubierto. Reculando hacia atrás Emma saltó de la cama, Adam no sabía como frenarla. Se acercó hasta el tocador y al verse reflejado un instante en el espejo reparó en el pañuelo que tenía desanudado al cuello. Se lo arrancó de un tirón, ya vería como le iba a servir ese fino trozo de tela contra aquella gata salvaje. Emma se aproximó a él y descargó otro golpe que iba dirigido hacia la cabeza masculina. Adam fintó hacia la derecha, y el atizador se desplomó con gran violencia sobre el hermoso florero que contenía las flores encarnadas haciendo que los pétalos rojos se esparcieran sobre el suelo junto con el agua y trozos de porcelana.

La visión de los pétalos rojos empapados de agua sobre la hermosa alfombra de color marfil despertaron parte de los recuerdos dormidos. Un tremebundo grito aterrorizado llamando a Grace salió de los labios de la joven.

Adam se apartó de ella y cayó desplomado en el suelo mirando como las lágrimas recorrían el pálido rostro de su mujer, y como su cuerpo grácil se convulsionaba violentamente arrodillado frente a los pétalos desperdigados por la alfombra.

El grito desgarrado de su niña llamándola, inundó de miedo el corazón de Grace que salió corriendo hacia la habitación de donde provenía. Cuando Grace llegó a la puerta destrozada, y miró al interior del cuarto, se encontró con una Emma sacudida por violentas convulsiones, arrodillada, con las nalgas apoyadas sobre sus talones, el cabello suelto y enmarañado. Violentos estremecimientos sacudían su cuerpo. Pero la imagen del señor le cortó el aliento. Adam estaba sentado en el suelo mirando a la chica. Podía ver el

pecho masculino a través de su camisa abierta, estaba lleno de pequeñas gotas de sangre, y pese al abundante vello que lo cubría, vio astillas de madera clavadas en él. Miró hacia la cama y vio el poste roto.

—¿Qué... qué ha ocurrido? —preguntó conmovida—. Niña, ¿estás bien?

Al ver el reguero de pétalos rojos, y el atizador sobre la alfombra, Grace casi sintió pánico. Se acercó a la joven y la rodeó con sus brazos mientras su rostro se anegaba de lágrimas.

—Yo... yo... yo le he matado, Grace. Soy una asesina. Pero ese hombre te cogió por la fuerza, te estaba haciendo cosas horribles y yo tenía que defenderte. El hacha estaba ahí y yo la cogí, para protegernos. No quería que te hiciera más daño, también quería hacérmelo a mí.

Adam escuchaba, no se perdía nada de lo que estaba diciendo su esposa, no entendía muy bien qué estaba pasando, pero poco a poco iba atando cabos en su mente confusa. Le costaba un tanto seguir el hilo de lo que decía pues en su delirio ella estaba farfullando. Si no había entendido mal había dicho algo sobre un hombre y un hacha.

Muerte y violación.

Se pasó una mano por el pelo tratando de descifrar el mensaje con aquellas palabras pero no lo logró. Vio como Grace llevaba a su esposa hasta la cama, la acostaba y la arropaba.

—Dulces sueños, cariño —murmuró—. Mantén la calma y no te preocupes por nada, estaré muy cerca cuidándote —Grace se giró hacia Adam con rostro sombrío—. Creo que esto merece una explicación, señor. Si fuese tan amable de venir conmigo, intentaré dársela —expresó entre sollozos.

Adam asintió, se retiró de la habitación tras la mujer no sin antes echar un vistazo a su esposa para comprobar que estaba calmada y el sueño se apoderaba dulce y tranquilamente de ella.

—¿Qué le sucedió? —preguntó hecho una furia.

—Comprendo como se siente. Creemos que ese sucio y apestoso hombre no llegó a violarla, no había señales de ello, no había rastros de sangre en su cuerpo salvo unos arañazos en los brazos y codos que seguramente se hizo al trepar al árbol. Nadie le ha mencionado una palabra al respecto y ella no lo recuerda, pero la joven que ahora es su esposa sí que mató de un certero golpe de hacha a ese cabrón hijo de puta. Ni siquiera era mujer en ese momento, y vio como me violaban —relató la mujer entre lágrimas amargas—. Fue una

experiencia denigrante... cuando la encontré después de estar buscándola mucho rato, estaba sobre un árbol con el pelo en desorden, tenía el rostro bañado en lágrimas, y la falda destrozada. Intentó advertirme de lo que ocurría, pero no fue lo suficientemente rápida. No la violó se lo aseguro, el muy cabrón estaba excitado cuando me agarró a mí y me tiró contra el suelo.

Las lágrimas seguían rodando por la cara de la mujer, y, una sensación de desasosiego, se instaló en el pecho del hombre. Apretó los puños. Si el cabrón no estaba muerto, lo buscaría, y él mismo mataría a ese hijo de la gran puta por haber hecho algo tan despreciable.

—Me trató como un animal —continuó Grace—, me golpeó mientras me montaba como a una yegua, y mi niña lo vio todo —la mujer calló un momento para tomar aire—, cuando iba a terminar, ella le asestó un golpe y cayó muerto sobre mí. Desde aquel entonces jamás se ha acercado a un hombre. Todos estamos extrañados de la forma que se comporta con usted. No ha temido nunca estar a solas en su compañía. A lo que sí tiene miedo es a no resultar ser lo que usted espera que sea. A que usted la repudie. Estoy segura de que lo ama, se lo garantizo pues jamás la había visto arrojarse a los brazos de nadie como lo hace con usted, ni de responder de la forma que le responde.

—¿Qué edad tenía Emma?

—Doce años —respondió.

«Doce años! Santo Cristo, cómo iba a reaccionar si no. Era una cría, por todos los santos». Se cubrió el rostro con las manos y aspiró fuertemente. ¿Cómo se comportaría con ella ahora que sabía por lo que había pasado cuando no era más que una niña? La deseaba, pero tenía que darle un tiempo. Había esperado dos semanas, y esperaría lo que hiciese falta. Ninguna mujer podría ya calentarle la cama como él quería. El único objeto de su deseo descansaba en la planta alta y se protegía como un corderito. Una sensación muy dulce le recorrió el pecho y se instaló en su corazón cuando su mente conjuraba la imagen de su pequeña gata salvaje.

La llevaría de vuelta a la casa de sus padres. Mañana, allí con la compañía de su hermana y de Stephen, esperaba que se sintiera más cómoda.

Capítulo 13

Adam entró en la habitación, estaba dormida, y aún cuando le daba mucha pena despertarla, tenía que hacerlo. Volverían a casa y esperaba partir después del desayuno. Acababa de mandar una nota con un mensajero para que sus padres no enviasen los baúles que no se habían llevado, diciéndoles que ellos estarían de vuelta esa misma tarde.

En el reposo, sus facciones eran las de una niña, no se podía comparar con la expresión demudada de la noche anterior cuando entró en crisis. Se sentó sobre el colchón con sus caderas rozando las de ella. El calor invadió su corazón. La amaba. El pensamiento fue tan repentino como bienvenido. Sonrió. Era hermosa, pero no era su belleza la que le había robado el corazón en tan solo dos semanas. Era su forma indómita de comportarse, la manera abierta de mirarlo. Sabía que no debía, pero igualmente lo hizo. Se inclinó sobre ella con un brazo a cada lado del cálido cuerpo. Retiró un poco la bata, y admiró los rosados pezones que se intuían bajo esa fina capa rosa que era su camisón. Le posó una mano sobre el cuello esbelto y lo acarició con delicadeza. Sus senos se veían tan suaves como la seda que los cubría. Ascendió por aquella columna de seda hasta la nuca, se inclinó sobre el tranquilo rostro femenino, y apoyó sus labios sobre los de ella.

Era como ambrosía para sus sentidos.

El corazón se le subió a la garganta y el estómago protestó con ansias al tiempo que una potente erección se erguía en el interior de sus pantalones cuando ella respondió a su beso.

—Despierta, dormilona —susurró junto a su oreja—. Es hora de irse.

La acariciaban como si fuese de porcelana. Alguien susurraba junto a su oído, y, entre sueños, aún se arrebujó contra el cuerpo cálido y masculino que la abrazaba. Un rostro moreno de ojos profundos y negros como ala de cuervo se cernía sobre ella. La besaba unos labios cálidos, y mariposas la acariciaban como acariciaría los pétalos de una rosa recién cortada.

Tímidamente abrió los ojos y centró su atención en la cabeza morena que se perdía en el escote de su camisón buscando y encontrando sus hinchidos pechos. Una oleada de vergüenza la inundó. Por ella misma, por él, por lo sucedido en la noche. Un gemido estrangulado salió de su garganta, y sus ojos negros se fijaron en los suyos.

—¿Cómo puedes acariciarme de esa forma? Soy una asesina —estalló

entre lágrimas, y todo su cuerpo se convulsionó.

El corazón de Adam se rompió en mil pedazos. Se sentó erguido sobre el colchón, la encerró entre sus brazos y la acomodó sobre su regazo.

—Mejor una asesina que una muerta —dijo con voz dura—. Ese hombre te habría matado a ti y a tu querida niñera después de conseguir lo que pretendía, sin remordimientos, ni conciencia —aseveró—. No tienes por qué sentirte como si fuese culpa tuya. No pediste a nadie estar allí, y agradezco a los cielos que fueses tan rápida de movimientos como para proteger, no solo tu vida, sino también la de otro ser humano —concluyó mientras intentaba calmar con su cuerpo los temblores de ella—. Así que cesa el llanto, regresamos a casa de mis padres.

Ella escondió el rostro en el cuello de él.

—Me siento basura. No puedo evitarlo. Cuando me acaricias, me olvido de todo. Cuando me besas, me siento limpia. Cuando me abrazas, me siento segura. Pero no soy capaz de ir más allá.

—Tendré que practicar en ese aspecto la paciencia. Pero ahora, levanta ese precioso culo de mis rodillas y vístete. Tenemos unas cuantas horas de camino.

Ella así lo hizo. Sonrojada desde el pecho hasta la raíz de sus rubios cabellos. Dio un paso hacia atrás y le volvió la espalda. Un gritito de sorpresa escapó de sus labios cuando sintió la palmada que le propinó a su trasero.

—Sí, tienes un culo precioso.

Ella se volvió a mirarlo y vio la sonrisa satisfecha que se extendía hasta su mirada.

—¿Sabes? Podría quedarme todo el día aquí esperando a que sacies tú vista.

—Querida, creo que eso nos llevaría más tiempo del que estoy dispuesto a estar sin hacer otra cosa que mirar sentado —las carcajadas que brotaron de él llenó de música la habitación—. Vamos, cámbiate.

Y diciendo esto, se levantó de la cama y se fue. No tardó ni media hora en reunirse con su esposo en el comedor.

Una vez en el coche, se sentaron uno al lado del otro. Adam pasó un fuerte brazo por los hombros de su esposa y la atrajo contra su costado. Cubrió ambos cuerpos con una suave manta de lanilla azul, y se dispuso a realizar el viaje más incómodo de su vida. Solo con el aroma que exudaba el cuerpo de ella, se excitaba. Cuando llegaron a la propiedad de sus padres, el mayordomo se acercó a ellos y abrió la puerta del coche para que los señores

bajasen.

Adam se apeó primero y luego la ayudó a descender asiéndola por la cintura. El cuerpo de ella resbaló sobre el de él cuando la depositó en el suelo, pero no la dejó apartarse. La miró a los ojos, y acercó su rostro al de ella. Cualquiera que viese la escena pensaría que los flamantes esposos se estaban besando pero no era así. Adam la estrechó en sus brazos y le susurró al algo al oído.

—Estás en casa. Nada ni nadie te hará daño mientras yo tenga un hálito de vida en mi cuerpo —la estrechó contra sus brazos y subieron abrazados la escalinata de entrada.

Dentro los recibió una Victoria ultrajada.

—Tú, ¡patán estúpido! —le espetó a su hermano—. Me las pagarás. Me has prometido a un plebeyo ignorante y fanfarrón.

Ante la mirada atónita de Emma, sonrió, y le dirigió una mirada de disculpa.

—Lo siento, pero tienes un hermano más terco que una mula. Consiguió arrinconar al pobre párroco anoche de madrugada, y mira lo que hizo. —Dijo al tiempo que mostraba su mano derecha. Una preciosa alianza de oro refulgía en su dedo anular—. El muy cretino me arrastró hasta la primera iglesia y allí obligó al cura, a punta de pistola, a que celebrara la ceremonia, y luego me arrastró hasta la primera cama que encontró donde...

Al llegar a esta parte, la joven enmudeció, y unas sospechosas manchas rojas afloraron en su rostro. Los gritos de la joven atrajeron al rubio que estaba satisfechamente desayunando en el comedor familiar a pocos metros de distancia.

—Por San Cristóbal, mujer. Gritas como una gallina clueca. Vas a dejarnos sordos a todos, y no creo que lo que haya hecho contigo en la cama anoche sea de interés para otra pareja de recién casados —la sonrisa satisfecha que afloró a los labios de Stephen, fue la gota que colmó el vaso.

Victoria corrió hacia él y le golpeó con ambos puños y con todas sus fuerzas en el plexo solar. Sonrió satisfecha al escuchar la exclamación ahogada de él. Se lo merecía por bruto. Se lo merecía por impulsivo. Se lo merecía por... por... por no terminar antes con la tortura que le infligía cuando estaba enterrado profundamente en ella.

—Cariño —interrumpió Adam dirigiendo la mirada de su hermana a su esposa—, mejor nos vamos arriba y nos acomodamos, dejemos que estos solucionen solos sus problemas.

La tomó del brazo y con un fuerte tirón la cargó en brazos y subió con ella las escaleras.

—Estabas a punto de decir algo que no debías. Te adiviné las intenciones.

Las carcajadas de él se mezclaron con las de ella.

—Esta ha sido una triunfal salida —respondió ella.

La llevó en brazos hasta la habitación que antes había sido de él y allí la depositó en el suelo.

—Dormiremos juntos a partir de ahora. Aunque solo sea eso. Dormir. No te tocaré hasta que tú misma me lo pidas, me lo supliques. Te lo juro. Y yo nunca falto a una promesa —sentenció mientras la besaba y se apretaba contra ella para que notase como su sexo crecía cuando la estrechaba entre sus brazos —. Ahora me voy un rato a hacer prácticas.

Y allí la dejó, en medio de la masculina habitación que era de su marido. Todo en esa habitación había sido escogido por su funcionalidad. Le gustaba. Desde el escritorio que había bajo la ventana hasta la gran cama de cuatro postes que había sobre una tarima forrada con una espléndida alfombra que no tardaría en enterarse que era persa. Abrió el armario y tardó en comprender que la ropa que aquel mueble guardaba eran tanto de él como de ella.

—Menuda eficiencia hay en esta casa —dijo al tiempo que una amplia sonrisa se formaba en sus carnosos labios.

Al recordar las últimas palabras de su marido frunció el entrecejo. ¿Prácticas? ¿Prácticas de qué, se preguntó. Corrió hacia la cristalería de la habitación y se asomó al balcón. La mañana estaba soleada pese a ser un día frío del mes de marzo. Emma se inclinó sobre la barandilla y vio a su marido empuñando una espada de duelo. La chica sonrió. Adam atacaba con precisas estocadas. Sin poder evitarlo la joven comenzó a reír no pudiendo imaginarse que ofensa le había infringido el pobre árbol contra el que combatía. Al oír las risas, Adam se paró en medio de un ataque, y giró para mirar en la dirección de donde provenía esa risa tan dulce y placentera. La vio allí, aferrándose a la barandilla de su propio balcón. Tenía la cabeza echada hacia atrás mientras reía plácidamente. Sus risas provocaron en él sentimientos contradictorios. Por un lado estaba furioso. Reírse de él, por Dios, y por otro estaba encantado pues aquellas sonoras carcajadas templaban la sangre que palpitaba en sus venas. No obstante no pudo reprimir el impulso de hacer un comentario recriminatorio.

—¿Se puede saber de qué te estás riendo? —preguntó.

Toda la ira por lo ocurrido la noche anterior la estaba descargando de la única forma que podía y sabía hacer.

—Me preguntaba —dijo la joven reclinándose sobre la barandilla aún más mientras él la miraba con el estómago en la garganta.

«Como se incline un poco más va a ir a parar de cabeza al césped», se dijo arqueando las cejas.

—Me preguntaba qué ofensa te lanzó ese pobre árbol. No creo que te golpease ese estupendo rostro que tienes con una de sus fuertes ramas. ¿Lo hizo? —de nuevo sus carcajadas llenaron el aire y la brisa las trajo hasta él.

—Esto parece ridículo, lo sé, pero como no tengo ningún otro adversario... —no llegó a completar la frase pues ella volvió a estallar en carcajadas una vez más.

—Ahhh, pero eso puede arreglarse.

Sin decir más entró en el dormitorio con una sonrisa en los labios y un brillo diabólico en sus ojos azules. Emma se precipitó sobre el armario. Se quitó el traje marrón de viaje que llevaba puesto y se puso una camisa blanca y una amplia falda pantalón negra que le regaló su tía. Se calzó sus botas de cuero negro, y sacó del compartimento trasero de su baúl de viaje la espada que pasara de generación en generación de una mujer a otra en su familia desde hacía siglos. Se ató un lazo negro para recogerse el pelo. Esa espada se la envió su tía Connie cuando ella cumplió los quince años, acompañada de una larga y hermosa carta donde le contaba la historia de aquella hoja afilada y reluciente. Era tan increíble que pensó que su tía Connie se la había inventado: había pertenecido a un mosquetero de la Guardia Real del Rey Adam XVI de Francia. Esa misma espada había sido legada al morir a su única hija viva. Los dos hijos varones habían muerto en la guerra que los franceses habían mantenido con Inglaterra. Y su antepasada se la había legado a su vez a su hija mayor. Así sucesivamente hasta llegar a su abuela paterna, a su tía Constance, y ahora a ella pues su tía no había tenido sino dos varones. Miró la empuñadura de la espada. Era un intrincado diseño que su padre había hecho volver a dorar y lucía espléndido. Era calado en su mayor parte pero se conservaba en perfecto estado. De todas las dueñas de esa espada tan solo dos mujeres la habían usado: una antepasada que había vivido en la época de la revolución estadounidense, y que había nacido en las colonias. Era descendiente de la primera mujer de la familia que nació fuera de Francia, y ahora, ella. Sacó la espada de su vaina, la apretó contra su pecho y besó el escudo real de la casa francesa que se encontraba en el centro de la

empuñadura.

Salió de la habitación y bajó a toda prisa las escaleras para reunirse con su marido en el jardín trasero.

Cuando llegó allí, Adam estaba haciendo ejercicios de embestidas y retrocesos. Al verlo con las mangas remangadas que dejaban ver sus antebrazos morenos cubiertos de fino vello negro y rizado, a la chica se le aceleró el corazón. El cabello estaba mojado ya por el sudor y se le pegaba al cuello. Como ella se había acercado por su espalda él no la vio llegar por eso se detuvo en seco cuando la oyó hablar detrás suya.

—Espero poder brindarte un buen ejercicio y estar a la altura de un guardia real de Su Majestad la Reina Regente —murmuró—. ¡En garde!

Él la miró de arriba abajo y frunció el entrecejo al ver la espada que ella tenía en la mano.

—¿De veras sabes usarla? —preguntó no muy convencido—. Nunca he visto una como esa —dijo señalando la empuñadura—. ¿Es tuya?

—Sí, respondió ella. Además sé usarla, y perteneció a un antepasado mío que fue mosquetero de la Guardia Real de Su Majestad el rey Adam XVI de Francia. ¿Algo más o podemos empezar?

Adam la rodeó y se puso frente a ella a unos noventa centímetros de distancia después de poner botones protectores a ambas armas.

—¡EN GARDE! —gritó.

Ambos saludaron. Su estilo era diferente pues mientras que Adam se ponía la mano izquierda a la espalda, Emma la elevaba en ángulo recto y la muñeca la giraba hacia la cabeza.

—ALLEZ! —gritó ella.

Los aceros de las espadas entrec chocaron. Mientras en un principio Adam temía atacar a fondo, y Emma intentaba demostrarle que no temía un ataque, el ruido de la lucha llegó a las tres personas que discutían a pocos metros.

Emma fintó hacia la izquierda e hizo un movimiento en cuarta para parar el ataque. Luego levantó el arma y lanzó una estocada a fondo que le dio a él en el brazo para enseguida retirarse con una sonrisa en los labios. Lo que había empezado como un juego pasó en seguida a ser algo mucho más serio. Las puertas que comunicaban el comedor con el jardín se abrieron y tres personas salieron para presenciar el duelo: Stephen con cara de pocos amigos y sus suegros horrorizados.

Las mejillas de la joven estaban sonrojadas por el ejercicio y ambos estaban cubiertos de sudor.

Adam tuvo que empezar a emplearse a fondo tras recibir la primera estocada. Después de un buen rato, las armas entrechocaron y deslizaron hasta quedar las hojas de las espadas tocándose a la altura de la empuñadura. En ese momento, el tiempo dejó de existir para los contendientes cuando sus miradas se entrecruzaron. Adam era más fuerte que ella, y, con un poco de presión de su muñeca, hubiese podido deshacerse de ella con facilidad, pero estaba obnubilado por el brillo de esos ojos y por el color de aquellas mejillas... de aquel rebelde cabello del color del trigo que escapaba en finos mechones de su confinamiento.

De pronto, sin saber qué hacía, rodeó la cintura de su esposa y la atrajo hacia sí. Emma que no supo como reaccionar abrió la mano que sostenía su arma y ésta cayó al suelo con un ruido sordo. Adam lanzó la suya a un lado y tomó a Emma de la nuca para acercar su rostro al de él. En ese momento inclinó la cabeza y capturó los labios de la sorprendida chica y los rozó con los suyos.

Emma se aferró a él como un náufrago se aferraría a una madera en un mar embravecido por la tormenta. Las manos suaves y pequeñas de la muchacha se enterraron en el cabello húmedo, y con un gemido entreabrió los labios. Adam invadió aquella tierna boca con la lengua muy lentamente para no asustarla como sabía que podía ocurrir. La joven se sintió flotar en una nube. Se sentía segura en sus brazos, sin miedos, y se dejó llevar por las sensaciones que él provocaba sin darse cuenta de que tres personas, los padres de él y su propio hermano los observaban a ambos con expresión deleitada los padres de él, con escepticismo Stephen.

—Ay, cariño —logró balbucear él contra los labios de ella—. Me vas a matar.

—No sé que me ocurre contigo pero cada vez que me besas me tiemblan las piernas —dijo al tiempo que escondía el rostro en el amplio pecho de él y mientras aspiraba el olor a sudor del hombre que la retenía en sus brazos, era el olor más agradable que había percibido: el olor del macho, el olor de la pasión.

Como la joven tenía el rostro enterrado en su pecho no pudo percibir la sonrisa complacida del hombre al oír aquellas palabras. El hombre giró la cabeza y vio a sus padres y a su cuñado mirándolos con atención, como si esperaran que él tumbara a la chica sobre la hierba y la poseyera allí delante de ellos.

Desde luego no era por falta de ganas que no lo intentaba.

—Tenemos compañía —le susurró mientras le acariciaba las nalgas.

La chica se sobresaltó cuando miró hacia donde él le indicaba.

—¿Desde cuando están ahí? —comentó ahogándose con su propia saliva —. Dios mío, seguro que me han visto besarte.

Un rubor intenso subió a su rostro y fue el turno de Adam de reírse.

Se agacharon a la vez a recoger las espadas, pero la joven ya estaba de pie mientras que él seguía agachado, y riéndose tanto que se sentó sobre la hierba. Ella lo miraba sofocada porque se comportaba como un niño. Adam se incorporó, pero no pudo resistir la tentación de golpearle las nalgas con el canto de la hoja de su espada. Emma ahogó un grito al sentir el roce del acero en su trasero. Iban dos veces ese día.

—Me gustaría repetir este combate. No cabe duda que sabes como usar una espada —la elogió el.

—No solo una espada. Sé usar bayonetas, sables, ballestas e incluso alfanjes, y hago blanco con arco y flecha a más de cuarenta yardas de distancia. ¿Quieres una prueba?

—Con esta espada no, cariño. Me basta con tu palabra. Pero algún día tendrás que lidiar con otro tipo de espada mía.

El doble sentido de la frase no pasó desapercibido para la joven que se le incendió el rostro.

—Eso... eso... eso fue muy poco caballeroso de tu parte. Estoy segura que a mi madre le divertiría saber con qué clase de lenguaje me obsequias.

—Vamos. Sube a cambiarte. Espero que cuando yo suba estés lista porque no respondo —le indicó con un guiño.

Ella se acercó a él, le rozó los labios, y corrió hacia la casa.

Capítulo 14

Watford, Nochebuena 1892

—He decidido —dijo lady Anna en la oscuridad de la habitación a su amante—, que el tiempo de paz y felicidad conyugal a llegado a término. Ya me he encargado de hacer desaparecer a mi nuevo y encantador sobrino.

Su risa sonó hueca. El hombre que estaba a su lado en la gran cama de la propiedad de lady Anna se estremeció de asco.

«Maldita sea, de nada ha servido convivir con esta víbora. Ha hecho los planes sin contar conmigo», se dijo el hombre.

—En serio —se volvió hacia ella, la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente—. Cuéntame que has decidido hacer.

—Esta noche, cuando salgan de la propiedad, van a tener un bonito accidente. He conocido de primera mano que él tenía planeado no pasar esta noche en casa. Ojalá en el accidente mueran los dos. Aunque espero que él sí que perezca bajo las ruedas de su propio coche. ¿No es divino? La venganza perfecta. —Y diciendo esto, se apretó contra su amante y rodaron juntos por la amplia cama.

«Mierda, no tengo tiempo de avisar», se dijo el hombre.

Ciudad de Colchester

—Te ha castrado, cariño. Esa rubia que tienes por esposa te ha castrado en el sentido más literal de la palabra. Ya no sirves a nadie como hombre. Ni siquiera a mí. Esa cosa que tienes bajo el pantalón no se te sube conmigo como antes.

Y la risa femenina reverberó en la habitación mientras su mano se colaba bajo la pretina del pantalón masculino.

Adam se dejó hacer sabiendo que las palabras que había dicho la mujer que en otro tiempo fue su amante, eran del todo ciertas. Su joven y bella esposa lo había castrado del modo más puramente emocional para cualquier otra, y eso que aún no la había hecho suya en el sentido literal de la palabra. Varios meses de casados, y aún no le había hecho el amor a su mujer. Dormía cada noche con ella, pero esa era todo lo que hacían, dormir. Y hacía semanas que ni de ese lujo se aprovechaba. El simple roce de su cuerpo le hacía desearla. Si no podía hacerle el amor mucho menos quería violarla cuando

ella dormía confiada en sus brazos. De modo que había terminado por dormir en camastro que había hecho instalar bajo la ventana. Pero no era suficiente. A partir de esa noche tendría que dormir incluso en otra habitación.

—No va a funcionar. Por más que te toco o intento estimularte, tu virilidad no se levanta —graznó Melany.

Adam sonrió. Apartó a la mujer de su cuerpo y sin mirarla se abrochó el pantalón.

—Ya te lo dije —murmuró.

Acomodó sus ropas, cogió su gabán y sin un adiós se marchó.

Emma salió de la biblioteca cuando vio que su hermano llegaba a toda velocidad sobre su caballo. Cuando entró en la casa ella le esperaba en el vestíbulo.

—¿Has traído lo que te encargué, Stephen? —le preguntó con voz muy baja.

—Lo tengo en la habitación pero no entiendo porqué precisamente se lo vas a dar ahora, se lo deberías haber entregado el día de tus nupcias —le contestó él en el mismo tono de misterio.

—No sé porqué no lo hice, miedo quizás, pero el día de Navidad es el mejor día para arreglar mi descuido, ¿no crees? Por cierto, ¿qué le vas a regalar tú a Victoria esta noche? —inquirió ella con una sonrisa radiante. Después de lo que había visto esa mañana en la biblioteca...

Emma se ruborizó pues no creía que se pudiese hacer el amor de esa forma tan intensa y apasionada. Ya se lo podría haber comentado Adam y lo podrían haber puesto en práctica. Esa noche, se prometió a sí misma. Esa noche, sería suya por primera vez. Ya estaba harta de esperar que él tomase la iniciativa.

—Al igual que tú, yo también tengo un descuido que arreglar.

Como en otras ocasiones, la joven miró a su hermano enarcando las cejas en una muda pregunta a su insinuación.

—Le he comprado un anillo de pedida. Espero que no me lo tire a la cabeza —añadió con pesadumbre.

—Vamos, sabes muy bien que tu esposa te adora. Estará encantada con su regalo. Ah, se me olvidaba ¿qué le has comprado a tus queridos suegros? —preguntó con tono zalamero.

—¿Qué les has comprado tú? —intentó indagar él—. Te recuerdo, por si lo has olvidado, que mis suegros son los tuyos —señaló innecesariamente

Stephen.

—Bueno a ver que recuerde... —Emma se quedó pensativa—. Les he comprado un frasco de perfume. Veamos, Jazmines para la madre de Adam, rosas para Grace, y violetas para tu esposa, me he dado cuenta que le encanta el aroma de las violetas y el de las lilas. Al duque decidí comprarle una bonita fusta de cuero.

De pronto vio la expresión de horror que ponía su hermano.

—Eh, tranquilo. Para ti he comprado algo mejor —bromeó ella al tiempo que le acariciaba en la mejilla—. Ropa interior para dormir.

—Confío que bromees —dijo como si le hubiesen dicho que tenía un sarpullido—, yo he dormido como mamá me trajo al mundo desde que cumplí los catorce años.

—Eres un adorable canalla.

—¿Quizás tu esposo se acuesta en tu cama con un camisón de tejido grueso para dormir?

Sus palabras fueron una puñalada en el corazón y Emma palideció.

—Mi marido hace semanas que no duerme conmigo.

Reconocerlo dolía, y como dolía se dio media vuelta y salió de la habitación con los ojos anegados en lágrimas.

—Niña, espera. Perdóname, lo siento —dijo cuando la alcanzó en la mitad de las escaleras—. Es que tu declaración me ha tomado por sorpresa. ¡Santo Dios, hermana! Él es tu marido.

—Sí, mi marido —le espetó ella—. Pero después de la noche de bodas no ha intentado tocarme. Dormimos en la misma habitación, sí, pero en camas diferentes y nunca me he acostado con él. Por Dios, Stephen —le dijo ella al tiempo que entraba en su habitación, intenté matarlo en nuestra noche de bodas —gimió ella al evocar tan bochornoso recuerdo.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus tersas mejillas.

—Recordé lo que ocurrió. Como ese hombre intentó abusar de mí, como violentó a Grace, y cómo le maté. Le partí el cráneo en dos con un hacha.

—Ya pasó pequeña —la arropó en sus brazos e intentó absorber con su cuerpo los miedos y el rechazo de ella.

Fue hacia un sillón y la sentó sobre sus rodillas como cuando era pequeña. La estrechó entre sus brazos y lloró con ella unos instantes. Dios, como la quería. Era su niña pequeña. A la que ni él ni Andrew habían podido salvar aquel día. La misma que ellos habían perdido a manos de un desalmado hijo de puta. Si ella no lo hubiese matado, vive Dios que lo habría hecho él

con sus manos desnudas.

—Lo siento, disculpa —expresó ella en un murmullo mientras se enjugaba las lágrimas—. Pero me duele el amor que veo reflejado en tus ojos cuando miras a tu esposa. La envidio por eso, porque su hermano no me mira del mismo modo. Él solo me mira con lástima, me tiene por un cervatillo asustado, y lo cierto es que fue así durante un tiempo, pero han pasado muchos meses y ese temor ha desaparecido por completo.

—No quiero escuchar lo que creo que tienes intención de decir. Soy tu hermano, por Dios —dijo con una leve sonrisa en los labios.

—Pero ese temor ha dado paso a otro —continuó ella sin hacer caso del comentario de su hermano—, ahora temo ser media mujer durante el resto de mi vida, y si no fuera porque soy una mujer, yo misma le tumbaría en la cama y le haría el amor de la misma manera que Victoria te lo hace a ti.

Las carcajadas de Stephen resonaron en la habitación y Emma se levantó de su regazo y lo miró echando fuego por los ojos.

—Si yo no fuese tu hermano, quizás te diría cómo, pero el mejor consejo que puedo darte, es que te metas en la cama, y le sonrías. La insinuación será lo suficientemente clara para él. Podrías intentarlo esta noche, eso sí que sería un magnífico regalo de Navidad para él —la miró con un gesto pícaro en los ojos.

—Estás bromeando, supongo —la joven miró a su hermano y no vio ninguna señal de broma en su expresión—. No bromeas, lo dices en serio. Pero... yo no puedo hacer tal cosa, él se reiría en mi cara.

—Yo te aseguro que no, sobre todo si te vistes con uno de esos camiones tan bonitos que las mujeres soléis llevar para provocarnos.

—Me estás dando lecciones —sonrió y comenzó a reír.

—Algo así. Te estoy mostrando como seducir a un marido un tanto lento de entendederas en cuestiones de sexo femenino.

—No me parece que eso sea necesario. Según oí a mi llegada a Inglaterra, mi marido es el mujeriego más insaciable de todos.

—Lo era —interpeló Stephen—, desde que se casó contigo no ha visitado a ninguna mujer para que le caliente la cama.

—Sí, y todo el monte es orégano —respondió ella con un sonrojo muy revelador en las mejillas.

—Si no te convencen mis palabras, tendrás que preguntarle a él.

Emma se quedó pensativa durante unos momentos.

—No puedo entenderlo. Era un hombre que no podía mantener las manos

quietas antes de casarnos. Ahora solo las mueve para... —de repente se calló y notó como se le encendían aún más las mejillas. ¿Cómo podía haberle insinuado a su propio hermano algo así?—. Olvida lo que acabo de decirte, por favor.

Pero Stephen volvió a estallar en carcajadas. De pronto la puerta se abrió y Stephen dejó de reír. En el umbral de la habitación apareció de pronto Adam que se tranquilizó en cuanto vio quien era el que compartía las risas con su esposa.

—Podéis contarme la broma —los animó—, así podré reírme yo también.

La joven se ruborizó hasta la raíz del cabello y Stephen carraspeó para ocultar su risa.

—Bueno, creo que no importa. Sólo vine a decir a mi esposa que pronto cenaremos y que después nos iremos a pasar la noche a otro sitio.

Iba a marcharse cuando ella se acercó y lo retuvo del brazo. Como siempre que se tocaban la llama de deseo sacudió a Adam pero la ocultó como buenamente pudo.

—Espera, cariño —le retuvo ella, y la palabra cariño fue más eficaz que el agarrón del brazo—. ¿Puedes reunir a la familia en la biblioteca? Enseguida bajamos.

Adam asintió.

—Cinco minutos. Sólo cinco minutos, ¿de acuerdo? La cena la servirán muy pronto.

—Serán suficiente, ¿no crees, Stephen?

No tenía ni idea de qué se atraían esos dos entre manos. Cuando Adam cerró la puerta, Stephen miró a Emma sin entender qué se proponía.

—He decidido dar los regalos antes de la cena —dijo con la intención de responder a su pregunta no formulada.

—Muy bien, ¿puedes sola con las cajas?

—Claro, ve a buscar las tuyas.

Menos de cinco minutos después los dos hermanos ya bajaban las escaleras cargados de caja y entraron en la biblioteca.

—Feliz Navidad a todo el mundo —dijeron al unísono.

Todos los presentes se volvieron y se quedaron mudos al ver las cajas que ambos portaban.

—Sabemos que la tradición es darlos el día de Navidad, pero como por lo visto Adam y yo —explicó la joven—, nos vamos tras la cena, he pensado

en dar los regalos ahora.

De pronto, la familia los miraron sorprendidos, y Stephen y Emma se miraron sin saber el motivo.

—Siento que he cometido una indiscreción —se excusó ella—. Ya he visto que no tenéis mucho espíritu navideño aquí. No habéis puesto ni siquiera un abeto.

—No es costumbre en nuestra familia —le explicó el duque.

—Querida mía —comentó lady Rose con una sonrisa de adoración en su rostro hacia su nuera—, es cierto que no hemos puesto árbol, pero sí que ofrecemos regalos, y los abrimos el día de Navidad.

—Pero es que Adam y yo no estaremos aquí mañana.

Ya lo había mencionado, pero a la vista estaba de que no la habían oído.

—Me siento como una idiota.

—En absoluto, muchacha —interrumpió el duque con su excelente carácter.

—De todos modos abridlos —dijo depositando las cajas en el escritorio al igual que hiciera su hermano.

—Supongo que tendremos que adelantar todos nuestros respectivos regalos —comentó Victoria acercándose torpemente a su marido.

Estaba gorda y pesada. Sus casi siete meses de embarazo la hacían andar como un pato, pero jamás estuvo tan hermosa para los ojos de su marido.

Stephen negó con la cabeza.

—Cuando Adam y yo éramos niños, nuestros padres nos ponían un caminito de caramelos que nos guía hasta donde se encontraban los regalos.

—Siempre y cuando hubiéramos sido buenos —la corrigió su hermano.

—Correcto —puntualizó el duque—, porque si se portaban mal, los regalos se los quedaba Honey Home.

Era el mayor orfanato de Londres.

—Esos niños —aclaró Adam—, siempre han tenido regalos del ducado de Herby.

Emma se quedó pensativa.

—Creo que no han sido una buena idea —dijo de pronto.

—Siempre hay una primera vez para romper la tradición —apuntó la duquesa con pícara sonrisa, y mirando los paquetes acumulados sobre el escritorio—. Y estoy convencida de que Adam podrá esperar un poco antes de llevarte lejos de la casa.

—Y yo espero —dijo Victoria—, que la cocinera no haya preparado

demasiado dulces, pues el año pasado engordé unos cuantos kilos —expresó con una sonrisa.

—Bueno —le dijo Adam veloz—, veo que de todos modos has engordado al parecer más de unos cuantos. Solo espero que allá dentro haya un sobrino mío, y que esa enorme barriga no se deba al postre navideño del año pasado.

—¡Adam! —exclamó la duquesa—. No le digas algo tan grosero a tu hermana... está gordita —admitió la madre que sonreía—, pero es la única gordura que pone a la mujer más guapa.

Pasaron al comedor y se sentaron a la mesa mientras los nuevos familiares de Emma y Stephen iban comentando diversos aspectos de las navidades pasadas.

Lord Mayer se sentó presidiendo la mesa y lady Rose lo hizo en el otro extremo. A ambos lados de lord Mayer se sentaron, Adam a su diestra, y a su izquierda Emma. Adam retiró la silla para que su hermana se sentara a su lado, y Stephen hizo lo propio con la de su hermana. De modo que ambos matrimonios quedaron sentados frente a frente en la ancha mesa del comedor. El centro estaba adornado con unas extrañas pero hermosas flores de grandes pétalos rojos que Victoria llamó flor de Pascua. Todo parecía irreal, tan diferente de todas sus Navidades pasadas, que la joven creyó estar viviendo un sueño.

La cena transcurría llena de anécdotas de Navidades pasadas.

Tiempo después el servicio retiró los platos del pescado y sirvieron la carne. Emma no tocó su plato, se quedó esperando el delicioso postre cuando vio que Stephen se levantaba, rodaba la mesa, y ayudaba a Victoria a levantarse.

—Necesito ir al baño, prioridades de una mujer embarazada —comentó con una leve mueca.

Emma miró a su marido. Una mirada de reproche se clavó en sus ojos. Era obvio que su esposo había estado contemplando la misma escena que ella. Viendo a su hermana que llevaba casi seis meses de embarazada en poco menos de nueve meses de matrimonio. Era obvio que tanto su hermano como su cuñada no habían perdido el tiempo, en cambio ella... lo que más le dolía era que estaba más que dispuesta a entregarse a su marido, pero él no había hecho el más mínimo intento desde aquella noche en la que se habían casado. Solo se le ocurría una única respuesta a eso: él ya no la deseaba. No quería tener nada que ver con una mujer que quizás nunca fuese una auténtica mujer en

sus brazos.

—Creo que nosotros vamos a retirarnos un rato —dijo Stephen dejando la servilleta que había en el regazo de Victoria sobre la mesa, y ayudándola a reincorporarse.

La sujetó de sus brazos y la puso en pie. Ayudándola a caminar hacia el excusado de la planta baja.

—Espero que antes de irnos a dormir... —en ese momento sonó un trueno a lo lejos, y el sonido de la lluvia invadió la estancia e interrumpió la frase del duque—. Acabo de olvidar lo que iba a decir.

—Seguro que tendría que ver con el estado de buena esperanza de mi hermana —dijo Adam de pasada.

—O el estado de buena esperanza de Emma —contraatacó el duque sin dejar de mirar a su hijo—. El ducado necesita un heredero.

—Quizás mi esposa no es tan facunda como mi hermana, y entonces la responsabilidad del ducado tendrá que recaer en los hombros de Victoria que no en los míos.

A Emma le pareció que su esposo hablaba con amargura, y su tono le dolió tanto como si mil cuchillos se clavasen en su corazón. Miró con ojos brillantes a su marido. Después con ira, y no midió su acción, como él ni siquiera esperaba una reacción ante su comentario, cogió un trozo de carne en salsa, y lo arrojó a través de la mesa en dirección a su marido, golpeándole en plena boca. No se paró a mirar como él trataba de enjugarse la cara llena de salsa con la servilleta. Apartó la silla de un violento empujón con el dorso de sus rodillas, y salió del comedor como un ciclón no sin dejar el eco de sus palabras reverberando en el silencioso comedor.

—He conocido animales menos brutos y más sensibles.

—Creo que nosotros nos marchamos definitivamente —dijo Adam con voz queda—. Mis disculpas.

—No es con nosotros con quien debes disculparte —le recriminó su madre—, sino con tu esposa. No se merecía lo que le has dicho. Que aún no se haya quedado en cinta no es motivo para reprochárselo. Ese hijo que tanto ansías llegará con el tiempo.

Adam no dijo nada. Stephen guardó silencio porque sabía el problema entre ambos esposos precisamente por su hermana que se había sincerado con él momentos antes.

Adam no pensaba decir que un embarazo no era el problema con su mujer. El problema estaba en que él cada día la deseaba más y no encontraba

la forma de derribar el muro que ella había levantado alrededor de su lecho. Y todo por culpa de aquel maldito cabrón hijo de puta que había robado la alegría de una niña y la había convertido en una mujer tan reacia a la pasión y al sexo. Salió del comedor corriendo y alcanzó a su esposa cuando ésta ya subía las escaleras. La asió del brazo y la miró a los ojos.

—Recoge tus cosas, nos vamos ahora.

Emma asintió. Recogió las pocas prendas que necesitaría para pasar un par de días en la casita del bosque, y poco después, acompañada de su marido, se despidieron de todos. Subieron al carruaje en medio de la tormenta que había estallado minutos antes. Iban camino a la casa cuando Emma empezó a sentir que el enfado comenzaba a remitir. Por eso, y para romper el silencio asfixiante que se había instalado entre ellos, metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó una cajita de madera forrada de tela y envuelta con una cinta azul.

—Esto es para ti —le tendió la cajita—. —Debí habértela dado el día de nuestros esponsales, pero estaba un poco asustada.

Adam la aceptó con una mirada de arrepentimiento. Ella volvió la cara.

«Más lástima no, por favor. Quiero su ira, su pasión, pero nunca más su lástima», se dijo compungida.

Adam abrió la cajita, y vio lo que guardaba en su interior.

—Pertenece a mi abuelo paterno, me lo puso en las manos poco antes de morir. Es lo único que conservo de él. Es un crucifijo de oro. El Cristo está tallado en un zafiro, por eso es azul. Quiero que lo lleves. Estará mejor en tu cuello que guardado en mi joyero. Stephen lo trajo esta mañana. Andrew lo envió desde Boston, yo lo dejé en casa.

Adam no hacía sino observar, ora el crucifijo, ora a su mujer. Parecía tan delicado entre sus manos. Algo dentro de sí se conmovió y solo atinó a murmurar un explícito gracias. Emma tomó el crucifijo de sus manos. Se inclinó sobre él y aseguró el broche de la cadena alrededor de su cuello.

—No te lo quites jamás —murmuró y sólo para ella añadió para sí misma.

«Este regalo es la prueba de mi amor».

Adam la miró y sondeó sus preciosos ojos azules.

—Jamás lo haré, solo muerto me la podrán arrebatarse.

Capítulo 15

El carruaje iba de un lado para otro por aquellos caminos empedrados. Emma se aferraba al brazo de su marido, mientras una gran tormenta rugía fuera haciendo que los truenos retumbaran el interior de sus cabezas y los rayos iluminaran el interior del coche, dejando ver la cara de la joven asustada y cada vez más pálida. Adam la rodeó con sus brazos y ella sintió su cálido aliento en el cuello, se aferraba a él con desesperación.

Aquel hombre la reconfortaba con cualquier gesto, con una simple mirada. Lo amaba, tanto y de tal forma, que esa noche lo haría suyo por más que protestara. Lo había decidido cuando habló con su hermano y después del breve cambio de palabras en el comedor, aún lo deseaba más. Le demostraría que ella era una mujer en el más pleno sentido de la palabra.

Miró hacia su derecha y vio la bajada de la pendiente que constituía el camino a la casa que compartieron su noche de bodas, y Emma recordó. Un sentimiento de culpa y pesadumbre la embargó hasta el mismo centro de su ser. Se sentía un fraude, pero ese sentimiento iba a cambiarlo esa misma noche: iba a tomar las riendas de su vida y la de sus sentimientos.

Aquella noche fue toda una revelación para ella y ésta noche lo sería para él. Su marido se había portado muy bien con ella... hasta ese día. Se indignó cuando vio que Andrew y no Stephen la acompañaba al altar. Pensó, como en otra ocasión, que ese otro gigante rubio era otra cosa que su hermano aunque no dijese nada. Tras la ceremonia la había arrinconado en una sala de la casa de sus padres para decirle que ahora ella no podría verse a escondidas con nadie más que no fuera él. No la alarmó el tono furioso que él empleó, ni que la acusara de veleidosa, cosa que ya había sucedido en otra ocasión, sino que la acusación llegase a oídos de su hermano Andrew quien se enojó hasta el punto de pedir la cabeza de Adam en bandeja de plata. O peor aún, que fuese el mismo Andrew quien se la cortara.

El que la rueda del carruaje tropezara con una piedra hizo que el coche se sacudiera y con él los recuerdos de la joven. Pero algo no iba bien. Lo sentía en los huesos. De repente, el coche comenzó a bambolear de un lado a otro. Un crujido sonó como un estallido y el coche comenzaba a caer.

—Maldita sea —rechinó Adam—. Hemos partido una rueda. Agárrate, creo que vamos a volcar.

Por unos intensos segundos el coche recobró la estabilidad para luego

caer hacia su costado derecho, justo del lado que estaba la bajada de la ladera. Un rugido clamó el aire. En un intento de proteger a su mujer, Adam enterró la cabeza de ella en su pecho y la protegió con el brazo al tiempo que encerraba su cuerpo todo lo posible con el suyo propio. Al principio el coche se deslizó por la cuesta pero al final bajó dando tumbos hasta que quedó al pie de la ladera con un sonido sordo. El cochero murió en el acto. Los caballos quedaron atrapados bajo el carruaje y uno de ellos también murió quedándose el otro malherido. Dentro, los dos ocupantes estaban inconscientes pero aún respiraban. Los brazos del hombre estaban llenos de arañazos y cortes superficiales. Ella, aunque sin conocimiento, estaba ilesa. Adam se movió con cuidado. Llevó los dedos hacia la aorta de su mujer y comprobó que ésta vivía. Un sonido de alivio escapó de su garganta al comprobar que ambos estaban vivos. Se incorporó y rompió la puerta que estaba sobre sus cabezas y salió de aquella trampa. Miró a su alrededor y reconoció la zona donde habían caído. Nada más ver al cochero comprendió que estaba muerto. Y los caballos también. Uno ya lo estaba, el otro no tardaría en morir. Volvió a entrar e intentó despertar a su mujer. Estaba muy conmocionada pero entre quejidos abrió los ojos.

—Hemos volcado a pocos metros de una cabaña de leñadores dentro de nuestra propiedad —informó a su mujer—. ¿Puedes andar?

Ella asintió.

—¿Cómo está Fernando? —preguntó refiriéndose al cochero.

Él negó con la cabeza y ella suspiró resignada.

—Lo siento tanto —sollozó.

—Ahora tenemos que preocuparnos por nosotros. Salgamos de aquí. Te llevaré hasta la cabaña y luego volveré a por nuestras cosas.

Alargó los brazos hacia la joven y ella, sin pensárselo, se arrojó a ellos con toda confianza. Adam la izó y cuando tuvo medio cuerpo fuera la empujó de las nalgas para hacerla salir. Luego se izó de un salto y la ayudó a descender por el armazón del coche ahora medio destrozado. La cogió en brazos y se encaminó a la cabaña que había a pocos pasos del lugar donde habían caído. Siendo el día que era, la cabaña estaría vacía. La encontró en pocos minutos. Estaba a oscuras. Obviamente, tampoco tendría el hogar encendido. Esperaba que hubiese leña y no que tuviese que ir a buscarla. Abrió la puerta con su preciosa carga en brazos y la depositó en el polvoriento suelo. Buscó una lámpara de aceite que sabía encontraría sobre la mesa junto a la puerta y la encendió.

En el breve trayecto hacia la casa, Emma no había pronunciado una sola palabra. Estaba algo conmovida por la pérdida del cochero. Si bien habían hablado poco, Fernando era una persona amable con ella. Gracias a Dios que no tenía esposa ni hijos a los que mantener. Su esposa había muerto hacía años y sus hijos ya eran mayores y cuidaban de sus propias familias. Aunque no por ello iba a ser menos llorada su muerte. Emma miró a su alrededor y vio el estado en el que estaba la cabaña. Era simplemente una estancia amplia sin dormitorios. Solo una sala sin paredes que la dividieran. En un rincón había una cama que presumía tenía rota las varillas de sujeción del colchón porque éste se hundía por algunos sitios. Un gran hogar y una pequeña ventana con jambas y puertas de madera. En otro rincón cerca de la puerta había varios objetos acumulados: un cubo de hierro, una escoba, y un par de hachas en muy buenas condiciones. Junto al hogar había una pila de leña, un par de atizadores, y un fuelle para prender el fuego.

—No es gran cosa, pero al menos podremos pasar la noche con alguna comodidad. Solo espero que en ese mueble —dijo señalando la puerta tras ella—, hayan dejado algo que sea comestible —la miró a los ojos comprobando que estaba bien—. Espera aquí, voy al coche a traer nuestras cosas. No le abras a nadie. Espero no tardar.

Y ante la sorpresa de ambos, la besó antes de salir.

Emma se quedó sola en medio de la penumbra que iluminaba la habitación. La lámpara no emitía mucha luz pero sí la suficiente para ver por donde pisaba. Cogió la escoba y barrió la habitación lo mejor que pudo. Un momento después, y con toda la fuerza que tenía, bajó el colchón hasta cerca del hogar y a continuación encendió el fuego.

Alguien había intentado matarlos.

Ese era el pensamiento que cruzaba la mente de Adam cuando vio el estado de una de las ruedas del coche. No se había roto accidentalmente. Uno de los radios de la rueda había sido serrado. De momento no iba a decirle nada a su mujer, pero era algo que tenía la intención de aclarar. No se paró a pensar más, agarró las mantas de viaje y el bolso de ropa que la joven había preparado antes de salir de la mansión de sus padres, y caminó de regreso a la cabaña. Para cuando Adam estuvo de vuelta, ella estaba buscando algunas sábanas limpias que, por supuesto, no halló.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó después de mirar a su alrededor.

—Intentado que este lugar sea algo más confortable, aunque, como ves, poco he podido hacer —contestó ella.

—Toma —dijo tendiéndole las tres mantas que pudo rescatar del coche —, quizás esto sirva como esas sábanas que estás buscando y que creo que no has encontrado.

Ella sonrió mientras cogía las frazadas de sus brazos.

—Por ahora no vamos a necesitar comida —comentó él—, pero ¿has visto si hay algo de comer en esa alacena?

—La verdad es que no he mirado. Si quieres hazlo tú mismo mientras yo termino de preparar el lecho. La mirada de Adam se clavó en el único colchón de la estancia. Se dio la vuelta, agarró el cubo de hierro que había junto a la puerta, y, murmurando entre maldiciones que iba a por un poco de agua del lago, salió como una bala.

«Presumo que va a ser la peor noche de mi vida», se dijo apesadumbrado.

La sonrisa más pícara se dibujó en el rostro de la chica cuando él volvió con el cubo lleno de agua limpia, y lo colocó cerca del fuego del hogar. Mientras Emma se afanaba con las mantas sobre el colchón no dejaba de imaginar que sobre esa mullida superficie, iba a convertirse en su mujer, porque estaba convencida de que de esa noche no pasaría sin entregarse a él. Se había quitado la capa cuando decidió poner algo de orden en esa casa, pero ahora, ya que tenía la cama arreglada lo mejor que pudo, decidió poner orden en su persona. Levantó los brazos y comenzó a desabrocharse el vestido. Cuando lo tuvo totalmente suelto lo dejó sobre el armazón de la cama que ahora estaba sin colchón. Se había quedado en camisa; una prenda que no dejaba nada a la imaginación. Sobre su escote se podía ver el nacimiento de sus jóvenes y vibrantes senos que casi se escapaban de lo llenos que los tenía. Se quitó las enaguas.

Cuando Adam se giró y miró lo que estaba haciendo con tanto silencio se le contrajo el rostro en una mueca.

«Definitivamente va a ser la peor noche de mi vida», sentenció mentalmente. Dentro de sus pantalones notó como su pene levantaba la cabeza y presionaba contra la tela. La miraba embobado, y con todo el deseo acumulado en esos meses de casados. Se desvistió rápidamente y se metió entre dos mantas dejando la otra debajo y sobre el colchón. Estaba temblando y no precisamente de frío. Se giró para tener de cara el fuego, y se aproximó lo más que pudo al filo del colchón. Le daría la espalda hasta que pudiese conciliar el sueño. Tarea hasta posible de realizar en esas circunstancias. Los temblores se debían a una genuina excitación de la que si bien era consciente

bien no podía relegar a un segundo plano.

Una traviesa sonrisa se dibujó en los labios carnosos de la joven cuando vio la maniobra de su marido, pero esta noche no le iba a servir. Estaba dispuesta a presentar batalla.

Se sentó sobre la silla que había junto a la mesa donde estaba la lámpara y se levantó las enaguas. Bajó las medias por sus piernas, al mismo tiempo que una extraña sensación se instalaba entre sus muslos. Era deseo. Deseo simple y puro. Sus pechos le dolían. Subió sus manos hasta ellos y los notó duros como pocas veces, se desabrochó el cordón de la camisa y la arrojó al suelo junto a las medias y las enaguas. Y desnuda, tal y como su madre la había traído al mundo, se deslizó bajo las mantas y se acercó al cuerpo de su marido.

Adam sintió los pechos desnudos aplastados contra su espalda.

¿Sabría esa loca que tenía por esposa lo que realmente estaba haciendo?, se preguntó. El cuerpo masculino se endureció aún más cuando ella pasó una de sus esbeltas piernas sobre su cintura y la rodilla se apoyó en su cadera. Adam pensó que la actitud de ella iba demasiado lejos. El maldito bribón que tenía entre sus piernas estaba rígido como una piedra de mármol, y la misma tensión lo estaba matando. Sintió un roce y se sobresaltó. ¿Era la mano de ella la que descansaba ahí? De repente se vio tendido sobre sus espaldas y a ella enteramente a horcajadas sobre su vientre. Su virilidad se erguía imperiosa tras el trasero de su mujer. Los ojos azules de ella se clavaron en los suyos como dos zafiros ardientes. Refulgían de deseo y él estaba más que dispuesto a hundirse en ese mar de fuego, ardor y pasión que le prometían los dos lagos que le miraban desafiante. Emma tenía el cabello suelto, y le caía sobre la espalda hasta los mismos muslos de él.

Emma soltó un suspiro largo y pesado pues no sabía qué más podía hacer para incitarlo. Él vio la promesa en sus ojos, y tomó propiedad del control. Enterró las manos en la dorada melena de rizos rubios, y con un ansia del que no se creía capaz, le bajó la cabeza y tomó posesión de sus labios. En el beso volcó todas las ansias reprimidas durante meses, pero ella no se quedó atrás. Apretó los labios contra los de él y los mordió con un ansia feroz.

Emma sintió ganas de llorar cuando comprobó que él le respondía con tantas ansias como ella sentía. Un calor húmedo brotó de su cuerpo y empapó el vientre terso y musculoso de su marido que no hizo sino presionar más contra la boca de su mujer. La abrazó con ímpetu y la hizo rodar hasta tenerla tendida de espaldas en el colchón.

La pasión tanto tiempo retenida hizo su aparición en ambos.

Las piernas de la joven rodearon completamente el tronco de su marido, y el leve roce del fino vello masculino contra sus senos hizo que éstos se endurecieran con desespero. Añoraban caricias, caricias que no llegaban, caricias que en medio de ese frenesí casi ni estuvieron por hacerse sentir. Él quería enterrarse en ella, ya, profundamente. Separó su cuerpo unos centímetros, lo justo para deslizar la mano entre ellos y alcanzar el mismo centro femenino que se abría para él. Deslizó un dedo dentro de la apretada vagina de la joven. Emma sintió la invasión pero no hizo nada por frenarla, era como el paraíso. Al ver que ella no impedía sus avances sino que le alentaba a continuar con su insinuante movimiento de caderas, él enterró un segundo dedo en ella. Los notó empapados de su calidez en el mismo instante en que avanzó dentro de su vientre. Las oleadas subían en espiral desde el mismo centro de su ser. Le recorría la columna vertebral y vibraba en sus pechos, en las mismas puntas que lo coronaban creando una tensión ya olvidada. La boca de Adam abandonó los labios de ella con una protesta que se silenció cuando encontraron una de las cimas rosadas. Adam aferró entre sus dientes el maduro pezón y lo mordió con una delicadeza que no se creía capaz. Lo único que quería era devorar. Devorar ese joven cuerpo que se retorcía bajo él y que tantas y tantas noches había ansiado. Notó el mordisco en el lóbulo de su oreja pero no le importó, también él quería morder. La piel de su pene estaba tan tensa que suplicaba liberación, una liberación que él no quería ni pretendía retrasar. Ella estaba más que lista para él. Sus dedos estaban tan empapados que casi parecía tenerlos metido en miel templada. Los retiró de ella no sin escuchar la súplica de sus dulces labios de que no parara aquella tortura. Equilibró su peso en los codos y antebrazos, uno a cada lado de ella, y la miró. Tanteó por su cuerpo con una mano y buscó su pesado miembro con ella, lo sujetó entre sus dedos, y lo llevó hasta el portal en el que se moría por entrar.

La cabeza púrpura de su miembro encontró la entrada femenina y se deslizó suavemente dentro de ella.

Emma abrió lentamente los ojos y clavó sus aterciopelados ojos azules en las dos negras alas de cuervo que eran los ojos de su marido.

—Eso es —dijo con voz estrangulada el hombre cuando su pene rozó la fina barrera de su virginidad escondida entre sus tersos muslos—, mírame mientras te convierto en mi mujer.

Se deslizaba dentro de ella como seda, ella le absorbía sin miedo. Se

ajustaba a su alrededor como un guante de cuero nuevo a una mano. Pero con más, mucho más calor. La verdad es que le abrasaba y le quemaba. Retiró sus caderas un poco, haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal líquido y de una fuerte estocada se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz. Sintió sus uñas clavándosele en los hombros y emitió también él un quejido. El cuerpo de ella se tensó ante la invasión por unos segundos, pero al momento estaba ondulándose bajo él como la marea mecida por la corriente. Era el mejor sexo que jamás había experimentado, y con una virgen. El pensamiento le estremeció el cuerpo y le acicateó a hundirse en su cuerpo una vez, y otra, y otra, hasta que sintiendo que no podía aguantar más vio llegar el final. Pero no sería justo, para ella no. Su primera experiencia tenía que ser tan grata como lo estaba siendo para él.

Calor, fuego. Todo eso se concentraba en su bajo vientre mientras sentía como el cuerpo de él le enseñaba la danza del deseo. Buscó con sus manos el cuerpo de él, en una muda súplica de decirle con caricias lo que no podía decirle con palabras. Sus dedos recorrieron la ancha espalda hasta la misma base de la columna y un poco más abajo también, hasta las mismas nalgas. Se aferró a ellas e intentó impulsar el cuerpo de él hacia su interior. Aquello fue la perdición para ambos. Con un gemido de dolor, ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y como si de una bala de cañón se tratase, su cuerpo explotó en mil pedazos.

Aquello era la muerte.

Su cuerpo fuerte y masculino se lanzó también en busca de la liberación, y junto al ahogado grito de ella, reverberó también el de él en el momento en el que el cálido fluido de vida que era su semen inundó la matriz de ella. Aquello era la vida.

Miró hacia abajo y vio como la mirada de su esposa se perdía y se desvanecía. Los brazos de la joven quedaron laxos y cayeron de su cuerpo para posarse sobre el colchón. Había perdido la conciencia. El placer la había hecho sucumbir. Una sonrisa de satisfacción genuinamente masculina se instaló en su boca y se reflejó en su mirada. Lo había logrado, pese al dolor irremediable, le había dado placer. Con suavidad se retiró de ella y contempló ambos cuerpos. La sangre manchaba su miembro ahora flácido y salpicaba los muslos de los dos. Los labios de ella estaban hinchados por sus besos y su cuerpo yacía desmadejado en el suave colchón. Los senos de ella atrajeron su mirada y le entraron ganas de besárselos nuevamente. Salió del colchón y recogió la camisa de ella. La hizo jirones y utilizó uno para empapararlo en el

agua casi cálida que él mismo había traído en el cubo desde el lago. Lo estrujó levemente y con él se limpió los restos de sangre y semen que tenía en el cuerpo. Enjuagó nuevamente el trapo, lo volvió a empapar y a estrujar levemente y la limpió a ella. Cuando acercó el fresco y húmedo trapo a su entrepierna, ella suspiró aliviada y abrió los ojos.

—Tranquila, solo te estoy lavando.

—Me escuece.

—Lo sé, cariño. Tú estate quieta y déjame hacer a mí.

La lavó dulcemente, y cuando terminó arrojó el paño dentro del cubo. Se acostó junto a ella y la abrazó.

—¿Ha sido muy doloroso para ti? —preguntó.

—Más que doloroso ha sido maravilloso. Algo se ha roto dentro de mí y luego también algo me ha hecho precipitarme hacia el vacío. Daría cualquier cosa por volver a experimentar eso mismo ahora.

Sus palabras sinceras e inocentes le pillaron desprevenido. Pero aunque él bien que quería repetir la experiencia con ella, sabía que era demasiado pronto para que la pudiese soportar.

—Voy a darte placer de una forma en la que no te voy a dañar. Te lo prometo.

La besó en los labios dulcemente. Bajó por el costado de su mejilla y el cuello hasta llegar a sus senos, al valle que separaba a ambos globos. Pasó la lengua áspera por las aureolas de sus pezones entre suspiros y gemidos femeninos, y siguió su recorrido hasta el vientre tenso de la joven. Siguió bajando hasta su monte de venus y un poco más hasta que sus labios encontraron el punto de máxima excitación de la mujer.

Allí posó sus labios mientras trataba de contener las convulsiones de ella cuando su boca llegó al clítoris. Deslizó la lengua en su vagina y absorbió el cálido líquido que de ella emanaba.

Nunca había probado uno tan dulce, era como almíbar.

La espalda de Emma se separó del colchón y el pelo se derramó en cascada sobre el mismo. Instintivamente abrió más las piernas cuando sintió que los dedos masculinos se enterraban en ella. Un grito gutural salió de sus labios cuando él siguió atormentando su cuerpo hasta que llegó el estallido de la liberación.

—Eso es, vamos pequeña. Libérate. Déjate llevar hasta el fin. Vuela hacia mí.

Y lo hizo. El estallido de su clímax fue avasallador, y cuando una cálida

humedad se derramó en los labios del hombre, la saboreó sin ningún tipo de vergüenza. Se tendió junto a ella, con el sabor de su almíbar en los labios y con una erección avasalladora que le iba a impedir dormir.

Emma se giró hacia él y fijó su vista en esa parte de él que impúdica se erguía sobre el lecho de vello fino y oscuro que era su cuna.

—¿Estás bien? —le preguntó él con dificultad.

La tensión que sentía en su miembro era más que dolorosa.

—Sí —contestó ella con un leve murmullo—, pero creo que tú no, parece que necesitas el mismo desahogo que yo.

Adam la miró a los ojos y vio que su descaro no era fingido sino auténtico y genuino.

—Si se te ocurre algo. Yo no seré quien te lo impida, nada más lejos de mi voluntad —contestó con una sonrisa.

—¿Sabes? Esta mañana he pillado a mi hermano y a tu hermana en la biblioteca haciendo algo que se supone que nadie debería ver —dijo centrando su vista en el enorme y rígido pene de su marido.

Acercó su cuerpo al suyo, y tímidamente al principio pero con valentía, acarició el pecho de su marido y bajó por su cuerpo hasta que sus dedos se cerraron sobre el mástil erguido. Lo asió con delicadeza y lo acarició con vacilación. Lo recorrió lentamente desde su base hasta la punta purpúrea. Esta era más suave si cabía. Parecía seda, la más fina seda que jamás manos humanas pudiesen crear. Él gemía bajo sus caricias. Las nalgas se separaban del colchón ante cada leve contacto intentando una liberación. Ella rozó el terso capullo con su pulgar y unas gotas de un blanco inmaculado brotaron de él. Se incorporó y lo lamió. No era un sabor desagradable. Notó la sensación que produjo la caricia de su lengua sobre su miembro, y eso, más que otra cosa, la impulsó a continuar con las caricias de su lengua y de sus manos. Introdujo la punta de aquel pene entre sus labios y lo acarició con los dientes y con la lengua. Lentamente, muy lentamente.

—Mujer, me estás matando. Es la más dulce agonía que un hombre puede recibir —farfulló él.

Ella sonrió y acogió cuanto pudo de aquel manjar en su boca. Deslizó sus labios sobre él, su lengua, sus dientes, hasta que él ya no pudo soportar más la tortura. Sabía que iba derramarse en su boca si antes no lo evitaba pero no quería evitarlo. Sin previo aviso, se incorporó un poco, la aferró del pelo y la apartó de su miembro justo a tiempo. El semen que había intentado controlar salió disparado de su cuerpo. Instantes después la arropó entre sus brazos y

ella se fundió con él.

Tiró de las mantas y cubrió los cuerpos temblorosos de ambos mientras la acunaba a ella con el amor que le embarga el corazón.

Capítulo 16

El sol entraba a raudales por la única ventana de la casita de cazadores en la que se encontraban. Emma se desperezó y sintió una leve tirantez en la zona de su bajo vientre. Era la prueba evidente de lo que había ocurrido en ese viejo colchón. Alrededor de su cintura se apretaba el brazo de su marido. Era la seguridad misma: ese brazo era la fortaleza que la mantendría aferrada a la vida. Acarició el brazo de Adam con amor y luego bajó su mano hasta su vientre y allí la apretó. ¿Habría ya una vida aferrándose en ella?

Sonrió ante la idea. Un hijo...

Ante la primera caricia, Adam despertó, y observó sus movimientos. Deslizó un poco el brazo con que la tenía anclada a él, y colocó su fuerte mano sobre la de ella que acariciaba su vientre. La idea de haber plantado una criatura en aquel vientre le excitó, y su miembro viril reaccionó con toda su potencia. Bajó un poco más la mano y acarició el sexo de su mujer con la yema de los dedos. Dulcemente, suavemente. El gemido de placer de ella le volvía loco. Se acercó más a ella. El trasero de su esposa estaba pegado a su pubis. Con un leve movimiento podría enterrarse en ella.

Le acarició la pierna y la elevó un tanto para facilitarse la entrada y de un certero empujón se enterró profundamente en el interior cálido y aterciopelado. Ella gritó, no pudo evitarlo, pero más por la sorpresa que por la leve molestia que sintió en sus entrañas. Se movió un tanto para acomodarse sobre él pero lo único que consiguió fue que los dedos de él se enterrasen entre sus pliegues, y el miembro se hundiese más en ella.

Era la gloria. Su calidez le envolvía. Su humedad empapaba su miembro, y la apretada funda en la que estaba enterrado, se cernía a su alrededor como una soga al cuello de un ahorcado. Movié sus caderas hacia atrás y casi salió por completo de su cuerpo para luego con toda la violencia que pudo, se lanzó de nuevo al interior cálido que lo reclamaba.

Volvió a gritar cuando se enterró nueva y profundamente en su esposa. Giró sobre su costado y quedó de cara al colchón mientras él giraba con ella. La aferró por la cintura, y sin salir de su interior, le ordenó que apoyase las rodillas sobre el colchón. Emma así lo hizo. Sintió como él con su propia rodilla la hacía separar más sus muslos. Tenía el mejor trasero de cuantos había visto. Lo acarició y subió por él hasta la curva de su cintura. Le acarició la espalda, y cuando llegó a su nuca, la empujó levemente hacia el colchón de

forma que la cabeza casi tocaba la mullida superficie.

Dios, estaba totalmente fuera de control.

Lo único que quería era un sexo dulce y lento y lo que conseguía era la mejor batalla sexual de la que había disfrutado en su vida. Incrementó el ritmo. Salía totalmente de ella para luego lanzarse sin ningún tipo de pudor en su interior con fuertes embestidas. Sus dedos estaban húmedos en el sexo de su mujer. Acariciaba sin ningún tipo de pudor el clítoris de ella mientras seguía entrando y saliendo de su cuerpo con toda la pasión que jamás pensó que podría tener, y lo que más le impulsaba era que ella no protestaba.

Sus jadeos y gritos le indicaban que quería más.

Emma pensó que no podría aguantar mucho más. La estaba destrozando, pero por alguna razón que no entendía, quería más. Cerró sus puños sobre las mantas y cuando una oleada de calor líquido la inundó, gritó. La firmeza del miembro de su marido la taladraba. Alzó levemente un poco más las caderas y sintió como la llenaba.

Estalló en miles de pedazos cuando él se derramó en su interior.

Y él lo sintió. Las paredes de aquella funda se cerraron fuertemente a su alrededor y lo exprimieron en suaves oleadas que no pudo soportar. Se hundió por última vez en ese vientre que ya era suyo, y derramó en su interior el semen que no pudo retener.

Momentos después salió de ella, y cuando se apartó, Emma cayó laxa sobre el mullido colchón. La levantó entre sus brazos, y aferrándola contra su pecho, salió de la casa hacia una zona del lago que tan bien conocía. Avanzó gloriosamente desnudo con ella aferrada a su cuello. Hacía frío, pero ellos no lo notaban. El calor que aún desprendían sus cuerpos los mantenían cálidos.

Caminó con ella en brazos varios metros hasta un lugar apartado.

Allí estaba, detrás del saliente, la pequeña laguna natural de agua caliente en la que se había bañado tantas veces siendo un niño. Entró en ella con su pequeña esposa aferrada a su cuello. Estaba adormilada pero la sensación del agua cálida la despertó.

—Oh, es magnífica la vista —comentó ella mirándole arrobada.

Él la miró a los ojos y pensó que era la mujer más hermosa y más pasional que había conocido. ¡Y llegó a sus brazos virgen! La laguna no era muy profunda, a Emma le llegaba el agua hasta sus gloriosos pechos, y a él poco más arriba de la cintura. Sin ningún pudor le echó los brazos al cuello y acercó su cuerpo para besarlo. Él enterró las manos en su pelo enmarañado, y lo aferró con ansias mientras sus labios devoraban los de ella. Era imposible.

No habían pasado ni cinco minutos y su virilidad ya despertaba por ella, para ella. La atrajo fuertemente contra su cuerpo y los senos de ella se enterraron contra el muro que era su pecho. El vello rizado de él le hacía cosquillas en su torso, y, henchidos ya sus pezones, reaccionaron volviéndose duros e inhiestos mientras la conocida humedad resbalaba por sus muslos. Acarició el costado de Adam y bajó la mano hasta encontrar la parte que el cuerpo masculino ansiaba. El agua era una extraña superficie para hacer el amor pero tenía la ventaja que allí se sentía flotar. Abrió las piernas, y con un leve impulso, consiguió elevarse hasta aferrarse con sus piernas a la cintura de su marido. Tanteó un poco y al fin consiguió lo que se proponía, deslizar aquel miembro en su cuerpo. Lo hizo lentamente mientras no dejaba de mirar a su esposo a los ojos.

La besó en el cuello mientras que con la fuerza de sus brazos la sostenía sobre el agua echándola de espaldas sobre la líquida superficie. Sus cabellos se hundían en el agua y gracias a la curvatura de su espalda, los pechos de ella quedaron a su alcance. No lo dudó ni un segundo, recorrió con sus labios el cuello y la garganta de ella hasta llegar a una de aquellas enormes bellezas. Sus labios se cerraron sobre una dura cima y su lengua jugueteó con ella mientras su miembro la acariciaba en su interior. Y así, dulcemente, sus cuerpos vibraron el uno contra el otro hasta alcanzar la más alta cima de placer.

Todos los estaban buscando, desde el más pequeño de los arrendatarios hasta el mismo padre y hermanos de ambos. Encontraron el carruaje en el fondo de la ladera y temieron lo peor. Stephen bajó a saltos por la ladera y miró en el interior del coche.

—No están aquí —gritó.

La lluvia había borrado casi todas las huellas. Lord Mayer bajó despacio y apoyó su mano sobre el hombro de su yerno.

—Stephen, ya sé donde pueden estar —comentó—. En la cabaña de cazadores. Mi hijo solía ir allí cuando era más joven, le encantaba la laguna natural de agua cálida que hay tras el risco. Vamos.

Y dirigiéndose hacia la partida de búsqueda, les dijo que se retiraran, que continuarían solos, que ya sabía donde podían estar.

Los hombres así lo hicieron y el duque y Stephen continuaron el camino solos y a pie.

—No te preocupes, están bien. Lo sé.

Continuaron el camino sin prisas pero sin pausas. Pero al llegar a la cabaña la encontraron desierta. Entraron y vieron el colchón en el suelo y las ropas de ambos desperdigadas por la habitación. Al menos estaban cerca.

—Alguno debe estar herido —señaló el cubo con agua ensangrentada que había junto al hogar que estaba apagado.

Revisaron las ropas de ambos pero no encontraron señales de sangre.

—No debe ser nada importante cuando no hay sangre en sus ropas —comentó el padre de Adam.

Stephen miró hacia el colchón y vio manchas oscuras sobre las mantas. Sonrió mientras sus mejillas adquirirían un leve tono rojizo.

Adam encerró a su mujer entre sus brazos cuando salieron del agua. Hacía frío, no quedaba ninguna duda.

—Debemos volver a la cabaña si no queremos enfriarnos todavía más y pescar una pulmonía —comentó Adam al tiempo que la alzaba en sus brazos.

—Creo que sería lo adecuado —respondió ella entre risas—. Jamás en mi vida me había sentido tan satisfecha.

Se aferró a su cuello y recostó su cabeza sobre el hombro de él. Adam inició la marcha hacia la cabaña cómplices.

—No sabía que tenía una mujer tan pasional. De haberlo sabido...

Ella alzó la cabeza de su hombro y le miró a los ojos.

—De haberlo sabido... —lo animó a que continuara.

—No hubiese tardado tanto en poseerte. Ganas tenía, pero no sabía que estuvieses tan dispuesta.

Ella se sonrojó pero no pudo evitar replicarle.

—Estaba dispuesta una semana después de casarnos, salvo que tú me ignorabas. Cada vez que dormía en tus brazos, quería despertarte para que me iniciaras en este viaje tan apasionado.

—Créeme, querida, de haberlo sabido te habría iniciado mucho antes.

Ambos estallaron en carcajadas cuando solo un par de pasos le separaban de la puerta de la cabaña.

Stephen fue el primero en reaccionar cuando oyó las risas. Arrancó la manta de la cama improvisada y dio un paso hacia la puerta. Pero se quedó congelado ante la imagen que presentaban ambos: parecían un dios pagano y una criatura de los bosques. Y ambos estaban totalmente desnudos.

—Tenemos compañía, cariño —señaló Adam a su esposa.

La sonrisa fue reemplazada por un grito de horror de la joven.

—Madre de Dios, estamos desnudos —chilló ella.

Stephen lanzó la manta sobre su hermana y consiguió tajarla de pies a cabeza. Una protesta amortiguada salió de debajo de la manta. Adam aferró la gruesa tela con una mano mientras depositaba el cuerpo de ella gentilmente sobre sus propios pies. La envolvió en sus brazos y consiguió cubrir la desnudez de ambos con la manta que su cuñado había tirado sobre sus cabezas.

—Creía que nadie se había dado cuenta de nuestra desaparición —comentó con una sonrisa.

—Os buscamos desde anoche, hijo —comentó su padre.

Adam lo miró a los ojos. El hombre estaba realmente sofocado.

—Por favor padre, es mi esposa. Ni que nos hubieseis pillado en falta.

—Ni un padre ni un hermano —dijo señalando a su yerno—, deberían de presenciar una escena así. Estoy abochornado.

Emma enterró la cabeza en el pecho de Adam. Estaba sonrojada desde la raíz de sus rubios cabellos hasta sus pechos.

—Bueno no es para tanto —increpó Adam—, estábamos disfrutando el uno del otro.

—Adam, por favor, no des más explicaciones.

El susurro ahogado procedía de debajo de la manta.

—Bueno —comenzó Stephen—, será mejor que les dejemos intimidad para que se vistan.

Y sin una palabra más ambos hombres salieron atropelladamente de la cabaña dejando solos al matrimonio para que se vistieran.

—Ya se han ido —confirmó Adam.

—No voy a poder volver a mirar a la cara a ninguno de los dos. Qué vergüenza, por Dios, qué vergüenza.

Se separaron y se vistieron a toda prisa y en silencio. Cuando se volvieron a mirar a los ojos, la situación les pareció tan cómica, que estallaron en carcajadas.

Volvieron a la casa en silencio. Emma pegada a la ventanilla del carruaje, con el rostro sonrojado, y en gran medida avergonzada aunque por otro lado feliz y satisfecha.

No estaba arrepentida en absoluto, pero cuando llegaron a la casa, la noticia que les aguardaba hizo estallar la burbuja de felicidad que los había despertado esa mañana. Había órdenes, órdenes que Adam no podía ignorar. Tenía que salir en breve para reunirse con su compañía. Estaban en alerta.

Emma subió con él las escaleras.

—No es justo. Acabamos de encontrarnos como marido y mujer. No es justo —se lamentó.

—Escúchame bien, volveré. Te lo juro.

Se llevó la mano al pecho y allí aferró la cruz que ella le regaló.

—Sobre esta cruz te juro que volveré a ti.

En poco tiempo tuvo dispuesta la ropa militar, y cuando se disponía a salir por la puerta, se volvió hacia ella, la estrechó en sus brazos y la besó apasionadamente.

—Volveré.

—Más te vale...

Capítulo 17

14 de Marzo de 1893

Sentía deseos de morir. Se levantó de la cama dando tumbos y con el tiempo suficiente de hundir la cabeza dentro del inodoro. Sentía que sus entrañas querían salir de su cuerpo a través de la boca. Las arcadas la mareaban, y no podía evitar aferrarse a la taza del inodoro para no caerse dentro. Se arrodilló en el suelo y apoyó el trasero en los talones. Una nueva oleada de náuseas la invadió. Se apretó el estómago pero las arcadas no cesaban.

Dios, se moría.

Se arrastró a la cama y se tendió de costado. Pasarían, como pasaron ayer, pasarían, trató de tranquilizarse. Respiró con calma una y otra vez hasta que se aplacaron y se quedó medio dormida por el esfuerzo. Un grito de júbilo la sobresaltó. Provenía de abajo. Se vistió lo más rápido que pudo.

¡Adam, había vuelto!

Su corazón saltó dentro de su pecho y voló escaleras abajo, pero al llegar a mitad de las escaleras comprobó que no era Adam. Era un hombre muy parecido a su esposo, pero no él. Entraba por la puerta con una hermosa morena cogida a su brazo. Con paso torpe y lento, Victoria salió a la entrada y cuando vio a los recién llegados gritó y se arrojó en brazos del hombre que tanto se parecía a su esposo.

—Te he echado de menos Frank —dijo entre jadeos.

—Yo también a ti, cariño.

La alzó en sus brazos y la hizo girar con él. El hombre frunció el ceño ante el dolor que se instaló en la base de su columna antes de depositar a su hermana en el suelo.

—Caramba, cariño, estás tan pesada como una vaca.

La sujetó por los brazos y la retiró a una distancia suficiente para contemplarla. La expresión desconcertada de su rostro fue lo más gracioso que Victoria había visto.

—¿Quién demonios ha sido el canalla que te ha preñado?

Sus palabras murieron cuando una voz atronadora rugió entre los gritos de júbilo.

—Haz el favor de quitarle las manos de encima a mi mujer miserable hijo

de...

—Stephen, ¡no!

Emma corrió hacia su hermano y consiguió agarrarlo del brazo antes de que cometiera una tontería.

—Si no le quitas las manos de encima a mi mujer antes de que cuente tres, eres hombre muerto.

—No seas estúpido, Stephen, es Frank nuestro cuñado. Ahora cálmate y deja de decir estupideces. Es de la familia.

—Pero Adam no está aquí, no es...

Cuando Stephen comprendió se calló de repente.

—¡Hombres! —comentó Emma—. Jamás se enterarán que una mujer puede tener más de un hermano.

Y en ese momento estallaron todos en carcajadas, pero las risas se vieron interrumpidas por la llegada de un correo urgente para la familia.

Frank firmó el recibo y miró la carta. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Rasgó el sobre y leyó. ¡No podía ser! Todo se silenció de repente. Frank se quedó helado y la nota cayó al suelo de su laxa mano. Emma se inclinó sobre el piso. Recogió la misiva, y, tan pronto la leyó, una negrura espesa la rodeó.

Cayó en redondo sobre la pulida superficie del suelo.

Los gritos comenzaron a atraer a todo el personal de servicio. Stephen se inclinó sobre su hermana y le quitó de entre sus manos la carta que aferraba.

A Sus Excelencias duque y duquesa de Herby:

Siento comunicarles que su hijo y heredero, don Adam Mayer, ha fallecido en acto de servicio a causa de una explosión. Los restos de su cuerpo no han podido ser recuperados. Pronto recibirá más información al respecto.

Afectuosamente, capitán Samuel Ford.

Stephen miró a su cuñado y a su mujer que lloraba aferrada a él. Todo era una locura. Tenía que ser un error. Volvió a leer la carta y comprendió que no lo era. El marido de su hermana estaba muerto. Una explosión. Sabía muy bien qué hacía con el cuerpo de un hombre una explosión.

—Ya está hecho, está muerto. Por fin he conseguido deshacerme de ese estúpido. Lady Anna leyó nuevamente la carta que acababa de recibir. Sonreía alegremente a su amante cuando le tendió la carta que acababa de leer. El

hombre estiró el brazo para recogerla de aquellas manos que para nada eran amorosas, y leyó sin un asomo de arrepentimiento aquel papel. Rezaba en su interior por su amigo y por su enviado.

Estimada marquesa:

Me complace comunicarle que el trabajo que usía me encomendó ha sido llevado a término con satisfacción. El caballero fue alcanzado por una terrible explosión en el cuartel cuando se disponía a inventariar los explosivos. No quedó nada de él, solo un crucifijo que un superior logró rescatar de entre los escombros.

Su servidor, por siempre.

No había firma. Pero no había que ser muy listo para reconocer la caligrafía del que enviaba la carta. Sonrió, ahora sí. Su plan había dado resultado.

—Me marchó. Ya no tengo nada que hacer aquí. Mi marido está muerto, y yo me vuelvo a mi casa.

Las lágrimas surcaban el rostro de la joven mientras preparaba los baúles. El dolor instalado en su pecho era insoportable, pero no podía evitarlo. Su alma estaba vacía. El hombre al que amaba había muerto, y ella no tenía ya nada que la atara a esa tierra. Tenía que volver a casa.

Victoria trataba de razonar con ella cuando una fuerte punzada le atravesó los riñones. Estaba de parto desde hacía unas horas pero lo había mantenido en silencio. No era el momento. Su hermano había muerto, su viuda pretendía marcharse, y no era ninguna buena idea que ella empezara a preocupar a la familia con el inminente parto. Una nueva contracción la asaltó y esta vez fue más rápida y dolorosa. Jadeó, se llevó una mano al vientre, y calló de rodillas aferrándose a Emma.

La consideraba su hermana.

La cuñada la miró al rostro y supo enseguida lo que ocurría.

—¡Ayuda! —gritó Emma.

Al momento, la habitación se llenó de personas ante el grito desgarrado de la joven. Stephen se inclinó sobre su esposa y la izó en brazos.

—Creo que estoy de parto —jadeó Victoria.

—¿Solo lo crees? —murmuró él.

La casa se sumió en un caos, pero Emma tenía una determinación: escabulló de la casa con una bolsa de viaje. A los llantos amortiguados por la

muerte del primogénito de la familia, se añadían los gritos de Victoria por el inminente parto, y las carreras de los criados para preparar el nacimiento del bebé. Esperaba que todo fuese bien para la parturienta, que su hermano fuese feliz con el nacimiento de su hijo o hija, y que todos acallaran su dolor por la muerte de su esposo.

Ella no podía.

Dolía.

No iba a volver a verle.

Aquella noche y aquella mañana que pasaron en la cabaña de cazadores había sido la única vez que estuvieron juntos como marido y mujer, y le tendría que servir para el resto de sus días. No habría nadie más para ella. Ni ahora ni nunca. Montó el primer caballo que consiguió. Nadie la echaría de menos durante buen tiempo, y ella lo tenía que aprovechar para alejarse de todos... para regresar a casa.

Aseguró la bolsa de viaje con las pocas ropas imprescindibles que había reunido en tan poco tiempo y fue hacia los muelles. Esperaba que el dinero que llevaba fuese más que suficiente para cualquier contratiempo. Confiaba que su querido hermano le perdonara el robo del que le había hecho objeto. No tuvo problemas en conseguir pasaje en un barco para los Estados Unidos que zarpaba esa misma tarde. Que el barco fuese con destino a Charleston en vez de a Boston no le importó. Necesitaba alejarse de Inglaterra y acercarse a casa. Ya conseguiría un billete en otro barco allá con destino a Boston.

Emma logró enviar dos telegramas antes de subir por la pasarela del buque: uno a su hermano, y otro a su padre.

Un grumete muy joven la acompañó a su camarote y le indicó el horario de comidas. Zarparon cuatro horas después sin que por el puerto hubiese llegado la noticia de su fuga ni de su búsqueda. Le debía una muy grande a su cuñada por ponerse de parto en ese momento.

Nadie la echaría de menos.

Capítulo 18

Boston 30 de Abril de 1893

—Hemos dado con ella, señor. Llega en el barco procedente de Charleston esta tarde.

—Gracias a Dios —dijo un impaciente Jason al oficial que le traía la noticia del paradero de su hija—. Salgo para el puerto inmediatamente.

El frío se hacía sentir. La humedad de la helada tarde calaba hasta los huesos de la frágil joven que se aferraba a los pliegues de su negra capa en un intento por mantener el poco calor que le daba. Emma estaba debilitada por la escasa comida ingerida, por sus continuas náuseas, y por la fiebre que la había atacado en los dos últimos días. Pero el embarazo seguía su curso y su vientre se abultaba más cada día que pasaba, dándole señales inconfundibles de que la vida que su marido había creado aquel día al otro lado del mar, se aferraba a su cuerpo porque ansiaba seguir viviendo.

Un repentino mareo la atacó, y asíó con más fuerza la barandilla del barco que la traía de regreso al hogar que abandonara poco más de un año antes.

Las voces de la gente le taladraban el cerebro.

El gentío que se acumulaba en el puerto era un mar de caras desconocidas, pero entre todas ellas pudo reconocer una.

—¿Padre? —susurró como en una ensoñación, y sin poder dar crédito a sus ojos—. Ignoraba que su padre acudiría a recogerla al puerto.

Haciendo un esfuerzo por retornar a la conciencia, Emma abrió los ojos y lo vio, allí parado, alto y elegante, al final de la pasarela del barco. Su padre la esperaba, la había esperado allí para recoger a su única hija. Con un esfuerzo sobrehumano, Emma comenzó a bajar por la bamboleante pasarela, un paso más y podía caer en los brazos amados, pero no lo logró. Al intentar ese último paso, su debilitado cuerpo no respondió. Una densa bruma negra la envolvió y se la tragó. Oía los gritos de las personas que se amontonaban a su alrededor, y sintió como los fuertes brazos de alguien la elevaban del duro suelo. Se refugió en ellos y contra el amplio pecho del hombre, y por un momento, creyó percibir el inconfundible olor de su padre, ese olor a tabaco que por tanto tiempo había extrañado. Lágrimas de alivio acudieron a sus ojos

antes de volver a perder la conciencia.

Por entre las nieblas de la conciencia le llegaron rumores de voces.

—Elizabeth, Elizabeth—bramó Jason llamando a su esposa.

El susurro de faldas femeninas se oía cada vez más cerca, pero no fue la esposa la que acudió sino la nuera.

—Gracias, gracias a Dios —murmuró queda la inconfundible voz de Helen—. ¡Andrew! Ya está aquí. La niña ya ha llegado.

Un grito de horror salió de los labios de la joven que había llegado al vestíbulo cuando vio a su suegro y el bulto de trapos negros que traía en brazos.

—Dios mío —exclamó acercándose a su suegro y retirando la capucha del rostro de su cuñada—. Es imposible que esta sea Emma. Está muy delgada.

—Delgada o no pesa más de lo que creía posible, y arde de fiebre. Prepara la cama donde podamos recostarla y atenderla.

—Sí, por supuesto —contestó la joven mientras corría escaleras arriba seguida por su suegro.

Helen destapó la cama de la habitación de su cuñada y Jason depositó con cuidado a su hija sobre el mullido colchón.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Helen.

—Se desmayó en el puerto antes que pudiese terminar de bajar de ese barco—. ¿Dónde está mi esposa? —preguntó Jason a su nuera.

—Ha ido a recoger a Jake a casa de mis padres —dijo Helen refiriéndose a su hijo de cuatro años—. Esperaba estar aquí cuando Emma llegara. Se habrá entretenido por... ¡Santo cielo!

La exclamación de Helen cuando retiró la capa negra y empapada del cuerpo de su cuñada hizo que Jason se volviese. Helen estaba paralizada delante de la figura que había revelado al quitar la protección del suave tejido de lana.

—¡Está embarazada!

—¿Qué has dicho, hija?

—Que está embarazada. Ha hecho sola este viaje...

—Mataré a mi hijo. En cuanto tenga delante a Stephen lo mato con mis propias manos. Dejar que su hermana atravesara el Atlántico en estas condiciones... yo lo mato.

La airada voz de Jason reverberó en el tenso silencio de la habitación.

—No creo que lo supiese —intentó tranquilizarle Helen—. Stephen no

es tan irresponsable como para dejar a una mujer viuda y embarazada coger un barco. La hubiese vigilado por muy de parto que estuviese su mujer.

—Quítale esas ropas mojadas. Ordenaré que traigan agua caliente para que la laves. Que use uno de tus camisones. Su equipaje quedó en el puerto. Estaba hirviendo de fiebre. Haz algo para bajársela —ordenó con firmeza.

—Confío que pueda bajársela, pero en su estado... debemos llamar al doctor Medel.

—En cuanto baje enviaré a Andrew a por él. Espero que para cuando baje ese estúpido marido tuyo haya reaccionado.

—Este estúpido marido, padre, reaccionó hace minutos y lleva años esperando órdenes —murmuró una voz desde el umbral de la puerta—. ¿De veras está embarazada?

—Sí, pero no hay tiempo que perder. Ve en busca de Medel —dijo Helen refiriéndose al doctor.

—Esperemos encontrar a ese hermano tuyo en casa y no haciendo visitas. Podría tardar horas en dar con él.

Un sonido ahogado salió de la garganta de la joven.

—¿Lo sabes?, pero ¿cuándo, cómo... quién?

—Después, querida, ahora mi hermana es más importante. Te aseguro que hablaremos después.

Andrew se despidió de su esposa con un cálido beso en los labios y fue en busca de su cuñado. La joven a penas tuvo tiempo de darse la vuelta para escuchar la voz de su cuñada que yacía medio inconsciente en la cama.

—No está muerto. No puede estarlo. Ni siquiera sabía que yo iba a darle un hijo. No puede haber muerto.

Emma se convulsionaba y temblaba sobre el lecho. Deliraba. Si Patrick no llegaba a tiempo la perderían. Y no era justo que una joven como ella dejase la vida cuando estaba cerca de traer otra al mundo.

24 de Septiembre de 1893

Los dolores iban y venían. En los casi cinco meses que llevaba con su familia no había terminado de recuperarse, casi siempre estaba en cama. Cuando no por una causa por otra. Ahora era por el inminente parto. Desde que llegó a casa, el doctor Medel no se había separado de su lecho ni un día. Primero fueron las fiebres de las que salió a duras penas, luego el riesgo de aborto que la obligó a estar en cama los meses que llevaba en casa. No había salido ni siquiera a dar cortos paseos por la terraza. De haberlo hecho,

hubiese corrido el riesgo de perder a su bebé, y eso era algo en lo que no quería pensar.

Un nuevo y lacerante dolor la recorrió desde un riñón al otro. La espalda parecía que se partía en dos mientras se aferraba a los barrotes de la cama. El doctor Medel controlaba cada momento la posición de la parturienta y la dilatación. El bebé estaba por nacer pero tardaba condenadamente.

—Voy a tener que hacer una incisión en el abdomen si queremos salvarle la vida a los dos, eso o esperar una nueva contracción para que yo pueda darle la vuelta al niño. No es normal que un parto dure tanto con esa dilatación.

La joven pensaba que se moría. De pronto, un dolor más fuerte que ningún otro, la hizo levantar el cuerpo de la cama y entre dolores asomó la cabeza de su hijo, otro dolor hizo que el bebé casi saliese expulsado de su cuerpo.

El doctor Medel se quedó paralizado. Imposible, pero el bebé estaba allí. Entre las piernas de su madre y manchado de sangre. Lo cogió en sus brazos y lo envolvió en una toquilla después de cortar el cordón umbilical.

—Es un niño. Emma, has tenido un hijo.

Le estaba pasando el bebé a su hermana cuando un grito le hizo volverse hacia la cama.

—Dios, esto no parará nunca... —se quejó la joven ante otra contracción. El doctor se acercó a la madre, palpó el vientre y sonrió.

—Viene otro.

Y ante la sorpresa de todos los presentes dio a luz a otro bebé barón. Las lágrimas de Emma eran una mezcla de felicidad y pena. Él no estaba allí para compartir la alegría por el nacimiento de sus hijos.

—Michael y Adam —susurró antes de que la espesa neblina del agotamiento se cerniera sobre ella.

Emma cayó en una inconsciencia afortunada. Su marido estaría muy feliz, allá donde estuviese...

Segunda Parte

Capítulo 19

Septiembre de 1897

La casa empezaba a caérsele encima, ya no aguantaba más el confinamiento. Si la situación no cambiaba pronto, iba a salir como fuese de allí. Aunque le fuese arrebatada la vida, que tampoco era vida lo que estaba viviendo, al menos, no la suya. Apenas si podía recordar quien era, pero sí que su mujer le acosaba en sueños, ansiaba su regreso. Lo podía sentir en el fondo de su corazón. Su alma anhelaba más que nada en el mundo estrechar entre sus brazos a su apasionada esposa.

Cinco años... cinco años había desperdiciado de su vida.

Años en los que no la había visto porque no se atrevía a buscarla. La amenaza de quien quería asesinarle estaba aún presente.

Dios, dolía.

La cabeza iba a estallarle nuevamente. Se recostó sobre el camastro. Los continuos dolores que sufría consecuencia de la explosión sufrida años atrás, aún causaba estragos en su persona, pero no podía continuar así ni un día más. Desde que supo quien era y qué era, los días se le hacían insoportables.

La imagen de una fantástica rubia con ojos de zafiro y totalmente desnuda entre sus brazos le hacía imposible dormir por las noches. La echaba de menos. Nunca creyó posible necesitar así a alguien, no de la manera en que la necesitaba a ella. Era un dolor lacerante instalado en el centro del pecho que a veces le provocaba falta de respiración. Jamás imaginó que los síntomas de amor fuesen tan viscerales.

El ruido de la puerta al abrirse le hizo ponerse alerta.

—Sobrino —sonó una voz enérgica—, murió, esa hija de puta está muerta y enterrada.

Adam saltó como un resorte del camastro donde estaba tumbado cuando dos hombres entraron en la estancia dando gritos de júbilo.

—Hola primo —dijo el más joven acercándose a él—. Me alegro ser yo el portador de la buena nueva.

Y sin decir ni una palabra de más. Ambos jóvenes se fundieron en un estrecho abrazo.

—No puedo creerlo —murmuró Adam—. ¿Lady Anna está muerta?

—Y enterrada —contestó el otro joven.

—Es una magnífica noticia, ¿no crees, sobrino? —dijo el ya casi anciano caballero—. La espera ha merecido la pena. Ahora eres libre de recuperar a tu esposa. Sabemos que se encuentra en su país de nacimiento con sus padres, y que se trasladaron a una ciudad llamada Nueva Orleans. Va a ser lento dar con ella, pero no difícil.

—¿Está...? —ni siquiera se atrevió a poner en palabras sus pensamientos.

No se atrevía a imaginar que Emma estuviese esperándolo, eso sería maravilloso, pero no se engañaba. Ella debía de estar casada con otro, sería madre de los hijos de otro. Esas cuestiones lo agobiaban de día y de noche. Emma era una mujer muy apasionada, tanto que él ni siquiera había podido encontrar consuelo en brazos de otra durante los cinco años de esa ausencia obligada. Lo había intentado, ya creo que lo había intentado, pero no había podido. Igual de fácil que su miembro cobraba vida cada noche cuando pensaba en ella, se quedaba flácido y sin vigor cuando abrazaba o intentaba hacer el amor con otra. Emma lo había convertido en un eunuco. Aunque no sabía de qué se extrañaba. En un período de su matrimonio en el que ella le había negado sus derechos conyugales, había pasado lo mismo.

Ninguno de los dos hombres dijo nada, aunque ambos sabían perfectamente qué había pasado con la esposa de su sobrino durante ese tiempo. No en vano, la hermana de Adam estaba casada con el hermano de la joven y eran parientes sanguíneos de ella. Sabían cuál grande iba a ser la sorpresa de esos dos cuando volvieran a reunirse. Y ninguno pensaba perderse el reencuentro.

Las chispas iban a volar en varias millas a la redonda.

—Esa pregunta será mejor que te la conteste ella.

La respuesta fue de su tío.

—Por cierto, primo —comentó como quien no quiere la cosa el otro hombre—. Me debes la vida, y esa deuda la pienso cobrar bien cara.

Adam mostró una mirada de entendimiento. Su primo había sido el amante de esa víbora durante demasiado tiempo. Y le había salvado el pellejo a él y a su esposa.

Adam miró a su primo a los ojos, y le sonrió.

—Sí, te debo mi vida y la de mi esposa. Cuando recibí aquella carta informándome que debía regresar al ejército, intuí lo que sucedía, mucho antes de que me avisaras. Pero gracias a Dios que esa zorra esa jamás supo el parentesco nos unía, porque de haberlo sabido tú también estarías muerto.

—Esa gracia se la debemos a mi padre —dijo con cierto deje de

amargura el joven, señalando al otro hombre que tenía a pocos pasos—. Él jamás me reconoció, y sigo siendo un bastardo.

Adam se apenó por su primo. La ayuda que había prestado a la familia durante más de una década no podía pagarse con nada. Había engordado y casi se había alcoholizado para mantener su tapadera. Solo en los últimos meses, cuando la marquesa viuda comenzaba a deteriorarse, él había comenzado a salir de su disfraz. Adquiriendo su personalidad afable que siempre había ocultado y con ella su buen físico. Ahora, cerca de los treinta y seis años, podía hacer con su vida lo que quisiese.

—Bueno —masculló el anciano—, eso no es cierto. La verdad es que tanto yo como mi esposa hace años que te adoptamos legalmente. Ella casi me lo suplicó cuando se enteró del bien que le estabas haciendo a la familia. Dijo que se sentía tan orgullosa de ti como si fueses el hijo que nunca tuvimos. La verdad sea dicha —farfulló el hombre maduro—, ella pensaba que lo que estabas haciendo era una especie de venganza. Que te habías vuelto contra tu propia familia. Cuando se dio cuenta de lo equivocada que estaba... fue ella misma quien solicitó la adopción, y me hizo cambiar el testamento para reconocerte como mi sucesor legal.

Las palabras del hombre sorprendieron tanto a Adam como a Jamie, que no pudo evitar emocionarse como un niño con un juguete nuevo.

—Vamos, vamos —murmuró el noble—, no es para tanto. Eres mi hijo, no hago sino darte ahora lo que debí darte hace muchos años.

Y sin poder evitarlo, ambos se fundieron en un fuerte abrazo ante la sonrisa del tercero que no perdía detalle de todo. Cuando el momento más emotivo concluyó, ambos se giraron hacia Adam y le preguntaron casi al unísono qué pensaba hacer.

—Quiero recuperar a mi esposa. Y lo primero que voy a hacer es ir a su lado. Una vez que la tenga de nuevo en mis brazos, volveré a casa, y espero ser bien recibido en casa por mis padres. Pero quiero ir a su lado antes de que le llegue la noticia de que estoy vivo. La primera persona en enterarse de mi vuelta a la vida debe de ser ella.

Ninguno de los presentes recriminaron su decisión. Todos sabían lo que esa mujer significaba para su sobrino. Y ningún otro suceso del destino los iba a volver a separar.

New Orleans, Septiembre de 1897

La brisa de finales de la primavera corría cálida por entre los rosales que

cercaban la verja. El aroma de las rosas flotaban hasta Emma con la dulzura de una alondra. Era el aroma también de la melancolía, de una vida que ya no era. Recostada sobre el balancín, veía jugar a sus hijos con el juguete de madera que su hermano Andrew les acababa de obsequiar.

Los dos niños estaban sentados uno frente al otro a una distancia poco menor de dos yardas, y se tiraban pequeñas piedras uno al otro haciéndolas rodar por la hierba, pero ni las risas de los dos pequeños llegaba al corazón frío y vacío de la joven. Los amaba, sí, eran sus hijos, el fruto del amor más grande que había tenido hacia persona alguna, pero le faltaba lo imprescindible: el padre. Adam siempre tendría una parte importante de su corazón. Emma era la mejor madre, la más considerada y cariñosa, pero en ocasiones parecía una flor a punto de marchitarse. Vivía por sus hijos, si no fuera por ellos... no quería ni pensarlo.

El único ancla que la mantenían clavada en la tierra, eran esas dos preciosas criaturas, sangre de su sangre y semilla germinada de su difunto esposo. De no ser por ellos, ella se habría quitado la vida.

La vida social que tiempo atrás había despertado su curiosidad, ahora no le interesaba en absoluto. Lo que sí preocupaba y bastante a su familia era la apatía que mostraba hacia todo lo que no fueran sus hijos. La falta de interés en todo, les preocupaba seriamente. Emma se pasaba los días hablándoles a los pequeños sobre su padre. Unas veces con todo el amor que su corazón le guardaba, otras con la misma pena que la embarga de día y de noche, y era precisamente por las noches cuando echaba de menos su calor. Ese calor que le transmitían sus brazos los primeros meses de casados, cuando todavía él era capaz de dormir con ella, antes de que la irrefrenable pasión que sentía, y que no era correspondida, los separara en lechos distintos. Echaba de menos las caricias que habían compartido en aquella apartada cabaña de cazadores, el ardor con el que habían hecho el amor. Ese ardor estaba tan presente en las solitarias noches que casi le resultaba insoportable. Vivía por su recuerdo, y todavía soñaba que él regresaba y le hacía el amor de la misma forma apasionada que aquella noche, y aquella mañana en la que ambos crearon esas vidas que seguían jugando a su lado en la hierba.

Uno era la viva imagen de él: pelo negro como ala de cuervo, ojos negros como noche cerrada, y la misma mandíbula cuadrada. Hasta la forma de girar la cabeza y mirarla a los ojos, era igual que la de su marido. El otro,, sin embargo, era rubio como su familia, salvo el color de los ojos que eran grises, como las tormentas de verano. El niño tenía un genio vivo. Cerraba los puños

a los costados y ponía la misma expresión en su infantil carita. ¿Cómo no quererlos? ¿Cómo no adorarlos? Eran sus hijos. Unos hijos que por el estúpido ejército, por un estúpido suceso imprevisto, jamás conocerían a su padre.

Lo más duro fue pedirle a su hermano que no desvelara a sus suegros que había sido madre. El duque de Herby ignoraba que era abuelo, que ella cuidaba al heredero del ducado hasta que fuese más mayor. Emma no resistiría que los separaran de su lado. No resistiría regresar a Inglaterra. Y por eso había suplicado, llorado, y solicitado, que mantuvieran su embarazo oculto, pero solo durante un tiempo, el que ella necesitaba para seguir adelante. Aferró en sus puños la carta recibida, y se enjugó el llanto en el negro vestido de viuda. Su familia le había recriminado que no se deshiciera del luto. La habían instado a buscar un marido, un nuevo padre para esas dos criaturas, que no tenía derecho a negarles la protección y ejemplo de un hombre.

Pero ella tenía el mejor ejemplo, su padre, y se aferró a ello con todas sus fuerzas.

«No tengo derecho a imponerles a un hombre que no es su padre, ni yo a intentar ser feliz cuando mi corazón está muerto», —se dijo así misma.

Emma era consciente de que jamás podría hacer feliz a otro hombre, ni otro hombre podría hacerla feliz a ella. No, después de haber alcanzado el paraíso y de haberlo perdido. Se enjugó las lágrimas con el puño de su vestido negro y se levantó. Se disponía a volver al interior de la casa cuando una voz airada llegó a sus oídos.

—Dios, otra vez, no. No tengo ganas ni fuerzas para lidiar con él otra vez.

Demasiadas veces Patrick Medel, el hermano de su cuñada, la había acorralado para que aceptara sus proposiciones. Y nunca se daba por vencido. Haciendo de tripas corazón entró en la biblioteca por la puerta del jardín y allí estaba. Sentado cómodamente en el sillón favorito de su padre.

—Buenas tardes, Patrick —murmuró con fría cortesía.

El hombre la observó fijamente.

—Buenas tardes y un cuerno —respondió él.

Era un hombre rubio de ojos color miel. Era bien parecido, pero no le gustaban las negativas. Estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de salirse siempre con la suya. Aunque eso supusiese llevarse por delante a cualquiera. Emma no estaba dispuesta a dejarse avasallar y menos por él.

—Las dos semanas que te di para que pensaras en mi protesta han

expirado —dijo—. Quiero una respuesta, y la quiero en los próximos veinte segundos.

—No tenía nada que pensar hace dos semanas y tampoco ahora, la respuesta es NO.

La voz le salió firme. Sin asomo de dudas. Como siempre que rechazaba una propuesta de matrimonio o de cualquier otra índole.

—Eres una insensata, y lo peor de todo es que lo sabes. Estás esperando la vuelta de alguien que no va a regresar. Alguien por el que te estás enterrando en vida —replicó airado—. Maldito sea. Cuando murió te mató a ti también, pero yo estoy dispuesto a volverte a la vida.

Y sin pensar siquiera en lo que hacía se abalanzó sobre ella. La agarró fuerte por la cintura e intentó besarla. El rodillazo que ella le propinó en la entrepierna frenó sus intenciones.

—Vuelve a tocarme, y eres hombre muerto por muy hermanísimo que seas de mi cuñada, ¿te lo he dejado claro?

El hombre la miró a los ojos. Estaba seguro que era capaz de cumplir sus amenazas. No merecía la pena seguir luchando por una mujer que deseaba enterrarse en vida.

—Espero que ese marido muerto al que tanto respeto le profesas te caliente la cama cada noche.

Y salió de la biblioteca riéndose de su propio gracia.

«Ojalá, ojalá pudiese ser tal como dices», se dijo tratando de consolarse pero sin lograrlo.

Capítulo 20

21 de Octubre de 1897

La lluvia arreciaba en el puerto. Los tres hombres se apresuraban hacia el barco en medio de la desatada tormenta. Ya era mala suerte que hubiesen tenido que retrasar la salida de Inglaterra hacia Norteamérica durante casi un mes, como para que ahora perdiesen el barco.

—Podríamos haber salido en el anterior barco —dijo Jamie.

—¿Y correr el riesgo de que tanto mi hermana como mi cuñado nos descubriese a bordo? —graznó Adam—. De eso nada. Cuando me encuentre con mi mujer quiero que sea una sorpresa.

—Y tanto que va a serlo —murmuró el tío para sí mismo.

Abordaron el barco refugiándose en sus capas. Avanzaron por la cubierta sin saludar a nadie. De todos modos nadie les haría caso pues se encontraban enfrascados en sus tareas de mantener el barco en orden. El resto de pasajeros seguramente estaban en sus camarotes refugiándose del temporal.

—Por Dios, hace un tiempo terrible.

Les habían asignados camarotes continuos. Los dos primos se instalaron en uno, el tío en el otro. Ambos hombres entraron en el suyo sacudiéndose las gotas de lluvia de sus capas de grueso paño negro. Estaban helados y para combatir el frío dieron un buen trago de la petaca que Jamie que, tan previsor como siempre, había escondido dentro del bolsillo interior de su chaqueta.

—Este frío cala los huesos ¿no estás de acuerdo conmigo primo? —preguntó Jamie.

—Sí que es cierto —corroboró Adam.

—¿Qué piensas hacer cuando encuentres a Emma?

—Lo primero que voy a hacer es arrastrarla a la primera cama que tenga a mano.

Las carcajadas de ambos llenaron la sencilla estancia que era el camarote.

—No sé por qué pero esa respuesta no me extraña en absoluto.

—La he echado tanto de menos que hasta el alma me duele —señaló Adam llevándose una mano hasta el centro del pecho para corroborar sus sentimientos.

—Ya imagino —susurró Jamie.

—Eh, ¿qué te pasa? —le preguntó Adam al tiempo que le echaba un brazo por encima a su primo.

—Ojalá yo pudiese encontrar un amor como ese del que tú presumes.

—Tampoco te lo aconsejo. El amor duele. No sabes de qué manera.

Las palabras de Adam estaban cargadas de melancolía y frustración.

—Bueno, tampoco es para amargarse —confesó su primo—. Es solo que a veces me siento tan solo... como si no hubiese en el mundo una mujer adecuada para mí.

—No te apures, en el momento menos esperado caes rendido ante la adecuada, y en ese momento, que Dios te ampare... porque no existe marcha atrás. Te roban el corazón y si pueden hasta la cordura.

Con un fuerte golpe en el centro de la espalda, Adam se apartó de Jamie. Se dirigió hacia uno de los camastros, y se tumbó de espaldas apoyando la cabeza en los brazos.

—Mírame a mí —continuó—. Me he pasado cinco años sin una mujer porque ante la sola idea de meterme entre las piernas de otra que no fuese Emma, este estúpido —dijo mirando a su entrepierna—, no se empalmaba. Ahora ríete si quieres, pero el muy cabrón, es pensar en ella...

Y ante la atónita mirada de Jamie el bulto que marcaba los pantalones aumentó de tamaño.

—Un día de éstos, estallo.

—Jamás había pensado que eso pudiese ocurrirte.

—Y duele joder. Tanto que un lago de agua helada no lo calma. Y ninguna sustituta sirve. Te aseguro que es de lo más humillante.

Jamie se tendió sobre el otro camastro de bruces y enterró la cabeza en el colchón para poder controlar la risa.

—Me estás diciendo que en cinco años... —intentó decir mientras retenía las carcajadas—, ¿no te has acostado con ninguna mujer?

—Eso mismo. Mi maldito miembro no me lo permitía. Y había veces que lo necesitaba. Me buscaba una y cuando la tenía preparada, este sinvergüenza agachaba la cabeza y no había manera —confesó Adam.

Y entonces ya no pudo aguantar más. Las carcajadas llenaron el frío camarote introduciendo el calor en el estrecho espacio que compartirían durante el viaje.

—No me extraña que tengas tantas ganas de llevártela a la cama en el momento que la veas —dijo conteniendo la risa.

—Te juro primo mío, que tengo suficiente artillería acumulada para

mantener a esa esposa mía encadenada a la cama durante un mes entero, y aún así no me bastaría.

—Pobre Emma, va a acabar por no poder dar ni un paso durante un año —bromeó Jamie.

—Esa es mi intención.

Sin embargo, el tono que empleó Adam no fue para nada humorístico. Y mientras se adormilaba y pensaba en ella, en como le haría el amor, en como enterraría su nariz junto a su pelo, en su tierno cuello, el barco zarpó suavemente hacia su destino: New Orleans

New Orleans

El sueño era tan vívido que la despertó.

Miró el reloj que había sobre la repisa y vio que eran casi las dos de la mañana. Había soñado que estaba vivo. Su corazón le palpitó más fuerte que nunca. Estaba segura de haber sentido el cálido aliento de su marido junto al cuello. Muchas noches en todo este tiempo se había despertado sobresaltada con la misma sensación, pero nunca tan nítida como ahora. El cuerpo le brillaba de sudor como si hubiese estado toda la noche en sus brazos y la ya conocida humedad de la excitación se instalaba en el centro de su feminidad.

Se levantó de la cama y cubrió su desnudez con la bata que había dejado a los pies del lecho. Se dirigió hacia el tocador y se colocó ante el espejo. Abrió un tanto la prenda y se contempló desnuda. Pasó sus manos por los pechos y el vientre. El embarazo apenas había dejado huellas. Sus pechos estaban más llenos que cuando se casó, cierto. Había parido y amamantado a dos hijos. Su cintura ya no era tan esbelta y sus caderas estaban más redondeadas. Ninguna estría marcaba su vientre ni sus pechos, todo gracias al aceite de almendras que su madre le había insistido en que se aplicara dos veces al día.

Había soñado que estaba vivo.

Ante la línea que seguía sus pensamientos, Emma ahogó un sollozo. Estaba muerto. Por mucho que sus instintos le dijeren lo contrario, él no volvería. Se cerró la bata con frustración, se volvió a la cama, y lloró amargamente, como cada día, como cada noche. Y llorando encontró el alivio del sueño. Y en ese alivio halló el consuelo de sus brazos. Las caricias de sus manos. Los besos de sus labios. El deseo satisfecho de sus cuerpos al encajar el uno en el otro, al emprender el vuelo de la pasión entre jadeos y gritos de éxtasis. El sudor de ambos mezclándose sobre la nívea superficie de las

sábanas. Y el sabor salado de las lágrimas de ambos se instaló en sus labios y no la abandonó mientras sentía como la luz del sol calentaba sus cuerpos desnudos y sus pechos alimentaban a su marido al igual que antes, hacía ya algunos años, habían alimentado a sus hijos. Y así, acogida en los brazos de Morfeo, se sintió mujer de nuevo. Se sintió amada nuevamente por el hombre al que ella no había dejado de querer.

Capítulo 21

New Orleans, un día después

El griterío aumentaba. Un jaleo impropio de una mañana corriente en la casa la despertó de su sueño reparador. No recordaba nada de la noche anterior, estaba como aturdida por el brusco despertar. La puerta de su habitación se abrió de repente, y sus hijos entraron corriendo en la estancia y se echaron sobre ella alborozados.

—Despierta, mamá —chilló Michael—. Tío Stephen está al llegar. El abuelo ha ido a recoger a los tíos y a los primos al puerto.

Y mientras su hermano se unía a los gritos alborozados y la hacían reír a ella, empezaron a botar con las rodillas sobre el colchón provocando en su madre nuevas carcajadas.

—Sois dos verdaderos trastos —anunció ella y sin ni siquiera pensar en lo que hacía, se incorporó y comenzó a hacer cosquillas a sus hijos.

Los tumbó sobre el colchón y cosquilleaba a cada uno con una mano.

Las risas de los niños aumentaron en intensidad mientras se unían a la refriega intentando hacer cosquillas a la madre. Emma cayó de espaldas cuando el peso de su primogénito hijo Adam la derribó. El pelo se soltó de su cinta y se extendió sobre el colchón. La bata con la que se había quedado dormida de madrugada se deslizó por su hombro pero no reveló gran cosa de su Anatomía.

Michael cogió un pie descalzo de su madre y comenzó a hacerle cosquillas. Mientras ella trataba de mantener firmemente agarrado a su otro hijo que no paraba de darle besos húmedos en el cuello. Cualquiera que la viese en ese momento pensaría que se había vuelto loca. Encerró entre sus brazos a su hijo Adam. Bendito fuera, era como tratar de lidiar con un toro bravo. Y el otro no le iba a la zaga. No parecían tener cuatro años, parecían tener al menos ocho.

—Pero bueno, ¿qué pasa aquí? —rugió una voz profunda—, ¿ya no se baja a saludar a las visitas?

Los niños levantaron la cabeza, y al ver al hombre alto y rubio que estaba de pie con los pies separados y las manos en las caderas en el umbral de la habitación, se olvidaron de su madre, y en su prisa por ir al encuentro del recién llegado, la pisotearon y magullaron. Un pie de Michael se apoyó en su

vientre haciendo que un quejido brotara de los labios de la mujer y una mano de Adam encontró asidero en la cara de su madre.

—Gracias a Dios —murmuró la joven intentando encontrar la compostura cuando los niños por fin saltaron de la cama—. Pero creo que necesito un médico.

Stephen se inclinó y agarró a sus dos sobrinos que se lanzaron hacia él como dos caballos desbocados. Y mientras él dedicaba toda su atención a esos dos pequeños demonios otros dos chicos entraron en tromba y se lanzaron a la carrera hacia la joven, que de rodillas y con las manos en el colchón, intentaba incorporarse.

—Tía —chillaron los dos críos.

Y entre risas de adultos y niños Emma se vio derribada nuevamente sobre el colchón por un niño de tres años y una chiquilla de cuatro y medio.

—Mamá va a darnos otro hermanito, tía Emma —anunció la chiquilla con júbilo—. Se ha pasado todo el viaje vomitando sobre la barandilla del barco.

—Ha sido asqueroso —comentó el niño.

Y en ese momento, Victoria entró en la habitación con un bebé en brazos. Su tercer hijo, que a penas si había cumplido un año. Desde luego su hermano no perdía el tiempo con su mujer.

Ya iban por el cuarto.

Las dos mujeres fijaron la vista en los ojos de la otra y la compresión fluyó entre ambas. Las lágrimas afloraron a los ojos de las dos cuñadas, y, sin mediar palabra, Victoria entregó a su hijo pequeño a su marido y Emma se deshizo de sus sobrinos. Gateó sobre el colchón, se incorporó y con las lágrimas corriéndole por el rostro abrazó a la que consideraba su hermana.

—Aún le amo —murmuró Emma en el oído de Victoria entre lágrimas mientras la estrechaba fuertemente en sus brazos—. Y le echo de menos.

Victoria abrazó con fuerza a la joven sin preguntar en ningún momento a quien se refería. De sobras sabía ella a quien amaba y echaba de menos. También ella le echaba de menos. Habían pasado cinco años pero para ella también seguía vivo.

Stephen se acercó a las dos con su hijo en brazos, y cuando ambas se separaron, encerró en su brazo libre a su hermana y la estrechó contra su pecho. El grito que lanzó la joven cuando el más pequeño de sus sobrinos le aferró un mechón de pelo y tiró con fuerzas, sacó a todos de la melancolía. Y entre lágrimas de felicidad empezaron a hablar todos a la vez.

Tenían mucho que contarse.

La última vez que se vieron el año anterior por esas fechas, el pequeño solo tenía dos meses de vida. Las lágrimas inundaban las caras de los adultos y las risas de los niños llenaban la habitación de alegría. Era bueno estar juntos otra vez. Pero el recuerdo de un hombre al que todos querían estaban tan presente como si nunca los hubiese dejado. De pronto un jadeo de Michael los trajo a todos a la realidad. Emma lo miró y enseguida supo qué sucedía. Otro ataque de asma. Corrió hacia su pequeño y lo alzó en brazos. Sabía perfectamente bien lo que tenía que hacer y lo primero era tranquilizar al crío.

Se sentó en la cama con el chiquillo en el regazo.

—Tranquilo, mi vida. Mamá está contigo. Ahora quiero que intentes respirar con calma —le habló dulcemente al oído—. Victoria busca a Rachel —dijo refiriéndose a la doncella, y dile que te de los polvos que le recetó el médico.

Emma miró a su hijo que comenzaba a respirar más tranquilamente. Siempre que la excitación era muy grande le sobrevenía un ataque asmático. Ya estaba más que acostumbrada. La piel estaba húmeda, pero el pitido de su respiración tardaría un poco en desaparecer.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó su otro hijo.

—Seguro que sí —contestó su hermano—. Estoy seguro que Michael ya está mejor. ¿Por qué no bajas con tus primos a buscar al abuelo? Estoy seguro que le encantará contaros alguna de sus famosas batallas.

—Papá ¿qué le ocurre al primo Michael? —intentó descubrir su hija mayor.

—No le ocurre nada, cariño, en pocos minutos estará de nuevo jugando con vosotros, pero por hoy basta de saltos y juegos violentos. ¿De acuerdo?

—Sí, señor —contestó su primogénito—. Evitaremos al primo Michael cualquier compatriento.

Stephen comenzó a reír.

—Se dice contratiempo, hijo.

—Sí, padre, contra... contra... contratiempo.

Stephen abrazó a su hijo y besó en la cara a su pequeña y vio como los tres chiquillos salían con la vista vuelta hacia Michael. Las lágrimas de su sobrino Adam provocaron un leve estremecimiento en su tío. Se parecía tanto a su padre...

—Me acabo de cruzar con los niños cuando subía por las escaleras hacia el estudio —señaló Victoria—, jamás los había visto tan cabizbajos. ¿Cómo se encuentra el chico? —dijo al tiempo que le alcanzaba una taza con los

polvos médicos a su cuñada.

—Se pondrá bien en unos pocos minutos —comentó la joven mientras sujetaba la taza que le tendía su cuñada—. Ya estamos medio acostumbrados a estos pequeños sustos.

Levantó levemente la cabeza de su pequeño de su hombro.

—Vamos, cariño, la tía Victoria te ha traído un poco de tisana, y... qué bien huele. Vamos, tómatelo todo.

Y mientras el niño bebía con cara de asco el amargo y oscuro líquido, Emma le sostenía la cabeza con cariño rezando para que algún día los síntomas desaparecieran.

—¿Le ocurre muy seguido? —preguntó Victoria con tacto.

—No, solo cuando se excita mucho o recibe emociones muy seguidas. A decir verdad —señaló con serenidad Emma—, en este año solo le dio en otra ocasión, y fue cuando estuvisteis en Navidad aquí, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —comentó Victoria—, pero jamás supe que esas crisis eran frecuentes en él. Solo me percaté que te lo tomabas todo con mucha calma. Te llevaste a Michael a la habitación cargado en tus brazos y nadie revoloteó a tu alrededor como gallinas descabezadas. Desde luego, cuñada —continuó Victoria—, si esto le hubiese pasado en casa se habría armado un gran revuelo.

—¿Estás ya mejor, cariño? —preguntó dulcemente Emma a su pequeño.

—Sí, mamá, ya puedo respirar.

El pequeño Michael se sentó erguido en el regazo de su madre y sonrió a sus tíos.

—Jo, siempre que venís me pasa lo mismo —susurró el pequeño—, la próxima vez iré a la cocina a por esta asquerosidad antes de salir a veros. Así al menos, me ahorraré la crisis.

—Vamos, cariño. Te llevaré abajo con el abuelo y te quedarás sentado a su lado, ¿de acuerdo? —le dijo la joven mientras le acariciaba el suave pelo rubio.

—Me quedaré tranquilo y sentado mientras los primos y Adam corretean. Te lo prometo.

—Solo será necesario hasta mañana, cariño. Mañana ya estarás bien para correr y jugar con ellos.

Besó a su pequeño en la frente y lo puso sobre sus pies. Le dio una cachetada suave en el trasero, y el niño salió despacio de la habitación con una sonrisa traviesa en los labios.

—Será mejor que haga lo que ha prometido —dijo s , madre —o le zurraré bien. Es un travieso.

—Como su padre cuando era pequeño —murmuró su cuñada.

—Sí, ya —añadió Emma con un nudo en la garganta al pensar en su marido.

—Lo cierto es que los dos se parecen a mi hermano —anotó Victoria pensativa—. Adam es un calco de su padre cuando era pequeño, en cambio Michael tiene su carácter, y desde luego los dos son unos pequeños diablejos.

—Bueno será mejor que me retire y os deje solas con vuestra melancolía —señaló Stephen—, me voy en busca de Andrew a ver si me invita a un trago.

—Ten cuidado con Andrew —gritó a sus espaldas Emma cuando ya casi cruzaba el dintel de la puerta de su dormitorio—, hoy está hecho un verdadero cascarrabias.

—¿Por la razón de siempre? No, no contestes. Ese hermano mío es un verdadero cretino, y tú querida hermanita, estás preciosa recién levantada.

Se volvió, y besándose los dedos de su mano, le lanzó un beso a su hermana que la hizo sonreír. Lástima que no tuviese muchas cosas por las que sonreír.

—Vamos, vete, pesado —le instó su esposa—. Emma y yo tenemos que ponernos al día con muchas cosas.

Volvió su atención a su cuñada.

—Bueno y ahora volviendo a la seriedad —comentó Victoria—. ¿Qué planes hay para Navidad?

—Santo Cielo, Victoria. Quedan todavía más de dos meses para esas fiestas —exclamó la cuñada.

—Vamos Emma, siempre tenéis de antemano todo preparado lo que vais a hacer.

Emma se sentó en la cama como los indios junto a su cuñada que descansaba cara al colchón con la barbilla apoyada en las manos.

—Es cierto, no puedo ocultarte nada —señaló la joven—. Está previsto que en Nochebuena vengan la tía Connie con su marido y mis dos primos.

—¿Siguen solteros?

Emma asintió.

—¡Qué desperdicio! —bromeó Victoria.

—Cariño, que tú ya estás casada.

—Oh, sí, desde luego, pero tengo ojos, ¿me estás diciendo que no puedo mirar?

Ambas estallaron en carcajadas.

—Bueno está bien, por esta vez no se lo diré a tu marido —sentenció Emma.

—Eso está bien, que no me delates.

—El fin de año creo que hay una fiesta de disfraces en casa de los Tremàin —continuó Emma.

—Oh, eso es maravilloso. Espero que asistas. Y que asistas con un vestido de color, no con uno de esos trapos negros que aún llevas —la instó Victoria.

Pero Emma negó con la cabeza.

—Jamás usaré otro color que no sea el negro. Mientras lleve a tu hermano en mi corazón, este color será mi compañero.

Las lágrimas pugnaban por salir, pero la joven las contuvo.

—Pero cariño —dijo Victoria encerrando una fina mano de Emma en la suya—, han pasado cinco años, y estoy segura que mi hermano, esté donde esté, no esperaría este comportamiento. Eres muy joven...

Las palabras murieron en los labios de Victoria ante la férrea determinación de su cuñada. Vio el destello de sus ojos azules. Definitivamente nadie la haría cambiar de opinión, solo el tiempo.

—Está bien, quizás más Adelante...

—Tal vez nunca —sentenció Emma.

—De acuerdo, tal vez nunca.

Y con un suspiro de resignación Victoria guardó silencio.

—Voy a ver que están haciendo mis niños pues están demasiado callados.

Se incorporó en la cama y se arrastró torpemente hasta el borde. Miró nuevamente a su cuñada a los ojos: a esas dos lagunas de aguas cristalinas que la miraban fijamente, y comprendió que el tiempo tampoco serviría de nada. Había entregado su corazón una vez a un hombre, y ningún otro lo poseería. Su fidelidad la conmovió. Ella amaba mucho a su marido, pero no creía que después de cinco años de viudedad pudiese guardarle esa devoción que ella le guardaba a Adam. O tal vez sí. Quien sabía.

Capítulo 22

New Orleans, Nochebuena 1897

La tristeza la embarga de nuevo. Su corazón podía estallar en cualquier momento. Una noche, hacía cinco años, había sido la mujer más feliz del mundo. Una noche, había dado frutos en su vientre. El fruto del amor que su marido le había brindado entre varias mantas junto a una chimenea en una pequeña cabaña.

Aún podía recordar el tacto de su piel, el aroma de su cuerpo. La dureza de su sexo penetrando en el calor de su vientre. No podía olvidarle. No podía ni quería hacerlo.

Su familia le decía que se estaba matando poco a poco, muy lentamente, pero no era cierto, sus niños la mantenían viva, si no fuese por ellos, por sus niños... no, sus niños, no: los hijos de él. Los hijos que aquella noche él había plantado en su vientre, y que ahora reían sentados a la mesa del comedor junto a sus primos.

La noche se presentaba llena de festejos, unos festejos a los que ella se unía sin la alegría propia. Las arañas de cristal del techo refulgían al brillo de las luces. La cristalería despedía brillantes arco iris. A la mesa engalanaba con la mejor vajilla de Sèvres, los cubiertos de plata de la abuela Bradford y la mantelería hecha a mano por su madre hacía muchos años en ricos tonos rojos y verdes, la embellecía todavía más el centro de mesa hecho con flores navideñas. Una mesa donde pronto se sentarían sus primos, sus tíos, sus hermanos. Toda la familia al completo, pero no toda. Faltaría él. Como cada día, como cada año, como cada Navidad.

Como era costumbre, los niños se sentaron en una mesa aparte. Una mesa donde los platos eran de resistente loza y los vasos de grueso cristal, pero una mesa llena de risas infantiles. Unas risas que la hacían pensar en lo que bien podría haber sido si un accidente no le hubiese arrebatado al hombre que amaba con toda su alma.

Se acercó a la mesa de los niños tambaleante, como en un sueño. Todo parecía irreal. Se arrodilló junto a sus hijos y los abrazó. Les dio un beso a cada uno. El beso que su padre no les podría dar. Los niños se aferraron a su cuello entre risas, y la besaron sonoramente devolviéndole el gesto cariñoso. Ella sonrió. Una sonrisa sincera pero cargada de pena. De pena y de amor.

Ellos eran su fortaleza. Esas dos pequeñas criaturas la habían salvado del suicidio. Sí. Porque muchas veces había pensado en ello. En quitarse la vida para no sentir ese dolor sordo y profundo, pero luego pensaba en ellos. Si Dios les había arrebatado a su padre, su madre no podía ser tan cobarde.

Una voz la llamó desde el salón principal. Emma se levantó acariciando el cabello de sus niños, y los obligó a sentarse derechos.

—Sed buenos y comed mucho o no tendréis regalos estas Navidades. ¿Me oís? —dijo con suavidad.

—Nosotros hemos sido buenos —dijo la voz de su sobrina—. Obedientes y limpios.

—Bueno, sí es cierto. Eres la niña más limpia y obediente del mundo.

Dejó un beso en la coronilla de la niña y Emma volvió al salón de adultos. Su primo Gavin se levantó de su asiento y retiró la silla para que se sentara. Emma fue a darle las gracias cuando se fijó en una sombra oscura que había en las enormes cristaleras que daban al jardín.

Perdió el habla y la respiración.

¡No podía ser! Su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Tanto pensar en él le hacía ver visiones, pero si era una visión, ¿por qué le veía de una manera en la que no podía recordarle?

Un nudo se le hizo en la garganta. Le atenazaba de una forma que no podía respirar. Mucho menos pensar. Tan solo podía quedarse allí. Mirando fijamente hacia las cristaleras. Su mano subió hasta su grácil cuello y allí se detuvo. Las lágrimas afloraron a sus opacados ojos azules llenándolos de un brillo que no habían tenido en años.

No podía respirar.

La falta de oxígeno tuvo consecuencias. Poco a poco fue perdiendo la conciencia, fue entrando en un mundo oscuro donde lo imposible o lo posible no tenía importancia.

De no ser por su primo, hubiese caído al suelo.

En un acto reflejo, Gavin sostuvo el laxo cuerpo de su prima mientras todos en la mesa se levantaban y acudían en su auxilio.

Quería correr hacia ella. Destruir el cristal que los separaba y sostenerla en sus brazos. Quería golpear al tipo que retenía en sus brazos lo que él más amaba. Desde el otro lado, Adam cerró los puños a sus costados. Aún no era el tiempo. Mañana, mañana la tendría para él. Mañana la tendría donde debería haber estado todo el tiempo: en sus brazos, en su cama. Los brazos le dolían

por el esfuerzo que hacía de retenerlos junto a su cuerpo, por la tensión que suponía el no dar rienda suelta a sus sentimientos.

Mañana. Mañana. Mañana.

Y con este pensamiento pudo por fin alejarse de la cristalera, aunque llevaría consigo su imagen. Allí plantada vestida de negro, con el pelo recogido y los ojos llorosos. Y su fina y elegante mano aferrada a su garganta, donde la única joya que había era su alianza de matrimonio. Le había esperado. Y por primera vez en muchos años, sonrió.

Gavin la depositó sobre la silla y empapó una servilleta en la jarra del agua que había más cerca. Posó la tela húmeda sobre el cuello de su prima, le limpió la frente, y quitó el sofoco de sus mejillas. Elizabeth acudió junto a su hija, sacó del bolsillo de su vestido el pequeño frasquito de sales que siempre llevaba consigo. Stephen se lo quitó de las manos y lo pasó rápidamente por debajo de sus fosas nasales varias veces hasta que Emma reaccionó.

¡Había sufrido una alucinación!

La nítida imagen tras los cristales había sido producto de su imaginación. Todo consecuencia de sus recuerdos y sus ansias de que fuese real. Pero había sido una imagen tan clara: sus arrugas alrededor de los ojos. La cicatriz junto a su ceja derecha. Sus brillantes ojos negros cargados del mismo deseo que siempre habían reflejado.

Con esfuerzo se levantó de su silla y fijó la vista en las cristaleras donde lo había visto, pero allí no había nadie. Debía de estar enferma, muy enferma de mente y de corazón para conjurar la visión de un fantasma. Como un eco, las voces empezaron a sonar en su cabeza. Se dio cuenta que los brazos de su hermano la sostenían.

—Estoy bien —dijo con voz sibilante—. estoy bien.

Con paso tambaleante se dirigió hacia la puerta y murmuró una disculpa. Quería estar a solas. Pensar. Victoria salió corriendo tras ella y la alcanzó al pie de las escaleras.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí —dijo con ojos vidriosos—, estoy bien no te preocupes. Me ha parecido ver un fantasma, y creo que necesito descansar un momento. Lo siento. Discúlpame.

Con estas enigmáticas palabras, algunas de ellas sin sentido, se despidió dejando a su cuñada al pie de las escaleras mirando absorta el cambio extraño que se había operado en ella. Victoria suspiró, se encogió levemente de

hombros y volvió al salón donde todos esperaban ansiosos y los tranquilizó.

—Creo que solo necesita descanso. Esta fecha es nefasta para ella.

Al recordarlo también a Victoria se le secó la garganta. Miró a su marido y se refugió en sus brazos. Stephen la acogió en ellos y la estrechó fuertemente al tiempo que buscaba sus labios. Al besarla, notó el sabor salado de las lágrimas. Tanto su hermana como su esposa lloraban aún al mismo hombre.

A través de una espesa nube, Emma llegó a la cama y allí se desmoronó sobre el colchón. Enterró la cabeza en la almohada, cerró los ojos y lloró. Y lloró tanto que se durmió rendida. Y soñó con aquella otra Navidad que había empezado entre risas por su equivocación en los regalos. Que había seguido con una discusión donde ella había terminado lanzando el muslo de pollo contra la boca de su marido, pero que terminó con un accidentado viaje a casa, y una velada donde ella había perdido su virginidad entre toscas mantas, y en esa noche su marido había plantado su simiente en su vientre para dar vida a esos dos hermosos niños, que en ese momento disfrutaban abajo la cena de Nochebuena.

Adam entró en la habitación del hotel quitándose la chaqueta, a continuación se desabrochó la camisa.

No la recordaba tan pálida sino vivaz, con sus ojos azules chispeantes cual brillo de zafiro a la luz del sol. Con mejillas sonrojadas como los pétalos de las rosas rosadas que crecían en los jardines. La mujer que había visto era una sombra de la que él recordaba. No obstante, también estaba hermosa. La palidez de sus mejillas recordaban a las finas muñecas de porcelana de su hermana que tenía de pequeña. La fragilidad de su cuerpo le hacían querer acunarla tiernamente en sus brazos como si fuese una niña. Y su corazón seguía latiendo a un ritmo frenético ante su sola presencia. Pasó su mano sobre la zona donde latía su corazón, y la frotó con sus dedos intentando aquietar el hormigueo que allí sentía. Por la mañana estaría allí, con él. Con su pelo dorado extendido sobre la cama y su mirada brillante fija en él mientras le hacía el amor.

Con ese único pensamiento, se acostó y se quedó dormido.

Capítulo 23

Las rápidas carreras de los niños en el pasillo la despertaron. Emma sonrió. Eran las siete y media de la mañana, y los niños estaban ansiosos por abrir sus regalos. Eran niños. También ella cuando era niña corría hacia sus regalos la mañana de Navidad. Se levantó y fue a ponerse la bata, pero se dio cuenta que aún estaba vestida con el vestido de la noche. Y recordó lo sucedido.

Había sufrido una alucinación.

Con un suspiro pesado se quitó las horquillas del pelo y se lo cepilló. Lo recogió nuevamente en un bajo moño y salió de su habitación después de alisarse el vestido con manos nerviosas. Bajó las escaleras en silencio y siguió el sonido de las risas de sus hijos y sobrinos. Los seis niños estaban alrededor del gigantesco árbol rodeado de regalos y envoltorios.

—Mira mami qué regalos —chilló su Michael—, una colección entera de soldados de plomo vestidos como el uniforme de guerra del abuelo, y otros con ese espantoso uniforme gris.

Emma sonrió. Los grandes ejércitos de la Unión y la Confederación, ese había sido el regalo de su padre. Recordaba una Navidad anterior donde su padre les había regalado lo mismo a sus hermanos. El problema llegaría cuando sus dos hijos quisieran comandar el ejército de la Unión. Se desatarían las mismas peleas de sus hermanos pues nadie quería ser el general Lee. Emma sacudió la cabeza y centró su atención en su sobrina. Acunaba entre sus brazos una muñeca con un precioso vestido de organdí rosado con puntillas de encaje.

—La voy a llamar Mimi.

Las puertas del salón se abrieron y un lacayo entró por ellas con una bandeja de plata en sus manos. Sobre ella había un sobre blanco con su nombre escrito pulcramente. El corazón se le paralizó al reconocer la caligrafía.

—Milady, han dejado este sobre para usted, y fuera hay un anciano esperando su respuesta.

Emma asió el sobre con manos temblorosas y lo abrió mientras el corazón parecía querer salirse del pecho. Las palabras allí escritas le provocaron una ola de excitación a su rígido cuerpo, transformando el hielo de sus sentidos en una cálida corriente de ilusión y esperanza.

Mi amada esposa: Te costará creer que estas líneas sean mías. Ha pasado mucho tiempo, cinco largos años en que has creído erróneamente que estaba muerto. Si quieres respuestas, acompaña al portador de esta carta. Él te traerá hasta mí, y si quieres hasta mis brazos, hasta mi lecho. No he dejado de amarte jamás. Ningún día de mi vida he podido olvidar lo que significas para mí. Creo poder decir sin faltar a la verdad que tú tampoco. De haber sido así, no te hubiese encontrado anoche vestida aún de luto.

Tuyo, por siempre jamás, tu marido.

Emma contuvo las lágrimas pero aferró la carta fuertemente entre sus dedos. Se giró hacia el lacayo y preguntó si el anciano se había marchado. El lacayo negó con la cabeza y alzó una ceja cuando la joven dijo sobre su hombro que le dijese al hombre que esperara. Subió los escalones de tres en tres con una vitalidad que no había demostrado en años. Y su risa cantarina resonó en todo el vestíbulo. Corrió hacia su habitación, cogió la primera capa que encontró y bajó las escaleras como un tornado.

—Dígale a mis padres que no me esperen para almorzar. Que no sé cuando llegaré. Que cuiden de los niños.

Y sin decir nada más abrió las puertas de la casa para enfrentarse con un anciano que no había visto desde el día de su boda. Ambos se miraron. La joven se arrojó en sus brazos, y el anciano la estrechó contra su corazón.

—Vamos paloma, no llores, él te espera.

La ayudó a subirse al coche de alquiler y el cochero lo puso en marcha no bien le dieron la orden de arrancar y la dirección. El cochero ni se inmutó cuando le dieron la dirección de un famoso hotel de citas. El hombre había visto a la pareja abrazarse en la entrada de la elegante casa. No era asunto suyo si una joven dama salía de escapada con un hombre que bien podía ser su padre o su abuelo. Se limitó a hacer chasquear el látigo contra sus fieles caballos y dirigirse hacia el hotel de citas.

Emma no paraba de moverse en el asiento del coche que se sacudía por las adoquinadas aceras de New Orleans. El anciano observaba a su sobrina política que hacía girar su anillo de casada una y otra vez alrededor de su dedo anular, su silencio no se lo esperaba. Ella se mordía el labio inferior y respiraba con dificultad pero mantenía el rostro sereno. Cuando el anciano vio que se aproximaban murmuró las únicas palabras que había dicho en todo el camino.

—Segundo piso, la primera habitación a la izquierda.

Emma asintió. No podía hablar.

Bajó del coche sin esperar a que el cochero parase del todo ni que le ayudasen a descender. Cuando pisó el empedrado suelo literalmente voló hacia la entrada del hotel en un revuelo de faldas negras y enaguas blancas. Pasó ante el recepcionista sin dirigirle la palabra y subió las escaleras como una exhalación. Ni siquiera se detuvo a llamar en la puerta indicada. La abrió de un tirón, entró, y se quedó paralizada.

Allí estaba.

De pie.

Hermoso y viril.

Con su marcada cicatriz junto al ojo derecho. Con algunas canas plateadas en las sienes y una incipiente barba que le daba aspecto de capitán de los piratas.

Su marido.

Su amor.

Su vida.

Había oído el ruido del coche al llegar. La había visto descender como un relámpago en medio de la tormenta, y había oído su carrera por el pasillo. Había sentido la corriente de aire helado y a la vez cálido que había invadido la habitación cuando ella hizo su entrada, y ahora no podía hacer otra cosa que mirarla. Había cambiado, sí, pero seguía siendo la misma.

Su esposa.

Su amor.

Su vida.

Se separó de la ventana donde estaba y abrió los brazos en una silenciosa invitación. Ella no se lo pensó, con lágrimas en los ojos y una risa cantarina de felicidad, se arrojó en ellos. Era volver a casa. Volver a un cálido refugio que jamás quiso abandonar. Se estrechó contra su pecho absorbiendo la calidez de su cuerpo. Quería... no... necesitaba, necesitaba fundirse con él, que la absorbiera por completo. Meterse dentro de su piel.

Adam la ciñó entre sus brazos. La pegó tanto a su cuerpo que era como si quisiera encerrarla dentro de su piel para compartir la misma la sangre. Y lloró. Lloró como un niño pequeño que se ha extraviado en el bosque, y que después de mucho tiempo solo, consigue volver a casa. Ella le envolvió el cuello con sus brazos y buscó su boca. A él su perfume lo envolvió. Como le había ocurrido siempre. Cuando sintió sus labios bajo los suyos los atrapó sin

delicadeza, y casi los magulló en sus ansias por disfrutar de la fruta que le había sido negada durante cinco largos años. Emma gimió. Y ese sonido fue música para sus oídos. Ni Bach, ni Mozart, ni Beethoven. Aquella sinfonía, era mucho mejor. Ninguno de esos geniales compositores podrían haber recreado jamás ese sonido. El sonido del amor, el del deseo largo tiempo contenido. Sus manos volaron sobre su cuerpo tironeándole del vestido y arrancando a su paso los botones que lo cerraban a su espalda mientras no dejaba de abrazarla y arrastrarla a la cama. No era el momento de las preguntas ni el momento de responderlas. Era el momento de saciar el deseo contenido. De calmar la pasión por tantos años reprimida. Era el momento de llevar su lujuria hasta la última de sus consecuencias. Cayeron sobre el colchón en una maraña de miembros mientras se besaban salvajemente. Ambos buscando en el otro lo que sabían con certeza que les ofrecía: pasión de locura sin límites. Las ropas volaron por la habitación. Un sonido de ropas rasgadas seguía al siguiente mientras los cuerpos rodaban sobre el amplio colchón de plumas.

El miembro de Adam estaba duro como una roca, tanto, que dolía. El sexo de la joven estaba húmedo por su necesidad. Los pechos eran duras cimas cuando el hombre los tomó en su boca. Ambos giraron abrazados hasta quedar de costados. La joven subió una de sus esbeltas piernas hasta la cintura de él con la rodilla flexionada, y el pie se instaló en la base de la espalda de él. Emma tanteó entre sus cuerpos hasta aferrar con su mano el grueso, pesado y rígido miembro de su marido. Separó las piernas y lo ayudó a encontrar el pasaje hacia el interior de su cuerpo. Adam se movió levemente cuando encontró la húmeda cueva, y cuando estaba a la entrada, con un rápido y brusco movimiento se enterró en ella hasta la base.

Adam pensó que para él era como desvirgarla de nuevo. El cuerpo de ella protestó ante la ansiada invasión. Habían sido muchos años de espera. Y allí, entre sábanas de hilo, los dos encontraron el éxtasis tanto tiempo negado. Mirándose a los ojos el uno al otro. Con las manos aferradas al cuerpo de su amante, para que las embestidas rápidas y profundas de él la hicieran de nuevo el cielo. Cuando él se corrió dentro de ella invadiéndola con su cálido y ansiado semen, sus estremecimientos se unieron con los de él. Jamás olvidarían. Sus cuerpos no lo hicieron, sus almas tampoco. Ni él ni ella amarían así a nadie más. Era algo que ellos habían aprendido desde la primera vez que estuvieron abrazados.

Un grito femenino inundó la fría mañana de diciembre. Un jadeo de

satisfacción masculina le acompañó. Y los dos cuerpos aferrados el uno al otro sobre la blanca cama cayeron en un saciado sopor. Ni él tuvo deseos de salir de aquella cálida gruta, ni ella le hubiese dejado escapar. Con el miembro de él aún enterrado en su cuerpo, Emma cayó en los apacibles brazos de Morfeo, con el calor de los de su marido arrullándola en una acogedora cuna. Adam la siguió segundos después.

Se amaron de nuevo al despertar. Era como si no pudieran saciar el hambre que los corroía desde hacía años. Eran dos hambrientos que por fin estaban dándose el ansiado festín. Pero la tormenta siempre acaba y la paz también llega. Y cuando ésta llegó, también lo hicieron las palabras. Las preguntas obtuvieron respuestas y la alegría del nuevo encuentro dio paso a la pena por los años desperdiciados. No obstante, la sombra de un secreto se instaló entre ambos. Emma calló, silenció la existencia de un par de chiquillos a los que había dejado solos la mañana de Navidad para ir a reunirse con el culpable de sus nacimientos. Quería que no fuese una sorpresa. Quería tener tiempo para pensar en cómo y cuándo le diría a ese hombre que cinco años atrás había plantado semillas de vida en su vientre, y que dieron como fruto dos adorables angelitos. La joven se levantó de la cama. Apenas si podía andar. No se había sentido así en años: plena, saciada, agotada. Humedeció un paño en el agua de la jarra de tocador que había en la habitación, y se limpió los muslos. La frescura del paño alivió su sexo pero no calmó el ardor que aún palpitaba en él. Desde la cama, Adam la observaba sin perderse detalle. Elevó levemente una ceja al contemplar su cuerpo desnudo. ¿Estaba levemente distinta o era su imaginación? La noche anterior no había tenido tiempo de ver los sutiles cambios, pero ahora la miró con atención y observó que sus pechos parecían más plenos. Sus caderas eran un poco más anchas y su vientre aunque aún liso no formaba la cavidad de antaño. Había madurado, eso era. Ni por un instante sospechó la verdad de sus cambios físicos.

—Vuelve a la cama —le dijo a su mujer—, necesito que calmes el ardor que siento.

Ella miró sobre su hombro hacia la cama y vio que era cierto, que pese a haber hecho el amor una y otra vez, estaba listo para repetir. Allí tirado sobre la cama, gloriosamente desnudo, y con su miembro palpitando por ella. Jamás se saciarían el uno del otro. Se humedeció los labios con la punta de la lengua y volvió a la cama con fluida languidez. Con su dorada cabellera ondeando tras ella como la brisa de las marismas. Se subió a la cama y se sentó a horcajadas sobre él. —¡Dios!, cuánto te he echado de menos —dijo al tiempo

que acogía su miembro con su sexo.

—Y yo también a ti —dijo él al tiempo que la aferraba por las caderas y la hacía cabalgar lentamente.

Yacieron abrazados y murmurándose palabras al oído. Llegaron al acuerdo de mantenerse en secreto unos días más. Viéndose a escondidas cada tarde cual dos amantes furtivos.

—Nos veremos así hasta el baile de los Tremàine, la noche de fin de año. Es una fiesta de disfraces. Quiero tenerte para mí hasta ese día —dijo ella acariciando su piel y con la mirada fija en los ojos negros de él.

Adam no pudo sino estar de acuerdo con su esposa. De esa forma estarían los dos solos. Sin padres, hermanos, ni amigos que interrumpieran la necesidad de paliar el hambre que existía entre ambos. Cuando se hubieran saciado el uno del otro, revelarían al mundo el regreso de él.

La mañana la habían pasado uno en brazos de otro, también la tarde que ya decaía hacia una noche serena, y Emma volvió a la casa de sus padres, y lo hizo con una sonrisa en los labios. Con el cuerpo saciado por las caricias de su marido, amante, y con la felicidad instalada en su joven y vivo corazón. Todos los que vieron su llegada la miraron extrañados, pero ninguno dijo nada.

Jason estuvo a punto de pedirle explicaciones su hija por su comportamiento, pero Andrew le detuvo con una simple negación de cabeza. Stephen asió a su mujer de la mano y miró ceñudo el aspecto desaliñado de su hermana que se cubría con la capa. Ignoraba que Emma trataba de tapar con su capa los jirones de su vestido.

Llevaba cabello desordenado, como si se hubiera enfangado en una pelea callejera.

—Se ha echado un amante —comentó Elizabeth—, ninguna mujer tiene ese aspecto después de ir a misa.

Victoria miró a su cuñada subir lentamente la escalera y comprendió que era cierto. Su hermano realmente había muerto aquel día. La pena le invadió el corazón por un lado, y por otro se sintió feliz, su cuñada parecía haber vuelto a la vida.

Ninguno de los presentes podía adivinar lo que se les venía encima.

Capítulo 24

Seguía vistiendo de negro para encontrarse a solas con su marido. Salía de la casa a hurtadillas cada tarde para dirigirse al hotel a encontrarse con él, y cada mañana la dedicaba a preparar con esmero su disfraz. Quería que todo el mundo se diese cuenta esa noche que ya no sería más una triste viuda, aunque tenía ganas de gritar a los cuatro vientos que era feliz. Que por primera vez en cinco largos años vivía.

Volvió a enhebrar la aguja con hilo rojo y continuó pegando las pequeñas lentejuelas y las bonitas piedras de cristal en el corpiño del vestido de seda roja.

La reina de corazones.

Así era como se sentía como la gran dama del amor. Estaba nerviosa. La mano le temblaban mientras intentaba fijar una piedra más en la suave seda. Los ojos se le cerraban. Apenas si había dormido en los tres días pasados. Las mañanas las dedicaba a cuidar y estar con sus hijos. Las tardes las pasaba en los fuertes brazos de su marido, y las noches las destinaba a completar su disfraz. Sabía que más de uno iba a poner el grito en el cielo cuando la vieran con semejante atuendo: una falda de seda roja brillante, un corpiño lleno de piedras color sangre y lentejuelas, y un antifaz con tul negro para dar mayor contraste al atuendo. Siguió cosiendo con metódico orden las pequeñas piezas al corpiño con una sonrisa en los labios.

¡Dios! Era como volver a estar viva.

Su corazón volvía a latir con alegría, tenía la ilusión de aferrarse a la vida que él desprendía, y sus hijos la complementaban como nunca había creído. Los ojos se le cerraban. Estaba agotada físicamente, pero seguía pegando cada pieza encerrada en su habitación. Así nadie sabría qué estaba haciendo ni como se presentaría en la fiesta de los Tremaine. Se había comprado una nueva capa negra. Larga hasta los pies para poder ocultar el disfraz que luciría la noche del fin de año. Los ojos se le cerraron nuevamente por el cansancio. Decidió que en esas condiciones no adelantaría mucho y guardó primorosamente el vestido dentro de una caja que escondió dentro de su armario. Se quitó las horquillas del pelo y las dejó junto a la mesita de noche que había junto al lado derecho de la cama. Retiró las sábanas, el cobertor, y se deslizó en las cálidas frazadas que le dieron la bienvenida. Su cuerpo agotado quedó laxo en cuanto apoyó la cabeza en la almohada y su

mente se deslizó hacia un reparador sueño. Un sueño lleno de paz y sin pesadillas, lleno de esperanza.

En la otra parte de la ciudad de New Orleans, Adam charlaba animosamente con su primo en la habitación del hotel. Los dos estaban estirados en la gran cama, Adam apoyado contra el cabecero y Jamie apoyando en el otro extremo su cabeza sobre sus brazos.

—¿Sabes? —preguntó Jamie mirando a su primo por el rabillo del ojo mientras roía entre sus dientes un mondadientes—, desde que hemos llegado hasta tu expresión ha cambiado. Pareces el mismo hombre sociable que eras antes, y no ese desconocido al que me había habituado en los últimos años. Ciertamente el estar tan cerca de esa cosita rubia a la que llamas esposa ha influido bellamente en tu estado de ánimo.

Adam sonrió y murmuró algo entre dientes.

—Estás como una verdadera cabra —sentenció Jamie de forma solemne e incorporándose en el colchón se quitó el fino palillo de entre los dientes—. Digo yo, ¿una mujer puede cambiar de esa manera a un jueguista como tú? Siempre lo había dudado, pero he de postrarme ante las evidencias.

—Valiente adivino —contraatacó Adam—. Pero llevas razón en una cosa, algo me hizo esa bruja porque en cinco años no he podido meterme entre las piernas de ninguna otra. No obstante, fue verla y el jodido coronel que llevo oculto en los pantalones se puso firme. Yo tampoco pensé jamás que solo iba a pensar en una sola mujer.

—Por Dios, pero es que ni siquiera cuando estabas un tanto aturdido y no sabías quien eras pudiste tirarte a una tía. Y no sería porque la puta no lo intentase con todas sus ganas.

Le recordó el primo.

—Sigo pensando que la bruja de mi mujer me lanzó una maldición y me inutilizó como hombre para que no pudiese satisfacerme con ninguna otra salvo con ella —dijo entre carcajadas—. Espero que no te llegue el día en el que a ti te hagan lo mismo. Es una sensación de lo más incómoda. Recuerdo la mujer arrodillada a mis pies, yo con los pantalones en las rodillas y el maldito coronel sin querer levantarse. Pero fue ver a mi mujer, y no solo se puso firme, sino que estuve a punto de correrme en cuanto ella se estrechó contra mis brazos. Sigo pensando que me maldijo.

—Pues si es así —apuntó firmemente Jamie—, estoy dispuesto a que alguien lance ese tipo de maleficio contra mí.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Estoy harto de ir por ahí saciándome noche sí, noche no, con una mujer que no significa nada para mí. Deseo y envidia lo que tú tienes.

La franqueza del primo hizo que las cejas de Adam se arqueasen.

—No lo desearías si hubieses estado cinco años esperando poder volver a acercarte a ella, y pensando que jamás volverías a tenerla en tus brazos, en tu cama. O que cuando volvierais a encontraros ella ya no te querría, o que incluso te odiase por abandonarla.

—Cualquier cosa es preferible a vivir con esta continua soledad que te cala el alma. ¿Crees que fue difícil para mí acostarme con la tía de tu mujer?

Adam miró a su primo y encogió levemente de hombros.

—¿Lo fue? —preguntó sincero.

—No, no lo fue —anunció Jamie sin asomo de duda en la voz—. No lo fue porque en aquella época a mí me daba igual entre las piernas de quien me metía. Estaba dolido con todo el mundo. Con mi padre, por no reconocerme. Contigo porque tenías lo que yo jamás podía tener. Y con la mujer de mi padre porque nunca había dado la menor muestra de saber que yo era el hijo bastardo de su marido.

—Pero ahora...

—Sí, ahora ya sé mucho más de lo que sabía en aquel entonces. Y no estoy sino agradecido por esa bendita mujer con la que se casó mi padre. Y hay veces en que la miro y me digo... yo quiero una mujer como ella.

—Me estás diciendo que, ¿estás enamorado de tu madrastra? Porque me cuesta creerlo —inquirió Adam.

—¡Santo Dios, no! —expresó con escepticismo Jamie por la conclusión a la que había llegado su primo—. Lo que trato de decirte es que quiero a una mujer con el corazón de mi madrastra, y a ser posible, con el físico de tu esposa.

—¿¡Cómo!?

Adam miró con sorpresa a su primo. Cogió el almohadón que tenía a su espalda y lo estrelló contra la cabeza de Jamie.

—Mi mujer es mi mujer. Ni se te ocurra acercarte a ella, Casanova de pacotilla. Búscate una para ti. Ella ya tiene dueño.

—¡Qué posesivo! —lo recriminó Jamie con una sonrisa mientras colocaba el almohadón bajo su cabeza—. En otros tiempos las compartíamos...

Sin pensarlo, Adam se abalanzó sobre el y colocó el antebrazo bajo su

barbilla. El pelo negro estaba revuelto y los ojos oscuros como ala de cuervo brillaban con un brillo asesino.

—Acércate siquiera a ella y arrancaré ese triste colgajo que tienes entre las piernas —anunció quedamente pero con una sonrisa de oreja a oreja.

—Por san Cristóbal, primo, qué susceptible que estás —medio Jamie con una sonrisa que llegaba hasta sus ojos grises—. Jamás se me ocurriría ponerle la mano encima a tu mujer. Creía que me conocías.

—No me lo tomes en cuenta, es que me pongo un tanto quisquilloso en lo referente a mi mujer.

—Eso es difícil de creer. Luego habrá gente que diga que no estás enamorado de ella hasta los huesos. Ilusos...

Y ambos empezaron a reír a carcajadas en el silencio de la noche como dos niños traviesos.

Capítulo 25

Fin de año 1898

La hora había llegado. En la habitación de Emma el nerviosismo impregnaba el ambiente. El hermoso traje color sangre depositado sobre la hermosa colcha blanca, refulgía como el vino derramado en un mantel. La joven se ajustó un ligero del mismo color y enganchó en las presillas las medias de seda transparentes que le daban el aspecto del cristal a sus piernas torneadas. El ajustado corsé realzaba sus pechos y formaban un profundo canalillo entre ambos: un hueco por el que derramó unas gotas de su perfume favorito. Se sentó frente al espejo de la cómoda, se llevó el frasquito a la nariz y aspiró el intenso aroma de las gardenias. Con cuidado aplicó unas gotas en su cuello, muy cerca de donde se despegaba con gracia los lóbulos de sus orejas, para a continuación derramar el mismo líquido dulzón sobre sus muñecas.

Entonces se miró en el espejo.

Su doncella había recogido su dorado pelo en un intrincado peinado, dejando que sus bucles se escaparan del mismo en cuidado desorden. Abrió el joyero y extrajo un bonito conjunto de pulsera, pendientes y gargantilla que su abuela le regaló cuando cumplió los dieciséis años. Eran rubíes y brillantes engarzados en oro blanco. Los brillantes formaban una tentadora cuna para los rubíes. Una magnífica obra de joyería que su abuelo había regalado a su esposa en el trigésimo quinto aniversario de su boda. Se puso los pendientes. Eran unas largas tiras de brillantes diamantes que llegaban hasta cerca de sus hombros y terminaban en la sanguinolenta piedra. A continuación se ajustó la gargantilla alrededor de su cuello. El hermoso rubí descansaba tentador sobre el nacimiento de sus senos, pero tras fijar la vista en la bella pulsera decidió no hacer uso de ella.

Respiró profundamente y se levantó del asiento. Se paró frente a la cama y volvió a contemplar su creación. Sí que era atrevido. Volvió a inspirar para darse valor, y con sumo cuidado, comenzó a vestirse. Las enaguas negras había sido desechadas por otras del color de la pasión. Las ajustó en su cintura, y con los nervios a flor de piel, se puso el vestido con cuidado de no estropear el bello peinado. Cuando por fin se volvió para mirar su creación en el espejo, el aliento se le congeló en los labios. El escote era más profundo de lo que

recordaba. Sus jóvenes pechos se alzaban tentadores y el rubor que se instaló en sus mejillas se extendió hasta ellos provocando cierto viso de vergüenza en la joven.

¿Se atrevería a presentarse así en casa de los Tremaine?

Ciertamente se había vestido así para él. Para nadie más. Lo que el resto del mundo pensase le traía sin cuidado. Podían empezar a llamarla fulana si así lo creían conveniente, pero a ella le daría igual. Con manos temblorosas ocultó su apariencia con la capa negra que adquiriese para tal fin y bajó las escaleras conteniendo la respiración.

Esa era la noche. A pocas manzanas de allí, Adam ajustaba un sable a su cintura. Los ajustados pantalones negros se adaptaban perfectamente a sus musculosos muslos. La camisa blanca como la nieve dejaba poco a la imaginación, pues aunque amplia estaba abierta casi hasta la cintura. Los cordones que ajustaban ambas piezas estaban tan flojos que casi no hubiesen sido necesarios. El fajín rojo ceñía su esbelta cintura. Un puñal de empuñadura de madera bellamente tallada sobresalía del mismo. Y, para completar el atuendo, un pañuelo de seda roja ocultaba sus negros cabellos. Las barbas que se había dejado crecer le conferían el aspecto de un auténtico pirata.

—Solo te falta el aro dorado en la oreja izquierda y sí que serías un auténtico bucanero, primo —comentó Jamie con una sonrisa.

—Mira quien fue a hablar —le recriminó Adam mirándolo sobre el hombro—. Tienes el aspecto de alguien que acaba de salir de las páginas de historia de un libro de la edad media. ¿Se puede saber de quién demonios te has disfrazado?

—¿No me reconoces? —preguntó con sarcasmo.

—Lo cierto es que si eres quien creo que eres, dudo mucho que mucha gente de la que esté en esa fiesta sepa muy bien de quien coño vas disfrazado.

—*Touchè* —dijo Jamie llevándose una mano a la frente y haciendo una reverencia.

—De verdad, primo. ¿Piensas que alguien va a saber que eres *Drake*? Si alguien acierta con tu disfraz... me como tu espada.

—Recuérdame que te la de cuando alguien me reconozca, aunque debo de decir en tu favor que estoy de acuerdo contigo. No creo que nadie sepa de quien voy disfrazado aquí en las colonias.

Ambos se miraron a los ojos y estallaron en carcajadas, después de un

momento, Adam respiró profundamente. Se volvió a ajustar el sable. Más que porque estuviese flojo, por los nervios que le roían en la sangre.

Dios. Dios. Dios.

No podía esperar para gritar al mundo que estaba vivo y que había vuelto a reclamar lo que una víbora de mujer le había tratado de arrebatarse para siempre.

Esa era la noche. La llamada de sus hermanos sacaron a Emma de sus cavilaciones. Se ajustó la capa y salió de la habitación tratando de controlarse, bajó con serenidad aparente las escaleras. Al final de las mismas la esperaban Romeo y Julieta, y D'artagnan con su inseparable Constance. Qué raro. Eran dos parejas que se profesaban un amor profundo desde hacía años, y no obstante habían elegido disfraces de parejas que no habían conseguido reafirmar su amor en vida. Curioso.

Apretó el antifaz entre sus rígidos dedos y sonrió ampliamente.

Stephen miró a su hermana. Hacía mucho tiempo que esa sonrisa amplia no había cincelado sus labios. Esa sonrisa que hacía que el hielo se derritiese. Daría lo que fuese por ver muchas veces esa sonrisa.

Victoria se aferró a su brazo y le sacó de sus pensamientos.

—Bueno, creo que los cinco cogeremos en un coche —comentó Andrew.

—Cariño, creo que si vamos en dos iremos más cómodos —señaló Helen.

—Creo que tu mujer tiene razón, Andrew —hizo notar Emma.

Bajo ninguna circunstancia quería arriesgar su vestido. A pesar de sus intentos por ocultarlo a la vista era bastante voluminoso. Si iban en un solo coche se arriesgaba a que al acomodarlo alguien viese el escandaloso color. Después de muchos dimes y diretes, de muchos tiras y aflojas consiguieron distribuirse en dos coches. Emma compartió coche con su hermano Stephen y Victoria, mientras que su otro hermano y su esposa se acomodaban en otro. Se pusieron en camino hacia la casa de los Tremaine donde sus padres ya se habían dirigido junto a sus tíos. El corazón le golpeaba dentro del pecho con un ritmo atronador, pero ese mismo ritmo le hacía estar aún más expectante, aún más ansiosa.

Esa era la noche. Adam miró fijamente a su primo que seguía sus movimientos con impaciencia. Se paró junto a él y pasó su brazo por los hombros de su primo y le dio un rápido apretón.

Era la camaradería compartida lo que le animó a profetizar.

—Primo, deseo que esta noche encuentres a tu dama entre todas esas beldades americanas que están en esa fiesta.

—Si encuentro a mi dama, juro que no habrá nadie que me impida llevármela esta misma noche a la cama. Hace días que no me acuesto con una mujer. Mi cuerpo ya lo está pidiendo a gritos. Creo que es este encierro. El saber que tú sí que has disfrutado de esos sutiles cuidados, y frecuentemente. Parecéis dos conejos. Solo espero que tu mujer sea tan prolifera como una coneja. Os faltará espacio en cualquier casa que construyas para acoger a toda vuestra prole. Sois patéticos.

Las carcajadas de Adam casi ensordecieron a Jamie. Se sentía tan feliz que no le importaba nada más. A partir de esa noche podía gritar que estaba vivo. Que había vuelto con su mujer, y que lo demás poco importaba. El fin de su larga ausencia se había terminado. Había vuelto para recuperar lo que jamás debería haber perdido.

Esa era la noche. El carruaje de los Bradford se detuvo ante la enorme mansión de los Tremàine. De él bajaron unos magníficos Romeo y Julieta, y una misteriosa dama con capa negra. Los tres subieron las escalinatas de la bella casa de New Orleans, y cuando el mayordomo se acercó para pedir la capa de la joven se hizo el silencio en torno a ellos. El matrimonio Bradford se quedó sin habla cuando su Emma, con manos temblorosas, se deshizo de la capa. El exquisito corpiño de lentejuelas y piedras rojas relumbró como el fuego en el salón. La reina de corazones había aparecido en medio del salón por un ensalmo propio de Lucifer.

Emma inspiró, alzó su bella ceja rubia, y sacudiendo una invisible mota de polvo de su vestido, se internó en el salón repleto de gente. El silencio se instalaba por donde ella pasaba. La viuda ciertamente había dejado el luto.

—¿Qué demonios...? —preguntó Stephen.

—Creo que tu hermana ha dejado el luto —murmuró una conmovida Victoria.

Pero si el silencio se instaló en los presentes cuando la indolente viuda de New Orleans hizo su acto de presencia en la casa de los Tremàine aquella noche de fin de año, los murmullos comenzaron cuando un pirata entregó su invitación al mayordomo. Mujeres jóvenes y viejas, ninguna pudo evitar admirar al caballero corsario que acababa de llegar. Un desconocido, ciertamente, pero el sueño romántico de toda mujer.

Por un momento, un jadeo ahogado escapó de labios de una joven morena vestida de Julieta que no daba crédito a lo que sus ojos le decían. ¡No podía ser! Ciertamente debía de ser su imaginación. Respiró profundo y mandó aquietarse a su corazón. Sin duda había sido un espejismo creado por su mente y sus deseos. Sin embargo, unas lágrimas acudieron a sus ojos al recordar a un hombre como aquel, no hacía muchos años, que la había alzado en sus brazos y la había besado con el cariño del más amado hermano.

Capítulo 26

Adam atravesó la estancia seguido a corta distancia por su primo que pronto se perdió de vista. Era como una interpretación que ambos hubiesen ensayado miles de veces. Se entendían a la perfección y el plan tenía que funcionar. Miraba a un lado y a otro de la espaciosa estancia buscando a su mujer. Ciertamente había muchas hermosas damas ataviadas de los más ingeniosos disfraces, pero Adam sabía que su mujer estaría en esa ocasión embutida en colores brillantes: en una apariencia deslumbrante.

Un reflejo color carmesí atrajo su mirada y allí estaba ella. Cuando Adam la vio con aquel vestido rojo, ya no le importó nada, en lo único que pensaba era en levantarle las faldas y penetrarla como loco. Su miembro estaba endurecido a más no poder. Dios cuanto la había echado de menos, era increíble que hubiese aguantado casi cinco años sin acostarse con una mujer. Se acercó a ella con la máscara bien sujeta a su sitio. Si había algo que no quería era que sus cuñados le reconocieran, lo que había planeado para esa noche para él y su esposa, solo les incumbía a ellos dos, a nadie más. La rozó con el dorso de la mano cuando llegó hasta ella, ella lo reconoció... no lo había creído de otra manera, sabía que solo con su presencia ella sabría que estaba a su lado, era algo que no había cambiado con los años, y algo que nunca cambiaría en su relación.

Se reconocían mutuamente, aún sin verse.

La sacó a bailar, sabía que serían la comidilla de todos los conocidos de Emma: la triste viuda, viuda que de pronto vestía con un color tan llamativo como provocativo, y que llevaba un escote de infarto para alguien que aún llora a su marido.

Y él, un desconocido para la sociedad de New Orleans, bailando con la apenada viuda. La tomó en sus brazos y notó como su piel le respondía, sonrió bajo la máscara.

—Tranquila cariño, después de este baile, buscaremos algún lugar para estar solos.

—Conozco el lugar idóneo en esta casa señor —respondió con una pícaro sonrisa.

Mientras giraban en la pista de baile fueron atrayendo las miradas de todo el mundo. Los cuchicheos incrementaron, eso desde luego no era de extrañar, pero con un poco de paciencia las miradas girarían hacia otro lado.

Desde luego la distracción llegó antes de lo esperado.

A un gesto afirmativo ce cabeza, Jamie tropezó accidentalmente, por supuesto, con una dama que parecía fuera de lugar. Ninguno de los dos amantes comprendieron en ese momento que habían ayudado al destino a girar de nuevo la rueda. No llegaron a terminar el baile. Casi la sacó a rastras del salón de baile en medio de la confusión, y ella le condujo a un despacho abandonado de la segunda planta. Si alguien los había visto salir, no se dieron cuenta. Estaban ambos borrachos por la necesidad del contacto con el otro. Entraron en el despacho y sin mediar palabra, Adam cerró la puerta. La besó en los labios con el ansia contenida del deseo insatisfecho por muchos años. Ella le respondió con igual frenesí. La lengua de ella traspasó los labios de él.

Oh, sí, ella sabía muy bien lo que tenía que hacer para satisfacer a su hombre. Con gran maestría bajó la mano por su cuerpo y la detuvo justo allí donde él se moría que estuviera. Desabrochó la pretina del pantalón y los botones de la bragueta. Sabía lo que iba a encontrar tras la frágil barrera de tela. El miembro endurecido de Adam fue estrechado en su mano suave, acariciadora. Estaba duro como una roca pero caliente como una brasa.

La condujo hasta el escritorio y allí la subió al tiempo que le levantaba las faldas voluminosas hasta la cintura. Le abrió las piernas y se colocó entre ellas, Emma seguía con el firme miembro en su mano y no dejaba de torturarlo con caricias lentas desde la punta hasta el tronco, acariciando la bolsa de sus testículos y de nuevo el pene.

—Tranquila, o me vas a hacer eyacular en los pantalones —susurró contra sus labios su marido.

Ella se mordió el labio, pero no cesó de acariciarlo, atrayéndole hacia ella. No llevaba ropa interior, era consciente de lo que iba a ocurrir en la fiesta cuando los dos se encontraran, y no quería barreras innecesarias.

Él apartó la vista de su cara y la bajó hacia el triángulo de vello rubio oscuro que ocultaba su centro de mujer. Luego fijó la mirada en su mano, que se perdía en el interior de sus pantalones. Era justo. Llevó su mano hacia ese centro de calor húmedo y deslizó el índice en la vagina. Estaba húmeda, caliente. Con el pulgar comenzó a acariciar el clítoris de su mujer, notó como ella separaba más aún las piernas y no se lo pensó dos veces, introdujo un segundo dedo en aquella cavidad que tan bien aceptaba sus caricias. La oyó gemir, e instintivamente apretó su miembro casi dolorosamente.

Se sentía inflamado por la necesidad.

Siguió acariciándola con igual maestría: dentro, fuera, y nuevamente

dentro, hasta que con un suspiro ahogado ella llegó al clímax por primera vez aquella noche. Retiró la mano y la subió por el costado hasta el escote de su vestido, lo bajó para dejar libre sus senos, entonces se inclinó, y mientras con una mano acariciaba uno de sus pezones, la boca se satisfacía del otro. Ella dejó de acariciarle el miembro y susurró en su oído:

—Ahora, vente conmigo ahora.

Él no necesitó más estímulo, dejó que el pantalón se deslizara por sus caderas al tiempo que la tendía a ella sobre la dura superficie del escritorio. Los pechos plenos se erguían como cúpulas de deseos de su cuerpo. Se acercó más al cuerpo de su mujer, y de un duro y certero empujón, deslizó su flagrante miembro en la cueva húmeda que con tanto ardor y ansia le esperaba. Para no soltar un alarido de satisfacción, la joven se mordió el labio mientras el miembro duro y grueso de su marido la taladraba una y otra vez. Aquello era el paraíso. Las cálidas paredes de su vagina daban la bienvenida a ese tronco duro que la perforaba una vez, otra, y otra, hasta el último aliento. Nuevamente tardó muy poco en llegar al orgasmo, y cuando eso sucedió, las paredes de su vagina se contrajeron alrededor del henchido pene. Adam soltó un jadeo que era casi de dolor, y que a la vez le extrajeron hasta la última gota de vida. Salió del interior de ella, y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta del que sacó un pañuelo. Se limpió antes de cerrarse los pantalones, a continuación, apretó la tela en la entrepierna de su mujer para absorber la mezcla de semen y fluido femenino. Levantó a Emma del escritorio sin mediar palabra, y le cerró el escote del vestido, ella lo miró a los ojos mientras se bajaba y colocaba las faldas en su sitio. Atrapó la mano del pañuelo que él ya se disponía a guardar en el bolsillo de su chaqueta y se lo quitó.

—Esto lo guardo yo —y acto seguido dobló el pañuelo, lo olió, sonrió, y lo guardó entre sus senos—, ven a buscarlo esta noche a mi dormitorio.

Se separaron en silencio y cada uno volvió al salón por sus medios.

Un rato más tarde, Emma consiguió despertar el instinto de protección de su hermano, y antes de que terminara la fiesta, la joven pudo volver a casa con su hermano y su cuñada. La sonrisa afloró a sus labios al pensar en el juego practicado sobre el escritorio del despacho de sus anfitriones. No obstante, pensaba en unos juegos más maliciosos para cuando Adam fuera a su cama esa noche, dejaría la ventana abierta tal como le había dicho.

Tan solo de pensar en sus juegos, una cálida humedad le mojó las piernas, y tuvo que apretar los muslos para no manchar la ropa y que nadie se diera cuenta de qué estaba pensando en la oscuridad del carruaje. Con los ojos

cerrados e intentando calmar su agitado corazón, no pudo ver la mirada que intercambiaron sus familiares que se sentaban frente a ella en el coche.

Capítulo 27

Cuando llegó a casa, Emma se retiró en silencio. No tenía deseos de dar ningún tipo de explicación. Las mismas llegarían por la mañana. Victoria no se atrevió a preguntar nada. Desde la aparición del desconocido en la fiesta, una gran incertidumbre se había instalado como un hierro al rojo vivo en su pecho. No quería hacerle caso. La esperanza era algo que no quería volver a vivir. Se recostó en el brazo de su marido y le pidió que la llevara a la cama. Ciertamente él no se hizo de rogar.

Un sonido sacó de su adormecimiento a Emma. No abrió los ojos, sabía muy bien quien era. Solo sonrió y abrió las sábanas para que Adam entrara en su lecho. Estaba desnuda, tal como su madre la trajo al mundo, Adam no tardó en estar a su lado tan desnudo como ella. Era una mujer que se metía en la piel de uno... las respuestas que le daba sexualmente lo excitaban tanto o más que verla en su plena desnudez.

Se moría por enterrarse en ella. Por hundir su plena masculinidad en esa vagina que tan bien le calzaba. Era la mejor vaina donde jamás se había enfundado.

Se deslizó en la cama junto al cuerpo tibio.

—Te has afeitado —dijo ella rozándole el cuello con la nariz.

Cuando estuvo tendido de espaldas junto a ella la joven se incorporó. Anhelaba su cuerpo, tanto, que dolía. Le besó dulcemente en los labios y le susurró al oído.

—Esta noche me siento depravada y quiero probar algo contigo ¿me dejarás?

Él asintió por toda respuesta, e intentó anticiparse a las ensoñaciones de su mujer. No obstante, no estaba preparado para lo que Emma tenía en mente. Comenzó a besarle la nariz y los labios suavemente para luego seguir por su cuello, sus hombros el pecho, el vientre, y oh, Dios, no podía hacer eso... pero lo hizo. Comenzó a besarle el miembro y a pasarle la lengua por cada uno de los pliegues de su pene, que se ponía cada vez más y más duro. Sin pensarlo dos veces Emma se lo metió en la boca e intentó abarcar todo lo que pudiera su longitud, no obstante, el miembro de Adam era bastante grande y no cabía entero en su boca. Estaba totalmente excitada y necesitaba ella también alivio. No se le ocurrió otra forma que imitar con sus propios dedos lo que él

le hacía a veces, así que sin pensárselo deslizó sus dedos por su vientre y los enterró entre el triángulo de vellos húmedos que cubrían su feminidad. Se acarició el clitoris y enterró dos dedos en su cuerpo. El placer fue tan inesperado que mordió el miembro flagrante de su marido, él soltó un gemido entre excitado y dolorido que le obligó a mirarla, y entonces quedó sin respiración al ver lo que ella estaba haciendo: se estaba masturbando mientras le hacía una felación.

Sonrió maliciosamente y susurró:.

—Cariño, a este juego podemos jugar los dos.

Emma lo miró transida de desesperación por intentar provocar en ambos un orgasmo, entonces él le propuso algo que la dejó sin respiración. Asintió y se giró tal como él le había dicho, de modo que ambos quedaron de costados pero en direcciones opuestas.

Adam levantó una de las piernas de la mujer, dejando así expuesta su feminidad.

—Ahora puedes continuar con lo que estabas haciendo que ya me encargo yo de tu placer.

Acercó su boca a la entrada del cuerpo de ella y comenzó a lamerla suavemente mientras podía sentir la boca de ella en su tronco viril. Era lo mejor que había probado, ella le succionaba el pene como si fuese el chupete de un niño pequeño creándole unas sensaciones que ni en sus años más locos podría haber llevado a cabo.

No podría aguantar más. La boca de él en su cuerpo estaba causando estragos. Sus caderas comenzaron a moverse sobre esa boca invasora y casi le vuelve a morder cuando sintió como la lengua de él comenzaba a invadir su vagina. De buenas a primeras se vio alzada y girada de modo que quedó sentada sobre la cara de él. Casi perdió el equilibrio cuando él le separó aún más las piernas y sus pechos rozaron el vientre de él. A la lengua se le unieron los dedos, y cuando notó esos largos dedos en su interior, ya no pudo más y estalló en la boca de él, esa cálida humedad que él recibió en sus labios fue más de lo que esperaba, y sin previo aviso, también descargó en la boca de ella. Cuando ambos quedaron saciados, Emma se desplomó sobre las sábanas.

—Esto ha sido... ha sido, no tengo palabras.

—¿No? —preguntó él—, pues podemos practicar muchas cosas más. Pero en unos momentos, ahora déjame unos segundos para recuperarme de tan increíble experiencia porque la noche de experimentos aún no ha terminado.

Ella lo miró con una sonrisa maliciosa cuando vio que el miembro de él

volvía a endurecerse. No debió quedarse muy satisfecho cuando se había recuperado tan rápido, pero no estaba preparada para lo que vino a continuación. Adam la hizo girarse y apoyar la espalda contra su pecho. La acomodó sobre él y la bajó hasta que su endurecido y rígido mástil quedó instalado entre las piernas de ella. Le acarició los pechos, el estómago, y el vientre, y siguió bajando hasta que pudo palpar que el centro femenino estaba justo en el lugar donde debía estar. Entonces la acarició allí y le separó los pliegues para que el mármol en el que estaba convertido su pene rozara donde debía. La arrastró un poco hacia abajo y le susurró:

—Ahora muévete contra ella.

Y así lo hizo. Comenzó a frotarse contra ella mientras notaba como los dedos de él la mantenían abierta para que el roce fuese aún mayor. La fricción de esa rigidez contra su cálido centro aumentaba el placer de ambos, y cuando él notaba que estaba próximo a su fin, hizo que ambos se incorporaran sobre el colchón y sin previo aviso la cogió de la cintura y la empaló de un certero y brusco movimiento. De la misma sorpresa Emma perdió el equilibrio y cayó hacia delante en el colchón haciendo que el miembro se enterrara aún más en su cuerpo. Adam sonrió y comenzó a moverse contra ella de tal forma que podía ver como su rígido coronel entraba y salía del cuerpo de su mujer mientras ella trataba de ahogar los sonidos que salían de su garganta. Se agarraba a las sábanas mientras él seguía practicando la danza de los tiempos dentro de su cuerpo, dentro, fuera, y nuevamente dentro en un ritmo muy, muy duro, tanto, que llegó un momento que creía que la estaba destrozando por dentro. Separó aún más las piernas y el miembro aún se enterró más, llevó sus dedos a su clítoris para acelerar y salir a su encuentro, sabía que él ya estaba al llegar, y entonces, por fin el glorioso culminar, el anhelado flotar hacia las nubes cuando en una última embestida él la penetró hasta el centro mismo de su ser y descargó el cálido chorro de vida en su interior. Sus paredes vaginales se estrecharon alrededor del miembro de Adam extrayéndole hasta la última gota de semen.

Capítulo 28

Unos golpes secos en la recámara de Emma sacaron a los amantes de un sueño profundo.

—Niña, despierte. Es el señorito Michael. Tiene otra crisis —anunció una voz al otro lado de la puerta, que pese a la urgencia, no gritaba para no despertar al resto de la casa. La señora estaba acostumbrada a esa clase de emergencia y nunca hacía falta gritar. La señora se despertaba al primer golpe.

Emma miró a su marido con ojos aturridos y luego hacia la puerta. El destino se había adelantado. Saltó de la cama al tiempo que recogía la fina bata de seda blanca que había dejado en el sillón frente a la cómoda, y abrió la puerta con decisión. El grito ahogado de la niñera resonó en toda la casa al ver salir tras su señora a un hombre desnudo.

—Emma, espera —gritó tras ella.

El grito de la muchacha se intensificó cuando lo vio abalanzarse hacia la puerta sin nada de ropa.

—Mierda —murmuró Adam al darse cuenta que iba desnudo.

Regresó a la habitación, cogió sus pantalones negros y se los puso mientras miraba a ambos lados del pasillo.

—¿A dónde ha ido? —recriminó a la jovencita mientras la asía por los hombros y la sacudía levemente.

—Tercera puerta a la izquierda —murmuró la criada con la mirada casi perdida.

Emma llegó a la habitación donde sus hijos dormían y vio a Michael sentado en la cama intentando respirar. Su otro hijo se había levantado y estaba sentado a su lado, le cogía la manita a su hermano.

—Mamá —musitó el niño —¿se pondrá bien Mike?

Emma levantó a su hijo, lo mandó a su cama, y luego ocupó el lugar junto a su pequeño.

—Tranquilo, Michael. Mamá está contigo.

Las palabras de Emma hicieron que el hombre que entraba a la estancia se detuviera en seco.

«¿Mamá?, ¿había dicho mamá?».

La luz de la lamparita de gas apenas si iluminaba la habitación, pero la mirada fue atraída no hacia el pequeño que trataba de respirar con dificultad, sino hacia el que le estaba mirando a los ojos en ese momento.

¡Dios!, era como retroceder en el tiempo y verse en un espejo. Los ojos infantiles eran tan oscuros como el del adulto. El pelo negro como ala de cuervo, estaba encrespado al igual que él recordaba tenerlo cuando era niño. Una sensación angustiosa se instaló en su pecho y consiguió arrancar la mirada de ese niño y fijarla en su mujer con resentimiento.

Le había mentado.

Emma trataba de calmar a su hijo. Lo alzó y lo instaló en su regazo con todo el amor que siempre les mostraba.

—Tranquilo Michael, cariño. Mamá te quiere y enseguida te pondrás bien.

Besó a su hijo en la frente y se volvió buscando a la niñera, pero en vez de con la chica, se encontró con la mirada acusadora de su marido.

—Ahora no, por favor —imploró con los ojos cargados de lágrimas.

—No, ahora no —siseó entre dientes fijando la mirada en el niño de cabellos rubios que apoyaba la cabeza en el hombro de su mujer con la mirada perdida y luchando por respirar —¿Qué le pasa a tu hijo?

El tono de amargura con que lo dijo partió el alma de la joven por eso no pudo contener más tiempo la verdad.

—Nuestro hijo es asmático. Tú eres médico, sabrás qué es.

¿Había dicho nuestro hijo? Miró al otro niño que se había acercado tímidamente a él, y de nuevo al que descansaba en el regazo de su esposa. La cabeza le daba vueltas. Había engendrado a dos hijos...

¡Y ella se lo había ocultado! Maldita fuera.

—¿Hay medicina en la casa? —consiguió por fin hablar tratando de poner en funcionamiento su cerebro congelado.

Emma hizo un gesto afirmativo. Se acercó a la camita y apoyó una mano cálida en el hombro de su esposa.

—Ve a preparar los polvos, yo me quedo con él.

Con esfuerzo, por el peso del pequeño, Emma se puso en pie y pasó el cuerpecito de su hijo a los brazos de su marido. Acarició la cara del pequeño y fijó los ojos llorosos en los atormentados de él.

—Te pondrás bien, cariño. Te pondrás bien.

Besó a su hijo en la frente y salió de la habitación. Justo cuando pasaba por su habitación camino de la escalera se topó con la asombrada niñera.

—Ve a preparar la tisana para Mike, yo volveré a la habitación. Y ni una palabra de lo ocurrido ¿entendido?

La joven asintió en silencio y bajó con celeridad las escaleras en

dirección de la cocina a cumplir con el mandato de su señora. Emma volvió a la habitación y la escena que vio le inflamó el corazón de alegría. El pequeño Michael había superado milagrosamente la crisis asmática y dormía plácidamente en los brazos de su padre. Un padre que tenía los ojos anegados de lágrimas mientras escuchaba atentamente lo que su otro hijo le estaba contando.

Era su familia. Su marido y sus hijos. Juntos. Algo que jamás podría haber soñado que fuese posible ver. Adam sintió más que vio la presencia de su mujer. Giró la cabeza hacia ella, y sin un asomo de la carga emocional que sentía, la miró a los ojos y gesticuló con los labios.

—Tenemos que hablar.

Emma asintió, extendió la mano derecha hacia él en un gesto inequívoco de que la acompañase. Adam se levantó de la camita. Acostó a su hijo en ella. Su hijo. Tapó al inocente con la colcha y se despidió del otro niño diciéndole que su hermano estaba bien y que durmiera. El niño se acercó a él y lo miró con sus mismos ojos.

—¿Eres mi papá? —preguntó el pequeño.

Adam se arrodilló frente a su hijo mientras a Emma las lágrimas le caían por sus tersas mejillas.

—Sí, soy tu papá. Pero ahora debes dormir. Mañana será un día cargado de sorpresas.

Y como en una especie de juego le dijo al niño que tenía que guardar el secreto unas horas. El niño sonrió levantando el labio, y asintió e hizo algo que ninguno de los dos adultos se hubiese esperado. Se arrojó a los brazos del hombre, y le dijo que no se fuera nunca más. El corazón de Adam brincó en su pecho al tiempo que lo estrechaba en sus brazos y hundía la nariz en el cuello del pequeño.

—No volveré a marcharme, lo prometo.

Los sollozos de Emma inundaron la habitación.

—Mujeres —le dijo Adam al niño tratando de controlar sus propias emociones—, lloran por todo.

Como alguien mucho mayor de los cuatro años que tenía el niño soltó una risita y se lanzó sobre su cama.

—Sí, lloran por todo —confirmó el niño.

Y con el sonido de su risa reverberando en la habitación se tapó la cabeza con las sábanas. Adam se giró entonces hacia su mujer. La cogió de la mano y se dispuso a salir de la habitación en el momento en que por la puerta

entraba la jovencita con la tisana caliente.

—Ya no es necesario, Ivette. Pero quédate junto a él por si vuelve a sufrir otra crisis. Avísame si eso sucede —le ordenó Emma entre lágrimas pero sin dejar de aferrarse a la mano de su marido.

La muchacha asintió, y los vio desaparecer por la puerta abierta en dirección al dormitorio de su señora. Aún un tanto sorprendida por encontrar su ama con un amante, se acercó a la camita de Mike, dejó la taza humeante sobre la mesilla, y apagó la lamparita de gas antes de dirigirse a un cómodo sillón junto a la cama del niño.

Adam acompañó a Emma por el pasillo hasta su habitación y entraron en ella silenciosamente. Cerró la puerta con calma, inspiró profundamente y con tono quedo pero firme la recriminó.

—¿Se puede saber porqué coño no me hablaste de ellos nada más vernos en el hotel?

La mujer lo miró apenada a los ojos y comenzó a hablar con voz desgarradora.

—No pensé. En ese momento no pensé. Solo sabía que habías vuelto a mis brazos, que estabas de nuevo junto a mí. Me parecía todo irreal. Fruto de la más loca de mis fantasías.

—Maldita sea. Soy su padre. Tenía derecho a saberlo.

Aunque discutían lo hacían sin pegar voces por miedo a que el resto de la casa se despertase y corriesen a ver qué sucedía.

—Sí, eres su padre. Un padre que seguro que ya los ama aunque no supieses que existían.

—No lo entiendes, mujer.

Adam estaba como enceguecido. Entre nieblas vio un sillón y se sentó en él como si fuese una tabla de salvación. La habitación le daba vueltas.

—Si hubiese sabido... —comenzó ella, pero Adam la interrumpió.

—Si hubieses sabido, hubieses hecho lo mismo —la cortó.

Emma suspiró largamente. Él le había contado con pelos y señales de los dos intentos de asesinato propiciados por la tía de ella. Tras la explosión, tuvo que decidir hacerse pasar por muerto, para que la vida de Emma no corriese peligro. Él había sido sincero, pero ella no.

—Recuerda que mi tía nos odiaba. Si te mantuviste alejado todo este tiempo para protegerme a mí... hubieses hecho igual para protegerlos a ellos. No, igual no —dijo ella acercándose a él y arrodillándose junto al sillón.

Apoyó las manos en una de sus rodillas y le acarició el mentón.

—Mírame —le suplicó.

Los ojos zafiros buscaron los azabaches y ambos centraron la visión en los del otro.

—Los dos sabemos —continuó la mujer—, que si hubieses sabido que estaba embarazada cuando decidiste fingir tu muerte, nada habría cambiado. Te estás culpando por algo que ya no tiene sentido. Y si no quisiste arriesgar mi vida, mucho menos habrías arriesgado la de un hijo.

—Tienes razón —la interrumpió él—, pero cuando pienso en lo que debió ser para ti el encontrarte sola, embarazada, y creyéndome muerto...

—Fue horrible. No lo voy a negar. Hubo momentos en los que creí que la pena podría conmigo. Que no sería capaz de aguantar viva hasta dar a luz a nuestro hijo —Adam la miró largamente—. El embarazo fue muy malo. Estuve meses postrada en esa cama —dijo al tiempo que señalaba la cama donde unas horas antes se habían amado como nunca—, temiendo perder al niño. Con la angustia en el corazón de que si lo perdía jamás te sobreviviría nada. Pensando que si lo perdía te habría fallado, mucho más que cuando no quise que hicieras valer tus derechos maritales —Emma paró un momento su explicación para tomar aire—. Y el parto... fue agónico —las lágrimas escapaban sin control de sus ojos—. Mil veces pensé que moriría. Estuvieron a punto de hacerme una cesárea. Y, Dios, cuando conseguí echar a la vida al pequeño Adam y le vi, con esos suaves vellos negros que pronto serían su pelo... mi corazón estalló. No me lo habían puesto aún sobre el pecho cuando en medio de dolores creí que moriría sin poder verlo crecer...

A esas alturas ella se había sentado en el suelo. El cabello le caía desmadejado por sus mejillas. La bata se había abierto y dejaba entrever su piel satinada. Adam jamás la había visto más hermosa.

—Los dolores no cesaban, y cuando pensé que ya no podría aguantar más, el pequeño Mike salió disparado de mi vientre entre gritos. ¡No podía creerlo! Tuve mellizos, igual que mi madre.

Adam se incorporó y la alzó entre suspiros, la acomodó en su regazo como momentos antes lo había hecho con su hijo, y la abrazó absorbiendo los temblores de ella. Su cálido pecho era acogedor. Emma enlazó sus brazos en torno a su cuello y siguió contándole con voz desgarradora.

—Ellos fueron mi fuerza. Al principio me mantuvieron viva porque no quería matar conmigo la vida que tú habías sembrado en mí. Después cuando los tuve en mis brazos, me ayudaron a no morir, porque quería morir. Si tú estabas muerto, yo no quería seguir viviendo, pero estaban ellos... estaban

ellos. Dos cositas pequeñitas que se alimentaban de mis pechos. Dos pequeñas personitas que con cada día que pasaban me unían a tu recuerdo, y la primera vez que me llamaron mamá... deseé que estuvieses a mi lado...

A esas alturas sus palabras ya comenzaban a perder el sentido.

—Lo siento —dijo él estrechándola fuertemente en sus brazos—. De veras que lo siento. Debí haber estado a tu lado.

—Nada de recriminaciones. Nadie puede luchar contra los designios del destino.

Se secó las lágrimas y besó las de él. El sabor salado de ellas le quemó los labios y, con una suerte de angustia, ambos buscaron la boca del otro. Enterrando en ese beso las penas pasadas, recuperando la esperanza. Adam se incorporó y, con ella en brazos, se dirigió a la cama deshecha. Allí la amó. Con el mismo amor que una vez compartieron en una cabaña aislada en medio de las montañas. Con el mismo amor que una vez dos vidas se habían aferrado a ese vientre, otra vida se arraigaría en él. Y entre la marea de pasión de los dos amantes, el destino completaba el círculo. Lo que tenía que haber sido, sería.

Capítulo 29

Los rayos del sol se abrieron paso en la cálida mañana de un nuevo año, un año que auguraba el cambio de muchas vidas, y entre ellas, la de los dos amantes que con la mirada fija en el ventanal por la que entraba la luz solar, convinieron cómo darían a conocer la noticia de que un muerto había regresado a la vida.

Emma fue la primera que se levantó. Se lavó con el agua fría y se vistió entre miradas de deseo del hombre que aún yacía en la cama. Un vestido de color lavanda le dio el aspecto de una joven recién salida del internado, no el de una mujer que ya había parido y amamantado a dos niños.

—Sigue contoneándote de esa forma y juro que te vuelvo a tirar sobre esta cama.

Ella lo miró sobre el hombro. Irradiaba felicidad. Se sentó ante el espejo y cogió de la cómoda un cepillo de carey.

—No seas perezoso y vístete —dijo apuntándole con el cepillo que tenía en la mano—, voy a reunir a todos en el salón en cuanto baje.

—Lo que usted ordene.

Y sin ningún tipo de pudor se levantó de la cama mostrando su erección matutina en todo su esplendor.

—Eres un desvergonzado —anotó ella.

Él se acercó hasta la cómoda donde ella estaba. Apoyó los brazos a ambos lados del cuerpo de ella, miró hacia el espejo y buscó sus ojos del color del océano.

—Y tú estás preciosa.

La besó en el cuello, en ese punto donde la vena de su pulso latía aceleradamente.

—Y hueles de maravilla.

—Déjate de alabanzas y empieza a vestirte —le recriminó ella con una sonrisa en los labios—. A no ser claro, que pretendas sorprender aún más a nuestros familiares presentándote en la mesa del desayuno desnudo como tu madre te trajo a este mundo.

—Ciertamente, no —desnudo solo tienes derecho a verme tú.

La volvió a besar en el mismo sitio, pero esta vez pasando la lengua por esa vena tan encantadora.

—Adam, estate quieto.

Y deshaciéndose de sus brazos corrió hacia la puerta.

—Diez minutos. En diez minutos tendrás a todo el público expectante. Escóndete a la entrada del comedor. Dios, no puedo esperar a ver la cara de todo el mundo —y como una niña en la mañana de Navidad salió cerrando la puerta.

El sonido de su risa llegó hasta él como un cálido viento en invierno o una fresca brisa en verano. Inundando su cuerpo de amor y alegría. Adam se acercó a la cama recogió sus pantalones y su camisa y se vistió. El día que le esperaba iba a ser agotador. Emma pidió al servicio de la casa que se mantuvieran en las dependencias de la cocina, y que nadie saliera de allí hasta que ella no lo indicase. Si alguno de los sirvientes vieron extraña esa petición ninguno dijo nada. Emma consiguió que los niños fuesen a la habitación de juegos y por fin reunió a todos los familiares en el comedor. Todos estaban allí: sus padres, sus hermanos, sus dos cuñadas. Todos querían saber qué había ocurrido en el baile la noche anterior. Dónde estaba cuando desapareció y sobre todo qué hizo en esos minutos en que nadie sabía donde estaba.

Emma se ruborizó y lo que consiguió fue que todos la mirasen con un nuevo y renovado interés.

—Has estado muy rara estos días —indicó su padre—, ausente, despistada. No quiero ser yo quien lo diga. Eres mi hija.

—Pero todos aquí nos hemos dado cuenta que ese brillo en tu mirada corresponde a todos los síntomas de que tienes un amante —sentenció su hermano Stephen.

—Bueno, sí. Quiero decir, no. Dios, creí que esto iba a ser más fácil.

Emma se pasó las manos por el pelo. Estaba visiblemente nerviosa. Victoria se levantó de su asiento y se acercó a ella. Le pasó un brazo por los hombros y comentó algo que no esperaba.

—Sé muy bien que has estado guardando luto a mi hermano más años del que debías. Tienes dos niños pequeños que todos sabemos que necesitan un padre. Si lo que quieres decirnos es que has decidido volver a casarte...

—¡No! —exclamó ella.

—Un momento —intervino Elizabeth—. No pienses que una hija mía va a estar acostándose con un hombre que no es su marido mucho tiempo. Si te has acostado con él, bien puedes casarte con él. Si él no quiere... estoy segura que cambiará de opinión en cuanto hable con tu padre.

—No puedo casarme con ella —dijo una cálida voz proveniente de la puerta—. Ya estamos casados.

Seis miradas centraron la atención en la aparición.

Victoria dio un paso hacia él y la vista se le nubló. Entre oscuridad consiguió dar un nuevo paso pero su corazón pareció dejar de latir y la oscuridad creada a su alrededor se la tragó. Stephen llegó justo a tiempo de evitar que su mujer embarazada cayera al suelo. La alzó en sus brazos y se sentó con ella en el regazo en la silla más próxima.

—Esto requiere una explicación. Una buena explicación —señaló una voz a su izquierda.

En tono calmo Andrew miró hacia el hombre que creía muerto.

—Ciertamente, cuñado. Pero ahora mi hermana es lo primero.

Avanzó hacia Victoria que recuperaba poco a poco la conciencia.

Se arrodilló junto a ella. Le acarició la mejilla, y dijo suavemente mirándola con sus ojos negros llenos de ternura.

—Estás tan bonita como recordaba.

Ella le echó los brazos al cuello y él la abrazó. Las lágrimas de Victoria conmovieron al hombre que la tenía sentada en su regazo y al que la abrazaba tiernamente.

—Dios, Dios, Dios. Anoche no estaba loca. Eras el pirata —Victoria no preguntaba, afirmaba.

—Ciertamente que sí, cariño.

Todos los presentes se levantaron y rodearon al hombre haciendo mil y una preguntas a la vez.

—Por favor.

La voz calmada de Emma atrajo la atención de todos.

—Vayamos al despacho de papá donde podemos sentarnos todos y podamos dar todas las explicaciones que queráis.

En ese momento un golpe de aldaba en la puerta de entrada interrumpió la conversación.

—Debe ser Jamie. Hace unos minutos le envié una nota pidiéndole que viniera.

Emma asintió y se dirigió a abrir la puerta dando la bienvenida al recién llegado.

Con paso inseguro por la falta de sueño, Jamie entró en el vestíbulo y acompañó a la mujer de su primo hasta el despacho donde todos se acomodaban en los distintos sillones que había a ambos lados de la gran mesa de roble. Ninguno dejaba de mirar al hombre que, indolente se apoyaba contra la gran mesa.

—¿Qué hace este hombre aquí? —preguntó Victoria con resentimiento.

—Tranquila, Victoria —señaló su hermano—, de no ser por este hombre, yo no estaría vivo.

Haciendo un gesto con la mano invitó al recién llegado a sentarse. Su mujer se acercó a él haciendo que las faldas ondearan en torno a sus caderas. El le asió la mano y la apoyó contra su costado. Emma se recostó contra él y descansó su cuerpo apoyando el trasero en el filo de la mesa.

—Muy bien, empecemos por el principio —comenzó a decir Adam señalando a su suegra—. Con la carta que su hermana le envió a usted en la que ordenaba que enviase a su hija a Inglaterra.

—No —interrumpió la voz de su primo.

—¿No? —preguntó con calma Adam.

—No —corroboró él—. Comenzaremos por un día en el que la marquesa viuda pagó a un hombre para que violase a una niña de doce años.

—¿Cómo?

La voz de todos los presentes menos la de Victoria y el mismo Jamie se alzaron en un mismo eco.

—Por favor, déjenme hablar —Jamie continuó—. Anna, marquesa viuda de Larios era una mujer rencorosa, ambiciosa, envidiosa y vengativa.

—Esa era mi hermana, no me dice nada nuevo —lo interrumpió Elizabeth.

—Créame que no la conocía usted tanto. —El hombre tomó una gran bocanada de aire—. Era capaz de las cosas más bajas y ruines que se pueda usted creer —continuó su relato sin dejar de mirar a la madre de Emma—. Yo era solo un muchacho cuando comprendí hasta donde llegaba su maldad —la vista de Jamie se perdió en el recuerdo—. Era solo un joven de diecisiete años cuando la conocí. Mi madre había sido amante del hermano de su prometido, señora —indicó Jamie a Elizabeth en recuerdo de la relación establecida con el padre de Adam—. Alexander, es mi padre. Yo soy, bueno era, su bastardo.

Ante la mirada confusa de todos aclaró.

—Me ha adoptado, y ahora soy su heredero. Pero ese no es el tema. Verán, como les decía, a los diecisiete años mi madre me obligó, por el amor que tenía a mi padre, a acercarme a la marquesa. Ella me acogió en su casa como un simple mozo de cuerdas, pero no habían pasado dos semanas cuando pasé a ser algo más.

Todos dieron por supuesto en qué se había convertido: en su amante.

—Le llegó una carta en la que le informaba —continuó Jamie—, que a la muerte de su suegro, su hermana y su marido habían heredado una fortuna. Loca de envidia, envió en un barco a un hombre de su completa confianza hasta Boston. Me resultó muy difícil conseguir el dinero del pasaje en ese mismo barco. Le argumenté a ella que tenía que ir a ver a mi madre que estaba enferma para que me diese permiso para ausentarme unos meses. Estaba tan llena de pasión que le costó un gran esfuerzo concedérmelo, pero lo logré. Mi madre vendió un collar que mi padre le regalara, y así reuní la libras pagar ese pasaje.

En este punto de la historia ya era el centro de todas las miradas.

—Así que embarqué y fui a Boston. Cuando me enteré de lo que pretendía, casi me vuelvo loco. Violar a una niña. El hombre, todo hay que decirlo, tenía sus escrúpulos, pero no tantos como debería haber tenido. Contrató a un apestoso sargento en un bar, y le indicó lo qué tendría que hacer —en ese instante miró con pena hacia la joven que se aferraba de la mano de su primo, y estaba blanca como el papel—. Al día siguiente cuando me enteré de lo que había hecho, salí corriendo hacia su casa de Boston, y cuando llegué solo alcancé a ver a su criada en el césped con el hombre encima. No hace falta que diga qué pasó, ustedes ya lo saben.

—Muy cierto —la voz de Jason sonó hueca—. Grace fue violada y mi hija asesinó a ese cabrón —todos miraron hacia la joven que se aferraba a la mano de su marido—. Pero nunca encontramos el cuerpo del individuo en cuestión—. Jason se mesó la barbilla pensativo—. Encontramos a Grace inconsciente, y a Emma en estado de shock.

Entre los presentes se suscitó un largo e incómodo silencio. La conmoción sufrida había logrado que la sangre abandonara el rostro de Emma. Estaba blanca como el papel y con los ojos vidriosos. Un sudor frío le recorrió la espalda. Adam la estrechó contra su cuerpo y ella inspiró grandes bocanadas de aire para sosegararse.

—¿Estás bien? —le preguntó el marido.

—Fui yo quien se llevó el cuerpo sin vida y lo enterré en el bosque. Es lo mínimo que podía hacer ya que no pude impedir la agresión.

Adam miró a su primo estupefacto.

—¡Jamie! —exclamó con voz estrangulada.

De nuevo la voz de su primo resonó en la habitación.

—Ahora puedes continuar por donde te habías quedado —lo animó.

Las miradas regresaron a Adam, y él, sosteniendo firmemente el cuerpo

de su mujer, comenzó a explicar.

—Pocos meses antes de que le llegara esa carta, señora Bradford, su hermana me había acorralado y casi me instó a convertirme en su amante. En otro amante, he de decir.

—Eso no me lo habías contado —murmuró Emma a su oído.

—Después —continuó—, que yo le dijese que prefería follarme a una vaca antes que a ella, supongo que la enojó bastante. Así que mandó esa carta. Pensaba que mataba dos pájaros de un tiro. Me ataba a una extranjera que no quería saber nada de los hombres, por motivos obvios, y a ella —comentó señalando con la cabeza a su esposa—, la ataba a un mujeriego para hacerla desgraciada toda la vida —Adam tomó aire—. No obstante, no contó con dos cosas: que Emma iba a caer rendida a mis pies —dijo con una sonrisa de suficiencia—, y que yo iba a enamorarme loca y profundamente de mi esposa —esas palabras le granjearon una sonrisa de oreja a oreja de su mujer—. Cuando comprendió que nuestro matrimonio perduraba, volvió a tratar de manipular el destino.

En ese momento Jamie lo interrumpió para continuar el relato desde su punto de vista, y suplir las lagunas que su primo no podía rellenar.

—La descubrí la noche antes de Nochebuena hablando con uno de los criados de mi tío. Le ofreció dinero para que serrase una de las ruedas del coche que ellos usarían para volver a su casa junto a los lagos. Todos aquí sabemos que ocurrió.

—No, afortunadamente no todo —añadió Adam guiñando un ojo a su esposa —¿Verdad que no, cielo mío?

Emma se sonrojó hasta la raíz del pelo, y Adam dejó escapar una sonora carcajada.

—Bueno, pues lo cierto es... —continuó Adam—, que Emma quedó inconsciente, y la trasladé a una de las cabañas de caza, y allí, por lo visto, engendramos a esos dos diablillos que ustedes conocen —un murmullo generalizado logró que Emma desviase la vista—. A la mañana siguiente, cuando nos encontraron mi padre y Stephen, me esperaba una carta que me obligaba a volver con mi compañía en el ejército. Ni que decir tiene que todo había sido orquestado por esa mujer por si fallaba el plan del sabotaje en nuestro coche.

—Yo seguía siendo amante de ella —continuó Jamie con voz tensa, y un tanto avergonzado—, de esa manera tuve información de primera mano acerca de las intenciones macabras de ella. Puse sobre aviso a mi padre que era

superior de Adam, y entre los tres decidimos hacer estallar un edificio vacío, y simular la muerte de mi primo.

—Pero ninguno contamos con el factor sorpresa, ni con los caprichos del destino —añadió Adam.

—No —confirmó su primo—, resultó que se nos fue de las manos, y Adam recibió un fuerte impacto dejándole sin sentido. Cuando recobró la conciencia, no recordaba quien era —la familia de Emma escuchaban con su atención—. Le llevó meses recuperarse, y para cuando lo hizo, ya las cosas se habían complicado. Todos le habían dado por muerto. Su mujer había desaparecido de su hogar para regresar con sus padres, y el resto ya sabéis.

—Entre los tres decidimos dejar las cosas como estaban —puntualizó Adam—, solo hasta que pudiéramos demostrar la verdadera personalidad de la marquesa viuda de Larios. Lo que no calculamos ninguno de nosotros, es que el tiempo se iba a extender tanto.

—Ahora ella está muerta —sentenció Jamie.

—Yo misma podría haberla matado con mis propias manos —dijo con absoluta convicción Elizabeth—. Maldita víbora. Siempre pensé que era retorcida, pero jamás podía imaginar el extremo al que llegaría por hacer daño a una criatura inocente y culpar de sus apetitos al hijo de Julien.

—No solo eso, señora —continuó Jamie—, de no haber sido porque falsificaba las cartas que usted mandaba a su hermana, bien podía haber hecho mucho daño a sus nietos. Ella murió con la certeza que ninguno de sus hijos tenía descendencia. Como jamás volvió a ponerse en contacto con mis tíos después de la muerte de Adam, la rama de Stephen estaba segura. La de Andrew no le interesaba, y la de Emma estaba protegida por mis mentiras.

Y con estas palabras todos comprendieron el inmenso papel que había jugado Jamie en el futuro de todos ellos.

Capítulo 30

El nuevo año que acababa de comenzar lo había hecho con sorpresas, pero desde luego no sería la primera ni la última. Cuando todos los ánimos se hubieron calmado, los ocho adultos pasaron al comedor para compartir la primera comida juntos del nuevo año. Victoria se acercó vacilante a su cuñada con paso inestable. Aún estaba como en estado shock, por eso cuando Emma extendió hacia ella los brazos, se abrazaron llorando.

—¿Desde cuando lo sabías? —preguntó Victoria.

—¿Recuerdas la cena de Nochebuena? ¿Cuándo me desmayé? —ante el gesto de asentimiento de la joven confirmándolo continuó—, le vi a través de las cristaleras del jardín. Me quedé congelada. Sus ojos estaban fijos en mí, y yo perdí la conciencia del impacto. Creí ver un fantasma salido de mi más loca fantasía —Victoria estaba anonadada—. A la mañana siguiente —prosiguió—, tu tío Alexander me trajo una nota de tu hermano citándome en el hotel donde se hospedaba. Salí corriendo y cuando le vi allí... creí que había muerto y estaba en el cielo. Sé que fuimos un poco egoístas al mantenerlo en secreto todos estos días, pero... —no terminó, se encogió de hombros y las lágrimas de felicidad bañaron su rostro.

—No es necesario que te disculpes, pero nos tuviste preocupados hasta anoche. Tu padre creía firmemente que tenías un amante.

—Y ya lo creo que lo tenía.

El amante en cuestión se acercó a las dos mujeres, y al mismo tiempo que rodeaba a su hermana con un brazo, besaba a su mujer con pasión.

Victoria no pudo dejar de sonreír, y Adam hizo algo sorpresivo.

—Parece, querida hermanita, que tu marido no pierde el tiempo contigo —acarició el vientre de su hermana abultado por su próximo hijo.

—Al menos no los hace a pares —contraatacó ella golpeándole en el estómago con el codo.

La protesta del hombre fue interrumpida por la conmoción de voces procedente del vestíbulo. Entre ellas destacaba la de don Alexander y...

—No puede ser, ¿papá? —dijeron los dos hermanos Mayer al unísono.

Ambos se volvieron hacia la puerta, y, con verdadera sorpresa, vieron aparecer cinco figuras que avanzaban hacia ellos. Los ojos de la mujer menuda, que era la madre de Adam y Victoria, corrió hacia su hijo y con lágrimas de felicidad se abalanzó sobre él estrechándole entre sus brazos.

—Casi no daba crédito a la carta de tu tío —comentó la mujer entre sollozos—. Creía que se había vuelto loco. Pero aquí estás, hijo mío.

Luego miró hacia su nuera con ternura. Estaba espléndida. Mucho más hermosa que como ella recordaba. La conmoción por la llegada de los visitantes se hizo más patente cuando un griterío de niños llegaron corriendo.

—¡Abuela, abuelo! —gritaron los hijos de Stephen.

Y como si se hubiesen puesto de acuerdo todos empezaron a hablar a la vez entre risas y lágrimas. Lágrimas de felicidad de unos abuelos que no conocían a los hijos de su hijo. Lágrimas de alegría de un padre y una madre reencontrándose con un hijo que creían muerto. Lágrimas de una hermana por poder abrazar a un hermano al que creía perdido para siempre. Y, lágrimas de gozo de una mujer por poder asir con todas las fuerzas de su corazón una felicidad que le había sido negada por una perversa y malvada mujer. Frank se acercó a su hermano, y mientras ambos se estrechaban con fuerza las manos, el padre que estaba junto a él los abrazó a ambos.

—Nunca creí que esto pudiese volver a suceder —comentó el hombre mayor—. Mis dos hijos juntos, como cuando eran pequeños.

—Ciertamente no como cuando éramos pequeños, papá ¿no es cierto, Adam?

—Creo que no —corroboró el aludido—, ahora somos dos padres de familia.

Y sin poder evitarlo los tres dirigieron la mirada hacia la mujer rubia que, sentada en el suelo, abrazaba a sus dos pequeños.

—Bueno, con un poco de suerte, al próximo lo veré nacer —anunció Adam.

—Supongo que regresarás con tu mujer y tus hijos a Inglaterra, ¿no? —afirmó más que preguntó su hermano Frank.

—Supongo que sí. Ya nada impide mi regreso, aunque si ella me lo pide, quizás me quede aquí.

—No puedes ni pensarlo siquiera —le demandó el duque—. Eres mi heredero, y tus hijos lo son tuyos. En Inglaterra tienes tu herencia, tus raíces.

—Y aquí están las tuyas, y, aunque me pesen, las de mis hijos.

—Afortunadamente los pequeños suelen llevar muy bien los cambios —dijo Frank—, se acostumbran a todo muy rápido.

—No me importa el lugar donde esté, pero siempre que sea junto a ellos.

Todos tenían claro que regresarían. Su mujer le miró a los ojos, y como si la pregunta estuviese latente entre ellos, Emma asintió.

Volverían.

Capítulo 31

Inglaterra, Febrero 1899

Las náuseas no habían desaparecido con el cese del movimiento del barco. Al principio lo había achacado a las continuas tormentas que habían sufrido en alta mar, pero la realidad era otra bien distinta. Dos veces había viajado en barco. La primera vez que hizo la travesía de Boston a ese mismo puerto, el viaje estuvo cargado de angustia y temor, no obstante, ninguna clase de mareo la había afectado. En la segunda travesía estaba tan dolida que estuvo todo el tiempo encerrada en su camarote, y los síntomas del embarazo los había achacado al principio a su propia congoja. Pero ahora... ahora no había excusas. Le había dicho a su marido que era frecuente en ella pasarse así los viajes por mar. Enferma.

No quería preocuparle, aunque ella ciertamente estaba preocupada.

En el tiempo que había durado el viaje no la había tocado sexualmente ni una sola vez. Se había contentado con tenerla en los brazos y dormir juntos. Algo que les había sido negado hasta hacía bien poco. La falta de intimidad con su marido la preocupaba. Cierto era que estaba débil. Que la comida apenas si la podía digerir, y que la mayor parte del viaje la había pasado en el catre del camarote, acostada y sin poder hacerse cargo de los pequeños.

Su suegra y sus cuñadas, benditas fueran, habían hecho su papel de madre con los pequeños. A penas si los había visto durante el tiempo que duró el viaje. Y los niños, lejos de crearle problemas, la habían visitado cada mañana para darle un beso, y regresar raudos a las distracciones que sus abuelos y sus tíos les proporcionaban.

«Ay, Dios ¿cómo le digo a Adam que va a ser padre de nuevo?»

La primera que estuvo embarazada no pudo decírselo a él, y ciertamente para cuando fue a dar la noticia, era más que evidente. Jesús, ni siquiera tuvo la oportunidad de hacerlo. En cuanto le quitaron la capa era más que evidente lo que ocurría en su cuerpo.

—Seguro que fue una conmoción —dijo entre dientes.

—¿Qué fue una conmoción, cariño? —susurró una voz a sus espaldas.

Estaba tan ensimismada en sus propios pensamientos que ni siquiera había oído abrirse y cerrarse la puerta, tampoco los pasos de su marido acercándose a ella.

—Eh, creo que estaba con la mente en otro sitio.

—Oh, ya lo creo que estabas con la mente en otro lugar. Solo espero que muy pronto tu mente y tu cuerpo estén conmigo en nuestra cama.

El intenso sonrojo de su mujer hizo que él riera a carcajadas.

—Pareces una virgen recién casada —dijo sonriendo—. Qué vergüenza. ¿Cómo lo explicaré? No puedo bromear con mi mujer sobre sexo sin que ésta se sonroje como una niña recién salida del colegio.

—Deja de decir ñoñerías —contraatacó ella—, es que me has pillado desprevenida.

Creía que no sería posible hacerla enrojecer aún más, pero se equivocaba. Estaba rojita como las amapolas. Volvió a estallar en carcajadas mientras la abrazaba y la besaba con intensidad. Ayudó a su esposa con el equipaje y se reunieron con sus familiares en la pasarela del barco. El aire de Inglaterra. Habían vuelto al hogar. Acunada por la brisa del mar, Inglaterra florecía a la luz del sol de la mañana como un diamante en el dedo de una mujer. Y, como una rosa florecía en los jardines, también floreció Emma aquella cálida mañana.

—Querida hermanita —dijo junto a su oreja y en voz baja su hermano Stephen—. Bienvenida al hogar.

—Niños —señaló Adam al tiempo que cogía a sus dos pequeños en brazos—. Saludad la tierra donde fuisteis concebidos, donde viviréis hasta que cada uno encuentre su destino.

Las caritas risueñas de los pequeños fueron imitadas por sus primos que se arremolinaban en torno a su padre y su tío.

Habían vuelto al hogar.

—Confío que nuestro próximo hijo nazca en nuestro hogar, ese que tanto he añorado —anunció Emma—. Por supuesto, siempre y cuando estemos aquí para el otoño —añadió con una sonrisa.

Gritos de felicitación se unieron a la ahogada exclamación de su marido.

—¿Qué pasa, papá? —preguntaron los niños cuando fueron depositados en el suelo y vieron a su padre coger por la cintura a su madre y dar vueltas como dos tontos en la cubierta del barco.

—¿Estás segura? —preguntó su marido con pasión.

—Lo bastante segura que puede estar una mujer.

—Eso quiere decir, hermano —señaló Frank dándole una cariñosa palmada en la espalda—, que no eres tan inútil como creía.

—Nada de inútil —confirmó Emma—. Me deja preñada con la mirada.

Una noche en la cama...

No creía lo que acaba de decir. Ante su sonrojo y confusión, todos estallaron en carcajadas mientras cinco niños miraban sin entender qué tenían que ver las miradas y las camas.

Epílogo

Equinoccio de Otoño, 1899

Los dolores del parto la habían sorprendido en la cabaña de leñadores. Emma y Adam estaban tranquilos allí, alejados del ruido, de la gente. Los niños los habían dejado con sus abuelos para pasar unos días a solas antes del parto, pero el mismo se había adelantado. Desde luego no se parecía en nada a la espartana construcción que compartieron una vez hacía tanto tiempo. Había sido totalmente restaurada. Una hermosa cama se erigía en el centro de la habitación. Emma sonrió al recordar los simples colchones que compartiesen aquella vez. Otra contracción hizo que se doblase en dos y que dejara caer la manta que tenía en los brazos. El aullido de dolor fue oído por su marido que estaba fuera contemplando la luz del amanecer.

A grandes zancadas entró en la cabaña y vio a su mujer doblada de dolor, con la mano apoyada en uno de los postes de la cama, y el vestido húmedo. Había roto aguas. El pequeño se había adelantado una semana. La ayudó a acostarse, y en seguida se puso a trabajar. Era médico. Sabía como traer un niño al mundo. Mientras desnudaba a su esposa y le ponía un suave camisón de algodón pensó, ¿y si venían dos? La pregunta creada por su mente casi le hizo soltar la olla de agua que iba a poner a hervir.

Las horas pasaban lentamente. Su mujer se retorció de dolor, pero cada vez que él hacía el esfuerzo de mirar, ella sonreía: una sonrisa que se extendía hasta sus ojos azules. Cada vez que una contracción retorció sus entrañas, él se sentía morir, y la presión que ejercía la fina mano de la joven en la suya morena, le hacía pensar que jamás, jamás volvería hacerla pasar por ese trance. Pero cuando el sol llegó a su punto más alto en el cielo, el cuerpo de su hija abrazó la vida. Con manos temblorosas Adam ayudó a su mujer a traer a esa pequeña al mundo. Cuando la miró, aún manchada por la sangre y los líquidos de la placenta, pensó que era la niña más bonita que dos seres podían haber engendrado.

El eco del llanto reverberó por toda la cabaña mientras Adam lavaba a su pequeña con toda la ternura que nacía de su corazón y la puso en brazos de su mujer. La joven, con una sonrisa en los labios, se desabrochó el camisón, acercó su hinchado pecho a los labios de la pequeña, y cuando ésta se aferró a su rosado pezón y comenzó a succionar, la risa estalló en sus labios.

Miró a su marido a los ojos y dijo con voz firme.

—Julie es una tragona, como sus hermanos.

—¿Julie? —preguntó el marido mientras veía alimentarse a la pequeña.

—¿No te parece un nombre bonito para nuestra hija?

Adam se acercó a ella y le sonrió. Emma no necesitó que pronunciase ninguna palabra para saber que su esposo estaba de acuerdo.